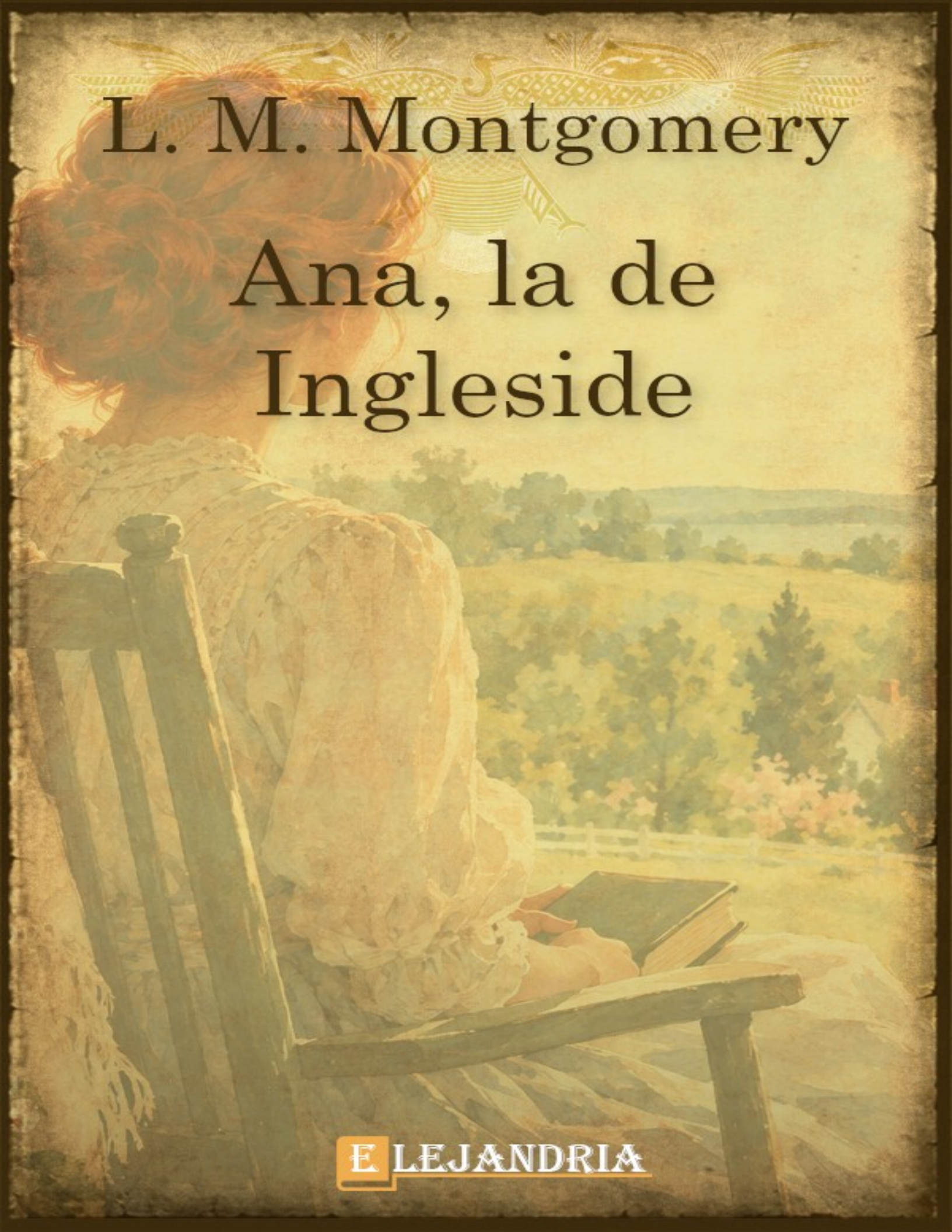
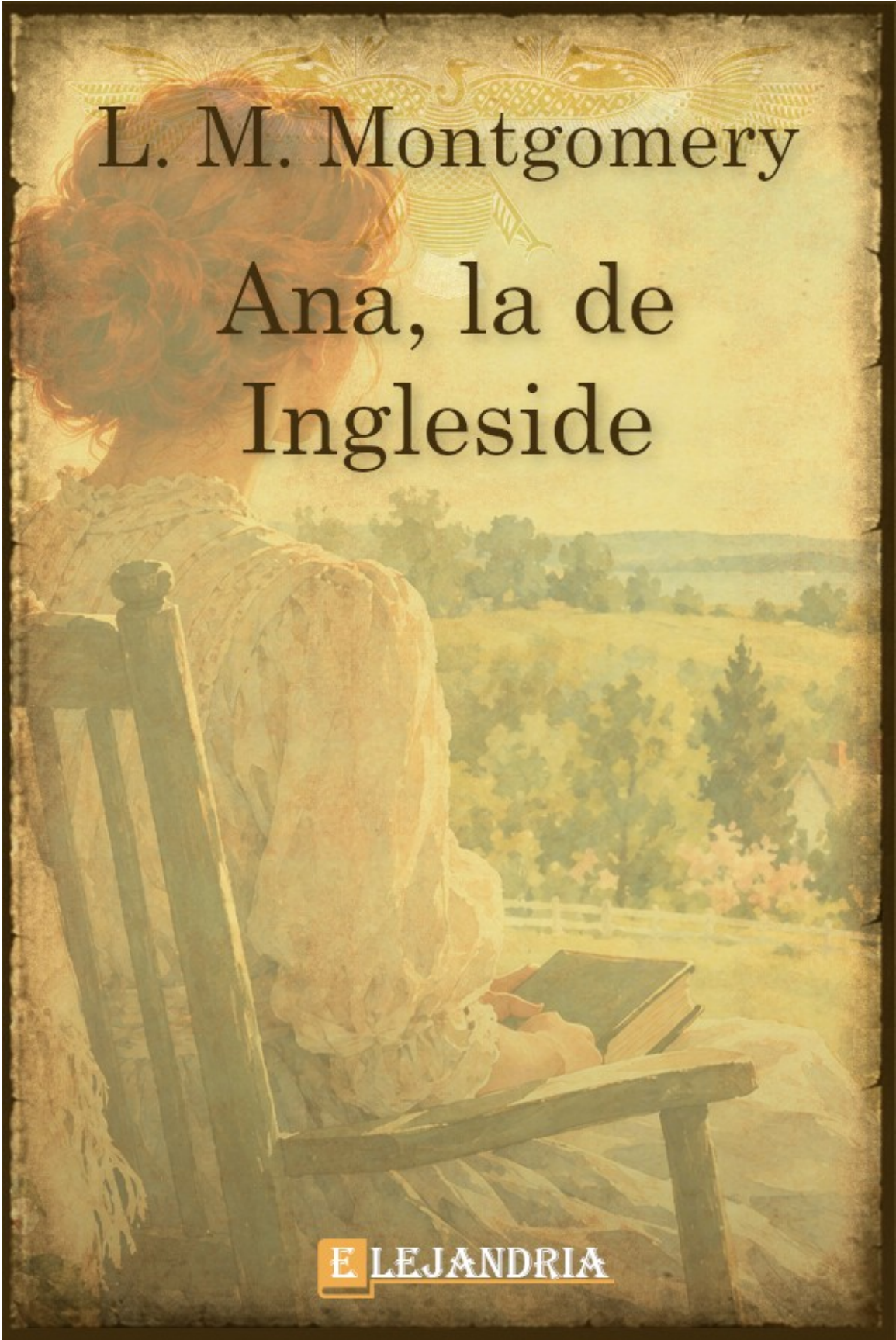




L. M. Montgomery

Ana, la de
Ingleside

E LEJANDRIA



L. M. Montgomery

Ana, la de
Ingleside

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ANA, LA DE INGLESIDE

L. M. MONTGOMERY

PUBLICADO: 1939
FUENTE: [HTTPS://GUTENBERG.NET.AU](https://GUTENBERG.NET.AU)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO 1

—¡Qué blanca es la luz de la luna esta noche! —se dijo Ana Blythe para sus adentros, mientras subía por el sendero del jardín de los Wright hacia la puerta principal de Diana Wright, donde pequeños pétalos de flor de cerezo caían en el aire salino que agitaba la brisa.

Se detuvo un momento para contemplar las colinas y los bosques que había amado en otros tiempos y que aún amaba. ¡Querida Avonlea! El Glen St. Mary era su hogar ahora, y lo había sido durante muchos años, pero Avonlea tenía algo que el Glen St. Mary jamás podría tener. Los fantasmas de sí misma le salían al paso a cada vuelta del camino; los campos que había recorrido le daban la bienvenida; ecos imperecederos de la vieja y dulce vida la rodeaban por todas partes; cada rincón que miraba guardaba algún recuerdo hermoso. Había aquí y allá jardines encantados donde florecían todas las rosas de antaño. A Ana siempre le encantaba volver a Avonlea, incluso cuando, como ahora, el motivo de su visita había sido triste. Ella y Gilbert habían subido para el funeral del padre de este, y Ana se había quedado una semana. Marilla y la señora Lynde no soportaban la idea de que se marchara tan pronto.

Su vieja habitación del gablete, encima del porche, se guardaba siempre para ella, y cuando Ana subió a ella la noche de su llegada encontró que la señora Lynde le había puesto un ramo grande y hogareño de flores de primavera; un ramo que, cuando Ana hundió el rostro en él, pareció encerrar toda la fragancia de los años no olvidados. Allí la esperaba la Ana de antaño. Viejas y queridas alegrías profundas se agitaron en su corazón. La habitación del

gablete la envolvía entre sus brazos, la cercaba, la abrazaba por completo. Miró con cariño su vieja cama, con la colcha de hojas de manzano que la señora Lynde había tejido, y las almohadas inmaculadas orladas con el encaje profundo que la señora Lynde había hecho de ganchillo; miró las alfombras trenzadas de Marilla en el suelo; miró el espejo que había reflejado el rostro de la pequeña huérfana, de frente infantil aún sin escribir, que se había dormido llorando allí aquella primera noche, tanto tiempo atrás. Ana olvidó que era la dichosa madre de cinco hijos, con Susan Baker de nuevo tejiendo misteriosos escarpines en Ingleside. Volvía a ser Ana de Tejas Verdes.

La señora Lynde la encontró todavía mirando soñadora el espejo cuando entró, trayendo toallas limpias.

—Da mucho gusto tenerte otra vez en casa, Ana, y eso es lo que hay. Hace nueve años que te fuiste, pero Marilla y yo no acabamos de superar lo mucho que te echamos de menos. Ya no se está tan solo desde que Davy se casó. Millie es una criatura de lo más simpática —¡qué pasteles hace!—, aunque es curiosa como una ardilla listada para todo. Pero siempre he dicho, y siempre lo diré, que no hay nadie como tú.

—Ah, pero a este espejo no se le puede engañar, señora Lynde. Me está diciendo bien claro: «Ya no eres tan joven como antes» —dijo Ana con aire juguetón.

—Has conservado muy bien el cutis —dijo la señora Lynde a modo de consuelo—. Claro que tampoco es que tuvieras mucho color que perder.

—De momento no tengo ni asomo de papada —dijo Ana con alegría—. Y mi vieja habitación se acuerda de mí, señora Lynde. Me alegro; me dolería muchísimo volver un día y encontrar que se había olvidado de mí. Y es maravilloso volver a ver la luna salir sobre el Bosque Encantado.

—Parece un pedazo enorme de oro en el cielo, ¿verdad? —dijo la señora Lynde, sintiendo que se estaba lanzando a un vuelo poético

desatado, y agradecida de que Marilla no estuviera allí para oírla.

—Mira esos abetos puntiagudos recortándose contra ella, y los abedules de la hondonada que todavía levantan los brazos hacia el cielo de plata. Son árboles grandes ya —eran cositas de nada cuando yo llegué aquí—, eso sí que me hace sentir un poco vieja.

—Los árboles son como los niños —dijo la señora Lynde—. Da miedo cómo crecen en cuanto les vuelves la espalda. Mira si no a Fred Wright: tiene solo trece años y ya casi le saca la cabeza a su padre. Hay pastel de pollo caliente para la cena, y te he hecho de mis bizcochos de limón. No tengas ni pizca de miedo de dormir en esa cama: hoy he aireado las sábanas... y Marilla, sin saber que ya lo había hecho yo, las ha aireado otra vez... y Millie, sin saber que lo habíamos hecho ninguna de las dos, las ha aireado una tercera. Espero que Mary Maria Blythe pueda salir mañana: tanto que le gustan los funerales.

—La tía Mary Maria —Gilbert siempre la llama así, aunque solo es prima del padre de él— siempre me llama «Anita» —se estremeció Ana—. Y la primera vez que me vio después de la boda, dijo: «Qué raro que Gilbert te eligiera a ti, con las chicas tan majas que podría haber tenido». Quizá por eso nunca me ha caído bien, y sé que a Gilbert tampoco, aunque es demasiado leal a la familia para admitirlo.

—¿Se va a quedar mucho tiempo Gilbert por aquí?

—No. Tiene que volver mañana por la noche. Dejó a un paciente en un estado muy grave.

—Bueno, supongo que ya no hay mucho que lo retenga en Avonlea, ahora que su madre murió el año pasado. El viejo señor Blythe nunca levantó cabeza después de su muerte; no le quedaba ya nada por lo que vivir. Los Blythe siempre fueron así: ponían demasiado el corazón en las cosas de este mundo. Da mucha pena pensar que ya no queda ninguno de ellos en Avonlea. Eran una buena estirpe de las de antes. Pero, en fin, Sloanes hay a montones.

Los Sloane seguirán siendo Sloane, Ana, por los siglos de los siglos, amén.

—Que haya los Sloane que haya, después de cenar pienso salir a pasear por todo el huerto viejo a la luz de la luna. Supongo que al final tendré que acostarme, aunque siempre he pensado que dormir las noches de luna es un desperdicio, pero pienso despertarme temprano para ver la primera luz tenue de la mañana deslizarse sobre el Bosque Encantado. El cielo se pondrá color coral y los petirrojos andarán pavoneándose por ahí, quizá un gorrioncillo gris se pose en el alféizar, y habrá pensamientos dorados y morados que mirar...

—Pero es que los conejos se han comido todo el arriate de narcisos —dijo la señora Lynde con pesar, mientras bajaba las escaleras con su paso de pato, secretamente aliviada de que no hiciera falta seguir hablando de la luna. Ana siempre había sido un poco rara en ese sentido. Y ya no parecía tener mucho sentido esperar que se le pasara con los años.

Diana bajó por el sendero al encuentro de Ana. Incluso a la luz de la luna se veía que tenía el cabello aún negro, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Pero la luna no podía disimular que estaba algo más rellenita que en años pasados, y Diana nunca había sido lo que en Avonlea llamaban «flaca».

—No te preocupes, cariño... no he venido a quedarme...

—Como si eso me preocupara a mí —dijo Diana en tono de reproche—. Ya sabes que preferiría con mucho pasar la tarde contigo antes que ir a la recepción. Tengo la sensación de no haberte visto ni la mitad de lo que quisiera, y ahora te vuelves pasado mañana. Pero es el hermano de Fred, ya sabes... no nos queda más remedio que ir.

—Claro que sí. Yo solo he subido un momento. He venido por el camino de siempre, Di: pasando la Burbuja de la Dríade, atravesando el Bosque Encantado, bordeando tu viejo jardín umbrío y siguiendo por Willowmere. Hasta me he parado a mirar los sauces

cabeza abajo en el agua, como hacíamos siempre. Cómo han crecido.

—Todo ha crecido —dijo Diana con un suspiro—. ¡Cuando veo al joven Fred...! Todos hemos cambiado tanto, menos tú. Tú nunca cambias, Ana. ¿Cómo te las arreglas para seguir tan delgada? ¡Mírame a mí!

—Un poco matronil, claro está —rio Ana—. Pero de momento te has librado de las carnes de la mediana edad, Di. En cuanto a que yo no cambie... bueno, la señora H. B. Donnell está de acuerdo contigo. Me dijo en el funeral que no parecía un día más vieja. Pero la señora Harmon Andrews no piensa lo mismo. Ella me dijo: «Vaya, Ana, cómo has decaído». Todo depende del ojo del que mira... o de su conciencia. El único momento en que noto que voy cumpliendo años es cuando miro las fotos de las revistas. Los héroes y las heroínas empiezan a parecerme *demasiado jóvenes*. Pero no importa, Di: mañana vamos a volver a ser niñas. A eso he venido, a decírtelo. Vamos a tomarnos una tarde y una noche libres para visitar todos nuestros viejos rincones, todos y cada uno. Caminaremos por los campos de primavera y por esos viejos bosques llenos de helechos. Veremos todas las cosas familiares que amábamos y las colinas donde volveremos a encontrar nuestra juventud. En primavera nada parece imposible, ya lo sabes. Dejaremos de sentirnos maternales y responsables y seremos tan alocadas como la señora Lynde sigue creyendo en el fondo de su corazón que soy. La verdad es que no tiene ninguna gracia ser sensata *todo* el tiempo, Diana.

—¡Ay, qué propio de ti suena eso! Y me encantaría. Pero...

—No hay peros que valgan. Sé que estás pensando: «¿Y quién les hace la cena a los hombres?».

—No exactamente. Ana Cordelia sabe hacer la cena de los hombres tan bien como yo, aunque solo tenga once años —dijo Diana con orgullo—. Ella iba a hacerlo de todos modos. Yo iba a ir a la Sociedad de Damas. Pero no iré. Iré contigo. Será como ver hecho

realidad un sueño. ¿Sabes, Ana?, muchas tardes me siento y me pongo a imaginar que todavía somos niñas. Me llevaré la cena con nosotras...

—Y nos la comeremos allá en el jardín de Hester Gray... Supongo que el jardín de Hester Gray sigue existiendo, ¿no?

—Supongo que sí —dijo Diana con aire dubitativo—. Yo no he vuelto por allí desde que me casé. Ana Cordelia explora mucho, pero siempre le digo que no debe alejarse demasiado de casa. Le encanta rondar por los bosques, y un día que la reñí por hablar sola en el jardín me dijo que no hablaba sola, que hablaba con el espíritu de las flores. ¿Te acuerdas de aquel juego de té de muñecas con capullitos de rosa rosados que le mandaste por su noveno cumpleaños? No tiene ni una pieza rota, de lo cuidadosa que es. Solo lo usa cuando vienen a tomar el té con ella las Tres Personas Verdes. No consigo sacarle quiénes cree que son. Te digo, Ana, que en algunos aspectos se parece mucho más a ti que a mí.

—Quizá haya más en un nombre de lo que Shakespeare quiso admitir. No le reproches a Ana Cordelia sus fantasías, Diana. Siempre me dan pena los niños que no pasan unos años en el país de las hadas.

—Ahora nuestra maestra es Olivia Sloane —dijo Diana con aire dubitativo—. Es licenciada, ¿sabes?, y ha cogido la escuela solo por un año para estar cerca de su madre. *Ella* dice que a los niños hay que obligarlos a afrontar la realidad.

—¿He vivido lo bastante para oírte a *ti* hablando como una Sloane, Diana Wright?

—No... *no... no*. No me cae nada bien. Tiene esos ojos azules redondos y fijos que tienen todos los de ese clan. Y no me importan las fantasías de Ana Cordelia. Son bonitas, igual que lo eran las tuyas. Ya tendrá tiempo de sobra de «realidad» según vaya viviendo.

—Bueno, entonces trato hecho. Baja a Tejas Verdes sobre las dos y nos tomamos un traguito del vino de grosella roja de Marilla; lo

hace de vez en cuando, a pesar del pastor y de la señora Lynde, solo para hacernos sentir de lo más traviesas.

—¿Te acuerdas del día que me emborrachaste con él? —rio Diana entre dientes, a quien no le molestaba lo de «traviesas» como le habría molestado si lo hubiera dicho cualquiera que no fuese Ana. Todo el mundo sabía que Ana no decía esas cosas en serio. Era solo su manera de hablar.

—Mañana tendremos un auténtico día de «¿te acuerdas?», Diana. No te entretengo más: ahí viene Fred con el coche. Qué vestido más bonito llevas.

—Fred insistió en que me comprara uno nuevo para la boda. A mí me parecía que no podíamos permitirnoslo después de construir el granero nuevo, pero él dijo que no iba a consentir que *su* mujer pareciera alguien al que mandan llamar y no puede ir, cuando todas las demás iban a ir vestidas de punta en blanco. ¿No es eso muy de hombre?

—Ay, hablas igual que la señora Elliott, la del Glen —dijo Ana con severidad—. Deberías vigilar esa tendencia. ¿Te gustaría vivir en un mundo sin hombres?

—Sería horrible —admitió Diana—. Sí, sí, Fred, ya voy. ¡Ay, está bien, *está bien*! Hasta mañana entonces, Ana.

Ana se detuvo junto a la Burbuja de la Dríade en el camino de vuelta. Amaba tanto aquel viejo arroyo. Cada trino de las risas de su infancia que había recogido lo había guardado, y ahora parecía devolvérselo a sus oídos atentos. Sus viejos sueños los veía reflejados en la Burbuja transparente, sus viejos votos, sus viejos susurros; el arroyo los conservaba todos y murmuraba sobre ellos, pero no había nadie que escuchara salvo los viejos y sabios abetos del Bosque Encantado, que llevaban escuchando tanto tiempo.

CAPÍTULO 2

—Qué día tan bonito, hecho para nosotras —dijo Diana—. Me temo que es un día prestado, eso sí: mañana lloverá.

—No importa. Hoy nos beberemos su belleza, aunque mañana se haya ido el sol. Hoy disfrutaremos de nuestra amistad, aunque mañana tengamos que separarnos. Mira esas colinas largas, verdes y doradas, esos valles de azul brumoso. Son *nuestras*, Diana; no me importa que esa colina más lejana esté registrada a nombre de Abner Sloan: hoy es *nuestra*. Sopla un viento del oeste —siempre me siento aventurera cuando sopla el viento del oeste— y vamos a tener un paseo perfecto.

Lo tuvieron. Visitaron de nuevo todos los viejos y queridos rincones: el Sendero de los Enamorados, el Bosque Encantado, Idlewild, el Valle de las Violetas, el Sendero de los Abedules, el Lago de Cristal. Había algunos cambios. El pequeño círculo de abedules jóvenes de Idlewild, donde tiempo atrás habían tenido una casita de juegos, se había convertido en árboles grandes; el Sendero de los Abedules, mucho tiempo sin pisar, estaba cubierto de helechos; el Lago de Cristal había desaparecido por completo, dejando solo una hondonada húmeda y musgosa. Pero el Valle de las Violetas estaba morado de violetas, y el manzano silvestre que Gilbert había encontrado una vez en lo hondo del bosque era ya un árbol enorme, salpicado de diminutos capullos de un carmesí apenas insinuado.

Caminaron con la cabeza descubierta. El cabello de Ana aún relucía como caoba pulida al sol, y el de Diana seguía siendo de un

negro brillante. Se cruzaron miradas alegres y cómplices, cálidas y de amistad. A veces caminaban en silencio —Ana siempre había sostenido que dos personas tan afines como ella y Diana podían *sentir* los pensamientos de la otra—. A veces salpicaban la conversación de «¿te acuerdas?». «¿Te acuerdas del día que te caíste en el gallinero de los Cobb, en el camino de Tory?»... «¿Te acuerdas de cuando le dimos un susto a la tía Josephine?»... «¿Te acuerdas de nuestro Club de los Cuentos?»... «¿Te acuerdas de la visita de la señora Morgan, el día que te manchaste la nariz de rojo?»... «¿Te acuerdas de cómo nos hacíamos señales de una ventana a otra con velas?»... «¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos en la boda de la señorita Lavender, y de los lazos azules de Charlotta?»... «¿Te acuerdas de la Sociedad para la Mejora?». Casi les parecía oír el eco de sus antiguas carcajadas resonando a través de los años.

La Sociedad para la Mejora de Avonlea, según parecía, había muerto. Se había extinguido poco después de la boda de Ana.

—Sencillamente no pudieron mantenerla, Ana. Los jóvenes de Avonlea de ahora no son lo que eran en *nuestros* tiempos.

—No hables como si «nuestros tiempos» se hubieran acabado, Diana. Solo tenemos quince años y somos almas gemelas. El aire no está simplemente lleno de luz: *es* luz. No estoy segura de que no me hayan salido alas.

—Yo también me siento así —dijo Diana, olvidando que aquella misma mañana la báscula había marcado setenta kilos—. Muchas veces pienso que me encantaría convertirme en pájaro por un rato. Tiene que ser maravilloso volar.

La belleza los rodeaba por todas partes. Matices insospechados destellaban en los dominios oscuros del bosque y resplandecían en sus sendas más recónditas. El sol de primavera se filtraba entre las hojas nuevas y verdes. Por todas partes se oían alegres trinos. Había pequeñas hondonadas donde una tenía la sensación de estar bañándose en una charca de oro líquido. A cada paso les llegaba a la

cara algún aroma nuevo de la primavera: helechos aromáticos, bálsamo de abeto, el saludable olor de la tierra recién arada. Había un camino cortinado de flores de cerezo silvestre; un viejo campo de hierba lleno de abetitos que apenas empezaban a vivir y que parecían duendecillos agazapados entre las hierbas; arroyos todavía no «demasiado anchos para saltarlos»; estrellitas de nieve bajo los abetos; mantos de helechos jóvenes y rizados; y un abedul al que algún vándalo había arrancado la corteza blanca en varios sitios, dejando a la vista los tonos de debajo. Ana lo miró tanto rato que Diana se extrañó. No veía lo que Ana veía: matices que iban del blanco cremoso más puro, pasando por delicados tonos dorados, oscureciéndose cada vez más hasta que la capa más interna revelaba el castaño más rico y profundo, como si quisiera decir que todos los abedules, tan virginales y fríos por fuera, guardaban sin embargo sentimientos de tonos cálidos.

—El fuego primigenio de la tierra en su corazón —murmuró Ana.

Y por fin, tras atravesar una pequeña hondonada boscosa llena de setas, encontraron el jardín de Hester Gray. No había cambiado mucho. Seguía siendo dulcísimo, lleno de queridas flores. Todavía había en abundancia narcisos de junio, como los llamaba Diana. La hilera de cerezos había envejecido, pero era una nube de flor blanca como la nieve. Aún se podía encontrar el paseo central de rosales, y el viejo talud estaba blanco de flores de fresa, azul de violetas y verde de helecho tierno. Allí, en un rincón, comieron su merienda campestre, sentadas sobre unas viejas piedras cubiertas de musgo, con una lila detrás que agitaba sus banderas moradas contra un sol que ya se ponía. Las dos tenían hambre, y las dos hicieron justicia a su propia buena cocina.

—¡Qué bien saben las cosas al aire libre! —suspiró Diana con placidez—. Ese bizcocho de chocolate tuyo, Ana... en fin, me quedo sin palabras, pero tengo que conseguir la receta. A Fred le encantaría. *Él* puede comer de todo y seguir delgado. Yo siempre estoy diciendo que *no* voy a comer más pastel, porque cada año engordo más. Tengo tal horror a acabar como la tía abuela Sarah —

estaba tan gorda que siempre había que tirar de ella para levantarla cuando se sentaba—. Pero cuando veo un bizcocho como este... y anoche, en la recepción... bueno, se habrían ofendido todos muchísimo si no hubiera comido.

—¿Lo pasaste bien?

—Bueno, sí, a mi manera. Pero caí en las garras de la prima Henrietta de Fred, y a ella le encanta contarle todo sobre sus operaciones y lo que sintió mientras se las hacían, y lo pronto que le habría reventado el apéndice si no se lo hubieran sacado. «Me pusieron quince puntos. Ay, Diana, el suplicio que pasé». Bueno, ella disfrutó, aunque yo no. Y bien que ha *sufrido*, así que por qué no va a divertirse ahora contándolo. Jim estuvo graciosísimo... no sé si a Mary Alice le hizo tanta gracia... Bueno, solo un pedacito más... de perdidos al río, supongo... una lasca no puede hacer tanta diferencia... Una cosa que dijo... que la misma noche antes de la boda estaba tan asustado que sintió que tendría que coger el tren del barco. Dijo que todos los novios se sienten igual, si son sinceros. No creerás que Gilbert y Fred se sintieran así, ¿verdad, Ana?

—Estoy segura de que no.

—Eso fue lo que dijo Fred cuando se lo pregunté. Dijo que lo único que le daba miedo era que yo cambiara de idea en el último momento, como Rose Spencer. Pero nunca se sabe de verdad lo que puede estar pensando un hombre. En fin, ya no sirve de nada preocuparse por eso ahora. ¡Qué tarde tan bonita hemos pasado! Parece que hemos revivido tantas viejas dichas... Ojalá no tuvieras que irte mañana, Ana.

—¿No podrías venir a Ingleside de visita este verano, Diana? Antes de... bueno, antes de que deje de apetecerme tener visita por una temporada.

—Me encantaría. Pero parece imposible escaparse de casa en verano. Siempre hay tanto que hacer.

—Rebecca Dew viene por fin, de lo cual me alegro, y me temo que la tía Mary Maria también. Se lo insinuó a Gilbert. Él la quiere tan

poco como yo, pero es «pariente», así que su puerta tiene que estar siempre abierta para ella.

—A lo mejor bajo en invierno. Me encantaría volver a ver Ingleside. Tienes una casa preciosa, Ana... y una familia preciosa.

—Ingleside es preciosa... y ahora la quiero de verdad. En otro tiempo pensé que nunca la querría. La odié cuando nos mudamos allí; la odié precisamente por sus virtudes. Eran un insulto para mi querida casa de ensueño. Recuerdo que le dije a Gilbert, con pena, cuando la dejamos: «Hemos sido tan felices aquí. En ningún otro sitio volveremos a serlo tanto». Me entregué una temporada a un lujo de nostalgia. Luego... noté que empezaban a brotarme pequeñas raicillas de cariño hacia Ingleside. Luché contra ello, de verdad que sí, pero al final tuve que rendirme y admitir que la quería. Y la he querido más cada año desde entonces. No es una casa demasiado vieja... las casas demasiado viejas son tristes. Y no es demasiado joven... las casas demasiado jóvenes son toscas. Es, sencillamente, una casa hecha. Quiero cada habitación de ella. Todas tienen algún defecto, pero también alguna virtud... algo que las distingue de las demás... que les da personalidad. Me encantan esos árboles magníficos del jardín. No sé quién los plantó, pero cada vez que subo la escalera me paro en el rellano —ya sabes, esa ventana curiosa del rellano, con el asiento hondo y ancho— y me siento un momento a mirar hacia fuera, y digo: «Dios bendiga al hombre que plantó esos árboles, fuera quien fuese». Tenemos de verdad demasiados árboles alrededor de la casa, pero no renunciaríamos a ninguno.

—Eso es clavado a Fred. Él adora ese sauce enorme al sur de la casa. Estropea la vista desde las ventanas del salón, se lo he dicho una y mil veces, pero él solo dice: «¿Cortarías tú algo tan bonito como eso, aunque tape la vista?». Así que el sauce se queda... y la verdad es que es precioso. Por eso llamamos a nuestra finca la Granja del Sauce Solitario. A mí me encanta el nombre de Ingleside. Es un nombre tan bonito, tan de andar por casa.

—Eso mismo dijo Gilbert. Nos costó lo nuestro decidir un nombre. Probamos varios, pero ninguno parecía *encajar*. Pero en cuanto pensamos en Ingleside, supimos que era el bueno. Me alegro de que tengamos una casa grande y espaciosa; la necesitamos, con la familia que tenemos. A los niños también les encanta, a pesar de lo pequeños que son.

—Son un encanto. —Diana se cortó con disimulo otra «lasca» de bizcocho de chocolate—. Los míos también me parecen bastante majos... pero los tuyos tienen algo especial de verdad... ¡Y tus gemelas! *Eso sí* que te lo envidio. Siempre he querido tener gemelos.

—Ay, no hubo manera de librarme de los gemelos... es mi destino. Pero me da pena que las mías no se parezcan nada... ni pizca. Nan es guapa, eso sí, con su pelo y sus ojos castaños y su cutis precioso. Di es la favorita de su padre, porque tiene los ojos verdes y el pelo rojo... pelo rojo con un remolino. Shirley es la niña de los ojos de Susan; estuve enferma tanto tiempo después de que naciera que ella se ocupó de él hasta el punto de que creo de verdad que lo considera suyo. Lo llama su «niño moreno» y lo malcría vergonzosamente.

—Y todavía es tan pequeño que puedes colarte a ver si ha destapado las mantas y volver a arroparlo —dijo Diana con envidia—. Jack tiene nueve años, ya sabes, y ya no quiere que le haga eso. Dice que es demasiado mayor. ¡Y a mí me encantaba hacerlo! Ay, ojalá los niños no crecieran tan deprisa.

—Ninguno de los míos ha llegado a esa etapa todavía... aunque he notado que, desde que Jem empezó a ir a la escuela, ya no quiere darme la mano cuando cruzamos el pueblo —dijo Ana con un suspiro—. Pero él, y Walter, y Shirley, todavía quieren que los arrope. A veces Walter hace de ello todo un ritual.

—Y tú todavía no tienes que preocuparte por lo que vayan a ser de mayores. Mira Jack, que está loco por ser soldado cuando crezca... ¡soldado! Fíjate tú.

—Yo no me preocuparía por eso. Se le pasará en cuanto le entre otra manía. La guerra es cosa del pasado. Jem se imagina que va a ser marino... como el capitán Jim... y Walter tiene trazas de ser poeta. No se parece a ninguno de los demás. Pero todos aman los árboles, y a todos les encanta jugar en «la Hondonada», como la llaman: un vallecito justo debajo de Ingleside, con senderos de hadas y un arroyo. Un sitio de lo más corriente... solo «la Hondonada» para los demás, pero para ellos, el país de las hadas. Todos tienen sus defectos... pero no son una pandillita tan mala... y por suerte siempre hay cariño de sobra para repartir. Ay, me alegra pensar que a estas horas de mañana por la noche ya estaré de vuelta en Ingleside, contándoles cuentos a mis niños a la hora de dormir y dedicándoles a las calceolarias y a los helechos de Susan los elogios que se merecen. Susan tiene «buena mano» con los helechos. Nadie sabe cultivarlos como ella. Sus helechos puedo alabarlos con toda sinceridad... pero las calceolarias, Diana... a mí no me parecen flores en absoluto. Aunque nunca hiero los sentimientos de Susan diciéndoselo. Siempre me las arreglo para salir del paso. La Providencia no me ha fallado nunca. Susan es un encanto... no me imagino qué haría sin ella. Y eso que recuerdo haberla llamado una vez «una intrusa». Sí, da gusto pensar en volver a casa, y sin embargo también me da pena dejar Tejas Verdes. Es tan hermoso aquí... con Marilla... y *contigo*. Nuestra amistad siempre ha sido algo precioso, Diana.

—Sí... y siempre hemos... quiero decir... yo nunca he sabido decir las cosas como tú, Ana... pero hemos cumplido nuestro viejo «voto y promesa solemnes», ¿verdad que sí?

—Siempre... y siempre lo cumpliremos.

La mano de Ana buscó la de Diana. Se quedaron así largo rato, en un silencio demasiado dulce para las palabras. Largas y quietas sombras de la tarde caían sobre las hierbas y las flores y los verdes confines de los prados más allá. El sol se puso; los tonos rosa grisáceo del cielo se hicieron más profundos y luego se apagaron detrás de los árboles pensativos; el crepúsculo primaveral tomó

posesión del jardín de Hester Gray, por donde ya no paseaba nadie. Los petirrojos salpicaban el aire del atardecer con sus silbidos de flauta. Una gran estrella asomó sobre los cerezos blancos.

—La primera estrella siempre es un milagro —dijo Ana con aire soñador.

—Podría quedarme aquí sentada para siempre —dijo Diana—. Odio la idea de tener que irme.

—Y yo... pero, al fin y al cabo, no hemos hecho más que fingir que teníamos quince años. Tenemos que acordarnos de nuestros deberes de familia. ¡Cómo huelen esas lilas! ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez, Diana, que hay algo no del todo... casto... en el olor de las flores de lila? Gilbert se ríe de esa idea —a él le encantan—, pero a mí siempre me parece que están recordando algo secreto, algo *demasiado* dulce.

—A mí siempre me parecen demasiado pesadas para tenerlas dentro de casa —dijo Diana. Cogió el plato con lo que quedaba del bizcocho de chocolate, lo miró con anhelo, negó con la cabeza y lo guardó en la cesta con una expresión de gran nobleza y abnegación en el rostro.

—¿No sería divertido, Diana, que ahora, de camino a casa, nos encontráramos con nuestras antiguas yo corriendo por el Sendero de los Enamorados?

Diana tuvo un pequeño escalofrío.

—No-o-o, no creo que eso fuera divertido, Ana. No me había dado cuenta de que se estuviera haciendo tan de noche. Está bien imaginarse cosas a la luz del día, pero...

Volvieron a casa juntas, calladas, silenciosas y llenas de cariño, con la gloria del ocaso ardiendo sobre las viejas colinas a su espalda y su viejo amor inolvidable ardiendo en el corazón.

CAPÍTULO 3

Ana puso fin a una semana llena de días felices llevando flores a la tumba de Matthew a la mañana siguiente, y por la tarde tomó en Carmody el tren de vuelta a casa. Durante un rato pensó en todas las cosas queridas que dejaba atrás, y luego sus pensamientos se adelantaron a las cosas queridas que la esperaban. El corazón le cantó todo el camino, porque volvía a una casa dichosa: una casa donde todo el que cruzaba el umbral sabía que aquello era un *hogar*; una casa siempre llena de risas y de jarritas de plata y de fotografías y de bebés, de cositas preciosas con rizos y rodillas rechonchas, y de habitaciones que le darían la bienvenida, donde las sillas la esperaban pacientemente y los vestidos del armario la aguardaban, donde siempre se estaba celebrando algún pequeño aniversario y siempre se andaban susurrando pequeños secretos.

«Da gusto sentir que te apetece volver a casa», pensó Ana, sacando del bolso cierta carta de un hijo pequeño con la que se había reído de buena gana la noche anterior, leyéndosela con orgullo a los de Tejas Verdes: la primera carta que había recibido nunca de ninguno de sus hijos. Era una cartita bastante bonita para un niño de siete años que solo llevaba un año yendo a la escuela, aunque la ortografía de Jem era un poco insegura y había un gran borrón de tinta en una esquina.

Di yoró y yoró toda la noche porque Tommy Drew le dijo que le iba a quemar la muñeca en la oguera. Susan nos cuenta cuentos bonitos por la noche, pero ella no es tú, mami. Me dejó ayudarla a sembrar las remolahas anoche.

—¿Cómo he podido ser feliz toda una semana lejos de todos ellos?
—pensó la castellana de Ingleside, reprochándose a sí misma.

—¡Qué bien sienta que alguien te espere al final de un viaje! —
exclamó, al bajar del tren en Glen St. Mary directa a los brazos de
Gilbert, que la aguardaban. Nunca podía estar segura de que Gilbert
fuera a esperarla —siempre había alguien muriéndose o naciendo—,
pero ninguna vuelta a casa le parecía completa a Ana si él no estaba
allí. ¡Y llevaba puesto un traje gris claro nuevo tan bonito! *(Cuánto
me alegro de haberme puesto esta blusa de volantes color cáscara
de huevo con el traje marrón, aunque la señora Lynde pensara que
estaba loca por viajar con ella. Si no me la hubiera puesto, no habría
estado tan guapa para Gilbert.)*

Ingleside estaba toda iluminada, con alegres farolillos japoneses
colgados del porche. Ana corrió alegremente por el camino bordeado
de narcisos.

—¡Ingleside, ya estoy aquí! —llamó.

La rodearon todos a la vez, riendo, exclamando, bromeando, con
Susan Baker sonriendo como es debido al fondo. Todos los niños,
hasta el pequeño Shirley, de dos años, tenían un ramillete cogido
especialmente para ella.

—¡Ay, esto sí que es un buen recibimiento! Todo en Ingleside
parece tan feliz. Qué maravilla pensar que mi familia se alegra tanto
de verme.

—Como vuelvas a irte de casa alguna vez, mami —dijo Jem con
solemnidad—, me va a dar una apenditis.

—¿Y cómo se hace eso de que te dé? —preguntó Walter.

—¡Ch-ch-chist! —Jem le dio un codazo disimulado a Walter y le
susurró—: Hay dolor en alguna parte, ya lo sé... pero solo quiero
asustar a mami para que no se vaya.

Ana quería hacer cien cosas a la vez: abrazar a todo el mundo;
salir corriendo al crepúsculo a coger algunos de sus pensamientos —
en Ingleside encontrabas pensamientos por todas partes—; recoger

del suelo la muñequita gastada que había en la alfombra; escuchar todos los chismes y noticias jugosas, con todos aportando algo. Que si Nan se había metido la tapa de un tubo de vaselina por la nariz justo cuando el doctor había salido a una urgencia y Susan había estado a punto de perder la cabeza —«le aseguro que fueron momentos de mucha angustia, mi querida señora doctora»—; que si la vaca de la señora Jud Palmer se había comido cincuenta y siete clavos de alambre y había habido que traer a un veterinario desde Charlottetown; que si a la despistada de la señora Fenner Douglas se le había ocurrido ir a la iglesia con la cabeza *descubierta*; que si papá había arrancado todos los dientes de león del césped —«entre parto y parto, mi querida señora doctora... ha tenido ocho mientras usted estaba fuera»—; que si el señor Tom Flagg se había teñido el bigote —«y eso que su mujer lleva solo dos años muerta»—; que si Rose Maxwell, la de Harbour Head, había dejado plantado a Jim Hudson, el del Upper Glen, y él le había mandado una factura por todo lo que se había gastado en ella; qué concurrencia tan espléndida había habido en el funeral de la señora Amasa Warren; que si al gato de Carter Flagg le habían arrancado a bocados un pedazo de la base del rabo; que si habían encontrado a Shirley en el establo, de pie justo debajo de uno de los caballos —«mi querida señora doctora, nunca volveré a ser la misma»—; que si por desgracia había sobrados motivos para temer que a los ciruelos azules les estuviera saliendo el nudo negro; que si Di se había pasado el día entero cantando «Mamá vuelve hoy a casa, a casa hoy, a casa hoy» con la tonada de *Merrily We Roll Along*; que si los Joe Reese tenían un gatito bizco por haber nacido con los ojos abiertos; que si Jem se había sentado sin querer sobre un papel cazamoscas antes de ponerse los pantalones; y que el Camarón se había caído dentro del tonel del agua de lluvia.

—Casi se ahoga, mi querida señora doctora, pero por suerte el doctor oyó sus aullidos justo a tiempo y lo sacó tirándole de las patas traseras. (¿Qué es eso de «justo a tiempo», mami?)

—Parece que se ha recuperado estupendamente —dijo Ana, acariciando las curvas relucientes, blancas y negras, de un gato

satisfecho de sí mismo, de enormes carrillos, que ronroneaba en una silla a la luz del fuego. En Ingleside nunca era del todo seguro sentarse en una silla sin comprobar antes que no hubiera un gato dentro. Susan, a quien al principio no le habían gustado mucho los gatos, juraba que había tenido que aprender a que le gustaran para defenderse. En cuanto al Camarón, Gilbert le había puesto ese nombre un año antes, cuando Nan trajo a casa desde el pueblo al gatito, un birria escuálido al que unos chicos estaban maltratando, y el nombre se le quedó pegado, aunque ahora le sentaba fatal.

—Pero... ¡Susan! ¿Qué ha sido de Gog y Magog? Ay... no se habrán roto, ¿verdad?

—No, no, mi querida señora doctora —exclamó Susan, poniéndose de un rojo ladrillo intensísimo de vergüenza y saliendo disparada de la habitación. Volvió al poco con los dos perros de porcelana que siempre presidían el hogar de Ingleside—. No sé cómo se me pudo olvidar volver a ponerlos en su sitio antes de que usted llegara. Verá, mi querida señora doctora, la señora Charles Day, de Charlottetown, vino de visita al día siguiente de que usted se marchara... y ya sabe usted lo remilgada y lo estirada que es esa mujer. Walter pensó que debía entretenerla, y para empezar se puso a enseñarle los perros. «Este es Dios, y este es Dios Mío», le dijo, pobre inocente. Yo me quedé horrorizada... aunque pensé que me moría, de ver la cara que puso la señora Day. Le expliqué lo mejor que pude, porque no quería que se llevara la idea de que somos una familia impía, pero decidí guardar a los perros en el armario de la vajilla, fuera de la vista, hasta que usted volviera.

—Mami, ¿no podemos cenar ya? —dijo Jem con voz lastimera—. Tengo una sensación orrորosa en la boca del estómago. ¡Ay, mami, hemos preparado el plato favorito de todos!

—Nosotros, como dijo la pulga al elefante, hemos hecho precisamente eso —dijo Susan con una sonrisa—. Nos pareció que su vuelta merecía una celebración como es debido, mi querida señora doctora. Y ahora, ¿dónde está Walter? Le toca a él tocar el gong para las comidas esta semana, bendito sea.

La cena fue todo un banquete de gala... y acostar después a todos los pequeños fue una delicia. Susan hasta le permitió a Ana acostar a Shirley, en vista de lo especial que era la ocasión.

—Este no es un día cualquiera, mi querida señora doctora —dijo con solemnidad.

—Ay, Susan, no existen los días cualquiera. *Todos* los días tienen algo que ningún otro día tiene. ¿No te has fijado?

—Qué verdad tan grande, mi querida señora doctora. Mire si no el viernes pasado, que llovió todo el día y estuvo tan gris: a mi geranio rosa grande por fin le salieron capullos, después de negarse a florecer durante tres largos años. Y, mi querida señora doctora, ¿se ha fijado usted en las calceolarias?

—¡Que si me he fijado! En mi vida he visto unas calceolarias así, Susan. ¿Cómo te las *arreglas*? (*Ya está: he hecho feliz a Susan y no he dicho ninguna mentirijilla. Jamás en mi vida había visto unas calceolarias así... ¡gracias al cielo!*)

—Es el resultado de un cuidado y una atención constantes, mi querida señora doctora. Pero hay algo de lo que creo que debería hablarle. Creo que Walter *sospecha algo*. Sin duda algún niño del Glen le habrá dicho cosas. Hoy en día muchos niños saben mucho más de lo que les conviene. El otro día Walter me dijo, muy pensativo: «Susan», me dijo, «¿son los bebés *muy* caros?». Confieso que me quedé un poco desconcertada, mi querida señora doctora, pero no perdí la compostura. «Hay quien piensa que son un lujo», le dije, «pero en Ingleside pensamos que son una necesidad». Y me reproché a mí misma haberme quejado en voz alta de lo escandalosos que están los precios en todas las tiendas del Glen. Me temo que eso preocupó al niño. Pero si le dice algo a usted, mi querida señora doctora, ya estará usted prevenida.

—Estoy segura de que manejaste la situación de maravilla, Susan —dijo Ana con gravedad—. Y creo que ya va siendo hora de que todos sepan lo que estamos esperando.

Pero lo mejor de todo fue cuando Gilbert se acercó a ella, que estaba de pie junto a la ventana, mirando cómo la niebla avanzaba reptando desde el mar, por encima de las dunas bañadas de luna y del puerto, hasta adentrarse en el valle largo y estrecho sobre el que se asomaba Ingleside y en el que se acurrucaba el pueblo de Glen St. Mary.

—¡Volver después de un día duro y encontrarte a ti! ¿Eres feliz, la más Ana de todas las Anas?

—¡Feliz! —Ana se inclinó a aspirar un jarrón de flores de manzano que Jem le había puesto en el tocador. Se sentía rodeada y envuelta por el amor—. Gilbert, cariño, ha sido precioso volver a ser Ana de Tejas Verdes durante una semana, pero es cien veces más precioso volver y ser Ana de Ingleside.

CAPÍTULO 4

—De ningún modo —dijo el doctor Blythe, en un tono que Jem conocía bien.

Jem sabía que no había esperanza de que papá cambiase de idea, ni de que mamá intentase cambiarla por él. Saltaba a la vista que en este punto mamá y papá eran uno solo. Los ojos color avellana de Jem se oscurecieron de rabia y decepción mientras miraba a sus crueles padres —los *fulminaba* con la mirada—, tanto más furibundo cuanto que ellos permanecían enloquecedoramente indiferentes a sus miradas asesinas y seguían cenando como si no pasara nada fuera de lugar. Por supuesto, la tía Mary Maria se fijó en sus miradas furibundas —nada escapaba jamás a los ojos azul pálido y lastimeros de la tía Mary Maria—, pero solo pareció divertirse.

Bertie Shakespeare Drew había pasado toda la tarde jugando con Jem —Walter se había ido a la vieja casa de ensueño a jugar con Kenneth y Persis Ford—, y Bertie Shakespeare le había contado a Jem que todos los chicos del Glen iban a bajar esa noche a la Bocana para ver al capitán Bill Taylor tatuar una serpiente en el brazo de su primo Joe Drew. Él, Bertie Shakespeare, iba a ir, ¿y no querría Jem venir también? Sería tan divertido. A Jem le entraron unas ganas locas de ir; y ahora le acababan de decir que aquello quedaba completamente descartado.

—Por una razón entre muchas —dijo papá—, está demasiado lejos para que vayas a la Bocana con esos chicos. No volverán hasta tarde, y tu hora de acostarte son las ocho, hijo.

—A *mí* me mandaban a la cama a las siete todas las noches de mi vida cuando era niña —dijo la tía Mary Maria.

—Tienes que esperar a ser mayor, Jem, para ir tan lejos por las noches —dijo mamá.

—¡Eso mismo dijiste la semana pasada! —exclamó Jem, indignado—. Y ahora *soy* mayor. ¡Cualquiera diría que soy un bebé! Bertie va a ir, y yo tengo los mismos años que él.

—Hay sarampión por ahí —dijo la tía Mary Maria en tono sombrío—. Podrías coger el sarampión, James.

Jem odiaba que lo llamaran James. Y ella siempre lo hacía.

—*Quiero* coger el sarampión —masculló, rebelde. Pero entonces se topó con la mirada de papá y se apagó. Papá nunca dejaba que nadie «le respondiera» a la tía Mary Maria. Jem odiaba a la tía Mary Maria. Las tías Diana y Marilla eran unos encantos de tías, pero una tía como la tía Mary Maria era algo completamente nuevo en la experiencia de Jem.

—Muy bien —dijo desafiante, mirando a mamá para que nadie pudiera pensar que le hablaba a la tía Mary Maria—, si no *quieres* quererme, no *tienes* por qué. Pero ¿te gustará que me vaya a cazar tigres a África?

—En África no hay tigres, cariño —dijo mamá con dulzura.

—¡Pues leones! —gritó Jem. ¿Con que estaban empeñados en ponerle en un error? ¿Con que se iban a reír de él, sin remedio? ¡Ya les enseñaría! —No podéis decir que en África no hay leones. Hay *millones* de leones en África. ¡África está *llena* de leones!

Mamá y papá se limitaron a sonreír de nuevo, con gran desaprobación de la tía Mary Maria. La impaciencia en los niños jamás debía tolerarse.

—Mientras tanto —dijo Susan, dividida entre el cariño y la compasión que sentía por el pequeño Jem y su convicción de que el doctor y la señora doctora tenían toda la razón al no dejarle bajar a

la Bocana con aquella pandilla del pueblo, a casa de aquel viejo borracho de mala fama que era el capitán Bill Taylor—, aquí tienes tu pan de jengibre con nata montada, Jem, cariño.

El pan de jengibre con nata montada era el postre favorito de Jem. Pero esa noche no tenía ningún encanto capaz de aplacar su alma tempestuosa.

—¡No quiero nada! —dijo, hosco. Se levantó y se alejó de la mesa a grandes zancadas, y se volvió en la puerta para lanzar un último desafío.

—De todas formas, no pienso ir a la cama hasta las nueve. Y cuando sea mayor, no pienso acostarme *nunca*. Voy a quedarme despierto toda la noche, todas las noches, y me voy a tatuar *de arriba abajo*. Voy a ser tan malo como se pueda ser. Ya lo veréis.

—«Ir» suena mucho mejor que «dir», cariño —dijo mamá.

¿Es que *nada* podía hacerles sentir algo?

—Supongo que a nadie le interesa *mi* opinión, Anita, pero si yo le hubiera hablado así a mis padres cuando era niña, me habrían dado una paliza que me habría dejado medio muerta —dijo la tía Mary Maria—. Creo que es una verdadera lástima que la vara de abedul esté tan abandonada hoy en día en algunos hogares.

—El pequeño Jem no tiene la culpa —repuso Susan con brusquedad, viendo que el doctor y la señora doctora no iban a decir nada. Pero si Mary Maria Blythe pensaba salirse con la suya, ella, Susan, tendría algo que decir al respecto—. Bertie Shakespeare Drew le metió la idea en la cabeza, llenándole de lo divertido que sería ver tatuar a Joe Drew. Estuvo aquí toda la tarde, se coló en la cocina y cogió el mejor cazo de aluminio para usarlo de casco. Dijo que estaban jugando a los soldados. Luego hicieron barcos con tejas de madera y se calaron hasta los huesos haciéndolos navegar en el arroyo de la Hondonada. Y después de eso estuvieron una hora entera dando saltos por el patio, haciendo los ruidos más raros, jugando a ser ranas. ¡Ranas! No me extraña que el pequeño Jem esté agotado y no sea él mismo. Es el niño mejor educado que ha

existido cuando no está molido de cansancio, y a eso puede usted atenerse.

La tía Mary Maria no dijo nada, cosa que resultaba exasperante. Nunca le dirigía la palabra a Susan Baker durante las comidas, expresando así su desaprobación de que a Susan se le permitiera siquiera «sentarse con la familia».

Ana y Susan lo habían discutido a fondo antes de que llegara la tía Mary Maria. Susan, que «conocía su lugar», nunca se sentaba ni esperaba sentarse con la familia cuando había visita en Ingleside.

—Pero la tía Mary Maria no es ninguna visita —dijo Ana—. No es más que una de la familia, y tú también lo eres, Susan.

Al final Susan cedió, no sin una satisfacción secreta al pensar que Mary Maria Blythe vería que ella no era una criada cualquiera. Susan nunca había conocido a la tía Mary Maria, pero una sobrina suya, la hija de su hermana Matilda, había trabajado para ella en Charlottetown y le había contado a Susan todo sobre ella.

—No voy a fingir contigo, Susan, que me hace especial ilusión la perspectiva de una visita de la tía Mary Maria, sobre todo ahora —dijo Ana con franqueza—. Pero le ha escrito a Gilbert preguntando si puede venir unas semanas, y ya sabes cómo es el doctor con estas cosas...

—Y con toda la razón —dijo Susan con firmeza—. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre sino apoyar a su propia sangre? Pero en cuanto a eso de «unas semanas» —bueno, mi querida señora doctora, no quiero ver el lado negro de las cosas—, la cuñada de mi hermana Matilda fue a visitarla a *ella* por unas semanas y se quedó veinte años.

—No creo que tengamos que temer nada de eso, Susan —sonrió Ana—. La tía Mary Maria tiene una casa muy bonita, suya propia, en Charlottetown. Pero le está pareciendo demasiado grande y solitaria. Su madre murió hace dos años, ¿sabes?; tenía ochenta y cinco años, y la tía Mary Maria fue muy buena con ella y la echa mucho de menos. Hagamos su visita lo más agradable posible, Susan.

—Haré lo que esté en mi mano, mi querida señora doctora. Claro que tendremos que ponerle otra tabla a la mesa, pero, bien mirado, más vale alargar la mesa que acortarla.

—No debemos poner flores en la mesa, Susan, porque, según tengo entendido, le dan asma. Y la pimienta le hace estornudar, así que mejor no ponerla. También sufre de frecuentes dolores de cabeza, así que de verdad tendremos que procurar no hacer ruido.

—¡Válgame Dios! Pues nunca he notado que tú y el doctor hagáis mucho ruido. Y si a mí me dan ganas de gritar, puedo irme al medio del bosque de arces; pero si nuestros pobres niños tienen que estar callados *todo* el tiempo por los dolores de cabeza de Mary Maria Blythe, ya me perdonarás que diga que me parece que esto va un poco demasiado lejos, mi querida señora doctora.

—Solo son unas semanas, Susan.

—Esperemos que así sea. Bueno, mi querida señora doctora, en este mundo hay que aceptar tanto lo flaco como lo gordo —fue la última palabra de Susan.

Así que la tía Mary Maria llegó, y nada más poner un pie en la casa preguntó si habían deshollinado las chimeneas hacía poco. Al parecer, tenía un miedo cerval al fuego. —Y siempre he dicho que las chimeneas de esta casa no son ni de lejos lo bastante altas. Espero que hayan ventilado bien mi cama, Anita. La ropa de cama húmeda es terrible.

Se adueñó del cuarto de invitados de Ingleside —y de paso, de todos los demás cuartos de la casa salvo el de Susan—. Nadie recibió su llegada con delirante alegría. Jem, tras echarle un vistazo, se escabulló a la cocina y le susurró a Susan: —¿Podemos reírnos mientras esté aquí, Susan? A Walter se le llenaron los ojos de lágrimas nada más verla, y hubo que sacarlo de la habitación ignominiosamente. Las gemelas no esperaron a que las sacaran, sino que echaron a correr por su cuenta. Hasta el Camarón, según aseguraba Susan, fue a tener un ataque de nervios al patio trasero. Solo Shirley se mantuvo firme, mirándola sin miedo con sus

redondos ojos castaños desde el seguro fondeadero del regazo y el brazo de Susan. La tía Mary Maria pensó que los niños de Ingleside tenían muy malos modales. Pero ¿qué se podía esperar, con una madre que «escribía para los periódicos» y un padre que los creía perfectos solo porque eran *sus* hijos, y una criada como Susan Baker que nunca conocía su lugar? Pero ella, Mary Maria Blythe, haría lo posible por los nietos del pobre primo John mientras estuviera en Ingleside.

—Su bendición de la mesa es demasiado corta, Gilbert —dijo con desaprobación en su primera comida—. ¿Quiere que la diga yo mientras esté aquí? Sería mejor ejemplo para su familia.

Para gran horror de Susan, Gilbert dijo que sí, y la tía Mary Maria bendijo la mesa en la cena. —Más que una bendición, aquello fue un sermón —resopló Susan sobre sus platos. En su fuero interno, Susan estaba de acuerdo con la descripción que su sobrina hacía de Mary Maria Blythe: «Siempre parece que está oliendo algo malo, tía Susan. No un olor desagradable, sino, sencillamente, un mal olor». Gladys tenía su manera de decir las cosas, reflexionó Susan. Y, sin embargo, para cualquiera menos predispuesta que Susan, la señorita Mary Maria Blythe no era mal parecida para una dama de cincuenta y cinco años. Tenía lo que ella consideraba unos «rasgos aristocráticos», enmarcados por unos rizos grises siempre relamidos que parecían insultar a diario el pequeño moño hirsuto y gris de Susan. Vestía con mucha elegancia, llevaba largos pendientes de azabache y cuellos de rejilla con ballenas altas y a la moda ciñendo su cuello enjuto.

—Al menos, no tenemos por qué avergonzarnos de su aspecto —reflexionó Susan. Pero lo que habría pensado la tía Mary Maria de haber sabido que Susan se consolaba con semejante razonamiento hay que dejarlo a la imaginación.

CAPÍTULO 5

Ana estaba cortando un jarrón de narcisos de junio para su cuarto y otro de las peonías de Susan para el escritorio de Gilbert en la biblioteca —las peonías de un blanco lechoso con motas de un rojo sangre en el corazón, como el beso de un dios—. El aire iba cobrando vida tras el día de junio, inusualmente caluroso, y apenas se podía distinguir si el puerto era de plata o de oro.

—Esta noche va a haber una puesta de sol maravillosa, Susan —dijo, asomándose a la ventana de la cocina al pasar.

—No puedo ponerme a admirar puestas de sol hasta que no tenga los platos fregados, mi querida señora doctora —protestó Susan.

—Para entonces ya se habrá ido, Susan. Mira esa nube blanca enorme que se alza sobre la Hondonada, con la cima de un rosa suave. ¿No te gustaría volar hasta allí y posarte en ella?

Susan tuvo una visión de sí misma volando sobre el Glen, trapo de cocina en mano, hasta aquella nube. No le hizo ninguna gracia. Pero había que ser indulgente con la señora doctora por esos días.

—Hay una especie nueva de bicho, muy dañino, que se está comiendo los rosales —siguió Ana—. Tengo que fumigarlos mañana. Me gustaría hacerlo esta noche —esta es justo la clase de atardecer en que me encanta trabajar en el jardín—. Esta noche todo está creciendo. Espero que haya jardines en el cielo, Susan —jardines en los que podamos trabajar, quiero decir, y ayudar a crecer a las cosas.

—Pero bichos, seguro que no —protestó Susan.

—No-o-o, supongo que no. Pero un jardín ya *terminado* no tendría ninguna gracia, Susan. Una tiene que trabajar el jardín con sus propias manos, o se le escapa su sentido. Quiero arrancar malas hierbas, cavar, trasplantar, cambiar, planear y podar. Y quiero tener en el cielo las flores que amo —prefiero mis propios pensamientos al asfódelo, Susan.

—¿Y por qué no puede pasar la tarde como quiera? —terció Susan, que empezaba a pensar que a la señora doctora se le estaba yendo un poco la cabeza.

—Porque el doctor quiere que le acompañe a dar una vuelta en coche. Va a ver a la pobre señora de John Paxton. Se está muriendo —él no puede hacer ya nada por ella, ya ha hecho todo lo que podía —, pero a ella le gusta que él se pase por allí.

—Bueno, mi querida señora doctora, todos sabemos que por aquí nadie puede morir ni nacer sin él, y hace una noche estupenda para salir en coche. Creo que yo también bajaré a dar una vuelta al pueblo y a reponer la despensa, después de acostar a las gemelas y a Shirley y de abonar a la señora Aaron Ward. No está floreciendo como debería. La señorita Blythe acaba de subir, suspirando a cada paso, diciendo que le está entrando uno de sus dolores de cabeza, así que al menos tendremos un poco de paz y tranquilidad esta tarde.

—Procura que Jem se acueste a buena hora, ¿quieres, Susan? —dijo Ana, alejándose por la tarde, que era como una copa de fragancia derramada—. Está mucho más cansado de lo que él cree. Y nunca quiere irse a la cama. Walter no viene a casa esta noche; Leslie le ha preguntado si puede quedarse a dormir allí.

Jem estaba sentado en los escalones de la puerta lateral, con un pie descalzo cruzado sobre la rodilla, con el ceño fruncido con saña hacia las cosas en general y hacia una luna enorme que asomaba detrás del campanario de la iglesia del Glen en particular. A Jem no le gustaban las lunas tan grandes.

—Cuidado, que se te va a quedar la cara así para siempre —le había dicho la tía Mary Maria al pasar junto a él camino de la casa.

Jem frunció el ceño más negro que nunca. Le daba igual que se le quedara la cara así. Ojalá se le quedara. —Vete y no andes siguiéndome todo el rato —le dijo a Nan, que había salido a hurtadillas hasta donde estaba él después de que papá y mamá se marcharan en el coche.

—¡Cascarrabias! —dijo Nan. Pero antes de irse trotando, dejó en el escalón, a su lado, el león de caramelo rojo que le había traído.

Jem no le hizo caso. Se sentía más maltratado que nunca. No lo trataban bien. Todo el mundo se metía con él. ¿Acaso no le había dicho Nan esa misma mañana: «*Tú* no naciste en Ingleside como los demás»? Di se había comido su conejo de chocolate esa mañana, aunque *sabía* que era su conejo. Hasta Walter lo había abandonado, yéndose a cavar pozos en la arena con Ken y Persis Ford. ¡Menuda diversión! Y él tenía tantísimas ganas de ir con Bertie a ver el tatuaje. Jem estaba seguro de que nunca en su vida había deseado nada tanto. Quería ver aquel maravilloso velero de tres palos que Bertie decía que siempre estaba en la repisa de la chimenea del capitán Bill. Era una injusticia mezquina, eso es lo que era.

Susan le sacó un buen trozo de tarta cubierto de glaseado de arce y nueces, pero: —No, gracias —dijo Jem, impasible. ¿Por qué no le había guardado nada del pan de jengibre con nata? Total, seguro que los demás se lo habían comido todo. ¡Cerdos! Se hundió en un abismo aún más profundo de tristeza. La pandilla ya estaría de camino a la Bocana. No podía soportar la idea. *Tenía* que hacer algo para desquitarse con todos. ¿Y si le abría de un tajo la jirafa de serrín de Di, ahí mismo, sobre la alfombra del salón? Eso pondría furiosa a la vieja Susan —Susan y sus nueces, cuando sabía de sobra que él odiaba las nueces en el glaseado—. ¿Y si iba y le pintaba un bigote a aquel querubín del calendario de su cuarto? Siempre había odiado a aquel querubín gordo, rosado y sonriente, porque se parecía a Sissy Flagg, que había ido contando por todo el colegio

que Jem Blythe era su novio. ¡Suyo! ¡Sissy Flagg! Pero Susan encontraba precioso a aquel querubín.

¿Y si le arrancaba el pelo a la muñeca de Nan? ¿Y si le rompía la nariz a Gog o a Magog, o a los dos? Igual así mamá se daba cuenta de que ya no era ningún bebé. ¡Que esperara a la primavera que viene! Llevaba años y años y años trayéndole flores de mayo — desde que tenía cuatro—, pero el año que viene no pensaba hacerlo. ¡De eso nada!

¿Y si se comía un montón de esas manzanitas verdes del árbol temprano y se ponía bien malo? Igual *eso* los asustaba. ¿Y si no volvía a lavarse detrás de las orejas nunca más? ¿Y si el domingo siguiente le hacía muecas a todo el mundo en la iglesia? ¿Y si le ponía una oruga a la tía Mary Maria —una oruga grande, peluda y rayada—? ¿Y si se escapaba al puerto, se escondía en el barco del capitán David Reese y salía navegando por la mañana rumbo a Sudamérica? ¿A que entonces sí que lo sentirían? ¿Y si no volvía nunca más? ¿Y si se iba a cazar jaguares al Brasil? ¿A que entonces sí que lo sentirían? No, seguro que no. Nadie lo quería. Tenía un agujero en el bolsillo del pantalón. Nadie se lo había cosido. Bueno, a *él* le daba igual. Enseñaría ese agujero a todo el mundo en el Glen y que la gente viera lo desatendido que estaba. Sus agravios se agolparon y lo desbordaron.

Tic-tac... tic-tac... tic-tac..., sonaba el viejo reloj de pared del vestíbulo, que habían traído a Ingleside tras la muerte del abuelo Blythe —un reloj anticuado y pausado, de los tiempos en que el tiempo todavía existía—. Por lo general a Jem le encantaba, pero ahora lo odiaba. Parecía estarse riendo de él. «¡Ja, ja, ya llega la hora de acostarse! Los demás pueden ir a la Bocana, pero tú a la cama. ¡Ja, ja... ja, ja... ja, ja!»

¿*Por qué* tenía que irse a la cama todas las noches? Sí, ¿por qué?

Susan salió camino del Glen y miró con ternura a la pequeña figura rebelde.

—No hace falta que te acuestes hasta que yo vuelva, pequeño Jem —dijo, indulgente.

—¡Esta noche no pienso acostarme! —dijo Jem con fiereza—. Voy a escaparme, eso es lo que voy a hacer, vieja Susan Baker. Voy a ir a tirarme al estanque, vieja Susan Baker.

A Susan no le hacía ninguna gracia que la llamaran vieja, ni siquiera el pequeño Jem. Se alejó a grandes pasos en un silencio sombrío. Al chico *sí* que le hacía falta un poco de disciplina. El Camarón, que la había seguido hasta fuera movido por un anhelo de compañía, se agazapó sobre sus cuartos traseros negros delante de Jem, pero solo consiguió una mirada furibunda por sus molestias. — ¡Fuera de aquí! ¡Sentado ahí sobre el trasero, mirando fijamente como la tía Mary Maria! ¡Largo! ¡Ah, conqué no quieres, eh! ¡Pues toma esto!

Jem le lanzó la carretilla de hojalata de Shirley, que estaba a mano por allí cerca, y el Camarón huyó con un maullido lastimero hasta el santuario del seto de rosal silvestre. ¡Mira eso! ¡Hasta el gato de la familia lo odiaba! ¿Para qué seguir viviendo?

Cogió el león de caramelo. Nan se había comido la cola y casi todos los cuartos traseros, pero seguía siendo bastante león. Bien podía comérselo. Podía ser el último león que comiera en su vida. Para cuando Jem terminó el león y se chupó los dedos, ya había decidido lo que iba a hacer. Era la única cosa que un chico *podía* hacer cuando a un chico no se le permitía hacer *nada*.

CAPÍTULO 6

—¿Por qué demonios está la casa iluminada así? —exclamó Ana cuando ella y Gilbert entraron por la verja a las once de la noche—. Debe de haber venido alguna visita.

Pero no había ninguna visita a la vista cuando Ana entró apresuradamente en la casa. Tampoco se veía a nadie más. Había luz en la cocina, en el salón, en la biblioteca, en el comedor, en el cuarto de Susan y en el vestíbulo de arriba, pero ni rastro de nadie.

—¿Qué te figuras que...? —empezó Ana, pero la interrumpió el timbre del teléfono. Gilbert contestó, escuchó un momento, profirió una exclamación de horror y salió disparado sin dedicarle a Ana ni una mirada. Evidentemente había ocurrido algo terrible y no había tiempo que perder en explicaciones.

Ana estaba acostumbrada a aquello, como debe estarlo la esposa de un hombre que atiende asuntos de vida o muerte. Con un encogimiento de hombros filosófico, se quitó el sombrero y el abrigo. Se sintió un poco molesta con Susan, que de verdad no debería haber salido dejando todas las luces encendidas y todas las puertas de par en par.

—Mi... querida... señora doctora —dijo una voz que no podía ser la de Susan... pero lo era.

Ana se quedó mirando a Susan. Qué Susan aquella: sin sombrero, el pelo gris lleno de briznas de heno, el vestido estampado terriblemente manchado y desteñido. ¡Y su cara!

—¡Susan! ¿Qué ha pasado? ¡Susan!

—El pequeño Jem ha desaparecido.

—¡Desaparecido! —Ana la miró atónita—. ¿Qué quieres decir? ¡No puede haber desaparecido!

—Sí que ha desaparecido —jadeó Susan, retorciéndose las manos—. Estaba en los escalones laterales cuando me fui al Glen. Volví antes de que oscureciera y ya no estaba allí. Al principio no me asusté, pero no conseguía encontrarlo por ninguna parte. He registrado todas las habitaciones de la casa... él dijo que iba a escaparse...

—¡Tonterías! No haría eso, Susan. Te has puesto nerviosa sin necesidad. Tiene que estar en algún sitio, se habrá quedado dormido, *tiene* que andar por aquí cerca.

—He mirado por todas partes... por todas partes. He registrado hasta el último rincón de la finca y las dependencias. Mire mi vestido. Me acordé de que él siempre decía que sería divertidísimo dormir en el pajar, así que fui allí y me caí por ese agujero del rincón dentro de uno de los pesebres del establo, y aterricé sobre un nido de huevos. Es un milagro que no me haya roto una pierna, si es que puede hablarse de milagros cuando el pequeño Jem está perdido.

Ana seguía negándose a alterarse.

—¿Crees que después de todo se habrá ido a la Bocana con los chicos, Susan? Nunca antes ha desobedecido una orden, pero...

—No, no lo hizo, mi querida señora doctora, el corderito no desobedeció. Corrí a casa de los Drew en cuanto hube buscado por todas partes, y Bertie Shakespeare acababa de llegar. Dijo que Jem no se había ido con ellos. Sentí que se me caía el alma a los pies. Usted me lo había confiado a mí, y... telefoneé a los Paxton, y dijeron que habían estado ustedes allí y que se habían ido sin decir adónde.

—Fuimos en coche a Lowbridge, a visitar a los Parker...

—Telefoneé a todos los sitios donde pensé que podrían estar. Luego volví al pueblo, los hombres han salido a buscarlo...

—Ay, Susan, ¿era necesario eso?

—Mi querida señora doctora, había buscado por todas partes... por todas partes donde ese niño pudiera estar. ¡Ay, lo que he pasado esta noche! Y *dijo* que iba a tirarse al estanque...

A su pesar, un extraño escalofrío recorrió a Ana. Claro que Jem no iba a tirarse al estanque, eso era una tontería, pero había en él una vieja barca que Carter Flagg usaba para pescar truchas, y Jem, en su ánimo desafiante de primera hora de la noche, bien podría haber intentado remar por el estanque con ella —muchas veces había querido hacerlo—, o incluso podría haberse caído al estanque al intentar desatar la barca. De pronto su miedo tomó una forma terrible.

Y no tengo la más remota idea de dónde se habrá metido Gilbert, pensó ella con desesperación.

—¿A qué viene todo este escándalo? —preguntó la tía Mary Maria, apareciendo de pronto en la escalera, con la cabeza rodeada de un halo de rulos y el cuerpo envuelto en una bata bordada con dragones—. ¿Es que una no puede *nunca* dormir tranquila una noche en esta casa?

—El pequeño Jem ha desaparecido —repitió Susan, demasiado presa del terror para ofenderse por el tono de la señorita Blythe—. Su madre me lo confió a mí...

Ana había ido a registrar la casa por sí misma. ¡Jem tenía que estar en algún sitio! No estaba en su cuarto —la cama sin deshacer—; no estaba en el cuarto de las gemelas, ni en el suyo; no estaba... no estaba en ningún lugar de la casa. Ana, tras un peregrinaje del desván al sótano, volvió al salón en un estado que de pronto rayaba en el pánico.

—No quiero ponerla nerviosa, Anita —dijo la tía Mary Maria, bajando la voz de forma escalofriante—, pero ¿ha mirado usted en el

barril del agua de lluvia? El pequeño Jack MacGregor se ahogó en un barril de agua de lluvia en el pueblo el año pasado.

—Yo... yo miré ahí —dijo Susan, retorciéndose de nuevo las manos—. Yo... cogí un palo... y hurgué...

El corazón de Ana, que se había detenido ante la pregunta de la tía Mary Maria, reanudó su labor. Susan se recompuso y dejó de retorcerse las manos. Había recordado demasiado tarde que a la señora doctora no había que disgustarla.

—Calmémonos y actuemos unidas —dijo con voz temblorosa—. Como usted dice, mi querida señora doctora, *tiene* que estar en algún sitio. No *puede* haberse disuelto en el aire.

—¿Ha mirado usted en el carbonero? ¿Y en el reloj? —preguntó la tía Mary Maria.

Susan *sí* había mirado en el carbonero, pero a nadie se le había ocurrido pensar en el reloj. Era lo bastante grande para que un niño pequeño se escondiera dentro. Ana, sin pararse a considerar lo absurdo de suponer que Jem hubiera podido agazaparse allí durante cuatro horas, corrió hacia él. Pero Jem no estaba en el reloj.

—Tuve el *presentimiento* de que algo iba a pasar cuando me acosté esta noche —dijo la tía Mary Maria, presionándose las sienes con ambas manos—. Cuando leí mi capítulo nocturno de la Biblia, las palabras «no sabes qué dará de sí el día» parecieron destacarse de la página, como si tal cosa. Fue una señal. Más le vale prepararse para lo peor, Anita. Puede que se haya adentrado en el pantano. Es una lástima que no tengamos un par de sabuesos.

Con un esfuerzo terrible, Ana logró esbozar una risa.

—Me temo que no hay ninguno en la Isla, tía. Si tuviéramos al viejo setter de Gilbert, Rex, el que murió envenenado, enseguida encontraría a Jem. Estoy segura de que nos estamos alarmando todos por nada...

—Tommy Spencer, de Carmody, desapareció misteriosamente hace cuarenta años y nunca lo encontraron... ¿o sí lo encontraron? Bueno,

si fue así, solo fue su esqueleto. Esto no es cosa de risa, Anita. No sé cómo puede usted tomárselo con tanta calma.

El teléfono sonó. Ana y Susan se miraron.

—No puedo... no *puedo* ir al teléfono, Susan —dijo Ana en un susurro.

—Yo tampoco puedo —dijo Susan con firmeza. Se odiaría el resto de sus días por mostrar semejante debilidad delante de Mary Maria Blythe, pero no pudo evitarlo. Dos horas de búsqueda aterrada y de imaginaciones desbocadas habían dejado a Susan hecha un guiñapo.

La tía Mary Maria se dirigió con paso airado al teléfono y descolgó el auricular; sus rulos proyectaban en la pared una silueta con cuernos que, pensó Susan pese a su angustia, se parecía al mismísimo diablo.

—Carter Flagg dice que han buscado por todas partes pero que todavía no han encontrado ni rastro de él —informó la tía Mary Maria con frialdad—. Pero dice que la barca está en medio del estanque sin nadie dentro, por lo que han podido comprobar. Van a dragar el estanque.

Susan sujetó a Ana justo a tiempo.

—No... no, no voy a desmayarme, Susan —dijo Ana con los labios blancos—. Ayúdame a llegar a una silla... gracias. *Tenemos* que encontrar a Gilbert...

—Si James se ha ahogado, Anita, debe usted recordarse a sí misma que se ha librado de muchos disgustos en este mundo tan mísero —dijo la tía Mary Maria a modo de mayor consuelo.

—Voy a coger el farol y a registrar los terrenos otra vez —dijo Ana en cuanto pudo ponerse en pie—. Sí, ya sé que tú lo hiciste, Susan, pero déjame... déjame. No *puedo* quedarme sentada esperando.

—Entonces tiene que ponerse un jersey, mi querida señora doctora. Está cayendo mucho relente y el aire está húmedo. Le

traeré el rojo, está colgado de una silla en el cuarto de los niños. Espere aquí hasta que se lo traiga.

Susan subió apresuradamente las escaleras. Pocos momentos después, algo que solo se podía describir como un chillido resonó por todo Ingleside. Ana y la tía Mary Maria subieron corriendo y encontraron a Susan riendo y llorando en el vestíbulo, más cerca de la histeria de lo que Susan Baker había estado nunca en su vida ni volvería a estar jamás.

—¡Mi querida señora doctora, está ahí! El pequeño Jem está ahí, dormido en el asiento de la ventana, detrás de la puerta. Nunca miré ahí, la puerta lo tapaba, y cuando no estaba en su cama...

Ana, débil de puro alivio y alegría, entró a duras penas en el cuarto y cayó de rodillas junto al asiento de la ventana. Dentro de un rato, ella y Susan se reirían de su propia insensatez, pero por ahora solo había lugar para lágrimas de gratitud. El pequeño Jem dormía profundamente en el asiento de la ventana, tapado con una manta de ganchillo, su osito de peluche desgastado entre sus manitas tostadas por el sol, y un indulgente Camarón tumbado sobre sus piernas. Sus rizos pelirrojos caían sobre el cojín. Parecía estar teniendo un sueño agradable y Ana no tenía intención de despertarlo. Pero de pronto abrió los ojos, como dos estrellas color avellana, y la miró.

—Jem, cariño, ¿por qué no estás en tu cama? Nos... nos hemos alarmado un poco, no te encontrábamos por ningún sitio, y nunca se nos ocurrió mirar aquí...

—Quería tumbarme aquí porque así podía veros a ti y a papá entrar por la verja cuando volvierais a casa. Me sentía tan solo que tuve que meterme en la cama.

Mamá lo cogía en brazos y lo llevaba a su propia cama. Qué agradable era que lo besaran, sentir cómo le remetía las sábanas con esas palmaditas cariñosas que le daban tal sensación de sentirse querido. ¿A quién le importaba ya ver una vieja serpiente tatuada? Mamá era tan buena, la madre más buena que nadie había tenido

jamás. En el Glen todos llamaban a la madre de Bertie Shakespeare «la señora Nata de Segunda» porque era muy tacaña, y él sabía — porque lo había visto— que le daba bofetadas a Bertie por la menor tontería.

—Mami —dijo él, adormilado—, claro que te traeré flores de mayo la próxima primavera, todas las primaveras. Puedes contar conmigo.

—Claro que puedo, cariño —dijo mamá.

—Bueno, ya que a todo el mundo se le ha pasado el ataque de nervios, supongo que podemos respirar tranquilos y volver a la cama —dijo la tía Mary Maria. Pero había en su tono un cierto alivio agrio.

—Ha sido una tontería por mi parte no acordarme del asiento de la ventana —dijo Ana—. La broma es a costa nuestra, y el doctor no nos dejará olvidarlo, puedes estar segura. Susan, llama al señor Flagg, por favor, y dile que hemos encontrado a Jem.

—Y menuda risa se va a echar él a mi costa —dijo Susan, feliz—. No es que me importe: que se ría todo lo que quiera, ahora que el pequeño Jem está a salvo.

—Me vendría bien una taza de té —suspiró la tía Mary Maria con voz quejumbrosa, ciñéndose los dragones alrededor de su cuerpo enjuto.

—Se lo traigo en un santiamén —dijo Susan con brío—. A todos nos sentará bien y nos animará. Mi querida señora doctora, cuando Carter Flagg se enteró de que el pequeño Jem estaba a salvo, dijo: «Gracias a Dios». No volveré a decir una palabra en contra de ese hombre, sean cuales sean sus precios. Y ¿no cree que podríamos tener pollo para cenar mañana, mi querida señora doctora? A modo de pequeña celebración, por así decirlo. Y el pequeño Jem tendrá sus magdalenas favoritas para desayunar.

Hubo otra llamada de teléfono, esta vez de Gilbert, para decir que estaba llevando a un bebé gravemente quemado desde Harbour Head hasta el hospital de la ciudad, y que no lo esperasen hasta la mañana.

Ana se asomó a la ventana para dirigir al mundo, antes de acostarse, una mirada de buenas noches llena de gratitud. Un viento fresco soplaba desde el mar. Una especie de arrobamiento a la luz de la luna recorría los árboles de la Hondonada. Ana hasta pudo reírse —con un temblor por debajo de la risa— de su pánico de una hora antes, de las sugerencias absurdas de la tía Mary Maria y de sus recuerdos macabros. Su hijo estaba a salvo; Gilbert andaba en algún sitio luchando por salvar la vida de otro niño... *Dios querido, ayúdale a él y ayuda a la madre, ayuda a todas las madres del mundo. Necesitamos tanta ayuda, con esos corazones y esas mentes pequeñas, sensibles y cariñosas que nos miran buscando guía, amor y comprensión.*

La noche amiga y envolvente tomó posesión de Ingleside, y todos, incluso Susan —que más bien sentía deseos de meterse en algún agujero tranquilo y taparlo tras de sí—, se durmieron bajo su techo protector.

CAPÍTULO 7

—Tendrá compañía de sobra: no se aburrirá; están nuestros cuatro, y además nos están visitando mi sobrina y mi sobrino de Montreal. Lo que no se le ocurre a uno, se le ocurre a otro.

La grande, rolliza y jovial señora doctora Parker le sonrió a Walter con toda su efusión, y él le devolvió la sonrisa con cierta reserva. No estaba del todo seguro de que le gustase la señora Parker, a pesar de sus sonrisas y su jovialidad: había demasiado de ella, de alguna manera. Al doctor Parker sí lo apreciaba. En cuanto a «nuestros cuatro» y a la sobrina y el sobrino de Montreal, Walter no los había visto nunca. Lowbridge, donde vivían los Parker, estaba a unos diez kilómetros del Glen, y Walter nunca había estado allí, aunque el doctor y la señora Parker y el doctor y la señora Blythe se visitaban con frecuencia. El doctor Parker y papá eran grandes amigos, aunque a Walter, de cuando en cuando, le parecía que mamá habría podido pasar muy bien sin la señora Parker. Incluso a los seis años, Walter —como bien sabía Ana— era capaz de ver cosas que otros niños no veían.

Walter tampoco estaba seguro de querer ir de verdad a Lowbridge. Algunas visitas eran estupendas. Un viaje a Avonlea, por ejemplo... iese sí que era divertido! Y una noche con Kenneth Ford en la vieja casa de ensueño era aún más divertido, aunque aquello no podía llamarse propiamente una visita, porque la casa de ensueño siempre había sido como un segundo hogar para los pequeños de Ingleside. Pero ir a Lowbridge dos semanas enteras, entre desconocidos, era muy distinto. Sin embargo, parecía cosa

decidida. Por alguna razón que Walter intuía sin llegar a entender, papá y mami estaban encantados con el plan. ¿Es que querían librarse de *todos* sus hijos?, se preguntó Walter, entre triste e inquieto. Jem estaba fuera, pues lo habían llevado a Avonlea dos días antes, y él había oído a Susan hacer comentarios misteriosos sobre «mandar a las gemelas a casa de la señora Marshall Elliott cuando llegara el momento». ¿Qué momento? La tía Mary Maria parecía muy sombría por algo, y se le había oído decir que «ojalá aquello ya hubiera pasado». ¿El qué había de pasar? Walter no tenía ni idea. Pero había algo raro en el ambiente de Ingleside.

—Mañana lo llevo yo —dijo Gilbert.

—Los pequeños estarán deseando que llegue —dijo la señora Parker.

—Es usted muy amable, de verdad —dijo Ana.

—Todo es para bien, sin duda —le dijo Susan al Camarón, sombría, en la cocina.

—Ha sido muy considerado por parte de la señora Parker quitarnos a Walter de encima, Anita —dijo la tía Mary Maria cuando los Parker se hubieron marchado—. Me ha dicho que le ha tomado mucho cariño. La gente *coge* unas manías tan raras, ¿verdad? En fin, quizá ahora, durante dos semanas por lo menos, pueda entrar en el cuarto de baño sin pisar un pez muerto.

—¿Un pez muerto, tía? No irá usted a decir...

—Digo exactamente lo que digo, Anita. Siempre lo digo. ¡Un pez muerto! ¿Ha pisado *usted* alguna vez un pez muerto con los pies descalzos?

—No-o... pero cómo...

—Walter pescó una trucha anoche y la metió en la bañera para tenerla viva, mi querida señora doctora —dijo Susan como quien no quiere la cosa—. Si se hubiera quedado allí no habría pasado nada, pero de algún modo se salió y murió por la noche. Claro que, si una se empeña en andar descalza...

—Tengo por norma no discutir nunca con nadie —dijo la tía Mary Maria, levantándose y saliendo de la habitación.

—Yo sí que estoy decidida a no dejar que me saque de mis casillas a *mí*, mi querida señora doctora —dijo Susan.

—Ay, Susan, la verdad es que me está *crispando* un poco los nervios, pero claro que no me importará tanto en cuanto todo esto pase, y debe de ser horrible pisar un pez muerto...

—¿No es mejor un pez muerto que uno vivo, mami? Un pez muerto no se retorcería —dijo Di.

Ya que la verdad debe decirse cueste lo que cueste, hay que admitir que tanto el ama como la criada de Ingleside se echaron a reír por lo bajo.

Así quedó la cosa. Pero aquella noche Ana le confesó a Gilbert que se preguntaba si Walter sería feliz del todo en Lowbridge.

—Es tan sensible y tan imaginativo —dijo ella con aire melancólico.

—Demasiado sensible —dijo Gilbert, cansado tras haber traído al mundo, por citar a Susan, tres niños ese día—. Vamos, Ana, creo que ese chico tiene miedo de subir las escaleras a oscuras. Le vendrá de perlas convivir unos días con la chiquillería de los Parker, a las duras y a las maduras. Volverá a casa hecho otro niño.

Ana no dijo nada más. Sin duda Gilbert tenía razón. Walter estaba solo sin Jem, y, en vista de lo ocurrido cuando nació Shirley, más valía que Susan tuviera entre manos lo menos posible aparte de llevar la casa y aguantar a la tía Mary Maria, cuyas dos semanas ya se habían alargado a cuatro.

Walter yacía despierto en la cama, tratando de escapar del pensamiento obsesivo de que al día siguiente tenía que irse, dando rienda suelta a la fantasía. Walter tenía una imaginación muy viva. Para él era un gran corcel blanco, como el del cuadro de la pared, en el que podía galopar hacia delante o hacia atrás en el tiempo y en el espacio. La Noche iba cayendo —la Noche, como un ángel alto y

oscuro, de alas de murciélago, que vivía en el bosque del señor Andrew Taylor, en la colina del sur—. A veces Walter la recibía con gusto, a veces se la imaginaba con tal viveza que le entraba miedo de ella. Walter dramatizaba y personificaba todo lo que había en su pequeño mundo: el Viento que le contaba historias por la noche, la Escarcha que mordía las flores del jardín, el Rocío que caía tan plateado y silencioso, la Luna, que estaba seguro de poder atrapar si tan solo llegara a la cima de aquella lejana colina púrpura, la Niebla que venía del mar, el propio y gran Mar, siempre cambiante y nunca cambiado, la oscura y misteriosa Marea. Para Walter, todos ellos eran seres vivos. Ingleside, la Hondonada, la arboleda de arces, la Marisma y la orilla del puerto estaban llenos de elfos, kelpies, dríades, sirenas y trasgos. El gato negro de escayola de la repisa de la biblioteca era una bruja de cuento de hadas. Cobraba vida por la noche y rondaba la casa, crecido hasta un tamaño descomunal. Walter escondió la cabeza bajo las mantas y se estremeció. Siempre acababa asustándose con sus propias fantasías.

Quizá la tía Mary Maria tuviera razón cuando decía que era «demasiado nervioso y excitable», aunque Susan no se lo perdonaría jamás. Quizá la tía Kitty MacGregor, de Upper Glen, de quien se decía que tenía «el don de la videncia», tuviera razón cuando, tras clavar una mirada profunda en los ojos grises humo y de largas pestañas de Walter, dijo que «tenía metida un alma vieja en cuerpo joven». Podía ser que aquella alma vieja supiera demasiado para que el cerebro joven llegara siempre a entenderlo.

A Walter le dijeron por la mañana que papá lo llevaría a Lowbridge después de comer. No dijo nada, pero durante la comida se le hizo un nudo en la garganta y bajó los ojos deprisa para ocultar un repentino velo de lágrimas. No lo bastante deprisa, sin embargo.

—¿No irás a *llorar*, Walter? —dijo la tía Mary Maria, como si un chiquillo de seis años quedara deshonorado para siempre por llorar—. Si hay algo que de verdad *detesto* es a un llorica. Y no te has comido la carne.

—Toda menos la grasa —dijo Walter, parpadeando con valentía pero sin atreverse aún a levantar la vista—. No me gusta la grasa.

—Cuando *yo* era niña —dijo la tía Mary Maria—, no me estaba permitido tener gustos ni manías. En fin, la señora doctora Parker probablemente te curará de alguna de las tuyas. Era una Winter, creo... ¿o era una Clark?... no, debía de ser una Campbell. Pero los Winter y los Campbell están cortados por el mismo patrón, y no aguantan tonterías.

—Ay, por favor, tía Mary Maria, no asuste usted a Walter con lo de su visita a Lowbridge —dijo Ana, con una chispa que empezaba a prenderle muy dentro de los ojos.

—Lo siento, Anita —dijo la tía Mary Maria con gran humildad—. Debería haber recordado, claro está, que *yo* no tengo ningún derecho a intentar enseñarles *nada* a sus hijos.

—Mal rayo la parta —masculó Susan mientras salía a buscar el postre: el pudín de la Reina, el favorito de Walter.

Ana se sintió terriblemente culpable. Gilbert le había lanzado una mirada un tanto reprobadora, como dando a entender que podría haber tenido más paciencia con una pobre anciana solitaria.

El propio Gilbert se sentía algo pachucho. La verdad, como todos sabían, era que había trabajado muchísimo todo el verano, y quizá la tía Mary Maria le suponía más carga de la que él mismo estaba dispuesto a admitir. Ana decidió que, en otoño, si todo iba bien, lo mandaría por las buenas o por las malas a pasar un mes cazando agachadizas en Nueva Escocia.

—¿Qué tal el té? —le preguntó a la tía Mary Maria, arrepentida.

La tía Mary Maria apretó los labios.

—Demasiado flojo. Pero no importa. ¿A quién le importa si una pobre anciana toma el té a su gusto o no? Aunque hay quien opina que soy muy buena compañía.

Fuera cual fuese la conexión entre las dos frases de la tía Mary Maria, Ana sintió que en aquel momento no estaba para andar buscándola. Se había puesto muy pálida.

—Creo que subiré a tumbarme un rato —dijo con voz algo desfallecida, levantándose de la mesa—. Y creo, Gilbert, que sería mejor que no te entretuvieras mucho en Lowbridge; y ya que estás, llama a la señorita Carson.

Se despidió de Walter con un beso bastante distraído y apresurado, como si en realidad no estuviera pensando en él en absoluto. Walter *no pensaba* llorar. La tía Mary Maria lo besó en la frente —a Walter le repugnaba que lo besaran en la frente con los labios húmedos— y dijo:

—Vigila tus modales en la mesa en Lowbridge, Walter. Cuida de no ser goloso. Si lo eres, vendrá un Hombre Negro Grande con un saco negro grande a meter dentro a los niños traviesos.

Quizá fue una suerte que Gilbert hubiera salido a enganchar a Grey Tom y no oyera aquello. Él y Ana siempre habían procurado no asustar nunca a sus hijos con esas ideas, ni permitir que nadie más lo hiciera. Susan sí lo oyó mientras recogía la mesa, y la tía Mary Maria nunca supo lo cerca que estuvo de recibir la salsera y su contenido en la cabeza.

CAPÍTULO 8

Por lo general, a Walter le encantaba salir de paseo con papá. Amaba la belleza, y los caminos de los alrededores de Glen St. Mary eran hermosos. El camino a Lowbridge era una doble cinta de ranúnculos danzarines, bordeada aquí y allá por el verde festoneado de algún bosquecillo tentador. Pero aquel día papá no parecía tener ganas de hablar, y llevó a Grey Tom a un paso como Walter no recordaba haberle visto llevar nunca. Cuando llegaron a Lowbridge, le dijo unas palabras apresuradas a la señora Parker, aparte, y se marchó a toda prisa sin despedirse de Walter. A Walter le costó otra vez un mundo no echarse a llorar. Estaba clarísimo que nadie lo quería. Mamá y papá antes sí lo querían, pero ya no.

La casa grande y desordenada de los Parker, en Lowbridge, no le pareció a Walter nada acogedora. Aunque quizá ninguna casa se lo hubiera parecido en ese momento. La señora Parker lo llevó al patio de atrás, de donde llegaban gritos y risas a voz en cuello, y lo presentó a los niños que parecían llenarlo por completo. Luego volvió enseguida a su costura, dejándolos «para que se conocieran solos», un método que funcionaba muy bien nueve de cada diez veces. Quizá no se le pudiera reprochar no haber previsto que el pequeño Walter Blythe sería la décima. Le tenía cariño: sus propios hijos eran unos chiquillos alegres; Fred y Opal tendían a darse aires de Montreal, pero ella estaba bien segura de que no serían crueles con nadie. Todo iría sobre ruedas. Se alegraba mucho de poder ayudar a «la pobre Ana Blythe», aunque solo fuera quitándole de encima a uno de sus hijos. La señora Parker esperaba que «todo

saliera bien». Las amistades de Ana estaban bastante más preocupadas por ella que ella misma, y se recordaban unas a otras lo que había pasado cuando nació Shirley.

Un silencio repentino cayó sobre el patio de atrás, un patio que se prolongaba en un gran huerto de manzanos frondoso. Walter se quedó mirando, grave y tímido, a los niños Parker y a sus primos Johnson, venidos de Montreal. Bill Parker tenía diez años, un chiquillo coloradote y de cara redonda que había «salido» a su madre y le parecía a Walter muy mayor y muy grande. Andy Parker tenía nueve, y cualquier niño de Lowbridge le habría dicho que era «el Parker malo», apodado «Cerdo» y con motivos de sobra. A Walter no le gustó su aspecto desde el primer momento: sus cerdas rubias cortadas al rape, su cara pecosa de trasgo, sus ojos azules y saltones. Fred Johnson tenía la edad de Bill, y Walter tampoco le tomó simpatía, aunque era un chico apuesto, de rizos leonados y ojos negros. Su hermana Opal, de nueve años, también tenía rizos y ojos negros, unos ojos negros y chispeantes. Estaba de pie con el brazo alrededor de Cora Parker, de pelo pajizo y ocho años, y las dos miraron a Walter de arriba abajo con aire condescendiente. De no haber sido por Alice Parker, es muy posible que Walter se hubiera dado media vuelta y hubiera echado a correr.

Alice tenía siete años; Alice tenía las ondas más preciosas de rizos dorados por toda la cabeza; Alice tenía los ojos tan azules y dulces como las violetas de la Hondonada; Alice tenía las mejillas sonrosadas y con hoyuelos; Alice llevaba un vestidito amarillo con volantes que la hacía parecer un ranúnculo bailando; Alice le sonrió como si lo conociera de toda la vida; Alice era una amiga.

Fred abrió la conversación.

—Hola, chaval —dijo con aire de superioridad.

Walter notó al instante la condescendencia y se replegó en sí mismo.

—Me llamo Walter —dijo, vocalizando bien.

Fred se volvió hacia los demás con un asombro bien fingido. ¡Ya le enseñaría *él* a ese paleta de pueblo!

—Dice que se llama *Walter* —le contó a Bill, torciendo la boca con guasa.

—Dice que se llama *Walter* —le repitió Bill a Opal.

—Dice que se llama *Walter* —le dijo Opal a Andy, encantada.

—Dice que se llama *Walter* —le dijo Andy a Cora.

—Dice que se llama *Walter* —le soltó Cora a Alice entre risitas.

Alice no dijo nada. Se limitó a mirar a Walter con admiración, y aquella mirada le dio fuerzas para aguantar cuando todos los demás corearon a la vez: «¡Dice que se llama *Walter*!», y estallaron en carcajadas burlonas.

«¡Qué bien se lo están pasando estos angelitos!», pensó la señora Parker con satisfacción, sin dejar de sacar brillo a la plata.

—He oído a mamá decir que tú crees en las hadas —dijo Andy, con una mueca socarrona.

Walter lo miró de frente, sin inmutarse. No pensaba dejarse avasallar delante de Alice.

—Sí que *hay* hadas —dijo con firmeza.

—Que no hay —dijo Andy.

—Que *sí* hay —dijo Walter.

—Dice que hay *hadas* —le dijo Andy a Fred.

—Dice que hay *hadas* —le dijo Fred a Bill... y volvieron a repetir toda la cantinela.

Aquello era una tortura para Walter, que nunca se había visto objeto de burlas y no sabía encajarlas. Se mordió los labios para contener las lágrimas. No debía llorar delante de Alice.

—¿Qué te parecería que te pellizcáramos hasta dejarte todo amoratado? —preguntó Andy, que ya había decidido que Walter era

un blandengue y que sería muy divertido meterse con él.

—¡Cerdo, cállate! —ordenó Alice, terrible, muy terrible, aunque en voz muy baja, muy dulce y muy suave. Había algo en su tono que ni siquiera Andy se atrevió a desafiar.

—Pues claro que no iba en serio —masculló, avergonzado.

El viento cambió un poco a favor de Walter, y jugaron un rato al pilla-pilla en el huerto sin mayores incidentes. Pero cuando entraron en tropel y con gran alboroto a cenar, la morriña volvió a abatirse sobre Walter. Fue tan terrible que por un instante espantoso temió echarse a llorar delante de todos, incluso delante de Alice, aunque ella le dio, al sentarse, un codazo tan amistoso que lo ayudó a sobreponerse. Pero no pudo comer nada, sencillamente no pudo. La señora Parker, cuyos métodos tenían desde luego algo que decir a su favor, no se preocupó por ello, concluyendo tranquilamente que por la mañana tendría mejor apetito, y los demás estaban demasiado ocupados comiendo y charlando para prestarle mucha atención.

Walter no entendía por qué toda la familia se gritaba de aquel modo, ignorante de que todavía no habían tenido tiempo de perder la costumbre desde la reciente muerte de una abuela muy sorda y muy susceptible. El ruido le daba dolor de cabeza. Ay, en casa, a esa hora, también estarían cenando. Mamá sonreiría desde la cabecera de la mesa, papá bromearía con las gemelas, Susan estaría echando nata en el tazón de leche de Shirley, Nan le pasaría bocaditos a escondidas al Camarón. Hasta la tía Mary Maria, como parte del círculo familiar, parecía de pronto revestida de un resplandor suave y entrañable. ¿Quién habría tocado el gong chino para la cena? Le tocaba a él esa semana, y Jem estaba fuera. ¡Si al menos pudiera encontrar un sitio donde llorar! Pero en Lowbridge no parecía haber ningún lugar donde uno pudiera permitirse las lágrimas. Además... estaba Alice. Walter se bebió de un trago un vaso entero de agua helada y comprobó que le ayudaba.

—Nuestro gato tiene ataques —dijo Andy de pronto, dándole una patada por debajo de la mesa.

—El nuestro también —dijo Walter. El Camarón había tenido dos ataques. Y no estaba dispuesto a que los gatos de Lowbridge quedaran por encima de los de Ingleside.

—Apuesto a que nuestro gato tiene ataques más gordos que el vuestro —se burló Andy.

—Apuesto a que no —replicó Walter.

—Vamos, vamos, nada de discutir por los gatos —dijo la señora Parker, que quería una tarde tranquila para escribir su ponencia del Instituto sobre «Los niños incomprensidos»—. Salid a jugar. Pronto será la hora de acostarse.

¡La hora de acostarse! Walter se dio cuenta de pronto de que tenía que pasar allí toda la noche, muchas noches, dos semanas de noches. Era espantoso. Salió al huerto con los puños apretados y se encontró a Bill y Andy enzarzados en una pelea furiosa sobre la hierba, dándose patadas, arañazos y gritos.

—¡Dame la manzana con gusano, Bill Parker! —aullaba Andy—. ¡Te voy a enseñar a darme manzanas con gusanos! ¡Te voy a arrancar las orejas de un mordisco!

Peleas de ese tipo eran el pan de cada día entre los Parker. La señora Parker sostenía que a los chicos no les hacía ningún daño pelearse. Decía que así soltaban mucha rabia acumulada y que después quedaban tan amigos como siempre. Pero Walter nunca había visto pelear a nadie y se quedó horrorizado.

Fred los animaba a gritos, Opal y Cora se reían, pero a Alice se le habían saltado las lágrimas. Walter no pudo soportarlo. Se lanzó entre los contendientes, que se habían separado un momento para tomar aliento antes de volver a la carga.

—Dejad de pelear —dijo Walter—. Estáis asustando a Alice.

Bill y Andy lo miraron atónitos un momento, hasta que cayeron en la gracia que tenía que aquel crío se metiera en su pelea. Los dos rompieron a reír, y Bill le dio una palmada en la espalda.

—Este tiene agallas, chicos —dijo—. Con el tiempo, si lo dejáis crecer, va a ser un chico como Dios manda. Toma una manzana... y esta sin gusano.

Alice se secó las lágrimas de sus mejillas sonrosadas y suaves y miró a Walter con tanta devoción que a Fred no le gustó nada. Claro que Alice no era más que una cría, pero ni siquiera las crías tenían por qué mirar con devoción a otros chicos cuando él, Fred Johnson, de Montreal, andaba cerca. Había que remediar aquello. Fred había entrado en la casa y había oído a la tía Jen, que estaba hablando por teléfono, decirle algo al tío Dick.

—Tu madre está fatal de enferma —le dijo a Walter.

—¡No... no es verdad! —gritó Walter.

—Que sí, que es verdad. He oído a la tía Jen decírselo al tío Dick... —Fred había oído decir a su tía «Ana Blythe está enferma», y le hacía gracia añadirle lo de «fatal»—. Seguro que se muere antes de que vuelvas a casa.

Walter miró a su alrededor con ojos angustiados. Alice volvió a ponerse de su lado, y los demás volvieron a agruparse bajo la bandera de Fred. Notaban algo distinto en aquel niño moreno y apuesto; sentían el impulso de meterse con él.

—Si está enferma —dijo Walter—, papá la curará.

¡Claro que la curaría, tenía que curarla!

—Me temo que eso va a ser imposible —dijo Fred, poniendo cara larga pero guiñándole el ojo a Andy.

—Para papá no hay nada imposible —insistió Walter, leal.

—Pues Russ Carter se fue a Charlottetown solo un día, el verano pasado, y cuando volvió su madre estaba más muerta que un clavo —dijo Bill.

—Y enterrada —añadió Andy, pensando en dar un toque dramático de más; que fuera cierto o no le traía sin cuidado—. Russ

se puso furioso por haberse perdido el entierro... los entierros son la mar de divertidos.

—Y yo no he visto un entierro en mi vida —dijo Opal con pena.

—Bueno, ya tendrás muchas ocasiones —dijo Andy—. Pero mira, ni siquiera papá pudo mantener viva a la señora Carter, y eso que es mucho mejor médico que *tu* padre.

—Que no...

—Que sí, y además mucho más guapo...

—Que no...

—*Siempre* pasa algo cuando uno se va de casa —dijo Opal—. ¿Qué te parecería encontrarte con que Ingleside se ha quemado cuando vuelvas?

—Si tu madre se muere, seguro que a los niños os separan a todos —dijo Cora, animadamente—. A lo mejor vienes a vivir aquí.

—Sí... ven —dijo Alice con dulzura.

—Bah, su padre querrá quedárselos —dijo Bill—. Se volverá a casar enseguida. Aunque a lo mejor su padre también se muere. Le oí decir a papá que el doctor Blythe se estaba matando a trabajar. Mirad cómo se nos queda mirando. Tienes ojos de niña, chaval... ojos de niña... ojos de niña.

—Bah, cállate ya —dijo Opal, cansada de pronto del juego—. No lo estás engañando. Sabe de sobra que solo os estáis metiendo con él. Vámonos al Parque a ver el partido de béisbol. Walter y Alice pueden quedarse aquí. No podemos andar con niños pegados a los talones a todas horas.

A Walter no le disgustó verlos marchar. Por lo visto, a Alice tampoco. Se sentaron en un tronco de manzano y se miraron, tímidos y contentos.

—Te voy a enseñar a jugar a las tabas —dijo Alice—, y te voy a prestar mi canguro de peluche.

Cuando llegó la hora de acostarse, a Walter lo metieron solo en el cuartito del pasillo. La señora Parker, atenta, le dejó una vela y un edredón calentito, porque aquella noche de julio hacía un frío fuera de lo normal, como a veces ocurre incluso en una noche de verano en las Marítimas. Casi parecía que fuera a helar.

Pero Walter no lograba dormirse, ni siquiera con el canguro de peluche de Alice apretado contra la mejilla. ¡Ay, si estuviera en su propio cuarto, en casa, donde la ventana grande daba al Glen y la ventanita, con su propio tejadillo, daba al pino silvestre! Mamá entraría a leerle poesía con su voz preciosa...

—Soy un chico mayor... no voy a llorar... no voy a-a-a-a llorar... — Las lágrimas llegaron de todos modos. ¿De qué servía un canguro de peluche? Le parecía que hacía años que se había ido de casa.

Al poco rato, los demás niños volvieron del Parque y se agolparon amistosamente en el cuarto para sentarse en la cama y comer manzanas.

—Has estado llorando, nene —se burló Andy—. No eres más que una niñita mimada. ¡El Ojito Derecho de mamá!

—Toma, dale un mordisco —dijo Bill, ofreciéndole una manzana medio roída—. Y ámate. No me extrañaría que tu madre se pusiera bien, si tiene buena constitución, claro. Papá dice que la señora Stephen Flagg se habría muerto hace años si no hubiera tenido buena constitución. ¿Tu madre tiene?

—Claro que tiene —dijo Walter. No tenía ni idea de qué era una constitución, pero si la señora Stephen Flagg tenía una, mamá también debía de tenerla.

—La señora Ab Sawyer murió la semana pasada, y la madre de Sam Clark, la semana anterior —dijo Andy.

—Murieron de noche —dijo Cora—. Mamá dice que la mayoría de la gente se muere de noche. Espero no morirme *yo* así. ¡Imagínate ir al Cielo en camisón!

—¡Niños! ¡Niños! A la cama todos —llamó la señora Parker.

Los chicos se fueron, no sin antes fingir que ahogaban a Walter con una toalla. Al fin y al cabo, el chaval les caía bastante bien. Walter agarró la mano de Opal cuando esta se daba la vuelta.

—Opal, no es verdad que mamá esté enferma, ¿a que no? —susurró en tono suplicante. No podía soportar quedarse a solas con su miedo.

Opal «no tenía mal corazón», como decía la señora Parker, pero no podía resistirse a la emoción de dar malas noticias.

—*Sí* que está enferma. Lo dice la tía Jen... me dijo que no te lo contara. Pero me parece que deberías saberlo. A lo mejor tiene un cáncer.

—¿*Todo el mundo* tiene que morirse, Opal? —Aquella era una idea nueva y espantosa para Walter, que nunca había pensado antes en la muerte.

—Pues claro, tonto. Solo que en realidad no se mueren, se van al Cielo —dijo Opal, animada.

—No todos —dijo Andy, que escuchaba tras la puerta, en un susurro que se oía perfectamente.

—¿El Cielo... el Cielo está más lejos que Charlottetown? —preguntó Walter.

Opal soltó una risotada aguda.

—¡Vaya, qué chico más raro *eres*! El Cielo está a millones de kilómetros. Pero te voy a decir lo que tienes que hacer: reza. Rezar funciona. Una vez perdí diez centavos, y recé, y encontré veinticinco centavos. Así lo sé.

—Opal Johnson, ¿me has oído? Y apaga esa vela del cuarto de Walter, que me da miedo un incendio —llamó la señora Parker desde su habitación—. Debería llevar dormido un buen rato.

Opal apagó la vela y salió volando. La tía Jen era de trato fácil, ipero cuando de verdad se *enfadaba*! Andy asomó la cabeza por la puerta para dar su bendición de buenas noches.

—Seguro que esos pájaros del papel pintado cobran vida y te sacan los ojos —siseó.

Después de lo cual todos se fueron de verdad a la cama, con la sensación de que había sido un día perfecto, de que Walt Blythe no era un mal chaval, y de que mañana se divertirían un poco más metiéndose con él.

«Qué angelitos», pensó la señora Parker con sentimentalismo.

Una calma inusitada descendió sobre la casa de los Parker, y a diez kilómetros de allí, en Ingleside, la pequeña Bertha Marilla Blythe parpadeaba con sus redondos ojos color avellana ante las caras felices que la rodeaban y ante el mundo al que acababa de llegar, en la noche de julio más fría que las Marítimas habían conocido en ochenta y siete años!

CAPÍTULO 9

Walter, solo en la oscuridad, seguía sin poder dormirse. En su corta vida, nunca había dormido solo. Siempre había tenido cerca a Jem o a Ken, cálidos y reconfortantes. El cuartito se fue haciendo visible, apenas, a medida que la pálida luz de la luna se colaba en él, pero aquello era casi peor que la oscuridad. Un cuadro colgado en la pared, a los pies de la cama, parecía mirarlo de reojo con malicia: los cuadros siempre parecían tan *distintos* a la luz de la luna. Se veían en ellos cosas que jamás se sospechaban de día. Las largas cortinas de encaje parecían mujeres altas y delgadas, una a cada lado de la ventana, llorando. Había ruidos por toda la casa: crujidos, suspiros, susurros. ¿Y si los pájaros del papel pintado de verdad cobraban vida y se disponían a sacarle los ojos? Un miedo escalofriante se apoderó de pronto de Walter... y entonces un miedo mayor desterró a todos los demás. *Mamá estaba enferma*. Tenía que creerlo, porque Opal había dicho que era verdad. ¡Quizá mamá se estuviera muriendo! ¡*Quizá mamá ya estuviera muerta*! No habría ninguna mamá a la que volver. ¡Walter vio Ingleside sin mamá!

De pronto Walter supo que no podía soportarlo. Tenía que ir a casa. Ahora mismo, enseguida. Tenía que ver a mamá antes de que... antes de que... se muriera. *Esto* era lo que había querido decir la tía Mary Maria. *Ella* sabía que mamá se iba a morir. De nada servía pensar en despertar a alguien y pedir que lo llevaran a casa. No lo llevarían, solo se reirían de él. Era un camino larguísimo hasta casa, pero lo andaría toda la noche.

Muy despacio, se escurrió de la cama y se puso la ropa. Cogió los zapatos en la mano. No sabía dónde había puesto la señora Parker su gorra, pero eso no importaba. No debía hacer ningún ruido: tenía que escaparse sin más y llegar hasta mamá. Sintió no poder despedirse de Alice; ella lo habría entendido. Por el pasillo oscuro, escaleras abajo, escalón a escalón, contener la respiración: ¿es que no se acababan nunca los escalones? Hasta los muebles parecían estar escuchando... ¡ay, ay!

¡A Walter se le había caído un zapato! Bajó las escaleras dando tumbos, rebotando de escalón en escalón, cruzó el vestíbulo como una exhalación y fue a estrellarse contra la puerta principal con lo que a Walter le pareció un estruendo ensordecedor.

Walter se apretó, desesperado, contra la barandilla. *Todo el mundo* tenía que haber oído ese ruido; saldrían todos corriendo; no lo dejarían ir a casa. Un sollozo de desesperación le atenazó la garganta.

Pasaron, le pareció, horas antes de que se atreviera a creer que no se había despertado nadie, antes de que se atreviera a reanudar el cauteloso descenso por las escaleras. Pero por fin lo consiguió; encontró el zapato y giró con cuidado el picaporte de la puerta principal: en casa de los Parker las puertas nunca se cerraban con llave. La señora Parker decía que no tenían nada que mereciera la pena robar, salvo a los niños, y nadie quería *esos*.

Walter salió, y la puerta se cerró tras él. Se puso los zapatos y bajó la calle furtivamente: la casa estaba en las afueras del pueblo, y pronto se encontró en camino abierto. Un instante de pánico se apoderó de él. Pasado el miedo a que lo pillaran y se lo impidieran, volvieron todos sus antiguos temores a la oscuridad y a la soledad. Nunca antes había estado fuera, *solo*, de noche. Tenía miedo del *mundo*. Era un mundo tan inmenso, y él, en cambio, tan terriblemente pequeño. Hasta el viento frío y cortante que soplaba desde el este parecía darle en la cara como si quisiera hacerlo retroceder.

¡*Mamá se iba a morir!* Walter tragó saliva y enfiló hacia casa. Siguió y siguió andando, plantando cara al miedo con valentía. Había luna, pero la luz de la luna dejaba *ver* las cosas, y nada le resultaba familiar. Una vez que había salido con papá, había pensado que nunca había visto nada tan bonito como un camino a la luz de la luna cruzado por sombras de árboles. Pero ahora las sombras eran tan negras y tan afiladas que parecían capaces de saltarle encima. Los campos se habían vuelto extraños. Los árboles ya no eran amistosos. Parecía que lo observaban, que se le echaban encima por delante y por detrás. Dos ojos llameantes lo miraron desde la cuneta, y un gato negro de un tamaño increíble cruzó corriendo la carretera. *¿Era un gato? ¿O...?* La noche era fría; tiritaba dentro de su fina blusa, pero no le habría importado el frío si tan solo hubiera podido dejar de tener miedo de todo, de las sombras, de los ruidos furtivos y de las cosas sin nombre que podían andar merodeando por las franjas de bosque que iba atravesando. Se preguntó cómo sería no tener miedo de nada, como Jem.

—Voy... voy a hacer como si no tuviera miedo —dijo en voz alta, y luego se estremeció de terror al oír su propia voz, tan *perdida* en la inmensidad de la noche.

Pero siguió adelante: había que seguir adelante cuando mamá se iba a morir. Una vez se cayó y se hizo un buen rasguño y un cardenal en la rodilla contra una piedra. Otra vez oyó un coche que venía detrás de él y se escondió tras un árbol hasta que pasó, aterrado ante la idea de que el doctor Parker hubiera descubierto su fuga y viniera a por él. Otra vez se detuvo, presa del más puro terror, ante algo negro y peludo sentado al borde del camino. No podía pasar de largo, no *podía...*, pero lo hizo. Era un perro negro grande. *¿Era un perro?* Pero ya lo había dejado atrás. No se atrevió a correr, no fuera a perseguirlo. Lanzó una mirada desesperada por encima del hombro: se había levantado y se alejaba trotando en dirección contraria. Walter se llevó la manecita morena a la cara y la notó húmeda de sudor.

Una estrella cayó en el cielo ante él, esparciendo chispas de fuego. Walter se acordó de haber oído decir a la vieja tía Kitty que cuando caía una estrella alguien moría. *¿Sería mamá?* Justo había empezado a sentir que las piernas no le sostendrían ni un paso más, pero ante aquel pensamiento echó a andar de nuevo. Tenía ya tanto frío que casi había dejado de sentir miedo. ¿Es que no iba a llegar nunca a casa? Debían de ser horas y horas desde que había salido de Lowbridge.

Sí que eran tres horas. Había salido a escondidas de casa de los Parker a las once, y ahora eran las dos. Cuando Walter se encontró en el camino que bajaba hacia el Glen, dejó escapar un sollozo de alivio. Pero mientras avanzaba a trompicones por el pueblo, las casas dormidas le parecieron remotas y lejanas. Se habían olvidado de él. Una vaca le mugió de pronto por encima de una valla, y Walter recordó que el señor Joe Reese tenía un toro bravo. Echó a correr presa del puro pánico, una carrera que lo llevó cuesta arriba hasta la verja de Ingleside. ¡Estaba en casa... ay, estaba en casa!

Entonces se detuvo en seco, temblando, sobrecogido por una espantosa sensación de desolación. Había esperado ver las luces cálidas y acogedoras de casa. ¡Y no había ni una luz encendida en Ingleside!

En realidad sí había una luz, aunque él no podía verla, en un dormitorio trasero donde dormía la enfermera con el moisés del bebé junto a la cama. Pero, a todos los efectos, Ingleside estaba tan a oscuras como una casa deshabitada, y aquello le quebró el ánimo a Walter. Nunca había visto, nunca había imaginado siquiera, Ingleside a oscuras por la noche.

¡Aquello solo podía significar que mamá había muerto!

Walter avanzó a trompicones por el camino de entrada, cruzando la sombra negra y siniestra que la casa proyectaba sobre el césped, hasta la puerta principal. Estaba cerrada con llave. Dio un golpecito débil (no alcanzaba la aldaba), pero no hubo respuesta, ni tampoco

la esperaba. Escuchó: no había en la casa un solo sonido de vida. Supo que mamá había muerto y que todos se habían marchado.

Para entonces estaba demasiado helado y agotado para llorar; pero se arrastró hasta el granero y subió por la escalera hasta el pajar. Ya había pasado el punto de sentir miedo; solo quería encontrar un sitio donde resguardarse de aquel viento y tumbarse hasta la mañana. Quizá para entonces volviera alguien, una vez hubieran enterrado a mamá.

Un gatito atigrado y lustroso que le habían regalado al doctor se le acercó ronroneando, oliendo agradablemente a heno de trébol. Walter lo agarró encantado: estaba caliente y *vivo*. Pero el gatito oyó a los ratoncillos correteando por el suelo y no quiso quedarse. La luna lo miraba a través de la ventana cubierta de telarañas, pero no había ningún consuelo en aquella luna lejana, fría e indiferente. Una luz encendida en una casa allá abajo, en el Glen, se parecía mucho más a un amigo. Mientras aquella luz siguiera brillando, podría resistir.

No lograba dormirse. La rodilla le dolía demasiado, y tenía frío, y sentía una sensación tan rara en el estómago. A lo mejor él también se estaba muriendo. Deseó que así fuera, ya que todos los demás estaban muertos o se habían marchado. ¿Es que las noches no se acababan nunca? Las demás noches siempre se habían acabado, pero quizá esta no lo haría. Recordó una historia espantosa que había oído contar, sobre que el capitán Jack Flagg, de la Bocana, había dicho que un día, cuando se enfadara de verdad, no dejaría salir el sol. Imagínate que el capitán Jack se hubiera enfadado de verdad por fin.

Entonces la luz del Glen se apagó, y no pudo soportarlo. Pero, en el momento en que el pequeño grito de desesperación se le escapaba de los labios, se dio cuenta de que ya era de día.

CAPÍTULO 10

Walter bajó por la escalera y salió. Ingleside yacía bajo la extraña luz intemporal del primer amanecer. El cielo sobre los abedules de la Hondonada mostraba un tenue resplandor plateado y rosado. Quizá pudiera entrar por la puerta lateral. Susan a veces la dejaba abierta para papá.

La puerta lateral no estaba cerrada con llave. Con un sollozo de gratitud, Walter se coló en el vestíbulo. La casa aún estaba a oscuras, y empezó a subir la escalera sigilosamente. Se metería en la cama —su propia cama— y si nadie volvía nunca, podría morir allí e irse al Cielo a buscar a mamá. Solo que —Walter recordó lo que había dicho Opal— el Cielo estaba a millones de kilómetros de distancia. En la nueva oleada de desolación que lo invadió, Walter se olvidó de pisar con cuidado y puso el pie con fuerza sobre la cola del Camarón, que dormía en la curva de la escalera. El maullido de angustia del Camarón resonó por toda la casa.

Susan, que apenas empezaba a quedarse dormida, fue arrancada del sueño por aquel sonido horrible. Se había acostado a las doce, bastante agotada tras una tarde y una noche extenuantes, a las que Mary Maria Blythe había contribuido sufriendo «una punzada en el costado» justo cuando la tensión era mayor. Hubo que ponerle una bolsa de agua caliente y darle friegas de linimento, y todo terminó con un paño húmedo sobre los ojos porque le había dado «uno de sus dolores de cabeza».

Susan se había despertado a las tres con la rarísima sensación de que alguien la necesitaba desesperadamente. Se había levantado y bajado de puntillas por el pasillo hasta la puerta del cuarto de la señora Blythe. Allí todo estaba en silencio; solo se oía la respiración suave y acompasada de Ana. Susan hizo una ronda por toda la casa y volvió a la cama, convencida de que aquella extraña sensación no era más que la resaca de una pesadilla. Pero durante el resto de su vida, Susan creyó haber tenido lo que siempre había ridiculizado y lo que Abby Flagg, aficionada al espiritismo, llamaba «una experiencia física».

—Walter me llamaba y lo he oído —afirmó ella.

Susan se levantó y volvió a salir, pensando que aquella noche Ingleside estaba de verdad poseído por algún espíritu. Solo llevaba puesto un camisón de franela que, de tanto lavarlo, se le había encogido hasta quedarle bastante por encima de los huesudos tobillos; pero le pareció la criatura más hermosa del mundo a aquel pequeño ser de cara pálida y tembloroso, cuyos ojos grises y despavoridos la miraban desde el rellano.

—¡Walter Blythe!

En dos zancadas, Susan lo tenía entre sus brazos, sus brazos fuertes y tiernos.

—Susan..., ¿ha muerto mamá? —dijo Walter.

En muy poco tiempo todo había cambiado. Walter estaba en la cama, calentito, alimentado, consolado. Susan había encendido un buen fuego en un santiamén, le había preparado una taza de leche caliente, una tostada dorada y un buen plato de sus galletas favoritas, las de «cara de mono», y luego lo había arropado con una bolsa de agua caliente a los pies. Le había besado y curado la rodilla magullada. Qué sensación tan agradable saber que alguien cuidaba de uno, que alguien te quería, que eras importante para alguien.

—¿Y estás *segura*, Susan, de que mamá no ha muerto?

—Tu madre duerme profundamente y está sana y feliz, corderito mío.

—¿Y no estuvo enferma en absoluto? Opal dijo...

—Bueno, corderito, ayer no se encontró muy bien durante un rato, pero eso ya pasó y esta vez no ha corrido ningún peligro de muerte. Espera a dormir un poco y la verás... y también otra cosa. ¡Si yo pillara a esos diablillos de Lowbridge! No me puedo creer que hayas venido andando desde Lowbridge todo el camino. ¡Diez kilómetros! ¡Y en una noche así!

—He sufrido una angustia terrible, Susan —dijo Walter con gravedad. Pero ya había pasado todo; estaba a salvo y feliz; estaba... en casa... estaba...

Se había quedado dormido.

Era casi mediodía cuando despertó y vio el sol entrando a raudales por sus propias ventanas; entró cojeando a ver a mamá. Había empezado a pensar que había sido una tontería muy grande y que quizá mamá no estaría contenta con él por haberse escapado de Lowbridge. Pero mamá se limitó a rodearlo con un brazo y a atraerlo hacia sí. Ya había oído toda la historia de labios de Susan, y había pensado en algunas cosas que tenía intención de decirle a Jen Parker.

—Ay, mami, ¿tú no te vas a morir? Y todavía me quieres, ¿verdad?

—Cariño, no tengo la menor intención de morirme, y te quiero tanto que duele. ¡Pensar que has venido andando todo el camino desde Lowbridge en plena noche!

—Y con el estómago vacío —se estremeció Susan—. Es un milagro que esté vivo para contarlo. Los tiempos de los milagros no han terminado, y a eso puede usted atenerse.

—Menudo valiente —rio papá, que había entrado con Shirley a hombros. Le dio unas palmaditas en la cabeza a Walter, y Walter le cogió la mano y se la abrazó. No había nadie en el mundo como

papá. Pero nadie debía saber jamás lo asustado que había estado de verdad.

—Ya no tengo que volver a irme de casa nunca más, ¿verdad, mami?

—No, hasta que tú quieras —prometió mamá.

—Nunca volveré a... —empezó a decir Walter, y se detuvo. Al fin y al cabo, no le importaría volver a ver a Alice.

—Mira esto, corderito —dijo Susan, haciendo pasar a una joven de mejillas sonrosadas, con delantal y cofia blancos, que traía una cesta.

Walter miró. ¡Un bebé! Un bebé regordete y rollizo, con la cabeza cubierta de rizos sedosos aún húmedos y unas manitas diminutas y adorables.

—¿A que es una preciosidad? —dijo Susan con orgullo—. Mírale las pestañas: nunca he visto unas pestañas tan largas en un bebé. Y qué orejitas tan bonitas tiene. A los bebés siempre les miro primero las orejas.

Walter titubeó.

—Es muy mona, Susan... ¡ay, mira qué deditos tan monos y rizaditos tiene en los pies!... pero... ¿no es un poco pequeña?

Susan se rio.

—Tres kilos y medio no es poco, corderito. Y además ya se ha puesto a fijarse en las cosas. Esa niña no tenía ni una hora de vida cuando levantó la cabeza y *miró* al doctor. En toda mi vida no he visto cosa igual.

—Va a tener el pelo pelirrojo —dijo el doctor con tono de satisfacción—. Un precioso pelo rojo dorado, como el de su madre.

—Y los ojos avellana de su padre —dijo la mujer del doctor con júbilo.

—No entiendo por qué ninguno de nosotros puede tener el pelo amarillo —dijo Walter con aire soñador, pensando en Alice.

—¡Pelo amarillo! ¡Como los Drew! —dijo Susan con desmedido desprecio.

—Qué mona se pone cuando duerme —canturreó la enfermera—. Nunca había visto un bebé que arrugara los ojos así al dormirse.

—Es un milagro. Todos nuestros bebés han sido encantadores, Gilbert, pero esta es la más dulce de todos.

—Válgame Dios —dijo la tía Mary Maria con un resoplido—, ya ha habido unos cuantos bebés en el mundo antes, ¿sabe usted, Anita?

—*Nuestro* bebé no ha estado nunca antes en el mundo, tía Mary Maria —dijo Walter con orgullo—. Susan, ¿puedo darle un beso... solo uno... por favor?

—Eso sí que puedes —dijo Susan, lanzando una mirada fulminante a la espalda de la tía Mary Maria, que se alejaba—. Y ahora bajo a hacer una tarta de cerezas para la cena. Mary Maria Blythe hizo una ayer por la tarde... ojalá la hubiera visto usted, mi querida señora doctora. Parece algo que ha traído el gato a rastras. Me comeré yo misma todo lo que pueda, antes que desperdiciarla, pero jamás se le pondrá al doctor delante una tarta así mientras yo tenga salud y fuerzas, y a eso puede usted atenerse.

—No todo el mundo tiene tu don para la repostería, ya lo sabes —dijo Ana.

—Mami —dijo Walter, mientras la puerta se cerraba tras una satisfecha Susan—, creo que somos una familia muy simpática, ¿no te parece?

Una familia muy simpática, pensó Ana con alegría mientras yacía en la cama, con la niña a su lado. Pronto volvería a andar entre ellos, ligera de pies como antaño, queriéndolos, enseñándoles, consolándolos. Vendrían a ella con sus pequeñas alegrías y penas, sus esperanzas en ciernes, sus nuevos miedos, sus pequeños problemas que a ellos les parecían tan grandes y sus pequeños

desengaños que les parecían tan amargos. Volvería a tener en sus manos todos los hilos de la vida de Ingleside para tejerlos en un tapiz de belleza. Y la tía Mary Maria no tendría motivo para decir, como Ana la había oído decir dos días antes: «Tienes un aspecto horrible de cansado, Gilbert. ¿Es que *alguien* cuida de ti alguna vez?».

Abajo, la tía Mary Maria meneaba la cabeza con desánimo y decía: «Ya sé que todos los recién nacidos tienen las piernas torcidas, pero, Susan, las de esa niña están *demasiado* torcidas. Claro que no se lo podemos decir a la pobre Anita. Asegúrate de no mencionárselo a Anita, Susan».

Susan, por una vez, se quedó sin palabras.

CAPÍTULO 11

Para finales de agosto, Ana había vuelto a ser ella misma, ilusionada ante un otoño feliz. La pequeña Bertha Marilla crecía en belleza día a día y era el centro de adoración de sus hermanos, que la veneraban.

—Yo creía que un bebé era algo que chillaba todo el rato —dijo Jem, dejando extasiado que los deditos diminutos se aferraran a los suyos—. Me lo dijo Bertie Shakespeare Drew.

—No dudo que los bebés de los Drew chillen todo el rato, Jem, cariño —dijo Susan—. Chillan solo de pensar que van a tener que ser Drew, me figuro. Pero Bertha Marilla es una niña de *Ingleside*, Jem, cariño.

—Ojalá hubiera nacido en Ingleside, Susan —dijo Jem con nostalgia. Siempre lamentaba no haber nacido allí. Di se lo echaba en cara de vez en cuando.

—¿No te parece la vida aquí un poco aburrida? —le había preguntado a Ana, con cierto aire de superioridad, una antigua compañera de Queen's de Charlottetown.

¡Aburrida! Ana estuvo a punto de reírse en la cara de su visitante. ¡Ingleside, aburrida! Con un bebé delicioso que traía maravillas nuevas cada día; con las visitas de Diana, de la pequeña Elizabeth y de Rebecca Dew que había que planear; con la señora Sam Ellison, del Upper Glen, entre las manos de Gilbert con una enfermedad que hasta entonces solo se sabía que habían tenido tres personas en el mundo; con Walter empezando a ir a la escuela; con Nan

bebiéndose un frasco entero de perfume del tocador de mamá — creyeron que la mataría, pero no le hizo ni pizca de daño—; con un extraño gato negro que tuvo el número inaudito de diez gatitos en el porche trasero; con Shirley encerrándose en el cuarto de baño y olvidando cómo abrir la puerta; con el Camarón enredado en una tira de papel matamoscas; con la tía Mary Maria prendiendo fuego a las cortinas de su cuarto en plena noche mientras rondaba con una vela, y despertando a toda la casa con espantosos alaridos. ¡La vida, aburrida!

Porque la tía Mary Maria seguía en Ingleside. De vez en cuando decía con tono lastimero: «En cuanto os canséis de mí, decídmelo sin más, estoy acostumbrada a valerme por mí misma». Solo había una cosa que decir a eso, y por supuesto Gilbert siempre la decía. Aunque no la decía con tanto entusiasmo como al principio. Hasta el «espíritu de clan» de Gilbert empezaba a desgastarse un poco; iba dándose cuenta, con cierta impotencia —«muy de hombre», resopló la señorita Cornelia—, de que la tía Mary Maria estaba camino de convertirse en un problemilla dentro de su hogar. Un día se había atrevido a dejar caer una leve indirecta sobre cómo sufren las casas cuando se las deja demasiado tiempo sin habitantes, y la tía Mary Maria le dio la razón, comentando con calma que estaba pensando en vender su casa de Charlottetown.

—No es mala idea —la animó Gilbert—. Y sé de una casita muy bonita en venta en el pueblo, un amigo mío se va a California, es muy parecida a esa que tanto admiraba usted, donde vive la señora Sarah Newman...

—Pero vive *sola* —suspiró la tía Mary Maria.

—Le gusta así —dijo Ana, esperanzada.

—Algo tiene que fallarle a quien le gusta vivir sola, Ana —dijo la tía Mary Maria.

A Susan le costó contener un gemido.

Diana vino a pasar una semana en septiembre. Luego llegó la pequeña Elizabeth —ya no tan pequeña Elizabeth—, ahora una

Elizabeth alta, esbelta y hermosa. Pero todavía con el pelo dorado y la sonrisa nostálgica. Su padre regresaba a su oficina de París y Elizabeth se iba con él para llevarle la casa. Ella y Ana dieron largos paseos por las legendarias costas del viejo puerto, y volvían a casa bajo las estrellas silenciosas y vigilantes del otoño. Revivieron la vieja vida de Álamos Ventosos y volvieron a recorrer con los dedos el mapa del país de las hadas que Elizabeth aún conservaba y pensaba guardar para siempre.

—Colgado en la pared de mi cuarto, esté donde esté —dijo ella.

Un día sopló un viento por el jardín de Ingleside: el primer viento del otoño. Aquella noche el rosa del atardecer fue algo austero. De pronto el verano había envejecido. Había llegado el cambio de estación.

—Es pronto para que llegue el otoño —dijo la tía Mary Maria en un tono que daba a entender que el otoño la había insultado personalmente.

Pero el otoño también era hermoso. Estaba la alegría de los vientos que soplaban desde un golfo de un azul oscuro y el esplendor de las lunas de la cosecha. Había ásteres líricos en la Hondonada y niños riendo en un huerto cargado de manzanas, tardes claras y serenas en los altos pastos del Upper Glen y cielos aborregados y plateados surcados por pájaros húmedos; y, a medida que los días se acortaban, pequeñas nieblas grises que se deslizaban furtivas sobre las dunas y ascendían por el puerto.

Con la caída de las hojas, Rebecca Dew llegó a Ingleside para hacer una visita prometida desde hacía años. Vino para una semana, pero la convencieron de quedarse dos, y nadie insistió tanto como Susan. Susan y Rebecca Dew parecieron descubrir a primera vista que eran almas gemelas, quizá porque las dos querían a Ana, quizá porque las dos odiaban a la tía Mary Maria.

Llegó una tarde en la cocina en que, mientras la lluvia goteaba sobre las hojas muertas de fuera y el viento gemía en torno a los aleros y las esquinas de Ingleside, Susan derramó todas sus penas

ante la comprensiva Rebecca Dew. El doctor y su esposa habían salido a hacer una visita, los pequeños estaban todos calentitos en la cama, y la tía Mary Maria, afortunadamente, apartada de en medio con un dolor de cabeza —«como una banda de hierro apretándome el cerebro», se había quejado.

—Cualquiera —comentó Rebecca Dew, abriendo la puerta del horno y metiendo los pies dentro cómodamente— que coma tanta caballa frita como comió esa mujer en la cena *se merece* tener dolor de cabeza. No niego que yo comí mi parte —pues he de decir, señorita Baker, que nunca conocí a nadie que friera la caballa como usted—, pero yo *no* comí cuatro trozos.

—Mi querida señorita Dew —dijo Susan con gravedad, dejando su labor de punto y mirando implorante a los ojillos negros de Rebecca —, usted ha visto algo de cómo es Mary Maria Blythe en el tiempo que lleva aquí. Pero no sabe ni la mitad, no, ni siquiera la cuarta parte. Mi querida señorita Dew, siento que puedo confiar en usted. ¿Puedo abrirle mi corazón con toda confianza?

—Puede, señorita Baker.

—Esa mujer llegó aquí en junio y es mi opinión que piensa quedarse el resto de su vida. Todo el mundo en esta casa la detesta, hasta el doctor ya no la soporta, por mucho que lo disimule, que lo disimula. Pero es de los que tienen espíritu de familia, y dice que no se puede hacer sentir mal recibida en su propia casa a la prima de su padre. He suplicado —dijo Susan, en un tono que parecía dar a entender que lo había hecho de rodillas—, he suplicado a la señora doctora que se plante y diga que Mary Maria Blythe tiene que marcharse. Pero la señora doctora es demasiado blanda de corazón, y así que estamos indefensas, señorita Dew, del todo indefensas.

—Ojalá pudiera encargarme *yo* de ella —dijo Rebecca Dew, que también se había resentido bastante con algunos de los comentarios de la tía Mary Maria—. Sé tan bien como cualquiera, señorita Baker, que no hay que violar las sagradas normas de la hospitalidad, pero

le aseguro, señorita Baker, que yo le cantaré las cuarenta sin rodeos.

—Yo podría manejarla si no supiera cuál es mi lugar, señorita Dew. Yo nunca olvido que no soy la señora de esta casa. A veces, señorita Dew, me digo a mí misma con solemnidad: «Susan Baker, ¿eres o no eres un felpudo?». Pero ya sabe cómo tengo las manos atadas. *No puedo* abandonar a la señora doctora y *no debo* añadir a sus preocupaciones peleándome con Mary Maria Blythe. Seguiré esforzándome por cumplir con mi deber. Porque, mi querida señorita Dew —dijo Susan con solemnidad—, sería capaz de morir de buena gana por el doctor o por su esposa. Éramos una familia tan feliz antes de que ella llegara, señorita Dew. Pero nos está amargando la vida, y no sé decirle cuál será el desenlace, que no soy profetisa, señorita Dew. O más bien, *sí* que puedo decirlo. Todos acabaremos en el manicomio. No es una sola cosa, señorita Dew, son decenas de cosas, señorita Dew, cientos de cosas, señorita Dew. Un mosquito se puede aguantar, señorita Dew, pero ipiense en millones de ellos!

Rebecca Dew se los imaginó, y meneó la cabeza con pesar.

—Siempre le está diciendo a la señora doctora cómo llevar su casa y qué ropa ponerse. Siempre me está vigilando a mí, y dice que nunca vio niños tan peleones. Mi querida señorita Dew, usted misma ha visto que nuestros niños *nunca* se pelean... bueno, casi nunca...

—Están entre los niños más admirables que he visto en mi vida, señorita Baker.

—Fisgonea y husmea...

—Yo misma la he pillado haciéndolo, señorita Baker.

—Siempre se ofende y se le rompe el corazón por cualquier cosa, pero nunca lo bastante para hacer las maletas y marcharse. Se limita a sentarse por ahí con aire de abandono y soledad hasta que la pobre señora doctora casi pierde la cabeza. Nada le viene bien. Si una ventana está abierta, se queja de las corrientes de aire. Si están todas cerradas, dice que a ella *sí* que le gusta un poco de aire fresco de vez en cuando. No soporta las cebollas, no soporta ni siquiera su

olor. Dice que le sientan mal. Así que la señora doctora dice que no debemos usarlas. Ahora bien —dijo Susan con grandilocuencia—, será un gusto vulgar que a una le gusten las cebollas, mi querida señorita Dew, pero en Ingleside todos nos declaramos culpables de ese gusto.

—Yo también les tengo mucho cariño a las cebollas —admitió Rebecca Dew.

—No soporta a los gatos. Dice que le dan repelús. No importa si los ve o no; solo con saber que hay uno por la casa ya le basta. Así que el pobre Camarón apenas se atreve a asomar el hocico dentro de casa. Yo nunca he sido muy amiga de los gatos, señorita Dew, pero sostengo que tienen derecho a mover su propia cola. Y es «Susan, no olvide nunca que yo no puedo comer huevos, por favor», o «Susan, ¿cuántas veces tengo que decirle que no puedo comer tostadas frías?», o «Susan, *algunas* personas podrán beber té recocado, pero yo no pertenezco a esa afortunada clase». ¡Té recocado, señorita Dew! ¡Como si yo le hubiera ofrecido a alguien té recocado alguna vez!

—Nadie podría suponer tal cosa de usted, señorita Baker.

—Si hay una pregunta que no se debería hacer, ella la hace. Tiene celos de que el doctor le cuente las cosas a su esposa antes que a ella, y siempre está intentando sonsacarle noticias sobre sus pacientes. Nada lo saca tanto de quicio, señorita Dew. Un médico tiene que saber guardarse la lengua, como usted bien sabe. ¡Y sus rabietas con lo del fuego! «Susan Baker», me dice, «espero que nunca encienda usted un fuego con petróleo. Ni deje trapos con aceite tirados por ahí, Susan. Se sabe que han provocado combustión espontánea en menos de una hora. ¿Le gustaría quedarse mirando cómo se quema esta casa, Susan, sabiendo que fue culpa suya?». Bueno, mi querida señorita Dew, con eso sí que me reí yo de ella luego. Fue esa misma noche cuando le prendió fuego a sus propias cortinas, y todavía me resuenan en los oídos los gritos que pegó. ¡Y justo cuando el pobre doctor por fin se había dormido después de dos noches en vela! Lo que más me saca de

quicio, señorita Dew, es que antes de salir a cualquier parte entra en mi despensa y *cuenta los huevos*. Me hace falta toda mi filosofía para contenerme y no decirle: «¿Por qué no cuenta también las cucharas?». Por supuesto que los niños la odian. La señora doctora está que no puede más, intentando que no se les note. Un día llegó a abofetear a Nan, cuando el doctor y la señora doctora estaban los dos fuera —le dio una *bofetada*—, solo porque Nan la llamó «señora Matusalén», por haber oído decirlo a ese diablillo de Ken Ford.

—Yo la habría abofeteado *a ella* —dijo Rebecca Dew con acritud.

—Le dije que como volviera a hacer algo así, *sí* que la abofetearía yo. «En Ingleside sí que damos algún azote de vez en cuando», le dije, «pero bofetadas, jamás, así que ya puede ir haciéndose a la idea». Estuvo huraña y ofendida durante una semana, pero al menos desde entonces no se ha atrevido a ponerle la mano encima a ninguno. Eso sí, le encanta cuando sus padres los castigan. «Si *yo* fuera tu madre», le dice al pequeño Jem una tarde. «Ah, vaya, pues usted no va a ser nunca madre de nadie», dijo el pobre niño, empujado a decirlo, señorita Dew, empujado a decirlo del todo. El doctor lo mandó a la cama sin cenar, pero ¿a que no adivina, señorita Dew, quién se las arregló para hacerle llegar algo de comer más tarde?

—Ah, vamos a ver, ¿*quién*? —rio Rebecca Dew con ganas, entrando de lleno en el espíritu del relato.

—Se le habría partido el corazón, señorita Dew, de haber oído la oración que rezó después, toda de su propia cosecha: «Dios mío, perdóname por haber sido impertinente con la tía Mary Maria. Y Dios mío, ayúdame a ser siempre muy educado con la tía Mary Maria». Se me saltaron las lágrimas, al pobre corderito. Yo *no* soy partidaria de la irreverencia ni de la impertinencia de los jóvenes hacia los mayores, mi querida señorita Dew, pero he de admitir que el día en que Bertie Shakespeare Drew le tiró una bolita de papel mascado —le pasó a un dedo de la nariz, señorita Dew—, lo esperé a la salida junto a la verja y le di una bolsa de rosquillas. Por supuesto, no le dije por qué. Se puso contentísimo, porque las rosquillas no crecen

en los árboles, señorita Dew, y la señora Nata de Segunda no las hace nunca. Nan y Di —esto no se lo confesaría a nadie más que a usted, señorita Dew; el doctor y su esposa ni se lo imaginan, o le pondrían fin— Nan y Di le han puesto a la tía Mary Maria el nombre de su vieja muñeca de porcelana con la cabeza partida, y cada vez que ella las regaña, salen y la ahogan —a la muñeca, quiero decir— en el barril del agua de lluvia. Le aseguro que hemos tenido más de un alegre ahogamiento. Pero no se creería lo que hizo esa mujer la otra noche, señorita Dew.

—Yo me creería cualquier cosa de ella, señorita Baker.

—No probó bocado en la cena porque tenía los sentimientos heridos por algo, pero antes de acostarse entró en la despensa y *se comió una merienda que yo le había dejado preparada al pobre doctor*, hasta la última miga, mi querida señorita Dew. Espero que no me tome por una infiel, señorita Dew, pero no consigo entender cómo el Buen Señor no se cansa de ciertas personas.

—No debe usted permitirse perder el sentido del humor, señorita Baker —dijo Rebecca Dew con firmeza.

—Ay, ya sé muy bien que hasta un sapo bajo la grada tiene su lado cómico, señorita Dew. Pero la cuestión es, ¿lo ve el sapo? Siento haberla molestado con todo esto, mi querida señorita Dew, pero ha sido un gran alivio. No puedo decirle estas cosas a la señora doctora, y últimamente he sentido que si no encontraba un desahogo iba a *estallar*.

—Qué bien conozco yo esa sensación, señorita Baker.

—Y ahora, mi querida señorita Dew —dijo Susan, levantándose con brío—, ¿qué le parece una taza de té antes de acostarnos? ¿Y un muslo de pollo frío, señorita Dew?

—Nunca he negado —dijo Rebecca Dew, sacando del horno sus pies ya bien tostados— que, aunque no debemos olvidar las Cosas Superiores de la Vida, una buena comida es algo agradable, con moderación.

CAPÍTULO 12

Gilbert se tomó sus dos semanas de caza de agachadizas en Nueva Escocia —ni siquiera Ana logró convencerlo de tomarse un mes—, y noviembre cayó sobre Ingleside. Las colinas oscuras, con los abetos aún más oscuros marchando sobre ellas, tenían un aire lúgubre en las noches que caían temprano, pero Ingleside florecía con la luz del fuego y las risas, aunque los vientos que llegaban del Atlántico cantaban cosas tristes.

—¿Por qué no está contento el viento, mami? —preguntó Walter una noche.

—Porque se acuerda de todas las penas del mundo desde el principio de los tiempos —contestó Ana.

—Gime solo porque hay mucha humedad en el aire —resopló la tía Mary Maria—, y a mí la espalda me está matando.

Pero había días en que hasta el viento soplaba alegremente entre el bosque de arces de un gris plateado, y otros días en que no soplaba viento alguno, solo el sol suave del veranillo de San Martín, las sombras silenciosas de los árboles desnudos esparcidas por todo el jardín y una quietud escarchada al atardecer.

—Mira esa estrella blanca de la tarde, sobre el álamo lombardo del rincón —dijo Ana—. Cada vez que veo algo así, no puedo sino alegrarme de estar viva.

—Qué cosas más raras dice usted, Anita. Las estrellas son bastante comunes en la Isla del Príncipe Eduardo —dijo la tía Mary

Maria... y pensó: *¡Estrellas, dice! Como si nadie hubiera visto una estrella en su vida. ¿Es que Anita no sabía del despilfarro espantoso que se hacía cada día en la cocina? ¿No sabía la manera tan temeraria en que Susan Baker desperdiciaba los huevos y usaba manteca de cerdo cuando la grasa de la carne habría servido igual de bien? ¿O es que no le importaba? ¡Pobre Gilbert! No era de extrañar que tuviera que deslomarse trabajando!*

Noviembre se fue entre grises y pardos, pero por la mañana la nieve había tejido su vieja magia blanca, y Jem gritó de alegría mientras bajaba corriendo a desayunar.

—¡Ay, mami, pronto será Navidad, y vendrá papá Noel!

—¿No irás a decirme que *todavía* crees en papá Noel? —dijo la tía Mary Maria.

Ana le lanzó a Gilbert una mirada de alarma, y él respondió con gravedad: —Queremos que los niños conserven su herencia del país de las hadas todo el tiempo que puedan, tía.

Por suerte, Jem no le había hecho ningún caso a la tía Mary Maria. Él y Walter estaban demasiado ansiosos por salir a aquel mundo nuevo y maravilloso al que el invierno había traído su propia hermosura. A Ana siempre le dolía ver la belleza de la nieve virgen estropeada por las pisadas, pero no había remedio, y todavía sobraba belleza al atardecer, cuando el oeste ardía en llamas sobre todas las hondonadas blanqueadas entre las colinas violetas, y Ana estaba sentada en el salón ante un fuego de arce duro. La luz del fuego, pensó, siempre era tan hermosa. Hacía cosas tan traviesas e inesperadas. Partes de la habitación destellaban a la existencia y luego volvían a desvanecerse. Aparecían y desaparecían imágenes. Las sombras acechaban y saltaban. Fuera, a través del gran ventanal sin cortinas, toda la escena se reflejaba de forma fantasmagórica sobre el césped, con la tía Mary Maria sentada, al parecer, muy erguida —la tía Mary Maria nunca se permitía «repantigarse»— bajo el pino de Escocia.

Gilbert estaba «repantigado» en el sofá, intentando olvidar que aquel día había perdido a un paciente de pulmonía. La pequeña Rilla intentaba comerse sus puñitos rosados dentro de su moisés; hasta el Camarón, con las patas blancas recogidas bajo el pecho, se atrevía a ronronear sobre la alfombrilla del hogar, para gran desaprobación de la tía Mary Maria.

—Hablando de gatos —dijo la tía Mary Maria con tono lastimero, aunque nadie *había* estado hablando de ellos—, ¿es que nos visitan por la noche *todos* los gatos del Glen? Cómo ha podido alguien dormir con ese maullerío de anoche, la verdad es que no lo comprendo. Claro que, como mi cuarto está en la parte de atrás, supongo que me llevo todo el beneficio del concierto gratuito.

Antes de que nadie tuviera que responder, entró Susan diciendo que había visto a la señora Marshall Elliott en la tienda de Carter Flagg y que subiría en cuanto terminara sus compras. Susan no añadió que la señora Elliott había preguntado con inquietud: —¿*Qué* le pasa a la señora Blythe, Susan? El domingo pasado en la iglesia me pareció verla tan cansada y preocupada. Nunca la había visto así.

—Yo le puedo decir lo que le pasa a la señora Blythe —había respondido Susan con gravedad—. Le ha dado un ataque grave de tía Mary Maria. Y el doctor no parece darse cuenta, aunque adora hasta el suelo que ella pisa.

—¿No es muy de hombre? —dijo la señora Elliott.

—Me alegro —dijo Ana, levantándose de un salto para encender una lámpara—. Hace tanto que no veo a la señorita Cornelia. Ahora nos pondremos al día de todas las noticias.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo Gilbert con sequedad.

—Esa mujer es una chismosa de mala intención —dijo la tía Mary Maria con severidad.

Por primera vez en su vida, quizá, Susan se encrespó en defensa de la señorita Cornelia.

—Pues no lo es, señorita Blythe, y Susan Baker jamás se quedará cruzada de brazos oyendo que la calumnian así. ¡Mala intención, dice! ¿Ha oído usted hablar alguna vez, señorita Blythe, de que le dijo la sartén al cazo?

—Susan... Susan —dijo Ana en tono suplicante.

—Le pido perdón, mi querida señora doctora. Reconozco que he olvidado cuál es mi lugar. Pero hay *algunas* cosas que no se pueden soportar.

Acto seguido, una puerta se cerró de golpe como pocas veces se cerraba una puerta en Ingleside.

—¿Lo ve, Anita? —dijo la tía Mary Maria con intención—. Pero supongo que, mientras esté usted dispuesta a pasar por alto esa clase de cosas en una criada, no hay nada que nadie pueda hacer.

Gilbert se levantó y se fue a la biblioteca, donde un hombre cansado podía contar con algo de paz. Y la tía Mary Maria, a quien no le gustaba la señorita Cornelia, se retiró a su cuarto. Así que, cuando entró la señorita Cornelia, se encontró a Ana sola, desmadejada sobre el moisés del bebé. La señorita Cornelia no se puso, como de costumbre, a descargar un fardo de chismorreos. En vez de eso, después de quitarse el abrigo, se sentó junto a Ana y le tomó la mano.

—Ana, querida, ¿qué te pasa? Sé que algo va mal. ¿Es que esa alegre vieja alma de Mary Maria te está atormentando hasta la muerte?

Ana intentó sonreír.

—Ay, señorita Cornelia, ya sé que es una tontería que me afecte tanto, pero este ha sido uno de esos días en que siento que *no puedo* seguir aguantándola. Ella... ella nos está envenenando la vida aquí, sin más...

—¿Por qué no le dices sin más que se vaya?

—Ay, no podemos hacer eso, señorita Cornelia. Al menos, *yo* no puedo, y Gilbert no quiere. Dice que no podría volver a mirarse a la cara si echara a la calle a alguien de su propia sangre.

—¡Anda ya! —dijo la señorita Cornelia con vehemencia—. Tiene dinero de sobra y una buena casa propia. ¿Qué tiene eso de echarla a la calle, decirle que más le vale irse a vivir a la suya?

—Ya lo sé, pero Gilbert... no creo que se dé cuenta de todo. Está fuera tanto tiempo, y la verdad es que cada cosa por separado es tan pequeña... me da vergüenza...

—Ya lo sé, querida. Son esas cosillas pequeñas las que resultan espantosamente grandes. Claro que un *hombre* no lo entendería. Conozco a una mujer en Charlottetown que la conoce bien. Dice que Mary Maria Blythe no ha tenido una sola amiga en toda su vida. Dice que no debería llamarse Blythe, sino Plaga. Lo que necesitas, querida, es el suficiente tesón para decir que no vas a aguantarlo más.

—Me siento como una se siente en sueños, cuando intenta correr y solo consigue arrastrar los pies —dijo Ana con desánimo—. Si fuera solo de vez en cuando, pero es todos los días. Las horas de comer son ahora un horror absoluto. Gilbert dice que ya no puede trincar el asado.

—De eso sí que se daría cuenta —resopló la señorita Cornelia.

—Ya no podemos tener conversaciones de verdad en las comidas, porque seguro que dice algo desagradable en cuanto alguien habla. Corrige continuamente los modales de los niños y siempre les señala sus faltas delante de las visitas. Antes teníamos unas comidas tan agradables, y ahora... Le molesta que nos riemos, y ya sabes cómo somos nosotros para la risa. Siempre hay alguien que ve la gracia de algo, o solía haberlo. Ella no deja pasar nada. Hoy dijo: «Gilbert, no se ponga de morros. ¿Han reñido Anita y usted?». Solo porque estábamos callados. Ya sabes que Gilbert siempre se queda un poco abatido cuando pierde a un paciente que él cree que debería haber vivido. Y luego nos sermoneó sobre nuestra insensatez y nos advirtió

que no dejáramos que el sol se pusiera sobre nuestra ira. Ay, nos reímos de eso después, pero en el momento... Ella y Susan no se llevan bien. Y no *podemos* impedir que Susan suelte comentarios entre dientes que son de todo menos educados. Y no se limitó a mascullar el día en que la tía Mary Maria le dijo que nunca había visto un mentiroso como Walter, porque lo oyó contarle a Di una larga historia sobre cómo se había encontrado con el Hombre de la Luna y lo que se habían dicho el uno al otro. Quería lavarle la boca con jabón. Ella y Susan tuvieron una batalla campal por eso. Y les está metiendo en la cabeza a los niños toda clase de ideas macabras. Le contó a Nan lo de una niña que se portó mal y se murió mientras dormía, y ahora Nan tiene miedo de irse a dormir. Le dijo a Di que si fuera siempre buena, sus padres llegarían a quererla tanto como a Nan, aunque tuviera el pelo rojo. Gilbert se puso realmente furioso cuando se enteró de eso y le habló con dureza. No pude evitar desear que se ofendiera y se fuera, aunque me horrorizaría que alguien dejara mi casa porque se hubiera ofendido. Pero se limitó a dejar que se le llenaran de lágrimas esos ojazos azules suyos y dijo que no había querido hacer ningún daño. Que siempre había oído que los gemelos nunca se quieren por igual, y que había pensado que nosotros favorecíamos a Nan, y que la pobre Di lo notaba. Lloró toda la noche por eso, y Gilbert sintió que se había portado como un bruto... y se *disculpó*.

—¡Cómo no! —dijo la señorita Cornelia.

—Ay, no debería hablar así, señorita Cornelia. Cuando «cuento mis bendiciones» siento que es una mezquindad por mi parte que me importen estas cosas, aunque le quiten un poco de lustre a la vida. Y no siempre es odiosa, hay temporadas en que es bastante agradable...

—¿No me digas? —dijo la señorita Cornelia con sarcasmo.

—Sí, y amable. Me oyó decir que quería un juego de té de tarde, y se fue a Toronto y me consiguió uno, ¡por correo! Y, ay, señorita Cornelia, es tan feo...

Ana soltó una risa que acabó en sollozo. Luego volvió a reír.

—Ahora ya no hablaremos más de ella; no parece tan grave ahora que lo he soltado todo así, como una cría. Mire a la pequeña Rilla, señorita Cornelia. ¿Verdad que tiene unas pestañas preciosas cuando está dormida? Ahora vamos a tener una buena charla de las de siempre.

Ana había vuelto a ser ella misma para cuando se marchó la señorita Cornelia. Aun así, se quedó un buen rato pensativa ante el fuego. No se lo había contado todo a la señorita Cornelia. A Gilbert no le había contado nada de nada. Había tantas cosillas...

Tan pequeñas que no puedo quejarme de ellas, pensó Ana. Y sin embargo, son las cosas pequeñas las que van desgastando la vida a agujeros, como la polilla, y acaban arruinándola.

La tía Mary Maria con su truco de hacerse la anfitriona; la tía Mary Maria invitando a gente sin decir una palabra hasta que llegaban —«*Me hace sentir como si no perteneciera a mi propia casa*». La tía Mary Maria moviendo los muebles de sitio cuando Ana no estaba: «Espero que no le importe, Anita; pensé que aquí nos hacía más falta la mesa que en la biblioteca». La curiosidad infantil e insaciable de la tía Mary Maria por todo; sus preguntas directas sobre asuntos íntimos... *Siempre entrando en mi cuarto sin llamar, siempre oliendo a humo, siempre ahuecándome los cojines que he aplastado, siempre insinuando que cotilleo demasiado con Susan, siempre metiéndose con los niños... Tenemos que estar encima de ellos todo el tiempo para que se porten bien, y aun así no lo conseguimos siempre.*

—Tía Maía vieja y fea —había dicho Shirley con toda claridad un día terrible. Gilbert iba a darle un azote por ello, pero Susan se había alzado con majestad indignada y lo había prohibido.

Estamos acobardados, pensó Ana. Esta casa está empezando a girar en torno a la pregunta: «¿Le gustará esto a la tía Mary Maria?». No lo admitiremos, pero es la verdad. Cualquier cosa con

tal de no verla enjugarse las lágrimas con noble resignación. Esto no puede seguir así.

Entonces Ana recordó lo que había dicho la señorita Cornelia: que Mary Maria Blythe nunca había tenido una amiga. ¡Qué cosa tan terrible! Desde la riqueza de sus propias amistades, Ana sintió un repentino arrebató de compasión por aquella mujer que nunca había tenido una amiga, que no tenía ante sí más que una vejez solitaria e inquieta, sin nadie que acudiera a ella en busca de refugio o consuelo, de esperanza y ayuda, de calor y de amor. Seguramente podrían tener paciencia con ella. Al fin y al cabo, aquellas molestias eran solo superficiales. No podían envenenar los manantiales profundos de la vida.

—No ha sido más que un ataque terrible de autocompasión, nada más —dijo Ana, sacando a Rilla de su moisés y estremeciéndose de gusto al sentir la mejilla redonda y satinada de la niña contra la suya—. Ya se me ha pasado, y me da una vergüenza saludable.

CAPÍTULO 13

—Ya no tenemos inviernos como los de antes, ¿verdad, mami? —dijo Walter con desánimo.

Porque la nieve de noviembre había desaparecido hacía tiempo, y durante todo diciembre Glen St. Mary había sido una tierra negra y sombría, ceñida por un golfo gris salpicado de crestas de espuma blanca como el hielo. Solo había habido unos pocos días soleados, en que el puerto centelleaba entre los brazos dorados de las colinas; el resto había sido áspero e implacable. En vano habían esperado los de Ingleside que nevara para Navidad, pero los preparativos seguían su curso sin pausa, y a medida que se acercaba el final de la última semana, Ingleside se llenaba de misterio, de secretos, de cuchicheos y de olores deliciosos. Ahora, el mismo día de Nochebuena, todo estaba listo. El abeto que Walter y Jem habían traído de la Hondonada ocupaba el rincón de la sala, y de puertas y ventanas colgaban grandes coronas verdes atadas con enormes lazos de cinta roja. La barandilla de la escalera estaba entrelazada de ramas de abeto, y la despensa de Susan rebosaba de provisiones. Entonces, ya avanzada la tarde, cuando todos se habían resignado a una Navidad «verde» y deslucida, alguien miró por la ventana y vio caer, espesos, copos blancos tan grandes como plumas.

—¡Nieve! ¡iNieve!! ¡iiiNieve!!! —gritó Jem—. ¡Al final tendremos una Navidad blanca, mami!

Los niños de Ingleside se fueron a la cama felices. Qué agradable era acurrucarse calentitos y a gusto, y escuchar la tormenta aullar

fuera, en la noche gris y nevada. Ana y Susan se pusieron a decorar el árbol de Navidad —«se comportan como dos niñas», pensó la tía Mary Maria con desdén—. No aprobaba las velas en el árbol —«no vaya a ser que le prendan fuego a la casa»—. No aprobaba las bolas de colores —«no vaya a ser que se las coman las gemelas»—. Pero nadie le hacía el menor caso. Habían aprendido que esa era la única condición bajo la cual se podía vivir con la tía Mary Maria.

—¡Ya está! —exclamó Ana, mientras sujetaba la gran estrella plateada en lo alto del pequeño abeto, orgulloso de sí mismo—. Ay, Susan, ¡qué bonito ha quedado! ¿Verdad que es maravilloso que en Navidad todos podamos volver a ser niños sin avergonzarnos de ello? Me alegro tanto de que haya nevado, pero espero que la tormenta no dure toda la noche.

—Mañana va a estar tormentoso todo el día —afirmó la tía Mary Maria con rotundidad—. Lo sé por mi pobre espalda.

Ana cruzó el vestíbulo, abrió la gran puerta principal y se asomó fuera. El mundo se había perdido en una blanca vorágine de nieve. Los cristales de las ventanas estaban grises de nieve arremolinada. El pino escocés era un fantasma enorme, envuelto en su sábana.

—No tiene muy buena pinta —admitió Ana, apesadumbrada.

—Todavía es Dios quien gobierna el tiempo, mi querida señora doctora, y no la señorita Mary Maria Blythe —dijo Susan por encima del hombro.

—Espero que al menos esta noche no haya ningún aviso urgente —dijo Ana, dándose la vuelta. Susan echó un último vistazo a la oscuridad antes de cerrar la puerta y dejar fuera la noche tormentosa.

—No se le ocurra a *usted* ponerse de parto esta noche —advirtió con voz sombría, en dirección a Upper Glen, donde la señora George Drew esperaba su cuarto hijo.

A pesar de la espalda de la tía Mary Maria, la tormenta se agotó durante la noche, y la mañana llenó la secreta hondonada de nieve

entre las colinas con el vino tinto del amanecer invernal. Todos los pequeños estaban levantados temprano, con los ojos brillantes y expectantes.

—¿*Consiguió* Papá Noel pasar la tormenta, mami?

—No. Se puso enfermo y no se atrevió a intentarlo —dijo la tía Mary Maria, que estaba de buen humor —para lo que era ella— y se sentía graciosa.

—Papá Noel ha llegado sin ningún problema —dijo Susan, antes de que a los niños les diera tiempo a que se les llenaran los ojos de lágrimas—, y después de desayunar veréis lo que os ha hecho al árbol.

Después del desayuno, papá desapareció misteriosamente, pero nadie lo echó en falta, porque todos estaban absortos en el árbol —el árbol rebosante de vida, todo burbujas doradas y plateadas y velas encendidas en la sala aún a oscuras, con paquetes de todos los colores atados con las cintas más preciosas amontonados a su alrededor—. Entonces apareció papá Noel, un papá Noel espléndido, todo carmesí y piel blanca, con una larga barba blanca y una tripa *tan* jovial y abultada —Susan le había metido tres cojines bajo la sotana de terciopelo rojo que Ana había hecho para Gilbert—. Shirley chilló de terror al principio, pero, aun así, se negó a que se lo llevaran de allí. Papá Noel repartió todos los regalos con un gracioso discursito para cada uno, con una voz que sonaba extrañamente familiar incluso a través de la máscara; y entonces, justo al final, se le prendió fuego a la barba con una vela, y la tía Mary Maria sacó cierta satisfacción del incidente, aunque no la suficiente como para dejar de suspirar con pesar.

—Ay, la Navidad ya no es lo que era cuando yo era niña —dijo. Miró con desaprobación el regalo que la pequeña Elizabeth le había enviado a Ana desde París —una hermosa reproducción en bronce, pequeña, de la Artemisa del Arco de Plata.

—¿Qué desvergonzada es esa? —preguntó con severidad.

—La diosa Diana —dijo Ana, cruzando una sonrisa cómplice con Gilbert.

—Ah, una pagana. Bueno, entonces es distinto, supongo. Pero, si yo fuera usted, Anita, no la dejaría donde los niños pudieran verla. A veces empiezo a pensar que ya no queda pudor en este mundo. Mi abuela —concluyó la tía Mary Maria, con la deliciosa incoherencia que caracterizaba tantos de sus comentarios— nunca llevó menos de tres enaguas, invierno y verano.

La tía Mary Maria había tejido «muñequeras» para todos los niños con una lana de un espantoso tono magenta, y también un jersey para Ana; Gilbert recibió una corbata de un color bilioso, y Susan, una enagua de franela roja. Hasta Susan consideraba las enaguas de franela roja pasadas de moda, pero le dio las gracias a la tía Mary Maria con gallardía.

Alguna pobre misionera de las de aquí sacará provecho de esto, pensó. ¡Con que tres enaguas, nada menos! Me tengo por una mujer decente, y la verdad es que esa del Arco de Plata me gusta. Puede que no lleve mucha ropa encima, pero si yo tuviera un tipo así, no sé si querría esconderlo. Pero ahora hay que ocuparse del relleno del pavo, que tampoco va a lucir mucho sin cebolla.

Aquel día Ingleside estaba lleno de felicidad, una felicidad sencilla y a la antigua usanza, a pesar de la tía Mary Maria, a quien desde luego no le gustaba ver a la gente demasiado feliz.

—Solo pechuga, por favor. (James, toma la sopa sin hacer ruido.) Ah, usted no tiene la mano que tenía su padre para trincar, Gilbert. Él sabía darle a cada uno el trozo que más le gustaba. (Gemelas, a las personas mayores también les gustaría meter baza de vez en cuando. A *mí* me educaron con la norma de que los niños se ven y no se oyen.) No, gracias, Gilbert, ensalada no quiero. No como alimentos crudos. Sí, Anita, tomaré *un poco* de pudín. Los pasteles de frutas son absolutamente indigestos.

—Los pasteles de frutas de Susan son poemas, igual que sus tartas de manzana son líricas —dijo el doctor—. A *mí* dame un trozo

de cada una, Ana mía.

—¿De verdad le gusta que la llamen «mía» a su edad, Anita? Walter, no te has comido todo el pan con mantequilla. Muchos niños pobres estarían encantados de tenerlo. James, cariño, suénate la nariz y acaba de una vez, no *soporto* los sorbetones.

Pero fue una Navidad alegre y hermosa. Hasta la tía Mary Maria se ablandó un poco después de la comida, dijo casi con gracia que los regalos que le habían hecho eran bastante bonitos, e incluso soportó al Camarón con un aire de paciente martirio que hizo que todos se sintieran un poco avergonzados de quererlo tanto.

—Creo que nuestros pequeños lo han pasado bien —dijo Ana con alegría aquella noche, mirando la trama de los árboles recortada contra las colinas blancas y el cielo del atardecer, y a los niños en el jardín, atareados esparciendo migas para los pájaros sobre la nieve. El viento suspiraba suavemente entre las ramas, levantando remolinos de nieve por el césped y prometiendo más tormenta para el día siguiente, pero Ingleside ya había tenido su día.

—Supongo que sí —convino la tía Mary Maria—. Desde luego, chillar sí que han chillado bastante. En cuanto a lo que han comido... en fin, solo se es joven una vez, y supongo que tendrá usted bastante aceite de ricino en casa.

CAPÍTULO 14

Era lo que Susan llamaba un invierno «a rachas» —todo deshielos y heladas que dejaban a Ingleside adornado con fantásticos flecos de carámbanos—. Los niños daban de comer a siete arrendajos azules que acudían con regularidad al huerto a por su ración, y que dejaban que Jem los cogiera en brazos, aunque huían de todos los demás. Ana se quedaba levantada por las noches en enero y febrero, absorta en los catálogos de semillas. Luego los vientos de marzo se arremolinaron sobre las dunas, subieron por los puertos y recorrieron las colinas. Los conejos, decía Susan, estaban poniendo huevos de Pascua.

—¿Verdad que marzo es un mes *incitante*, mami? —exclamó Jem, que era como un hermano pequeño de todos los vientos que soplaban.

Podrían haberse ahorrado la «incitación» de que Jem se arañara la mano con un clavo oxidado y pasara varios días mal por ello, mientras la tía Mary Maria contaba todas las historias de septicemia que había oído en su vida. Pero eso, reflexionó Ana cuando el peligro hubo pasado, era lo que cabía esperar teniendo un hijo pequeño que siempre andaba haciendo experimentos.

Y he aquí que llegó abril, con la risa de la lluvia de abril, con el susurro de la lluvia de abril, con el goteo, el barrido, el empuje, el latigazo, la danza, el chapoteo de la lluvia de abril. —Ay, mami, ¿verdad que el mundo se ha lavado la cara y le ha quedado limpia y reluciente? —exclamó Di la mañana en que volvió el sol.

Había pálidas estrellas de primavera brillando sobre campos de niebla, había amentos de sauce en la marisma. Hasta las ramitas de los árboles parecían haber perdido de golpe su cualidad fría y nítida para volverse blandas y lánguidas. La llegada del primer petirrojo fue todo un acontecimiento; la Hondonada volvió a ser un lugar lleno de deleite libre y salvaje; Jem le llevó a su madre las primeras flores de mayo —para disgusto de la tía Mary Maria, que consideraba que deberían habérselas ofrecido a *ella*—; Susan se puso a revisar los estantes del desván, y Ana, que apenas había tenido un minuto para sí misma en todo el invierno, se vistió de alegría primaveral y se pasó literalmente a vivir en su jardín, mientras el Camarón mostraba su arrobo primaveral retorciéndose por todos los senderos.

—Le tiene usted más cariño a ese jardín que a su marido, Anita —dijo la tía Mary Maria.

—Mi jardín es tan bueno conmigo —respondió Ana con aire soñador; luego, al darse cuenta de las implicaciones que podían desprenderse de su comentario, se echó a reír.

—Dice usted las cosas más extraordinarias, Anita. Por supuesto que *yo* sé que no quiere usted decir que Gilbert no es bueno, pero ¿y si la oyera decir tal cosa un desconocido?

—Querida tía Mary Maria —dijo Ana alegremente—, en esta época del año no me hago responsable de lo que digo. Todo el mundo por aquí lo sabe. En primavera siempre estoy un poco loca. Pero es una locura tan divina. ¿Ha visto esas nieblas sobre las dunas, como brujas bailando? ¿Y los narcisos? Nunca habíamos tenido en Ingleside una floración de narcisos como esta.

—A mí los narcisos no me dicen gran cosa. Son unas flores tan ostentosas —dijo la tía Mary Maria, envolviéndose en el chal y entrando en la casa para proteger su espalda.

—¿Sabe usted, mi querida señora doctora —dijo Susan con tono agorero—, qué ha sido de esos lirios nuevos que quería plantar en aquel rincón sombrío? *Ella* los ha plantado esta tarde, mientras usted no estaba, justo en la parte más soleada del jardín de atrás.

—¡Ay, Susan! Y no podemos cambiarlos de sitio, porque se ofendería muchísimo.

—Con que usted *me* diga una palabra, mi querida señora doctora...

—No, no, Susan, de momento los dejaremos donde están. Ya te acuerdas de que lloró cuando le insinué que no debería haber podado la espirea *antes* de que floreciera.

—Pero burlarse de nuestros narcisos, mi querida señora doctora, con lo famosos que son en todo el puerto...

—Y con razón. Mira cómo se ríen de ti por hacerle caso a la tía Mary Maria. Susan, después de todo, las capuchinas están saliendo en este rincón. Qué divertido es, cuando ya has perdido la esperanza de algo, ver que de pronto aparece. Voy a hacer un pequeño jardín de rosas en el rincón del suroeste. El solo nombre de «jardín de rosas» me hace vibrar hasta la punta de los pies. ¿Habías visto alguna vez un azul tan *azul* de cielo, Susan? Y si escuchas con mucha atención, ahora, de noche, puedes oír a todos los arroyuelos del campo cuchicheando. Tengo la tentación de irme a dormir esta noche a la Hondonada, con una almohada de violetas silvestres.

—Lo encontraría usted muy húmedo —dijo Susan con paciencia. La señora doctora siempre se ponía así en primavera. Ya se le pasaría.

—Susan —dijo Ana con tono zalamero—, quiero dar una fiesta de cumpleaños la semana que viene.

—Bueno, ¿y por qué no habría de hacerlo? —preguntó Susan. Cierto era que nadie de la familia cumplía años la última semana de mayo, pero si la señora doctora quería una fiesta de cumpleaños, ¿por qué ponerle reparos?

—Para la tía Mary Maria —prosiguió Ana, como quien está decidida a acabar cuanto antes con lo peor—. Su cumpleaños es la semana que viene. Gilbert dice que cumple cincuenta y cinco años, y he estado pensando.

—Mi querida señora doctora, ¿de verdad pretende usted organizar una fiesta para esa...?

—Cuenta hasta cien, Susan... cuenta hasta cien, Susan, querida. Le haría tanta ilusión. ¿Qué tiene ella en la vida, después de todo?

—Eso es culpa suya...

—Puede ser. Pero, Susan, de verdad quiero hacer esto por ella.

—Mi querida señora doctora —dijo Susan con tono agorero—, usted siempre ha tenido la amabilidad de darme una semana de vacaciones cada vez que he sentido que la necesitaba. ¡Quizá sea mejor que la tome la semana que viene! Le pediré a mi sobrina Gladys que venga a ayudarla. Y entonces la señorita Mary Maria Blythe podrá tener una docena de fiestas de cumpleaños, por mí no hay inconveniente.

—Si lo sientes así, Susan, por supuesto que renunciaré a la idea —dijo Ana despacio.

—Mi querida señora doctora, esa mujer se le ha impuesto a usted y tiene intención de quedarse aquí para siempre. La ha tenido preocupada, ha tiranizado al doctor y ha amargado la vida de los niños. De mí no digo nada, porque ¿quién soy yo? Ha regañado, ha refunfuñado, ha insinuado y se ha quejado sin parar, ¡y ahora quiere usted organizarle una fiesta de cumpleaños! Bueno, lo único que puedo decir es que, si eso es lo que quiere, ¡pues no hay más remedio que hacerlo!

—¡Susan, eres un cielo!

Siguieron la conspiración y los planes. Susan, ya rendida, estaba decidida a que, por el honor de Ingleside, la fiesta fuera algo en lo que ni siquiera Mary Maria Blythe pudiera encontrar defecto.

—Creo que haremos un almuerzo, Susan. Así se marcharán bastante pronto para que yo pueda ir al concierto de Lowbridge con el doctor. Lo mantendremos en secreto y le daremos una sorpresa. No sabrá nada hasta el último momento. Invitaré a toda la gente del Glen que le cae bien...

—¿Y quiénes serán *esas* personas, mi querida señora doctora?

—Bueno, digamos que tolera, entonces. Y a su prima, Adella Carey, de Lowbridge, y a algunas personas del pueblo. Haremos una gran tarta de cumpleaños con pasas y cincuenta y cinco velas...

—Que *yo* tendré que hacer, por supuesto...

—Susan, *sabes* que haces el mejor pastel de frutas de toda la Isla del Príncipe Eduardo...

—Ya sé que en sus manos soy como cera, mi querida señora doctora.

Siguió una semana misteriosa. Un aire de secretismo lo invadía todo en Ingleside. Todo el mundo había jurado no revelar el secreto a la tía Mary Maria. Pero Ana y Susan no habían contado con los chismes. La noche antes de la fiesta, la tía Mary Maria volvió de una visita en el Glen y las encontró sentadas, algo cansadas, en la galería en penumbra.

—¿A oscuras del todo, Anita? No entiendo cómo se le puede coger gusto a estar sentada a oscuras. A mí me pone melancólica.

—No es oscuridad —es crepúsculo—; ha habido un enlace de amor entre la luz y la sombra, y hermosísima es la prole de esa unión —dijo Ana, más para sí misma que para nadie.

—Supongo que usted sabrá lo que quiere decir, Anita. ¿Así que mañana da usted una fiesta?

Ana se irguió de golpe en el asiento. Susan, que ya estaba sentada así, no podía erguirse más todavía.

—Pero... pero... tía...

—Siempre me dejan enterarme de las cosas por boca de extraños —dijo la tía Mary Maria, aunque parecía más apenada que enfadada.

—Que... queríamos que fuera una sorpresa, tía...

—No sé para qué quiere usted una fiesta en esta época del año, cuando no se puede confiar en el tiempo, Anita.

Ana respiró aliviada. Por lo visto, la tía Mary Maria solo sabía que iba a haber una fiesta, no que tuviera nada que ver con ella.

—Yo... yo quería darla antes de que se acabaran las flores de primavera, tía.

—Me pondré mi tafetán granate. Supongo, Anita, que si no me hubiera enterado de esto en el pueblo, mañana me habrían pillado sus finas amistades con un vestido de percal.

—Ay, no, tía. Por supuesto que pensábamos avisarla a tiempo para que se arreglara...

—Bueno, si mi consejo significa algo para usted, Anita —y a veces casi me veo obligada a pensar que no—, diría que en el futuro sería mejor que no fuera usted tan reservada con las cosas. Por cierto, ¿sabe usted que en el pueblo se dice que fue Jem quien tiró la piedra que rompió la ventana de la iglesia metodista?

—No fue él —dijo Ana con calma—. Me dijo que no fue él.

—¿Está usted segura, Anita, querida, de que no le mintió?

«Anita, querida» seguía hablando con calma.

—Completamente segura, tía Mary Maria. Jem no me ha mentado nunca en toda su vida.

—Bueno, me pareció que debía usted saber lo que se estaba diciendo.

La tía Mary Maria se marchó con paso airado, a su manera habitualmente elegante, evitando de forma ostentosa al Camarón, que estaba tumbado boca arriba en el suelo suplicando que alguien le hiciera cosquillas en la barriga.

Susan y Ana respiraron hondo.

—Creo que me voy a la cama, Susan. Y espero de veras que mañana haga bueno. No me gusta el aspecto de esa nube oscura sobre el puerto.

—Hará bueno, mi querida señora doctora —la tranquilizó Susan—. Lo dice el almanaque.

Susan tenía un almanaque que pronosticaba el tiempo de todo el año y acertaba con la frecuencia suficiente como para mantener su buena fama.

—Deja la puerta lateral sin cerrar con llave para el doctor, Susan. Puede que vuelva tarde del pueblo. Ha ido a por las rosas —cincuenta y cinco rosas doradas, Susan—; le he oído decir a la tía Mary Maria que las rosas amarillas son las únicas flores que le gustan.

Media hora más tarde, mientras leía su capítulo nocturno de la Biblia, Susan se topó con el versículo: «Detén tu pie de la casa de tu vecino, porque hartado de ti no te aborrezca». Puso una ramita de abrótno para señalar el lugar. *Hasta en aquellos tiempos*, reflexionó.

Ana y Susan se levantaron temprano, decididas a rematar ciertos últimos preparativos antes de que la tía Mary Maria anduviera por ahí. A Ana siempre le había gustado madrugar y capturar esa media hora mística antes del amanecer en que el mundo pertenece a las hadas y a los viejos dioses. Le gustaba ver el cielo matutino de rosa pálido y oro tras la aguja de la iglesia, el resplandor fino y traslúcido del amanecer extendiéndose sobre las dunas, las primeras espirales violáceas de humo que se alzaban desde los tejados del pueblo.

—Es como si nos hubieran hecho el día a medida, mi querida señora doctora —dijo Susan con satisfacción, mientras espolvoreaba coco sobre un pastel con glaseado de naranja—. Después de desayunar probaré suerte con esas bolitas de mantequilla tan modernas, y llamaré a Carter Flagg cada media hora para asegurarme de que no se olvida del helado. Y aún habrá tiempo de fregar los escalones del porche.

—¿Es necesario eso, Susan?

—Mi querida señora doctora, ha invitado usted a la señora Marshall Elliott, ¿verdad? *Ella* no va a ver los escalones de *nuestro*

porche de ninguna otra manera que no sea impecables. Pero usted se encargará de la decoración, ¿verdad, mi querida señora doctora? A mí no me tocó en suerte el don de arreglar flores.

—¡Cuatro pasteles! ¡Caramba! —dijo Jem.

—Cuando nosotras damos una fiesta —dijo Susan con grandilocuencia—, *damos* una fiesta.

Los invitados llegaron a su hora y fueron recibidos por la tía Mary Maria, de tafetán granate, y por Ana, de gasa color bizcocho. Ana había pensado ponerse su muselina blanca, pues el día era caluroso como en verano, pero decidió no hacerlo.

—Muy sensato por su parte, Anita —comentó la tía Mary Maria—. El blanco, siempre lo digo, es solo para las jóvenes.

Todo salió según lo previsto. La mesa lucía preciosa con la vajilla más bonita de Ana y la belleza exótica de los lirios blancos y morados. Las bolitas de mantequilla de Susan causaron sensación, pues nunca se había visto nada igual en el Glen; su sopa de crema era la última palabra en sopas; la ensalada de pollo se había hecho con «pollos que de verdad *eran* pollos» de Ingleside; el acosado Carter Flagg envió el helado con puntualidad exacta. Por fin, Susan, portando la tarta de cumpleaños con sus cincuenta y cinco velas encendidas como si fuera la cabeza del Bautista en una bandeja, entró con paso solemne y la depositó ante la tía Mary Maria.

Ana, por fuera la anfitriona sonriente y serena, llevaba un rato sintiéndose muy incómoda. Pese a toda su aparente placidez, tenía la convicción, cada vez más honda, de que algo había ido terriblemente mal. A la llegada de los invitados había estado demasiado ocupada para notar el cambio que se había operado en el rostro de la tía Mary Maria cuando la señora Marshall Elliott le deseó cordialmente muchas felicidades. Pero cuando por fin estuvieron todos sentados a la mesa, Ana cayó en la cuenta de que la tía Mary Maria no parecía nada complacida. Estaba completamente pálida —ino podía ser de furia!— y no dijo ni una palabra en todo el almuerzo, salvo respuestas cortantes a los comentarios que le

dirigían. Solo tomó dos cucharadas de sopa y tres bocados de ensalada; en cuanto al helado, se comportó como si no existiera.

Cuando Susan puso ante ella la tarta de cumpleaños con sus velas titilantes, la tía Mary Maria dio un espantoso trago que no logró del todo tragarse un sollozo, y que en consecuencia salió convertido en una especie de aullido ahogado.

—Tía, ¿no se encuentra usted bien? —exclamó Ana.

La tía Mary Maria la miró con gesto glacial.

—*Perfectamente* bien, Anita. Extraordinariamente bien, en realidad, para ser *una persona tan entrada en años* como yo.

En ese momento tan propicio entraron las gemelas, llevando entre las dos la cesta con las cincuenta y cinco rosas amarillas, y, en medio de un silencio que de repente se había helado, se la presentaron a la tía Mary Maria, ceceando sus felicitaciones y sus buenos deseos. De la mesa se alzó un coro de admiración, pero la tía Mary Maria no se sumó a él.

—Las... las gemelas le apagarán las velas, tía —balbuceó Ana, nerviosa—, y luego... ¿cortará usted la tarta?

—No siendo yo —todavía— del todo senil, Anita, puedo apagar las velas yo sola.

La tía Mary Maria procedió a apagarlas, una por una, con esmero y deliberación. Con igual esmero y deliberación cortó la tarta. Luego dejó el cuchillo sobre la mesa.

—Y ahora, quizá se me permita retirarme, Anita. *Una mujer tan vieja* como yo necesita descansar después de tanta emoción.

Fru-fru sonó la falda de tafetán de la tía Mary Maria. Cataplum sonó la cesta de rosas al derribarla a su paso. Clic-clac sonaron sus tacones altos escalera arriba. Pum sonó, a lo lejos, la puerta de la tía Mary Maria al cerrarse.

Los invitados, atónitos, se comieron sus porciones de tarta con el apetito que pudieron reunir, en un silencio tenso que solo rompió,

desesperada, la señora Amos Martin con una historia sobre un médico de Nueva Escocia que había envenenado a varios pacientes inyectándoles gérmenes de difteria. Los demás, sintiendo que aquello quizá no fuera del mejor gusto, no secundaron su loable esfuerzo por «animar el ambiente», y todos se marcharon en cuanto pudieron hacerlo con decoro.

Ana, desconcertada, corrió al cuarto de la tía Mary Maria.

—Tía, ¿*qué* le pasa?...

—¿Era necesario anunciar mi edad en público, Anita? ¿Y encima invitar aquí a Adella Carey —para que descubriera cuántos años tengo—? ¡Lleva años muriéndose de ganas de saberlo!

—Tía, queríamos... queríamos...

—No sé cuál era su propósito, Anita. Que hay algo detrás de todo esto lo sé muy bien —ay, puedo leerle el pensamiento, querida Anita —, pero no intentaré averiguarlo; lo dejaré entre usted y su conciencia.

—Tía Mary Maria, mi única intención era darle un cumpleaños feliz. Lo siento muchísimo...

La tía Mary Maria se llevó el pañuelo a los ojos y sonrió con valentía.

—Por supuesto que la perdono, Anita. Pero debe usted comprender que, después de un intento tan deliberado de herir mis sentimientos, no puedo quedarme aquí ni un día más.

—Tía, ¿no querrá usted creer...?

La tía Mary Maria alzó una mano larga, huesuda y nudosa.

—No discutamos, Anita. Quiero paz, solo paz. «¿Quién soportará al espíritu angustiado?»

Ana fue al concierto con Gilbert aquella noche, pero no puede decirse que lo disfrutara. Gilbert se tomó todo el asunto «muy de hombre», como habría dicho la señorita Cornelia.

—Recuerdo que siempre fue un poco susceptible con su edad. Papá solía tomarle el pelo. Debería haberte avisado, pero se me había olvidado por completo. Si se marcha, no intentes detenerla —y se abstuvo, por solidaridad familiar, de añadir «¡menos mal!».

—No se marchará. No tenemos esa suerte, mi querida señora doctora —dijo Susan, incrédula.

Pero, por una vez, Susan se equivocaba. La tía Mary Maria se marchó al día siguiente, perdonando a todo el mundo con su último suspiro.

—No culpe a Anita, Gilbert —dijo con magnanimidad—. La absuelvo de toda intención de insulto. Nunca me importó que tuviera secretos conmigo —aunque para una sensibilidad como la mía—, pero, a pesar de todo, siempre le he tenido cariño a la pobre Anita —esto último con el aire de quien confiesa una debilidad—. Pero Susan Baker es harina de otro costal. Mi última palabra para usted, Gilbert, es esta: ponga a Susan Baker en su sitio y manténgala allí.

Al principio, nadie podía creer en su buena suerte. Luego cayeron en la cuenta de que la tía Mary Maria se había marchado de verdad: de que volvía a ser posible reír sin herir los sentimientos de nadie, abrir todas las ventanas sin que nadie se quejara de las corrientes de aire, comer sin que nadie te dijera que aquello que tanto te gustaba probablemente te iba a producir cáncer de estómago.

Nunca he despedido a un huésped con tanto gusto, pensó Ana, un poco culpable. Es cierto que da gusto volver a ser dueña de tu propia alma.

El Camarón se acicaló meticulosamente, sintiendo que, después de todo, ser un gato tenía su gracia. La primera peonía se abrió en el jardín.

—El mundo está lleno de poesía, ¿verdad, mami? —dijo Walter.

—Va a ser un junio de lo más agradable —pronosticó Susan—. Lo dice el almanaque. Habrá unas cuantas bodas, y lo más probable es que al menos dos entierros. ¿No le parece extraño poder volver a

respirar tranquila? Cuando pienso que hice todo lo que estaba en mi mano por impedir que diera usted aquella fiesta, mi querida señora doctora, me doy cuenta de nuevo de que *existe* una Providencia que todo lo gobierna. Y dígame, mi querida señora doctora, ¿no cree usted que al doctor le sentarían bien unas cebollas con su filete frito hoy?

CAPÍTULO 15

—Sentí que tenía que venir, querida —dijo la señorita Cornelia—, para explicar lo del teléfono. Fue todo un error, lo siento muchísimo, la prima Sarah no ha muerto, después de todo. —Ana, conteniendo una sonrisa, le ofreció una silla a la señorita Cornelia en el porche, y Susan, levantando la vista del cuello de encaje de ganchillo irlandés que estaba haciendo para su sobrina Gladys, pronunció un escrupulosamente cortés—: «Buenas tardes, *señora* Marshall Elliott».

—Esta mañana llegó la noticia del hospital de que había fallecido durante la noche, y me pareció que debía avisaros, ya que era paciente del doctor. Pero resultó ser otra Sarah Chase, y la prima Sarah sigue viva, y con visos de seguir viviendo, a Dios gracias. Aquí se está muy fresquito y agradable, Ana. Siempre digo que, si hay brisa en alguna parte, es en Ingleside.

—Susan y yo hemos estado disfrutando del encanto de esta noche estrellada —dijo Ana, dejando a un lado el vestido de muselina rosa con nido de abeja que estaba haciendo para Nan, y entrelazando las manos sobre las rodillas. No le venía nada mal una excusa para estar un rato sin hacer nada. Ni ella ni Susan tenían muchos ratos ociosos en aquellos días.

Iba a salir la luna, y el presagio de su salida era aún más hermoso de lo que sería la propia salida de la luna. A lo largo del sendero, los lirios atigrados «ardían con fulgor», y bocanadas de madreSelva iban y venían en las alas del viento soñador.

—Fíjese en esa ola de amapolas rompiendo contra el muro del jardín, señorita Cornelia. Susan y yo estamos muy orgullosas de nuestras amapolas este año, aunque no tuvimos absolutamente nada que ver con ellas. Walter derramó allí un sobre de semillas por accidente en primavera, y este es el resultado. Todos los años tenemos alguna sorpresa deliciosa como esta.

—A mí me encantan las amapolas —dijo la señorita Cornelia—, aunque no duran nada.

—Solo tienen un día de vida —admitió Ana—, ¡pero qué imperialmente, qué espléndidamente lo viven! ¿No es eso mejor que ser una horrible y tiesa zinia que dura prácticamente para siempre? En Ingleside no tenemos zinias. Son las únicas flores con las que no somos amigas. Susan ni siquiera les dirige la palabra.

—¿Están matando a alguien en la Hondonada? —preguntó la señorita Cornelia. Y, en efecto, los sonidos que llegaban flotando desde allí parecían indicar que alguien estaba siendo quemado en la hoguera. Pero Ana y Susan estaban demasiado acostumbradas a aquello como para inmutarse.

—Persis y Kenneth han estado aquí todo el día, y han terminado con un banquete en la Hondonada. En cuanto a la señora Chase, Gilbert fue al pueblo esta mañana, así que él sabrá la verdad sobre su estado. Me alegro, por el bien de todos, de que se encuentre tan bien —los otros médicos no estaban de acuerdo con el diagnóstico de Gilbert, y él estaba un poco preocupado.

—Sarah nos advirtió, cuando ingresó en el hospital, que no la enterráramos a menos que estuviéramos seguras de que había muerto —dijo la señorita Cornelia, abanicándose con majestuosidad y preguntándose cómo se las arreglaba la mujer del doctor para parecer siempre tan fresca—. Verás, siempre tuvimos un poco de miedo de que hubieran enterrado vivo a su marido —tenía un aspecto tan lozano—. Pero a nadie se le ocurrió pensarlo hasta que ya fue demasiado tarde. Era hermano de ese Richard Chase que compró la vieja granja de Moorside y se mudó allí desde Lowbridge

en primavera. *Ese* sí que es un personaje. Dice que vino al campo a buscar un poco de paz, porque en Lowbridge se pasaba la vida esquivando viudas —y solteronas, podría haber añadido la señorita Cornelia, pero no lo hizo, por consideración a los sentimientos de Susan.

—He conocido a su hija Stella —viene a los ensayos del coro—. Nos hemos tomado bastante cariño la una a la otra.

—Stella es una chica encantadora —una de las pocas que todavía sabe ruborizarse—. Siempre le he tenido cariño. Su madre y yo fuimos grandes amigas. ¡Pobre Lisette!

—¿Murió joven?

—Sí, cuando Stella tenía solo ocho años. Richard la crió él solo. ¡Y eso que, si algo es, es un descreído! Dice que las mujeres solo son importantes biológicamente —lo que sea que eso signifique—. Siempre está soltando parrafadas grandilocuentes de esas.

—No parece que le haya salido tan mal la crianza —dijo Ana, que consideraba a Stella Chase una de las jóvenes más encantadoras que había conocido en su vida.

—Ay, a Stella no hay quien la eche a perder. Y no voy a negar que Richard tiene bastante seso en la cabeza. Pero tiene una manía con los jóvenes, y nunca le ha permitido a la pobre Stella tener ni un solo pretendiente en toda su vida. A todos los jóvenes que intentaron cortejarla los dejó aterrorizados a fuerza de sarcasmo. Es la criatura más sarcástica que se pueda imaginar. Stella no sabe manejarlo, y su madre, antes que ella, tampoco supo manejarlo. Ninguna de las dos supo cómo hacerlo. Él actúa siempre al revés de lo que dice, pero ninguna de las dos pareció darse cuenta jamás.

—A mí me pareció que Stella le tiene mucho apego a su padre.

—Ay, sí que se lo tiene. Lo adora. Es un hombre de lo más agradable cuando se sale con la suya en todo. Pero debería tener más sensatez en lo que respecta al matrimonio de Stella. Bien sabrá que no puede vivir para siempre, aunque, para oírlo hablar,

cualquiera diría que piensa hacerlo. No es un hombre viejo, claro está, se casó muy joven. Pero en esa familia hay antecedentes de apoplejía. ¿Y qué va a hacer Stella cuando él falte? Consumirse, supongo.

Susan levantó la vista de la intrincada rosa de su ganchillo irlandés el tiempo justo para decir con firmeza:

—No estoy de acuerdo con que la gente mayor le arruine la vida a la gente joven de esa manera.

—Quizá, si Stella de verdad quisiera a alguien, las objeciones de su padre no le importarían tanto.

—Ahí es donde te equivocas, Ana, querida. Stella jamás se casaría con nadie que no le gustara a su padre. Y puedo decirte de otro a quien le van a arruinar la vida: el sobrino de Marshall, Alden Churchill. Mary está *decidida* a que no se case mientras ella pueda impedirlo. Es todavía más llevada la contraria que Richard —si fuera una veleta, señalaría al norte cuando el viento soplara del sur—. La propiedad es suya hasta que Alden se case, y entonces pasa a ser de él, ¿sabes? Cada vez que él ha salido con una chica, ella se las ha ingeniado para ponerle fin de algún modo.

—¿De veras es *todo* obra tuya, *señora* Marshall Elliott? —preguntó Susan con sequedad—. Hay quien piensa que Alden es de lo más voluble. Le he oído llamarlo tenorio.

—Alden es guapo, y las chicas lo persiguen —replicó la señorita Cornelia—. *Yo* no le reprocho que las tenga un poco en vilo y las deje cuando ya les ha dado una lección. Pero ha habido una o dos chicas estupendas que de verdad le gustaban, y Mary siempre lo ha impedido. Me lo dijo ella misma —me dijo que había ido a consultar la Biblia, que siempre anda «consultando la Biblia»—, y que había abierto por un versículo, y que cada vez era una advertencia contra el matrimonio de Alden. No tengo paciencia con ella y sus rarezas. ¿Por qué no puede ir a la iglesia y ser una persona decente como las demás de por aquí, en Four Winds? Pero no, tiene que inventarse su propia religión, que consiste en eso de «consultar la Biblia». El otoño

pasado, cuando aquel caballo tan valioso enfermó —que valía sus buenos cuatrocientos dólares—, en vez de mandar llamar al veterinario de Lowbridge, «consultó la Biblia» y abrió por un versículo: «Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito». Así que no quiso mandar llamar al veterinario, y el caballo se murió. Imagínate aplicar ese versículo de esa manera, Ana, querida. A mí me parece una falta de respeto. Se lo dije bien clarito, pero lo único que saqué en limpio fue una mirada de mal genio. Y no quiere que le pongan el teléfono. «¿Se creen que voy a ponerme a hablar dentro de una caja colgada de la pared?», dice cada vez que alguien saca el tema.

La señorita Cornelia hizo una pausa, algo sin aliento. Las excentricidades de su cuñada siempre la sacaban de quicio.

—Alden no se parece en nada a su madre —dijo Ana.

—Alden es como su padre —un hombre mejor no ha pisado esta tierra, dentro de lo que cabe—. Por qué se casó con Mary es algo que los Elliott nunca lograron entender. Aunque se alegraron muchísimo de que la casaran tan bien —siempre le faltó un tornillo, y era una muchacha flaca como una vara—. Claro que tenía mucho dinero —su tía Mary le dejó todo—, pero esa no fue la razón: George Churchill estaba de verdad enamorado de ella. No sé cómo aguanta Alden los caprichos de su madre, pero ha sido un buen hijo.

—¿Sabe lo que se me acaba de ocurrir, señorita Cornelia? —dijo Ana con sonrisa traviesa—. ¿No sería bonito que Alden y Stella se enamoraran el uno del otro?

—Hay pocas probabilidades de eso, y aunque pasara, no llegarían a ninguna parte. Mary se pondría hecha una furia, y Richard le enseñaría la puerta a un simple granjero en un minuto, aunque él mismo sea granjero ahora. Pero Stella no es el tipo de chica que le gusta a Alden —a él le gustan las risueñas y de tez sonrosada—. Y a Stella no le interesaría *su* tipo. Sí que he oído que el nuevo pastor de Lowbridge le hace ojitos.

—¿No es un poco anémico y corto de vista? —preguntó Ana.

—Y tiene los ojos saltones —dijo Susan—. Deben de ser espantosos cuando intenta poner cara de sentimental.

—Al menos es presbiteriano —dijo la señorita Cornelia, como si eso compensara mucho—. Bueno, tengo que irme. Si me quedo mucho rato al sereno, me molesta la neuralgia.

—La acompaño hasta la verja.

—Siempre pareces una reina con ese vestido, Ana, querida —dijo la señorita Cornelia, admirada y sin venir a cuento.

Ana se encontró con Owen y Leslie Ford en la verja y los trajo de vuelta al porche. Susan había desaparecido en busca de limonada para el doctor, que acababa de llegar a casa, y los niños subieron en tropel desde la Hondonada, soñolientos y felices.

—Estabais armando un ruido espantoso cuando entré con el coche —dijo Gilbert—. Debe de haberos oído toda la comarca.

Persis Ford, echándose hacia atrás sus espesos rizos color miel, le sacó la lengua. Persis era una gran favorita del «tío Gil».

—Solo estábamos imitando a los derviches aulladores, así que claro que teníamos que aullar —explicó Kenneth.

—Mira cómo tienes la blusa —dijo Leslie, bastante severa.

—Me caí en el pastel de barro de Di —dijo Kenneth, con clara satisfacción en la voz. Detestaba esas blusas almidonadas e impolutas que su madre lo obligaba a ponerse cuando subía al Glen.

—Mamaíta querida —dijo Jem—, ¿me puedo quedar con esas plumas de avestruz viejas del granero para cosérmelas en la espalda del pantalón, a modo de cola? Mañana vamos a hacer un circo, y yo voy a ser el avestruz. Y vamos a conseguir un elefante.

—¿Sabes que cuesta seiscientos dólares al año dar de comer a un elefante? —dijo Gilbert con solemnidad.

—Un elefante imaginario no cuesta nada —explicó Jem con paciencia.

Ana se echó a reír. —Menos mal que nunca hace falta economizar en la imaginación.

Walter no dijo nada. Estaba un poco cansado y muy a gusto sentado junto a mamá en los escalones, con la cabeza morena apoyada en su hombro. Leslie Ford, al mirarlo, pensó que tenía cara de genio —esa mirada remota y ausente de un alma venida de otra estrella—. La Tierra no era su hábitat.

Todos eran muy felices en aquella hora dorada de un día dorado. Una campana, en una iglesia al otro lado del puerto, repicaba débil y dulcemente. La luna dibujaba trazos sobre el agua. Las dunas relucían con un plateado brumoso. Había un dejo de menta en el aire, y unas rosas invisibles exhalaban un aroma insoportablemente dulce. Y Ana, mirando el césped con aire soñador, con unos ojos que, a pesar de sus seis hijos, seguían siendo muy jóvenes, pensó que no había en el mundo nada tan esbelto y tan de duende como un chopo lombardo muy joven a la luz de la luna.

Luego se puso a pensar en Stella Chase y Alden Churchill, hasta que Gilbert le ofreció un penique por sus pensamientos.

—Estoy pensando seriamente en probar suerte como casamentera —replicó Ana.

Gilbert miró a los demás con fingida desesperación.

—Me temía que un día de estos volvería a estallar. He hecho todo lo posible, pero no hay quien reforme a una casamentera de nacimiento. Le tiene verdadera pasión a la cosa. El número de bodas que ha propiciado es increíble. Yo no podría dormir por las noches si tuviera semejantes responsabilidades sobre la conciencia.

—Pero todos son felices —protestó Ana—. La verdad es que se me da de maravilla. Piensa en todas las parejas que he formado —o que me han acusado de formar—: Theodora Dix y Ludovic Speed, Stephen Clark y Prissie Gardner, Janet Sweet y John Douglas, el profesor Carter y Esme Taylor, Nora y Jim, y Dovie y Jarvis...

—Ay, lo admito. Esta esposa mía, Owen, nunca ha perdido su capacidad de esperar milagros. Para ella, los cardos pueden dar higos en cualquier momento. Supongo que seguirá intentando casar a la gente hasta que se haga mayor.

—Creo que ha tenido algo que ver con otra boda más —dijo Owen, sonriéndole a su mujer.

—Yo no —dijo Ana enseguida—. Eso es culpa de Gilbert. Hice todo lo posible por convencerlo de que no le hicieran esa operación a George Moore. Y hablando de dormir por las noches, hay noches en que *yo* me despierto bañada en sudor frío, soñando que lo conseguí.

—Bueno, dicen que solo las mujeres felices hacen de casamenteras, así que eso es un punto a mi favor —dijo Gilbert con satisfacción—. ¿Qué nuevas víctimas tienes en mente ahora, Ana?

Ana se limitó a sonreírle con picardía. Hacer de casamentera es algo que requiere sutileza y discreción, y hay cosas que no se le cuentan ni al propio marido.

CAPÍTULO 16

Ana pasó despierta varias horas aquella noche, y otras tantas noches después, pensando en Alden y Stella. Tenía la sensación de que Stella soñaba con anhelo con el matrimonio, con un hogar, con hijos. Una noche le había suplicado que la dejara bañar a Rilla —«es tan delicioso bañar ese cuerpecito suyo, rollizo y con hoyuelos»— y, otra vez, con timidez: «Es tan bonito, señora Blythe, sentir esos bracitos de terciopelo que se le tienden a una. Los niños son tan *perfectos*, ¿verdad?». Sería una lástima que un padre gruñón impidiera que florecieran aquellas esperanzas secretas.

Sería un matrimonio ideal. Pero ¿cómo lograrlo, si todos los implicados eran un poco tercos y llevados a su idea? Porque la terquedad y la contrariedad no eran todas cosa de los mayores: Ana sospechaba que tanto Alden como Stella tenían también su vena. Aquello exigía una táctica completamente distinta de las anteriores. En el momento justo, Ana se acordó del padre de Dovie.

Ana alzó la barbilla y se puso manos a la obra. A partir de aquel momento, consideró, Alden y Stella estaban como quien dice casados.

No había tiempo que perder. Alden, que vivía en Harbour Head e iba a la iglesia anglicana del otro lado del puerto, ni siquiera había conocido todavía a Stella Chase; puede que ni siquiera la hubiese visto. Llevaba unos meses sin andar detrás de ninguna chica, pero podía empezar en cualquier momento: la señora Janet Swift, de Upper Glen, tenía de visita a una sobrina muy guapa, y Alden

siempre iba tras las caras nuevas. Lo primero, pues, era conseguir que Alden y Stella se conocieran. ¿Cómo lograrlo? Tenía que hacerse de un modo que pareciese absolutamente inocente. Ana se devanó los sesos, pero no se le ocurrió nada más original que dar una fiesta e invitarlos a los dos. La idea no acababa de convencerla: hacía demasiado calor para una fiesta, y los jóvenes de Four Winds eran unos alborotadores. Ana sabía que Susan jamás consentiría una fiesta sin poner Ingleside patas arriba de la buhardilla a la bodega, y aquel verano Susan sufría mucho con el calor. Pero una buena causa exige sacrificios. Jen Pringle, licenciada, había escrito diciendo que por fin vendría a hacer aquella visita a Ingleside que tenía prometida desde hacía tiempo, y eso serviría de excusa perfecta para la fiesta. La suerte parecía estar de su parte. Jen llegó; se enviaron las invitaciones; Susan puso Ingleside a punto de arriba abajo; y ella y Ana se encargaron ellas mismas de toda la cocina de la fiesta, en pleno rigor de la ola de calor.

La noche antes de la fiesta, Ana estaba rendida de cansancio. El calor había sido terrible; Jem estaba en cama con un ataque que Ana temía en secreto que fuese apendicitis, aunque Gilbert le quitaba importancia y lo achacaba solo a las manzanas verdes; y el Camarón había estado a punto de escaldarse vivo cuando Jen Pringle, tratando de ayudar a Susan, había volcado sobre él una cacerola de agua hirviendo de la cocina. A Ana le dolían todos los huesos del cuerpo, le dolía la cabeza, le dolían los pies, le dolían los ojos. Jen se había ido con un grupo de chiquillos a ver el faro, y le había dicho a Ana que se acostara enseguida; pero, en lugar de acostarse, Ana se sentó en el porche, en la humedad que había dejado la tormenta de la tarde, y se puso a hablar con Alden Churchill, que había pasado a buscar una medicina para la bronquitis de su madre pero no quería entrar en la casa. A Ana le pareció una ocasión caída del cielo, porque tenía muchas ganas de hablar con él. Eran buenos amigos, pues Alden solía pasarse por allí con recados parecidos.

Alden estaba sentado en el escalón del porche, con la cabeza descubierta echada hacia atrás contra el poste. Era, como Ana

siempre pensaba, un muchacho muy apuesto: alto y de hombros anchos, con un rostro blanco como el mármol que nunca se bronceaba, unos vivos ojos azules y un tieso cepillo de pelo negro azabache que se le erguía sobre la frente. Tenía una voz risueña y unos modales agradables y deferentes que gustaban a las mujeres de cualquier edad. Había pasado tres años en Queen's y había pensado en ir a Redmond, pero su madre no se lo permitió, alegando razones bíblicas, y Alden se había acomodado bastante a gusto en la granja. Le gustaba la labranza, le había dicho a Ana; era un trabajo libre, al aire libre, independiente: tenía la habilidad de su madre para ganar dinero y el atractivo personal de su padre. No era de extrañar que se le considerase todo un buen partido.

—Alden, quiero pedirte un favor —dijo Ana con su tono más persuasivo—. ¿Me lo harás?

—Claro, señora Blythe —respondió él con calidez—. Con solo decírmelo. Ya sabe que haría cualquier cosa por usted.

Alden le tenía en verdad mucho cariño a la señora Blythe, y de verdad habría hecho bastante por ella.

—Me temo que te va a resultar aburrido —dijo Ana con inquietud—. Pero es esto: quiero que te ocupes de que Stella Chase lo pase bien en mi fiesta de mañana por la noche. Tengo mucho miedo de que no sea así. Todavía no conoce a mucha gente joven de por aquí; la mayoría son más jóvenes que ella, al menos los chicos. Sácala a bailar y procura que no se quede sola ni al margen de todo. Es tan tímida con los desconocidos... De verdad quiero que lo pase bien.

—Ah, haré todo lo que pueda —dijo Alden de buena gana.

—Pero no vayas a enamorarte de ella, ¿eh? —le advirtió Ana, con una risa cuidadosa.

—Un poco de compasión, señora Blythe. ¿Por qué no?

—Bueno —dijo, bajando la voz—, creo que el señor Paxton, de Lowbridge, le ha tomado bastante cariño.

—¿Ese petimetre engreído? —estalló Alden, con un calor inesperado.

Ana le lanzó una mirada de suave reproche.

—Vamos, Alden, me dicen que es un joven muy agradable. Y es justo ese tipo de hombre el único que tendría alguna posibilidad con el padre de Stella, ya lo sabes.

—¿Ah, sí? —dijo Alden, recayendo en su indiferencia.

—Sí, y ni siquiera sé si él la tendría. Tengo entendido que el señor Chase cree que no hay nadie lo bastante bueno para Stella. Me temo que un simple granjero no tendría ninguna posibilidad. Así que no quiero que te busques problemas enamorándote de una chica a la que nunca podrías conseguir. Solo te hago una advertencia amistosa. Estoy segura de que tu madre pensaría lo mismo que yo.

—Ah, gracias... ¿Y qué clase de chica es, después de todo? ¿Es guapa?

—Bueno, reconozco que no es ninguna belleza. Me cae muy bien Stella, pero es un poco pálida y retraída. No es muy fuerte, pero me dicen que el señor Paxton tiene dinero propio. A mi parecer, sería un matrimonio ideal, y no quiero que nadie lo eche a perder.

—¿Por qué no invitó al señor Paxton a su jarana y le dijo a él que hiciera pasarlo bien a su Stella? —preguntó Alden con cierta agresividad.

—Ya sabes que un pastor no vendría a un baile, Alden. Anda, no te pongas de mal humor... y procura que Stella lo pase bien.

—Ah, me encargaré de que lo pase de miedo. Buenas noches, señora Blythe.

Alden se marchó con un giro brusco. A solas, Ana se echó a reír. —Como algo sepa yo de la naturaleza humana, ese chico va a lanzarse de cabeza a demostrarle al mundo que puede quedarse con Stella si se le antoja, le pese a quien le pese. Ha picado en el

anzuelo del pastor que ni pintado. Pero me parece que me espera una mala noche con este dolor de cabeza.

Pasó una mala noche, agravada por lo que Susan llamaba «una torcedura de cuello», y por la mañana se sentía tan lúcida como un trozo de franela gris; pero por la noche fue una anfitriona alegre y animosa. La fiesta fue un éxito. Todo el mundo pareció pasarlo bien. Stella, desde luego, lo pasó bien. Alden se encargó de ello con un celo casi excesivo para el buen tono, pensó Ana. Resultaba un poco fuerte, para un primer encuentro, que Alden se llevara a Stella a un rincón oscuro del porche después de la cena y la retuviera allí una hora entera. Pero, en conjunto, Ana quedó satisfecha cuando repasó lo ocurrido a la mañana siguiente. Ciertamente que la alfombra del comedor había quedado prácticamente arruinada por dos platillos de helado derramados y un trozo de tarta aplastado contra ella; los candelabros de cristal de Bristol de la abuela de Gilbert habían quedado hechos añicos; alguien había volcado una jarra de agua de lluvia en el cuarto de invitados, que se había filtrado y manchado de forma trágica el techo de la biblioteca; las borlas del chesterfield estaban medio arrancadas; y sobre el gran helecho de Boston de Susan, el orgullo de su corazón, al parecer se había sentado alguna persona grande y pesada. Pero en el haber de la cuenta estaba el hecho de que, si no fallaban todas las señales, Alden se había enamorado de Stella. Ana pensó que la balanza se inclinaba a su favor.

Los chismes locales de las semanas siguientes confirmaron esta impresión. Cada vez resultaba más evidente que Alden había caído en la trampa. Pero ¿y Stella? Ana no creía que Stella fuese la clase de chica que se deja caer, ya madura, en la mano tendida de cualquier hombre. Tenía una pizca de la «contrariedad» de su padre, que en ella se traducían en una encantadora independencia.

Una vez más, la suerte favoreció a la casamentera inquieta. Stella fue una tarde a ver los delfinios de Ingleside, y después se sentaron en el porche a charlar. Stella Chase era una criatura pálida y esbelta, bastante tímida pero intensamente dulce. Tenía una suave nube de

cabello rubio pálido y unos ojos color madera. Ana pensaba que eran sus pestañas las que hacían el efecto, porque en realidad no era guapa. Eran increíblemente largas, y cuando las alzaba y las bajaba obraban su magia en los corazones masculinos. Tenía cierta distinción de modales que la hacía parecer algo mayor de sus veinticuatro años, y una nariz que en el futuro bien podría volverse decididamente aguileña.

—He oído ciertas cosas sobre ti, Stella —dijo Ana, agitando un dedo hacia ella—. Y... no... sé... si... me... han... gustado. ¿Me perdonarás que te diga que me pregunto si Alden Churchill es de verdad el pretendiente que te conviene?

Stella volvió hacia ella un rostro sobresaltado.

—Vaya... Creía que a usted le caía bien Alden, señora Blythe.

—Sí me cae bien. Pero... bueno, verás... tiene fama de ser muy inconstante. Me dicen que ninguna chica logra retenerlo mucho tiempo. Muchas lo han intentado, y han fracasado. No me gustaría verte abandonada así si a él se le fuera el capricho por otro lado.

—Creo que se equivoca usted con Alden, señora Blythe —dijo Stella despacio.

—Eso espero, Stella. Si fueras de otro tipo, más vivaracha y alegre, como Eileen Swift...

—Ah, bueno... tengo que irme a casa —dijo Stella vagamente—. Padre se sentirá solo.

Cuando se hubo marchado, Ana volvió a reírse.

—Me da la impresión de que Stella se ha ido jurándose en secreto que les demostrará a sus amigas entrometidas que es capaz de retener a Alden, y que ninguna Eileen Swift le pondrá jamás las garras encima. Aquel pequeño movimiento altivo de la cabeza y aquel súbito rubor en las mejillas me lo han dicho todo. Con esto ya está lo de los jóvenes. Me temo que los mayores van a ser un hueso más duro de roer.

CAPÍTULO 17

La suerte de Ana se mantuvo. La Sociedad Auxiliar de Misiones Femeninas le pidió que fuese a ver a la señora George Churchill para pedirle su contribución anual a la sociedad. La señora Churchill rara vez iba a la iglesia y no era miembro de la Auxiliar, pero «creía en las misiones» y siempre daba una suma generosa si alguien iba a pedírsela. A la gente le gustaba tan poco hacer esa visita que las socias tenían que turnarse, y aquel año le tocaba el turno a Ana.

Salió a caminar una tarde por un sendero cuajado de margaritas que atravesaba los campos y subía por la dulce y fresca belleza de una loma hasta el camino donde se hallaba la granja de los Churchill, a poco más de kilómetro y medio del Glen. Era un camino bastante soso, con grises cercas de zigzag que trepaban por pequeñas cuestas empinadas, pero tenía luces de hogar, un arroyo, el olor de los henares que bajaban hasta el mar, jardines. Ana se detenía a mirar todos los jardines que iba dejando atrás. Su interés por los jardines era perenne. Gilbert solía decir que Ana *tenía* que comprar cualquier libro que llevara la palabra «jardín» en el título.

Un bote perezoso se dejaba llevar puerto abajo, y a lo lejos un barco estaba encalmado. A Ana siempre se le aceleraba un poco el pulso al ver zarpar un barco. Comprendía al capitán Franklin Drew cuando le oyó decir una vez, al subir a bordo de su embarcación en el muelle: «¡Dios, cuánto compadezco a los que dejamos en tierra!».

La gran casa de los Churchill, con su severo encaje de hierro forjado bordeando el tejado plano a la mansarda, dominaba desde lo

alto el puerto y las dunas. La señora Churchill la recibió con cortesía, aunque sin demasiada efusión, y la condujo a un salón sombrío y espléndido, cuyas paredes de papel oscuro y pardo estaban cubiertas de innumerables retratos al carboncillo de los Churchill y los Elliott ya difuntos. La señora Churchill se sentó en un sofá de felpa verde, cruzó sus manos largas y flacas, y clavó la mirada, sin pestañear, en su visitante.

Mary Churchill era alta, huesuda y austera. Tenía una barbilla prominente, ojos azules hundidos como los de Alden y una boca ancha y apretada. Nunca desperdiciaba palabras y nunca chismorreaba. Por eso a Ana le costó bastante encaminarse hacia su objetivo con naturalidad, pero lo logró valiéndose del nuevo pastor del otro lado del puerto, a quien la señora Churchill tenía entre ceja y ceja.

—No es un hombre espiritual —dijo la señora Churchill con frialdad.

—He oído que sus sermones son extraordinarios —dijo Ana.

—Oí uno y no deseo oír más. Mi alma buscaba alimento y le dieron una conferencia. Él cree que el Reino de los Cielos se conquista con el intelecto. No es así.

—Hablando de pastores, ahora tienen uno muy inteligente en Lowbridge. Creo que se ha interesado por mi joven amiga, Stella Chase. Los chismes dicen que habrá boda.

—¿Se refiere usted a un matrimonio? —dijo la señora Churchill.

Ana se sintió desairada, pero pensó que había que tragarse esas cosas cuando una se entrometía en lo que no le concernía.

—Creo que sería muy conveniente, señora Churchill. Stella está especialmente hecha para ser esposa de pastor. Le he estado diciendo a Alden que no debe intentar estropearlo.

—¿Por qué? —preguntó la señora Churchill, sin pestañear siquiera.

—Bueno... la verdad... ya sabe usted... me temo que Alden no tendría ninguna posibilidad. El señor Chase no cree que nadie sea lo bastante bueno para Stella. A todos los amigos de Alden les dolería verlo abandonado de pronto como un guante viejo. Es un muchacho demasiado bueno para eso.

—A mi hijo nunca lo ha abandonado ninguna chica —dijo la señora Churchill, apretando sus finos labios—. Siempre ha sido al revés. Él las calaba, con todos sus rizos y sus risitas, sus contoneos y sus remilgos. Mi hijo puede casarse con la mujer que elija, señora Blythe: con *cualquier* mujer.

—¿Ah, sí? —dijo la lengua de Ana. Su tono decía: «Por supuesto, soy demasiado educada para llevarle la contraria, pero no me ha hecho usted cambiar de opinión». Mary Churchill lo entendió, y su rostro blanco y apegaminado se templó un poco mientras salía de la habitación a buscar su contribución misionera.

—Tiene usted unas vistas maravillosas aquí —dijo Ana, cuando la señora Churchill la acompañaba a la puerta.

La señora Churchill lanzó al golfo una mirada de desaprobación.

—Si sintiera usted el mordisco del viento del este en invierno, señora Blythe, quizá no pensara tanto en las vistas. Ya refresca bastante esta noche. Yo diría que debería usted temer resfriarse con ese vestido tan fino. No es que no sea bonito. Todavía es usted lo bastante joven para preocuparse por adornos y vanidades. Yo ya he dejado de interesarme por esas cosas pasajeras.

Ana se sintió bastante satisfecha con la entrevista mientras volvía a casa a través del tenue crepúsculo verdoso.

—Claro que con la señora Churchill no se puede contar —le dijo a una bandada de estorninos que celebraba parlamento en un campito abierto entre los bosques—, pero creo que la he inquietado un poco. Bien se veía que no le gustaba que se pensara que a Alden *pudieran* dejarlo plantado. En fin, he hecho lo que estaba en mi mano con todos los implicados menos con el señor Chase, y no veo qué puedo hacer con él si ni siquiera lo conozco. Me pregunto si tendrá la más

remota idea de que Alden y Stella son novios. Poco probable. Stella nunca se atrevería a llevar a Alden a casa, desde luego. Y ahora, ¿qué voy a hacer yo con el señor Chase?

Era de verdad asombroso el modo en que las cosas se ponían de su parte. Una tarde, la señorita Cornelia pasó por allí y le pidió a Ana que la acompañase a casa de los Chase.

—Voy a pedirle a Richard Chase una contribución para la cocina nueva de la iglesia. ¿Vienes conmigo, querida, aunque solo sea de apoyo moral? Me da no sé qué enfrentarme a él sola.

Encontraron al señor Chase de pie en la escalinata de su casa, con sus piernas largas y su nariz larga, con un aire de grulla meditabunda. Llevaba unos pocos mechones brillantes de pelo peinados sobre la coronilla calva, y sus ojillos grises les lanzaron un destello. Por entonces pensaba que, si aquella era la mujer del médico que iba con la vieja Cornelia, tenía un tipo estupendo. En cuanto a la prima Cornelia, en segundo grado, la encontraba un poco demasiado maciza y con tanto intelecto como un saltamontes, pero no era mala gata vieja en absoluto, si se sabía cómo tomarla.

Los invitó cortésmente a pasar a su pequeña biblioteca, donde la señorita Cornelia se acomodó en una silla con un gruñidito.

—Hace un calor espantoso esta noche. Me temo que se nos viene una tormenta. Válgame Dios, Richard, ese gato está más grande que nunca.

Richard Chase tenía por familiar a un gato amarillo de tamaño anormal, que en ese momento se le subió a la rodilla. Él lo acarició con ternura.

—Thomas el Rimador le da al mundo la prueba fehaciente de lo que es un gato —dijo—. ¿A que sí, Thomas? Mira a tu tía Cornelia, Rimador. Fíjate en las miradas aviesas que te lanza desde unos ojos hechos para expresar solo bondad y afecto.

—¡No me llames tía Cornelia de esa bestia! —protestó la señora Elliott con brusquedad—. Una broma es una broma, pero eso ya es

pasarse de la raya.

—¿No preferirías ser tía del Rimador antes que tía de Neddy Churchill? —preguntó Richard Chase con voz quejumbrosa—. Neddy es un glotón y un borrachín, ¿no es así? Te he oído recitar todo un catálogo de sus pecados. ¿No preferirías ser tía de un gato tan íntegro y erguido como Thomas, de intachable historial en cuestión de whisky y de gatas?

—El pobre Ned es un ser humano —replicó la señorita Cornelia—. No me gustan los gatos. Es el único defecto que le encuentro a Alden Churchill. También él tiene una afición rarísima por los gatos. Solo Dios sabe de dónde le viene, porque tanto su padre como su madre los detestaban.

—¡Qué joven tan sensato ha de ser!

—¿Sensato? Bueno, bastante sensato es, salvo en cuestión de gatos y de su afición por la evolución, otra cosa que tampoco heredó de su madre.

—¿Sabes, señora Elliott? —dijo Richard Chase con solemnidad—. Yo mismo tengo una secreta inclinación hacia la evolución.

—Ya me lo habías dicho antes. Bueno, cree lo que quieras, Dick Chase, muy de hombre. Gracias a Dios, a mí nadie podría hacerme creer jamás que desciendo de un mono.

—No lo pareces, lo reconozco, mujer bien plantada. No veo ningún parecido simiesco en tu fisonomía sonrosada, confortable y eminentemente afable. Y, sin embargo, tu tatarabuela, un millón de veces tatarabuela, se columpiaba de rama en rama agarrada por la cola. Eso lo demuestra la ciencia, Cornelia: lo tomas o lo dejas.

—Pues lo dejo. No pienso discutir contigo ni sobre esto ni sobre nada. Tengo mi propia religión, y en ella no figura ningún antepasado mono. Por cierto, Richard, este verano Stella no tiene tan buen aspecto como a mí me gustaría.

—Siempre le afecta bastante el calor. Se recuperará cuando refresque.

—Eso espero. Lisette se recuperaba todos los veranos, menos el último, Richard: no lo olvides. Stella tiene la constitución de su madre. Menos mal que no es probable que se case.

—¿Por qué no es probable que se case? Lo pregunto por curiosidad, Cornelia, por pura curiosidad. Los procesos del pensamiento femenino me resultan sumamente interesantes. ¿De qué premisas o datos sacas tú, con esa forma tuya tan deliciosamente desenvuelta, la conclusión de que Stella no va a casarse?

—Bueno, Richard, para decirlo sin rodeos, no es la clase de chica que gusta mucho a los hombres. Es una chica buena y dulce, pero no cala en ellos.

—Ha tenido pretendientes. Me he gastado buena parte de mi fortuna en comprar y mantener escopetas y bulldogs.

—Admiraban tu saco de dinero, me figuro. Se desanimaban con facilidad, ¿verdad? Bastaba una andanada de sarcasmo tuyo y salían corriendo. Si de verdad hubieran querido a Stella, no se habrían achantado por eso, igual que no se achantaban ante tu bulldog imaginario. No, Richard, mejor que admitas que Stella no es la chica que conquista buenos pretendientes. Lisette tampoco lo era, ya lo sabes. Nunca tuvo novio hasta que tú apareciste.

—Pero ¿acaso no merecía la pena esperarme? Sin duda Lisette era una joven sensata. No querrás que le dé mi hija a cualquier Fulano, Mengano o Zutano, ¿verdad? A mi estrella, que, pese a tus comentarios despectivos, está hecha para brillar en palacios de reyes.

—En Canadá no tenemos reyes —replicó la señorita Cornelia—. No digo que Stella no sea una chica encantadora. Solo digo que los hombres no parecen darse cuenta, y, dada su constitución, creo que menos mal. Y también es bueno para ti: no podrías arreglártelas sin ella, estarías tan indefenso como un bebé. Bueno, prométenos una contribución para la cocina de la iglesia y nos vamos. Sé que te mueres de ganas de retomar ese libro tuyo.

—¡Mujer admirable y perspicaz! ¡Qué tesoro eres como prima política! Lo admito... me muero de verdad. Pero solo tú habrías sido lo bastante perspicaz para verlo, y lo bastante amable para salvarme la vida actuando en consecuencia. ¿Por cuánto me vas a desplumar?

—Puedes permitirte cinco dólares.

—Nunca discuto con una dama. Cinco dólares, pues. Ah, ¿ya os vais? ¡Esta mujer única no pierde el tiempo! En cuanto consigue su objetivo, te deja en paz sin más. Ya no se cría esa raza de gatas hoy en día. Buenas noches, perla de las parientas políticas.

Durante toda la visita, Ana no había pronunciado una sola palabra. ¿Para qué, si la señora Elliott le estaba haciendo el trabajo tan hábil como inconscientemente? Pero, al despedirlas en la puerta, Richard Chase se inclinó de pronto hacia ella con aire confidencial.

—Tiene usted los tobillos más bonitos que he visto en mi vida, señora Blythe, y eso que yo he corrido mundo en mis tiempos.

—¿Verdad que es terrible? —jadeó la señorita Cornelia mientras bajaban por el camino—. Siempre les dice esas barbaridades a las mujeres. No le haga caso, Ana, querida.

Ana no se lo hizo. Al contrario, Richard Chase le caía bastante bien.

—No creo —reflexionó ella— que le haya hecho ninguna gracia la idea de que Stella no sea popular entre los hombres, a pesar de que sus abuelos fueran monos. Me parece que a él también le gustaría «demostrarle a la gente». Bueno, ya he hecho todo lo que podía hacer. He conseguido que Alden y Stella se interesen el uno por el otro; y, entre las dos, la señorita Cornelia y yo hemos logrado, creo, poner a la señora Churchill y al señor Chase más a favor del enlace que en contra. Ahora solo me queda esperar sentada a ver cómo acaba todo.

Un mes después, Stella Chase volvió a Ingleside y se sentó de nuevo junto a Ana en los escalones del porche, pensando, mientras lo hacía, que ojalá llegara a parecerse algún día a la señora Blythe,

con ese aire *sazonado* suyo, el aire de una mujer que ha vivido plena y generosamente.

A un fresco día gris amarillento de principios de septiembre había seguido una tarde fresca y brumosa, atravesada por el suave gemido del mar.

—El mar está triste esta noche —solía decir Walter cuando oía aquel sonido.

Stella parecía distraída y callada. Al cabo de un rato dijo de pronto, alzando la vista hacia una hechicería de estrellas que se iba tejiendo en la noche púrpura: —Señora Blythe, quiero contarle algo.

—¿Sí, querida?

—Estoy prometida con Alden Churchill —dijo Stella con desesperación—. Lo estamos desde las últimas Navidades. Se lo dijimos a Padre y a la señora Churchill enseguida, pero se lo hemos ocultado a todos los demás solo porque era tan dulce tener un secreto así. No queríamos compartirlo con el mundo. Pero nos vamos a casar el mes que viene.

Ana ofreció una excelente imitación de una mujer convertida en piedra. Stella seguía con la mirada fija en las estrellas, así que no vio la expresión del rostro de la señora Blythe. Continuó, ya algo más suelta:

—Alden y yo nos conocimos en una fiesta en Lowbridge el pasado noviembre. Nos... nos enamoramos desde el primer instante. Él dijo que siempre había soñado conmigo, que siempre me había estado buscando. Se dijo a sí mismo: «Ahí está mi esposa», al verme entrar por la puerta. Y yo... sentí exactamente lo mismo. ¡Ay, somos tan felices, señora Blythe!

Ana seguía sin decir nada, una y otra vez.

—La única sombra en mi felicidad es su actitud ante todo esto, señora Blythe. ¿No intentará aprobarlo? Ha sido usted una amiga tan querida para mí desde que llegué a Glen St. Mary; he sentido como

si fuera usted una hermana mayor. Y me sentiré fatal si pienso que mi boda va en contra de su voluntad.

Había un tono de lágrimas en la voz de Stella. Ana recuperó el habla.

—Querida, tu felicidad es lo único que he querido. Me gusta Alden, es un muchacho estupendo, solo que *tenía* fama de coqueto...

—Pero no lo es. Solo estaba buscando a la persona adecuada, ¿no lo ve, señora Blythe? Y no lograba encontrarla.

—¿Cómo se lo ha tomado tu padre?

—Ay, Padre está encantadísimo. Le tomó cariño a Alden desde el principio. Se pasaban horas discutiendo sobre la evolución. Padre dice que siempre tuvo intención de dejarme casar cuando llegara el hombre adecuado. Me da muchísima pena dejarlo solo, pero él dice que los pajarillos tienen derecho a su propio nido. La prima Delia Chase va a venir a llevarle la casa, y a Padre le cae muy bien.

—¿Y la madre de Alden?

—También ella está de acuerdo. Cuando Alden le dijo en Navidad que estábamos prometidos, ella fue a buscar la Biblia, y el primer versículo que encontró fue: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer». Dijo que entonces le quedó clarísimo lo que debía hacer, y dio su consentimiento en el acto. Se va a ir a vivir a esa casita suya de Lowbridge.

—Me alegro de que no vayas a tener que vivir con ese sofá de felpa verde —dijo Ana.

—¿El sofá? Ah, sí, los muebles son muy anticuados, ¿verdad? Pero ella se los lleva, y Alden va a amueblarlo todo de nuevo. Ya ve que todos estamos contentos, señora Blythe, ¿no nos dará usted también su bendición?

Ana se inclinó hacia delante y besó la fresca mejilla de raso de Stella.

—Me alegro *muchísimo* por ti. Que Dios bendiga los días que se te vienen encima, querida.

Cuando Stella se hubo marchado, Ana subió volando a su habitación para evitar ver a nadie durante unos minutos. Una luna vieja, cínica y torcida asomaba por detrás de unas nubes desgredadas en el este, y los campos más allá parecían guiñarle el ojo con socarronería traviesa.

Pasó revista a todas las semanas anteriores. Había arruinado la alfombra del comedor, destruido dos reliquias de familia y estropeado el techo de la biblioteca; había estado tratando de usar a la señora Churchill como instrumento, y la señora Churchill debía de haber estado riéndose por lo bajo todo el tiempo.

—¿Quién —le preguntó Ana a la luna— ha hecho más el ridículo en todo este asunto? Ya sé cuál será la opinión de Gilbert. ¿Todo ese trabajo que me he tomado para lograr un matrimonio entre dos personas que ya estaban prometidas? Pues me he curado de casamentera... completamente curada. Nunca más moveré un dedo para promover una boda, aunque no se vuelva a casar nadie más en el mundo. Bueno, queda un consuelo: la carta de Jen Pringle de hoy, diciendo que va a casarse con Lewis Stedman, a quien conoció en mi fiesta. Los candelabros de Bristol no se sacrificaron del todo en vano. ¡Niños... niños! ¿Es que *tenéis* que armar ese escándalo de ultratumba ahí abajo?

—Somos búhos, tenemos que ulular —proclamó la voz ofendida de Jem desde los oscuros matorrales. Sabía que estaba ululando de maravilla. Jem era capaz de imitar la voz de cualquier animalillo salvaje del bosque. Walter no se le daba tan bien, y no tardó en dejar de ser un búho para convertirse en un niño más bien desilusionado, que se acercó a gatas hasta su madre en busca de consuelo.

—Mami, yo creía que los grillos *cantaban*, y hoy el señor Carter Flagg ha dicho que no cantan, que solo hacen ese ruido rascándose las patas traseras. ¿*De verdad* lo hacen, mami?

—Algo así... no estoy muy segura del proceso exacto. Pero esa es su manera de cantar, ¿sabes?

—No me gusta. Nunca más me va a gustar oírlos cantar.

—Ah, sí que te va a gustar. Con el tiempo te olvidarás de las patas traseras y solo pensarás en su coro de hadas por todos los prados de la cosecha y las colinas otoñales. ¿No es hora de acostarse, hijo mío?

—Mami, ¿me cuentas un cuento para dormir que me ponga los pelos de punta? ¿Y te quedas sentada a mi lado después hasta que me duerma?

—¿Para qué si no están las madres, cariño?

CAPÍTULO 18

—«Ha llegado el momento, dijo la Morsa, de hablar»... de tener un perro —dijo Gilbert.

En Ingleside no habían tenido perro desde que envenenaron al viejo Rex; pero los niños debían tener un perro, y el doctor decidió que les conseguiría uno. Pero anduvo tan ocupado aquel otoño que lo fue posponiendo, hasta que por fin, un día de noviembre, Jem volvió a casa después de pasar la tarde con un compañero de escuela trayendo un perro: un perrillo «amarillo» con dos orejas negras que se le levantaban con desparpajo.

—Me lo ha dado Joe Reese, mamá. Se llama Gyp. ¿A que tiene el rabo más mono? ¿Me lo puedo quedar, verdad, mamá?

—¿Qué clase de perro es, cariño? —preguntó Ana con recelo.

—Yo... yo creo que es de muchas clases —dijo Jem—. Eso lo hace más interesante, ¿no cree, mamá? Más emocionante que si fuera de una sola clase. *Por favor*, mamá.

—Bueno, si tu padre dice que sí...

Gilbert dijo que sí, y Jem entró en su herencia. En Ingleside todos dieron la bienvenida a Gyp a la familia, salvo el Camarón, que expresó su opinión sin rodeos. Hasta Susan le tomó cariño, y cuando ella hilaba en la buhardilla los días de lluvia, Gyp, en ausencia de su amo en la escuela, se quedaba con ella, cazando gloriosamente ratas imaginarias por los rincones oscuros y soltando un aullido de terror cada vez que su entusiasmo lo acercaba demasiado a la

ruequecilla. Esta nunca se usaba: los Morgan la habían dejado allí al mudarse, y se quedaba en su rincón oscuro como una ancianita encorvada. Nadie entendía a qué le tenía miedo Gyp. La rueca grande no le molestaba en absoluto; se sentaba bastante cerca de ella mientras Susan la hacía girar con su huso, y corría de un lado a otro a su lado mientras Susan recorría la buhardilla de punta a punta, devanando el largo hilo de lana. Susan reconocía que un perro podía ser buena compañía, y opinaba que su truco de tumbarse boca arriba, agitando las patas delanteras en el aire cuando quería un hueso, era lo más ingenioso que había visto. Se enfadó tanto como Jem cuando Bertie Shakespeare comentó con desdén: «¿A eso le llamas perro?».

—A eso *sí* que lo llamamos perro —dijo Susan con calma amenazadora—. Puede que *tú* lo llamas hipopótamo. Y aquel día Bertie tuvo que volver a casa sin probar ni un trozo de aquel maravilloso invento que Susan llamaba «tarta crujiente de manzana» y que preparaba con regularidad para los dos chicos y sus amigos. Susan no andaba cerca cuando Mac Reese preguntó: «¿Eso lo ha traído la marea?», pero Jem supo defender a su propio perro, y cuando Nat Flagg dijo que las patas de Gypsy eran demasiado largas para su tamaño, Jem replicó que las patas de un perro tenían que ser lo bastante largas para llegar al suelo. Natty no era muy espabilado, y aquello lo dejó sin palabras.

Aquel noviembre fue tacaño con el sol: vientos crudos soplaban entre la desnuda arboleda de arces de ramas plateadas, y la Hondonada estaba casi constantemente llena de niebla, no la niebla agraciada y misteriosa de la bruma marina, sino lo que papá llamaba «niebla húmeda, oscura, deprimente, goteante y de calabobos». Los pequeños de Ingleside tuvieron que pasar la mayor parte de su tiempo de juego en la buhardilla, pero hicieron buenas migas con dos perdices que llegaban cada tarde a un cierto manzano viejo y enorme, y cinco de sus vistosos arrendajos les seguían siendo fieles, chascando con picardía mientras comían la comida que los niños les dejaban. Solo que eran codiciosos y egoístas, y mantenían alejados a todos los demás pájaros.

El invierno llegó con diciembre, y nevó sin cesar durante tres semanas. Los campos más allá de Ingleside eran praderas de plata ininterrumpidas, los postes de las cercas y las verjas lucían altos gorros blancos, las ventanas se cubrían de dibujos de escarcha como encantamientos, y las luces de Ingleside florecían a través de los tenues crepúsculos nevados, dando la bienvenida a todo caminante que volviera a casa. A Susan le parecía que nunca había habido tantos bebés de invierno como aquel año; y cuando le dejaba noche tras noche «el pisolabis del doctor» en la despensa, opinaba sombríamente que sería un milagro si aguantaba hasta la primavera.

—*¡El noveno bebé de los Drew! ¡Como si no hubiera ya bastantes Drew en el mundo!*

—Supongo que la señora Drew pensará de él lo mismo que nosotros pensamos de Rilla, Susan.

—*Siempre* ha de gastar sus bromas, mi querida señora doctora.

Pero en la biblioteca o en la gran cocina, los niños planeaban su casita de juegos de verano en la Hondonada mientras afuera aullaban las tormentas o nubes blancas y esponjosas cruzaban el cielo empujadas sobre estrellas heladas. Porque soplara fuerte o soplara flojo, en Ingleside siempre había fuegos encendidos, comodidad, refugio contra la tormenta, olores de buen ánimo, camas para las criaturitas cansadas.

La Navidad llegó y pasó, sin ensombrecerla ese año ninguna sombra de la tía Mary Maria. Había huellas de conejo en la nieve que seguir, y grandes campos de costra helada por los que correr con la propia sombra, y colinas relucientes para deslizarse en trineo, y patines nuevos que estrenar en el estanque, en el mundo helado y sonrosado del atardecer invernal. Y siempre un perro amarillo de orejas negras que corría contigo o te recibía con aullidos extáticos de bienvenida cuando volvías a casa, que dormía a los pies de tu cama cuando dormías y se tendía a tus pies mientras aprendías el deletreo, que se sentaba pegado a ti en las comidas y de vez en

cuando te daba un codazo con su patita para recordarte que estaba ahí.

—Mamaíta querida, no sé cómo vivía antes de que llegara Gyp. Sabe hablar, mamá... de verdad que sabe... con los ojos, ¿sabes?

Y entonces... ¡la tragedia! Un día Gyp pareció decaído. No quiso comer, aunque Susan lo tentó con el hueso de costilla que tanto le gustaba; al día siguiente mandaron llamar al veterinario de Lowbridge, que meneó la cabeza. Era difícil de decir: puede que el perro hubiera encontrado algo venenoso en el bosque; podía recuperarse, o no. El perrillo yacía muy quieto, sin hacer caso a nadie salvo a Jem; casi hasta el final intentaba menear el rabo cuando Jem lo tocaba.

—Mamaíta querida, ¿estaría mal rezar por Gyp?

—Claro que no, cariño. Siempre podemos rezar por todo lo que queremos. Pero me temo... que Gyppy es un perrito muy enfermo.

—Mamá, ¿no creerás que Gyppy se va a morir?

Gyp murió a la mañana siguiente. Era la primera vez que la muerte entraba en el mundo de Jem. Ninguno de nosotros olvida jamás la experiencia de ver morir a algo que amamos, aunque sea «solo un perrillo». En el llorosísimo Ingleside nadie empleó esa expresión, ni siquiera Susan, que se enjugó una nariz muy colorada y masculló:

—Nunca antes le había tomado cariño a un perro, y jamás volveré a hacerlo. Duele demasiado.

Susan no conocía el poema de Kipling sobre la locura de entregarle el corazón a un perro para que lo desgarre; pero, de haberlo conocido, pese a su desdén por la poesía, habría pensado que, por una vez, un poeta había dicho algo sensato.

La noche fue dura para el pobre Jem. Mamá y papá habían tenido que salir. Walter se había dormido llorando, y él estaba solo, sin ni siquiera un perro con quien hablar. Aquellos queridos ojos castaños

que siempre se habían alzado hacia él con tanta confianza estaban ahora vidriados por la muerte.

—Querido Dios —rezó Jem—, por favor, cuida de mi perrito que se murió hoy. Lo reconocerás por las dos orejas negras. No dejes que se sienta solo sin mí...

Jem hundió el rostro en la colcha para sofocar un sollozo. Cuando apagara la luz, la noche oscura lo estaría mirando por la ventana y ya no habría Gyp. Llegaría la fría mañana de invierno y ya no habría Gyp. Los días seguirían a los días durante años y años, y ya no habría Gyp. Sencillamente, no podía soportarlo.

Entonces un brazo tierno lo rodeó y lo estrechó en un abrazo cálido. Ah, todavía quedaba amor en el mundo, aunque Gyppy se hubiera ido.

—Mamá, ¿siempre va a ser así?

—No siempre —Ana no quiso decirle que pronto olvidaría, que dentro de poco Gyppy no sería más que un querido recuerdo—. No siempre, pequeño Jem. Esto sanará con el tiempo, igual que sanó tu mano quemada, aunque al principio doliera tanto.

—Papá dijo que me conseguiría otro perro. No tengo que aceptarlo, ¿verdad? No quiero otro perro, mamá... nunca jamás.

—Lo sé, cariño.

Mamá lo sabía todo. Nadie tenía una madre como la suya. Quería hacer algo por ella, y de pronto se le ocurrió qué sería. Le compraría uno de aquellos collares de perlas de la tienda del señor Flagg. Le había oído decir una vez que de verdad le gustaría tener un collar de perlas, y papá había dicho: «Cuando nos sonría la fortuna, te compraré uno, Ana mía».

Había que estudiar los medios y las maneras: tenía una paga, pero toda ella hacía falta para cosas necesarias, y los collares de perlas no entraban en el presupuesto. Además, quería ganarse él mismo el dinero para comprarlo. Así sería de verdad un regalo suyo. El

cumpleaños de mamá era en marzo, dentro de solo seis semanas. ¡Y el collar costaba cincuenta centavos!

CAPÍTULO 19

No era fácil ganar dinero en el Glen, pero Jem se puso a ello con determinación. Hacía peonzas con carretes viejos para los niños del colegio, a dos centavos la pieza. Vendió tres preciados dientes de leche por tres centavos. Vendía su porción de tarta crujiente de manzana todos los sábados por la tarde a Bertie Shakespeare Drew. Cada noche metía lo que había ganado en el cerdito de latón que Nan le había regalado por Navidad. Un cerdito de latón tan reluciente, con una ranura en el lomo por donde meter las monedas. Cuando habías metido cincuenta monedas de cobre, el cerdo se abría solo, limpiamente, si le retorcías el rabo, y te devolvía tu fortuna. Por fin, para completar los últimos ocho centavos, vendió su colección de huevos de pájaro a Mac Reese. Era la mejor colección del Glen y le dolió un poco desprenderse de ella. Pero el cumpleaños se acercaba y había que reunir el dinero como fuera. Jem dejó caer los ocho centavos en el cerdo en cuanto Mac le hubo pagado, y se regodeó contemplándolo.

—Retuércele el rabo, a ver si de verdad se abre —dijo Mac, que no creía que fuera a hacerlo. Pero Jem se negó; no pensaba abrirlo hasta que estuviera listo para ir a por el collar.

La Sociedad Auxiliar de Misiones se reunió en Ingleside la tarde siguiente, y nunca lo olvidó. En plena oración de la señora Norman Taylor —y a la señora Norman Taylor se le tenía por muy orgullosa de sus oraciones—, un niño frenético irrumpió en el salón.

—¡Mi cerdito de latón ha desaparecido, mamá... mi cerdito de latón ha desaparecido!

Ana lo sacó de allí a toda prisa, pero la señora Norman siempre consideró que su oración había quedado arruinada y, como tenía especial interés en impresionar a la esposa de un pastor que estaba de visita, tardó largos años en perdonar a Jem o en volver a tener a su padre como médico de cabecera. Después de que las señoras se hubieran marchado a casa, registraron Ingleside de arriba abajo en busca del cerdo, sin resultado. Jem, entre la reprimenda que se había ganado por su comportamiento y la angustia por su pérdida, no lograba recordar exactamente cuándo lo había visto por última vez ni dónde. Mac Reese, al que llamaron por teléfono, respondió que la última vez que había visto el cerdo estaba encima de la cómoda de Jem.

—No irás a pensar, Susan, que Mac Reese...

—No, mi querida señora doctora, estoy bastante segura de que no. Los Reese tienen sus defectos —son terriblemente aficionados al dinero, la verdad—, pero el dinero ha de venirles honradamente. ¿*Dónde* puede estar ese bendito cerdo?

—¿Y si se lo han comido las ratas? —dijo Di. Jem desdeñó la idea, pero le preocupó. Claro que las ratas no podían comerse un cerdo de latón con cincuenta monedas dentro. Pero ¿*podían*?

—No, no, cariño. Tu cerdo aparecerá —le aseguró mamá.

Aún no había aparecido cuando Jem se fue al colegio al día siguiente. La noticia de su pérdida había llegado a la escuela antes que él, y le dijeron muchas cosas, no precisamente reconfortantes. Pero en el recreo, Sissy Flagg se le acercó con zalamería. A Sissy Flagg le gustaba Jem, y a Jem no le gustaba ella, a pesar de —o quizá a causa de— sus tupidos tirabuzones rubios y sus enormes ojos castaños. Incluso a los ocho años se pueden tener problemas con el sexo opuesto.

—Yo sé quién tiene tu cerdo.

—¿Quién?

—Tienes que elegirme a mí para el juego de las palmas, y te lo digo.

Fue una píldora amarga, pero Jem se la tragó. ¡Cualquier cosa con tal de encontrar el cerdo! Se sentó, sumido en una agonía de rubores, junto a la triunfante Sissy mientras jugaban a las palmas, y cuando sonó el timbre exigió su recompensa.

—Alice Palmer dice que Willy Drew le contó que Bob Russell le dijo que Fred Elliott sabía dónde estaba tu cerdo. Ve y pregúntale a Fred.

—¡Tramposa! —gritó Jem, fulminándola con la mirada—.
¡Tramposa!

Sissy se rió con arrogancia. A *ella* no le importaba. Jem Blythe había tenido que sentarse con ella, al menos por una vez.

Jem fue a ver a Fred Elliott, que al principio declaró que no sabía nada del viejo cerdo y que no quería saberlo. Jem estaba desesperado. Fred Elliott le llevaba tres años y tenía fama de matón. De pronto tuvo una inspiración. Apuntó con un dedo índice mugriento, muy serio, al grandullón y colorado Fred Elliott.

—Eres un transubstanciacionista —dijo, pronunciando cada sílaba con mucho cuidado.

—Oye, tú, no me insultes, joven Blythe.

—Eso es más que un insulto —dijo Jem—. Es una palabra de mal fario. Si la digo otra vez y te apunto con el dedo... *así...*, puedes tener mala suerte durante una semana. A lo mejor se te caen los dedos de los pies. Voy a contar hasta diez, y si no me lo has dicho antes de llegar a diez, te hago mal de ojo.

Fred no se lo creyó. Pero aquella noche había carrera de patinaje, y no estaba dispuesto a arriesgarse. Además, los dedos de los pies eran los dedos de los pies. Al seis, se rindió.

—Bueno... bueno. No te revientes la mandíbula diciendo eso otra vez. Mac sabe dónde está tu cerdo... él dijo que sí.

Mac no estaba en el colegio, pero cuando Ana oyó la historia de Jem, llamó por teléfono a su madre. La señora Reese se presentó un poco más tarde, colorada y llena de disculpas.

—Mac no cogió el cerdo, señora Blythe. Solo quería ver si se abría, así que cuando Jem salió de la habitación le retorció el rabo. Se partió en dos y no consiguió volver a juntarlo. Así que metió las dos mitades del cerdo y el dinero en una de las botas de los domingos de Jem, en el armario. No debería haberlo tocado... y su padre le ha dado una buena tunda... pero no lo *robó*, señora Blythe.

—¿Cuál era esa palabra que le dijiste a Fred Elliott, pequeño Jem, cariño? —preguntó Susan, cuando ya habían encontrado el cerdo desmembrado y contado el dinero.

—Transubstanciacionista —dijo Jem con orgullo—. Walter la encontró en el diccionario la semana pasada... ya sabes que a él le gustan las palabras grandes y *enteras*, Susan..., y... y los dos aprendimos a pronunciarla. Nos la dijimos el uno al otro veintiuna veces en la cama antes de dormirnos, para acordarnos.

Ahora que el collar estaba comprado y guardado en la tercera caja empezando por arriba, en el cajón del medio de la cómoda de Susan —Susan había estado al tanto del plan desde el principio—, a Jem le parecía que el cumpleaños no iba a llegar nunca. Se regodeaba mirando a su madre, que no sospechaba nada. Qué poco sabía *ella* lo que se escondía en el cajón de la cómoda de Susan; qué poco sabía *ella* lo que le traería su cumpleaños; qué poco sabía *ella*, cuando arrullaba a las gemelas para que se durmieran, cantando:

*Vi un barco que zarpaba, que zarpaba hacia la mar,
y ay, iba cargado de cosas lindas para mí,
qué le traería el barco.*

Gilbert tuvo un ataque de gripe a principios de marzo que estuvo a punto de convertirse en neumonía. Hubo unos días de inquietud en Ingleside. Ana iba de un lado a otro como de costumbre, deshaciendo enredos, repartiendo consuelo, inclinándose sobre camas iluminadas por la luna para comprobar que los queridos

cuerpecitos estuvieran calientes; pero los niños echaban de menos su risa.

—¿Qué hará el mundo si papá se muere? —susurró Walter, con los labios pálidos.

—No se va a morir, cariño. Ya está fuera de peligro.

Ana se preguntaba ella misma qué haría su pequeño mundo de Four Winds y el Glen y Harbour Head si... si le hubiera pasado algo a Gilbert. Todos habían llegado a depender tanto de él. La gente de Upper Glen, sobre todo, parecía creer de verdad que podía resucitar a los muertos y que solo se abstenía de hacerlo por no contrariar los designios del Todopoderoso. *Lo* había hecho una vez, aseguraban; el viejo tío Archibald MacGregor había jurado solemnemente a Susan que Samuel Hewett estaba más muerto que una puerta cuando el doctor Blythe lo hizo volver. Fuera como fuese, cuando los enfermos veían junto a su cama el rostro delgado y moreno de Gilbert y sus ojos avellana, amistosos, y oían su alegre «Vamos, no le pasa nada»..., bueno, lo creían hasta que se hacía realidad. En cuanto a tocayos, tenía más de los que podía contar. Todo el distrito de Four Winds estaba sembrado de pequeños Gilbert. Había incluso una diminuta Gilbertina.

Así que papá volvía a andar por casa y mamá volvía a reír, y, por fin, llegó la víspera del cumpleaños.

—Si te acuestas pronto, pequeño Jem, mañana llegará antes —le aseguró Susan.

Jem lo intentó, pero no pareció funcionar. Walter se durmió enseguida, pero Jem no dejaba de dar vueltas. Tenía miedo de quedarse dormido. ¿Y si no se despertaba a tiempo y todos los demás ya le habían dado sus regalos a mamá? Quería ser el primero de todos. ¿Por qué no le había pedido a Susan que se asegurara de despertarlo? Susan había salido a hacer una visita, pero se lo pediría en cuanto volviera. ¡Si al menos estuviera seguro de oírla entrar! Bueno, bajaría a tumbarse en el sofá del salón, y así no se le pasaría.

Jem bajó a hurtadillas y se acurrucó en el chesterfield. Desde allí veía todo el Glen. La luna llenaba de magia las hondonadas entre las dunas blancas y nevadas. Los grandes árboles, tan misteriosos de noche, rodeaban Ingleside con sus brazos abiertos. Oyó todos los ruidos nocturnos de una casa: un suelo que crujía, alguien que se daba la vuelta en la cama, el desmoronarse y caer de las brasas en la chimenea, el correteo de un ratoncillo en la vitrina de la porcelana. ¿Sería un alud? No, solo nieve que resbalaba del tejado. Se sentía un poco solo... ¿por qué no venía Susan?... si al menos tuviera a Gyp ahora... querido Gyppy. ¿Se había olvidado de Gyp? No, olvidado, exactamente, no. Pero ya no dolía tanto pensar en él; uno acababa pensando bastante en otras cosas. Duerme bien, el más querido de los perros. Puede que algún día tuviera otro perro, después de todo. Estaría bien tener uno ahora mismo, o al Camarón. Pero el Camarón no andaba por allí. ¡Gato egoísta! ¡Solo pensaba en sus propios asuntos!

Ni rastro de Susan todavía, viniendo por el largo camino que serpenteaba sin fin a través de aquella extraña distancia blanca y iluminada por la luna que era su propio y familiar Glen de cada día. Bueno, tendría que imaginarse cosas para hacer pasar el tiempo. Algún día iría a la Tierra de Baffin y viviría con los esquimales. Algún día navegaría a mares lejanos y cocinaría un tiburón para la cena de Navidad, como el capitán Jim. Iría de expedición al Congo en busca de gorilas. Sería buceador y vagaría por radiantes salones de cristal bajo el mar. Le pediría al tío Davy que le enseñara a ordeñar la vaca directamente en la boca del gato, la próxima vez que fuera a Avonlea. El tío Davy lo hacía con una habilidad pasmosa. Quizá sería pirata. Susan quería que fuese pastor. El pastor podía hacer mucho más bien, pero ¿no se lo pasaría mejor un pirata? ¡Imagínate que el soldadito de madera bajara de un salto de la repisa de la chimenea y disparase su fusil! ¡Imagínate que las sillas se echaran a andar por la habitación! ¡Imagínate que la alfombra de tigre cobrara vida! ¡Imagínate que los «patosos» con los que él y Walter «fingían» que estaba llena la casa cuando eran muy pequeños existieran de verdad! Jem sintió, de pronto, miedo. De día no solía olvidar la

diferencia entre la fantasía y la realidad, pero en aquella noche interminable todo era distinto. Tic-tac hacía el reloj... tic-tac..., y por cada tictac había un patoso sentado en un escalón de la escalera. La escalera estaba *negra* de patosos. Se quedarían allí sentados hasta el amanecer..., *farfullando*.

¡Imagínate que Dios se olvidara de hacer salir el sol! Ese pensamiento era tan terrible que Jem hundió la cara en la manta de ganchillo para no verlo, y allí lo encontró Susan, profundamente dormido, cuando llegó a casa entre el fuego anaranjado de un amanecer de invierno.

—¡Pequeño Jem!

Jem se desenroscó y se incorporó, bostezando. Había sido una noche muy ajetreada para el orfebre Escarcha, y el bosque entero era un país de las hadas. Una colina lejana estaba tocada por una lanza carmesí. Todos los campos blancos más allá del Glen tenían un precioso color de rosa. Era la mañana del cumpleaños de mamá.

—Te estaba esperando, Susan..., para decirte que me despertaras..., y no llegabas...

—Fui a ver a los Warren, porque se les había muerto una tía, y me pidieron que me quedara a velar el cadáver —explicó Susan alegremente—. No se me ocurrió que fueras a intentar coger una neumonía tú también en cuanto me diera media vuelta. Corre a la cama, que te llamaré en cuanto oiga a tu madre levantarse.

—Susan, ¿cómo se apuñala a los tiburones? —quiso saber Jem antes de subir.

—Yo no apuñalo tiburones —respondió Susan.

Mamá ya estaba levantada cuando entró en su cuarto, cepillándose el largo cabello brillante ante el espejo. ¡Los ojos que puso al ver el collar!

—¡Jem, cariño! ¡Para mí!

—*Ahora* ya no tendrás que esperar a que llegue el barco de papá —dijo Jem con estudiada indiferencia. ¿Qué era eso que brillaba verde en la mano de mamá? Un anillo... el regalo de papá. Muy bien, pero los anillos eran cosas corrientes... hasta Sissy Flagg tenía uno. ¡Pero un collar de perlas!

—Un collar es un regalo de cumpleaños tan bonito —dijo mamá.

CAPÍTULO 20

Cuando Gilbert y Ana fueron a cenar con unos amigos en Charlottetown, una tarde de finales de marzo, Ana se puso un vestido nuevo verde hielo, adornado de plata en el cuello y en los brazos; y llevaba el anillo de esmeralda de Gilbert y el collar de Jem.

—¿A que tengo una esposa guapísima, Jem? —preguntó papá con orgullo.

Jem pensaba que mamá estaba muy guapa y que su vestido era precioso. ¡Qué bien le sentaban las perlas en el cuello blanco! Siempre le gustaba ver a mamá arreglada, pero le gustaba todavía más cuando se quitaba un vestido tan espléndido. Ese vestido la transformaba en una desconocida. Con él puesto, no era realmente mamá.

Después de cenar, Jem fue al pueblo a hacer un recado para Susan, y fue mientras esperaba en la tienda del señor Flagg —algo temeroso de que Sissy pudiera entrar, como a veces hacía, y se pusiera demasiado cariñosa— cuando le cayó el golpe: el golpe demoledor de la desilusión, tan terrible para un niño precisamente porque es tan inesperado y parece tan ineludible.

Dos niñas estaban delante de la vitrina donde el señor Carter Flagg guardaba collares, pulseras de cadena y peinetas.

—¿Verdad que esos collares de perlas son bonitos? —dijo Abbie Russell.

—Se diría casi que son de verdad —dijo Leona Reese.

Siguieron su camino, sin saber lo que acababan de hacerle al niño sentado en el barril de clavos. Jem se quedó allí sentado un buen rato más. Era incapaz de moverse.

—¿Qué te pasa, hijo? —le preguntó el señor Flagg—. Se te ve un poco alicaído.

Jem miró al señor Flagg con ojos trágicos. Tenía la boca extrañamente seca.

—Por favor, señor Flagg... esos... esos collares... son perlas de verdad, ¿no?

El señor Flagg se rió.

—No, Jem. Me temo que no se pueden conseguir perlas de verdad por cincuenta centavos, ¿sabes? Un collar de perlas de verdad como ese costaría cientos de dólares. Son solo cuentas de perla... muy buenas para el precio, eso sí. Las conseguí en una liquidación por quiebra, por eso puedo venderlas tan baratas. Normalmente cuestan un dólar. Solo me queda uno... volaron como churros.

Jem se bajó del barril y salió, olvidando por completo a qué lo había mandado Susan. Volvió a casa caminando a ciegas por la carretera helada. El cielo, encima de él, era duro y de un gris invernal; había en el aire lo que Susan llamaba «un aire» de nieve, y una capa de hielo cubría los charcos. El puerto se extendía negro y hosco entre sus orillas desnudas. Antes de que Jem llegara a casa, una racha de nieve empezó a blanquearlo todo. Deseó que nevara..., y nevara..., y nevara..., hasta quedar enterrado, y que todo el mundo quedara enterrado a brazas de profundidad. No había justicia en ninguna parte del mundo.

Jem tenía el corazón roto. Y que nadie se burle de su pena por desdén hacia su causa. Su humillación era total y completa. Le había dado a mamá lo que él y ella habían creído que era un collar de perlas... y no era más que una vieja imitación. ¿Qué diría ella?... ¿qué sentiría?... cuando lo supiera. Porque, claro, había que decírselo. A Jem no se le ocurrió ni por un momento pensar que no hacía falta decírselo. No se podía seguir «engañando» a mamá.

Tenía que saber que sus perlas no eran de verdad. ¡Pobre mamá! Qué orgullosa había estado de ellas... ¿no había visto él el orgullo brillándole en los ojos cuando lo besó y le dio las gracias por ellas?

Jem entró a hurtadillas por la puerta lateral y se fue derecho a la cama, donde Walter ya dormía profundamente. Pero Jem no podía dormir; seguía despierto cuando mamá llegó a casa y entró de puntillas a comprobar que Walter y él estuvieran calientes.

—Jem, cariño, ¿estás despierto a estas horas? ¿No estarás enfermo?

—No, pero soy muy desgraciado *aquí*, mamaíta querida —dijo Jem, poniéndose la mano en el estómago, convencido cariñosamente de que era el corazón.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Yo... yo... tengo que decirte una cosa, mamá. Te vas a llevar un disgusto tremendo, mamá..., pero no quería engañarte, mamá..., de verdad que no.

—Estoy segura de que no, cariño. ¿Qué es? No tengas miedo.

—Ay, mamaíta querida, esas perlas no son perlas de verdad... yo creía que sí... *sí* que lo creía..., *de verdad*...

A Jem se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo seguir.

Si Ana tuvo ganas de sonreír, no se le notó en la cara. Aquel día Shirley se había dado un golpe en la cabeza, Nan se había torcido el tobillo, Di había perdido la voz por un resfriado. Ana había besado, vendado y consolado; pero esto era distinto: esto requería toda la sabiduría secreta de las madres.

—Jem, nunca pensé que creyeras que eran perlas de verdad. Yo sabía que no lo eran..., al menos en un sentido de lo que es real. En otro sentido, son las cosas más reales que me han dado nunca. Porque llevan dentro amor, trabajo y sacrificio..., y *eso* las hace más preciosas para mí que todas las joyas que los buzos han pescado del fondo del mar para que las lleven las reinas. Cariño, no cambiaría

mis lindas cuentas por el collar del que leí anoche, el que un millonario le regaló a su novia y que costó medio millón. Así que *eso* te demuestra lo que vale tu regalo para mí, el más querido de mis queridos hijitos. ¿Te sientes mejor ahora?

Jem estaba tan contento que le daba vergüenza. Temía que fuera cosa de niños pequeños estar tan contento. —Ay, la vida vuelve a ser *soportable* —dijo con cautela.

Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos brillantes. Todo iba bien. Los brazos de mamá lo rodeaban..., a mamá *sí* le gustaba su collar..., nada más importaba. Algún día le regalaría uno que costara, no ya medio millón, sino un millón entero. Mientras tanto, estaba cansado..., su cama estaba muy calentita y acogedora..., las manos de mamá olían a rosas..., y ya no odiaba a Leona Reese.

—Mamaíta querida, estás guapísima con ese vestido —dijo, medio dormido—. Guapa y pura... pura como el cacao Epps.

Ana sonrió mientras lo abrazaba, y pensó en una tontería que había leído aquel día en una revista médica, firmada por el doctor V. Z. Tomachowsky: «*No debe usted besar nunca a su hijito, no sea que le provoque un complejo de Yocasta.*» En su momento se había reído de ello, aunque también se había enfadado un poco. Ahora solo sentía lástima por quien lo había escrito. ¡Pobre, pobre hombre! Porque, desde luego, V. Z. Tomachowsky era un hombre. Ninguna mujer habría escrito jamás algo tan necio y tan malvado.

CAPÍTULO 21

Abril llegó de puntillas, precioso aquel año, con sol y brisas suaves durante unos días; y luego una ventisca del nordeste dejó caer otra vez sobre el mundo una manta blanca. —La nieve en abril es abominable —dijo Ana—. Es como una bofetada cuando esperabas un beso. Ingleside quedó orlado de carámbanos, y durante dos largas semanas los días fueron crudos y las noches, despiadadas. Luego la nieve se retiró de mala gana, y cuando corrió la voz de que se había visto el primer petirrojo en la Hondonada, Ingleside cobró ánimos y se atrevió a creer que el milagro de la primavera iba a repetirse de verdad.

—Ay, mami, hoy *huele* a primavera —exclamó Nan, encantada, aspirando el aire fresco y húmedo—. Mami, ¿verdad que la primavera es una época emocionante?

La primavera estaba probando sus primeros pasos aquel día, como un bebé adorable que empieza a andar. El dibujo invernal de árboles y campos comenzaba a cubrirse de indicios de verde, y Jem había vuelto a traer las primeras flores de mayo. Pero una señora enormemente gorda, que se dejó caer resoplando en una de las butacas de Ingleside, suspiró y dijo con tristeza que las primaveras ya no eran tan bonitas como cuando ella era joven.

—¿No cree usted que quizá el cambio esté en nosotras..., no en las primaveras, señora Mitchell? —sonrió Ana.

—Puede ser. Yo sí que he cambiado, eso lo sé de sobra. No creo que, al verme ahora, se le ocurra pensar que una vez fui la chica

más guapa de estos contornos.

Ana pensó que desde luego que no. El pelo ralo y lacio, color ratón, que asomaba bajo la capota de crespón de la señora Mitchell y su largo y ondulante «velo de viuda», estaba veteado de canas; sus ojos azules, inexpresivos, se veían apagados y hundidos; y llamar «papada» a su doble papada era pecar de caritativa. Pero la señora Anthony Mitchell se sentía bastante satisfecha de sí misma en aquel momento, porque nadie en Four Winds llevaba luto tan elegante. Su voluminoso vestido negro era de crespón hasta las rodillas. En aquellos tiempos, el luto se llevaba a conciencia.

A Ana se le ahorró la necesidad de decir nada, porque la señora Mitchell no le dio ocasión.

—Se me secó el sistema de agua blanda esta semana... tiene una fuga... así que esta mañana bajé al pueblo a buscar a Raymond Russell para que viniera a arreglarlo. Y pensé: ya que estoy aquí, me acerco a Ingleside y le pido a la señora doctora Blythe que me escriba una necrológica para Anthony.

—¿Una necrológica? —dijo Ana, desconcertada.

—Sí..., esas cosas que ponen en los periódicos sobre los muertos, ya sabe —explicó la señora Anthony—. Quiero que Anthony tenga una de verdad buena..., algo que no sea corriente. Usted escribe cosas, ¿verdad?

—De vez en cuando escribo algún cuentecillo —admitió Ana—. Pero una madre tan ocupada no tiene mucho tiempo para eso. Tuve sueños maravillosos en otro tiempo, pero ahora me temo que nunca saldré en el *Quién es Quién*, señora Mitchell. Y en mi vida he escrito una necrológica.

—Ah, no pueden ser difíciles de escribir. El tío Charlie Bates, allá donde vivimos, escribe la mayoría de las del Lower Glen, pero no tiene ni pizca de poético, y a mí se me ha metido entre ceja y ceja que quiero un poco de poesía para Anthony. Ay, es que a él le encantaba tanto la poesía. Estuve oyéndola dar aquella charla sobre vendajes en el Instituto del Glen la semana pasada, y pensé: quien

habla tan suelto seguro que puede escribir una nicrológica bien poética. ¿Me la hará usted, señora Blythe? A Anthony le habría gustado. Siempre la admiró a usted. Dijo una vez que cuando usted entraba en una habitación, hacía que todas las demás mujeres parecieran «vulgares y sin ninguna distinción». A veces hablaba muy poético, pero tenía buena intención. He leído un montón de nicrológicas..., tengo un álbum de recortes enorme lleno de ellas..., pero me parece que ninguna le habría gustado a él. Se reía mucho de ellas. Y ya va siendo hora de hacerlo. Lleva dos meses muerto. Murió despacio, pero sin dolor. Morirse cuando llega la primavera es un momento poco oportuno, señora Blythe, pero he sacado lo mejor que he podido de la situación. Supongo que el tío Charlie se pondrá hecho una fiera si consigo que otra persona escriba la nicrológica de Anthony, pero no me importa. El tío Charlie tiene una labia estupenda, pero él y Anthony nunca se llevaron demasiado bien, y el caso es que no pienso dejar que la escriba él. He sido la esposa de Anthony..., su esposa fiel y cariñosa durante treinta y cinco años..., treinta y cinco años, señora Blythe —como si temiera que Ana fuera a pensar que solo habían sido treinta y cuatro—, y voy a conseguirle una nicrológica que le hubiera gustado, cueste lo que cueste. Eso fue lo que me dijo mi hija Seraphine..., está casada en Lowbridge, ¿sabe?... bonito nombre, Seraphine, ¿verdad?... lo saqué de una lápida. A Anthony no le gustaba..., él quería llamarla Judith, por su madre. Pero yo le dije que era un nombre demasiado solemne, y él cedió con buena voluntad. No era hombre de discutir..., aunque siempre la llamaba Seraph... ¿por dónde iba?

—Su hija decía...

—Ah, sí, Seraphine me dijo: «Madre, tengas lo que tengas o te falte lo que te falte, que Padre tenga una nicrológica bien bonita.» Ella y su padre siempre se llevaron muy bien, aunque él se metía un poco con ella de vez en cuando, igual que conmigo. Bueno, ¿me la escribe, señora Blythe?

—La verdad es que no sé gran cosa de su marido, señora Mitchell.

—Ah, yo se lo puedo contar todo sobre él..., si no le importa no saber de qué color tenía los ojos. ¿Sabe usted, señora Blythe?, cuando Seraphine y yo estuvimos hablando de todo después del entierro, no supe decir de qué color eran sus ojos, después de treinta y cinco años viviendo con él. Eran como blandos y soñadores, de todas formas. Ponía una mirada tan suplicante con ellos cuando me cortejaba. Le costó lo suyo conseguirme, señora Blythe. Estuvo loco por mí durante años. Yo entonces estaba llena de vida y pensaba elegir con calma. Mi historia sería de lo más emocionante si alguna vez le falta material, señora Blythe. Ay, en fin, aquellos tiempos ya pasaron. Tuve más pretendientes de los que se pueden contar. Pero unos iban y venían..., y Anthony no dejaba de venir. Era bastante bien parecido, además..., un hombre tan delgado y elegante. Nunca pude aguantar a los hombres rechonchos..., y él era un peldaño por encima de mí..., no seré yo quien lo niegue. «Va a ser un ascenso para una Plummer casarse con un Mitchell», decía mi madre..., yo era una Plummer, señora Blythe..., hija de John A. Plummer. Y me echaba unos piropos tan bonitos y románticos, señora Blythe. Una vez me dijo que yo tenía el encanto etéreo de la luz de la luna. Sabía que quería decir algo bonito, aunque todavía no sé qué significa «etéreo». Siempre he pensado en buscarlo en el diccionario, pero nunca me pongo a ello. Bueno, el caso es que al final le di mi palabra de honor de que sería su novia. Es decir..., quiero decir..., le dije que le aceptaba. Ay, cómo me habría gustado que me viera usted con el vestido de novia, señora Blythe. Todos decían que parecía un cuadro. Delgada como una trucha, con el pelo amarillo como el oro, y qué cutis. Ay, el tiempo nos cambia de una manera terrible. Usted todavía no ha llegado a eso, señora Blythe. Sigue usted muy guapa..., y encima es usted una mujer muy instruida. Ay, en fin, no todas podemos ser listas..., algunas tenemos que cocinar. Ese vestido que lleva es muy elegante, señora Blythe. Ya me he fijado en que nunca lleva usted negro..., hace bien..., ya le tocará bastante pronto. Yo digo que hay que aplazarlo todo lo que se pueda. Bueno, ¿por dónde iba?

—Estaba usted..., intentando contarme algo del señor Mitchell.

—Ah, sí. Bueno, pues nos casamos. Aquella noche hubo un cometa enorme..., me acuerdo de verlo mientras volvíamos a casa en el coche. Es una verdadera pena que usted no pudiera ver aquel cometa, señora Blythe. Era sencillamente precioso. No podría meterlo de alguna manera en la nicrológica, ¿verdad?

—Podría ser... un poco difícil...

—Bueno —la señora Mitchell se rindió al cometa con un suspiro—, tendrá usted que hacer lo que pueda. No tuvo una vida muy emocionante. Se emborrachó una vez..., dijo que solo quería ver qué se sentía, por probar una vez..., siempre tuvo un carácter curioso. Pero claro, eso no se puede poner en una nicrológica. No le pasó gran cosa más. No es por quejarme, solo por decir las cosas como son, pero era un poco dejado y calmoso. Se pasaba una hora entera mirando una malva real. Ay, cómo le gustaban las flores. Odiaba segar los ranúnculos. No le importaba que se echara a perder la cosecha de trigo con tal de que hubiera siemprevivas y varas de oro. Y los árboles..., aquel huerto suyo... Siempre le decía yo, en broma, que quería más a sus árboles que a mí. Y su granja..., ay, cómo quería aquel pedazo de tierra. Parecía pensar que era una persona. Cuántas veces le habré oído decir: «Creo que voy a salir a charlar un rato con mi granja.» ¿No son graciosos los hombres? Cuando nos hicimos mayores quise que la vendiera, ya que no teníamos hijos varones, y que nos retiráramos a Lowbridge, pero él decía: «No puedo vender mi granja..., no puedo vender mi corazón.» No mucho antes de morirle entró el capricho de comer una gallina hervida, «cocinada como usted sabe hacerlo», dice él. Siempre le gustó mucho mi cocina, hay que decirlo. Lo único que no podía soportar era mi ensalada de lechuga con nueces. Decía que las nueces eran de lo más inesperado. Pero no teníamos ninguna gallina de sobra..., todas estaban poniendo bien..., y solo nos quedaba un gallo, y claro, a ese no podía matarlo. Ay, cómo me gusta ver a los gallos pavoneándose. ¿No hay nada más elegante que un buen gallo, no le parece, señora Blythe? Bueno, ¿por dónde iba?

—Estaba usted diciendo que su marido quería que le cocinara una gallina.

—Ah, sí. Y desde entonces no dejo de arrepentirme de no habérsela hecho. Me despierto por las noches pensando en ello. Pero es que yo no sabía que se iba a morir, señora Blythe. Nunca se quejaba mucho y siempre decía que estaba mejor. E interesado en las cosas hasta el final. Si hubiera sabido que se iba a morir, señora Blythe, le habría cocinado una gallina, hubiera huevos o no.

La señora Mitchell se quitó los mitones de encaje negro, ya oxidados, y se secó los ojos con un pañuelo orlado de negro de más de cinco centímetros de ancho.

—Le habría encantado —sollozó—. Conservó sus propios dientes hasta el final, pobrecito. Bueno, en fin —dobló el pañuelo y volvió a ponerse los mitones—, tenía sesenta y cinco años, así que no le faltaba mucho para cumplir lo que le tocaba. Y ya tengo otra placa de ataúd. Mary Martha Plummer y yo empezamos a coleccionar placas de ataúd al mismo tiempo, pero ella no tardó en adelantarme..., se le murió tanta familia, sin contar a sus tres hijos. Tiene más placas de ataúd que nadie por aquí. Yo nunca tuve mucha suerte, pero por fin tengo la repisa de la chimenea llena. A mi primo, Thomas Bates, lo enterraron la semana pasada, y le pedí a su mujer que me diera la placa del ataúd, pero la enterró con él. Dijo que coleccionar placas de ataúd era una reliquia de la barbarie. Era una Hampson, y los Hampson siempre fueron raros. Bueno, ¿por dónde iba?

Ana ya no podía decirle a la señora Mitchell por dónde iba esta vez. Las placas de ataúd la habían dejado aturdida.

—Ah, bueno, en fin, el pobre Anthony se murió. «Me voy contento y en paz», fue todo lo que dijo, pero sonrió justo al final..., mirando al techo, no a mí ni a Seraphine. Me alegro tanto de que fuera tan feliz justo antes de morir. Hubo veces en que pensé que quizá no era del todo feliz, señora Blythe..., era tan terriblemente nervioso y sensible. Pero en el ataúd tenía un aspecto tan noble y sublime.

Tuvimos un funeral estupendo. Fue un día precioso. Lo enterramos con montones de flores. A mí me dio un vahído al final, pero por lo demás todo salió muy bien. Lo enterramos en el cementerio del Lower Glen, aunque toda su familia está enterrada en Lowbridge. Pero él eligió su cementerio hace mucho tiempo..., dijo que quería que lo enterraran cerca de su granja, donde pudiera oír el mar y el viento en los árboles..., ¿sabe que hay árboles por tres lados de ese cementerio? A mí también me alegró..., siempre pensé que era un cementerio tan acogedor, y así podemos tener geranios creciendo en su tumba. Era un buen hombre..., seguramente ya está en el Cielo, así que por eso no tiene que preocuparse. Siempre pienso que debe de ser un fastidio escribir una necrológica cuando una no sabe dónde ha ido a parar el difunto. ¿Puedo contar con usted, entonces, señora Blythe?

Ana accedió, convencida de que la señora Mitchell se quedaría allí sentada, hablando, hasta que dijera que sí. La señora Mitchell, con otro suspiro de alivio, se levantó de la silla con esfuerzo.

—Tengo que irme ya. Estoy esperando una nidada de pavipollos hoy. He disfrutado mucho de nuestra charla, y me habría gustado quedarme más rato. Es muy solitario ser viuda. Un hombre no valdrá gran cosa, pero se le echa de menos cuando ya no está.

Ana la acompañó cortésmente hasta la verja. Los niños andaban a la caza de petirrojos por el jardín, y por todas partes asomaban brotes de narciso.

—Tiene usted una casa muy bonita y con mucha prestancia..., una casa de verdad elegante, señora Blythe. Siempre he pensado que me gustaría tener una casa grande. Pero, con nosotros solos y Seraphine..., ¿de dónde iba a salir el dinero?..., y además, Anthony no habría querido ni oír hablar de eso. Le tenía un cariño tremendo a aquella casa vieja. Pienso vender si me hacen una oferta razonable, y vivir en Lowbridge o en Mowbray Narrows, donde decida que es mejor sitio para ser viuda. El seguro de Anthony me vendrá bien. Diga lo que diga la gente, es más fácil sobrellevar una pena llena que una pena vacía. Eso lo descubrirá usted cuando sea

viuda..., aunque espero que eso no sea todavía en muchos años. ¿Cómo le va al doctor? Ha sido un invierno de mucha enfermedad, así que le debe de haber ido bastante bien. Ay, ¡qué familia tan bonita tiene usted! ¡Tres niñas! Ahora están monas, pero espere a que lleguen a la edad de andar locas por los chicos. Aunque con Seraphine no tuve muchos problemas. Era callada..., como su padre..., y terca como él. Cuando se enamoró de John Whitaker, no hubo forma de convencerla de que no se casara con él, por mucho que yo dijera. ¿Un serbal? ¿Por qué no lo planta junto a la puerta principal? Así mantendría a las hadas alejadas.

—Pero ¿quién iba a querer mantener alejadas a las hadas, señora Mitchell?

—Vaya, ahora habla usted como Anthony. Era solo una broma. Claro que yo no creo en las hadas..., pero si por casualidad existieran, he oído que son bastante traviesas. Bueno, adiós, señora Blythe. Pasaré la semana que viene a por la nicrológica.

CAPÍTULO 22

—Se ha metido usted en un buen lío, mi querida señora doctora — dijo Susan, que había oído casi toda la conversación mientras sacaba brillo a la plata en la despensa.

—¿No es verdad? Pero, Susan, de verdad quiero escribir esa «necrológica». Anthony Mitchell me caía bien —lo poco que lo traté —, y estoy segura de que se revolvería en la tumba si su necrológica fuera tan anodina como las que suele publicar el *Daily Enterprise*. Anthony tenía un sentido del humor incómodo.

—Anthony Mitchell era un muchacho muy agradable de joven, mi querida señora doctora. Aunque decían que era un poco soñador. No se afanaba tanto como a Bessy Plummer le habría gustado, pero se ganaba bien la vida y pagaba sus deudas. Claro que se casó con la última chica con la que debería haberse casado. Pero aunque ahora Bessy Plummer parezca sacada de una postal de San Valentín de las graciosas, entonces era bonita como un cuadro. Algunas de nosotras, mi querida señora doctora —concluyó Susan con un suspiro—, ni siquiera tenemos eso que recordar.

—Mami —dijo Walter—, las bocas de dragón están saliendo espesas por todo el porche de atrás. Y un par de petirrojos están empezando a hacer un nido en el alféizar de la ventana de la despensa. Los dejarás, ¿verdad, mami? No abrirás la ventana para espantarlos, ¿verdad?

Ana había tratado a Anthony Mitchell una o dos veces, aunque la casita gris entre el bosque de abetos y el mar, con aquel enorme

sauce por encima como una sombrilla gigantesca, donde él vivía, quedaba en el Bajo Glen, y era el médico de Mowbray Narrows quien atendía a la mayoría de la gente de allí. Pero Gilbert le compraba heno de vez en cuando, y una vez que le trajo una carga, Ana lo había paseado por todo su jardín, y descubrieron que hablaban el mismo idioma. Le había caído bien —su rostro enjuto, surcado de arrugas y afable, sus ojos de un avellana amarillento, valientes y astutos, que nunca habían flaqueado ni se habían dejado engañar—, salvo quizá una vez, cuando la belleza superficial y fugaz de Bessy Plummer lo había embaucado para hacerle contraer un matrimonio desatinado. Y sin embargo nunca parecía infeliz ni insatisfecho. Mientras pudiera arar, cultivar y segar, estaba tan contento como un viejo prado soleado. Su pelo negro apenas empezaba a platearse, y en sus sonrisas, raras pero dulces, se revelaba un espíritu maduro y sereno. Sus viejos campos le habían dado pan y deleite, la alegría de la conquista y el consuelo en la pena. A Ana la reconfortaba que lo hubieran enterrado cerca de ellos. Puede que se hubiera «ido con gusto», pero también había vivido con gusto. El médico de Mowbray Narrows había contado que, cuando le dijo a Anthony Mitchell que no podía darle ninguna esperanza de recuperarse, Anthony había sonreído y respondido: —Bueno, la vida se vuelve un poco monótona a veces ahora que me hago viejo. La muerte será todo un cambio. Tengo verdadera curiosidad por ella, doctor. Hasta la señora Anthony, entre todos sus desvaríos disparatados, había dejado caer algunas cosas que revelaban al verdadero Anthony. Ana escribió *La tumba del anciano* unas tardes después, junto a la ventana de su cuarto, y la releyó con sensación de satisfacción.

_Hacedla donde los vientos puedan barrer
mansos y hondos entre las ramas de los pinos,
y el murmullo del mar
cruce hacia el prado de oriente,
y las gotas de lluvia, al caer,
canten con dulzura sobre su sueño.
Hacedla donde los anchos prados
se extienden verdes por doquier,

campos de mies que él segó y holló,
laderas de trébol vueltas al poniente,
huertos donde florecen y dan flor
los árboles que él plantó hace ya tiempo.
Hacedla donde el tenue brillo de las estrellas
esté siempre cerca de él,
y la gloria del amanecer se extienda
pródiga en torno a su lecho,
y las hierbas cubiertas de rocío se adentren
con ternura sobre su descanso.
Ya que estas cosas le fueron queridas
a lo largo de tantos años bien vividos,
justo es que su gracia
recaiga sobre su lugar de reposo,
y que el murmullo del mar
sea eternamente su endecha._

—Creo que a Anthony Mitchell le habría gustado esto —dijo Ana, abriendo de golpe la ventana para asomarse a la primavera. Ya había hileras torcidas de lechugas tiernas en el huerto de los niños; la puesta de sol era suave y rosada tras el bosquecillo de arces; y en la Hondonada resonaba la risa leve y dulce de los niños.

—La primavera es tan hermosa que me da rabia irme a dormir y perderme un solo instante de ella —dijo Ana.

La señora Anthony Mitchell subió a buscar su «nicrológica» una tarde de la semana siguiente. Ana se la leyó con un secreto asomo de orgullo; pero el rostro de la señora Anthony no reflejó una satisfacción sin reservas.

—Vaya, a esto lo llamo yo animado de verdad. Qué bien sabe usted decir las cosas. Pero... pero... no ha dicho ni una palabra de que esté en el cielo. ¿No estaba usted *segura* de que está allí?

—Tan segura que no hacía falta mencionarlo, señora Mitchell.

—Bueno, *alguna* gente podría dudarlo. Él... él no iba a la iglesia tan a menudo como debería, aunque era miembro en toda regla. Y

tampoco dice su edad, ni menciona las flores. Si no se podían ni contar las coronas sobre el ataúd. ¡Las flores ya son bastante poéticas, digo yo!

—Lo siento...

—Ay, no la culpo a usted —ni un pelín la culpo—. Ha hecho usted lo que ha podido y suena precioso. ¿Cuánto le debo?

—Pero... pero *nada*, señora Mitchell. Ni se me ocurriría tal cosa.

—Bueno, ya me figuraba yo que diría eso, así que le he traído una botella de mi vino de diente de león. Asienta el estómago cuando anda uno mal de gases. También le habría traído una botella de mi tisana de hierbas, solo que temía que el doctor no lo aprobara. Pero si le apetece un poco y cree que puede colársela sin que él se entere, no tiene más que decírmelo.

—No, no, gracias —dijo Ana con cierta sequedad. Todavía no se había repuesto del todo de lo de «animado».

—Como usted quiera. Sería bien recibida. Yo ya no voy a necesitar más medicinas esta primavera. Cuando mi primo segundo, Malachi Plummer, murió en invierno, le pedí a su viuda que me diera las tres botellas de medicina que habían sobrado —las compraban por docenas—. Ella iba a tirarlas, pero yo siempre he sido de las que no soportan desperdiciar nada. Yo misma no pude tomarme más de una botella, así que hice que nuestro mozo se tomara las otras dos. «Si no te hace ningún bien, tampoco te hará ningún mal», le dije. No voy a decir que no me haya quedado más tranquila al ver que no quería usted dinero por la nicrológica, porque ando bastante corta de efectivo estos días. Un funeral sale tan caro, aunque D. B. Martin es de los enterradores más baratos de la zona. Todavía no he acabado de pagar el luto. No me sentiré realmente de luto hasta que lo pague. Por suerte no tuve que comprarme una capota nueva. Esta era la que me hice para el funeral de mi madre, hace diez años. Es una suerte que el negro me siente bien, ¿verdad? ¡Si viera usted a la viuda de Malachi Plummer ahora, con esa cara tan cetrina! Bueno, tengo que irme ya. Y le quedo muy agradecida, señora Blythe,

aunque... pero estoy segura de que hizo usted lo que pudo y es una poesía preciosa.

—¿No se quedará a cenar con nosotras? —preguntó Ana—. Susan y yo estamos completamente solas: el doctor está fuera y los niños están celebrando su primera cena de pícnic en la Hondonada.

—No me importa —dijo la señora Anthony, dejándose caer de nuevo en la silla de buena gana—. Me encantará quedarme un ratito más. No sé por qué, pero cuesta tanto descansar cuando una se hace mayor. Y —añadió, con una sonrisa de beatitud soñadora en su rostro sonrosado—, ¿no he olido yo chirivías fritas?

A Ana casi le supo mal haberle dado de cenar chirivías fritas cuando salió el *Daily Enterprise* la semana siguiente. Allí, en la columna de necrológicas, estaba *La tumba del anciano* —icon cinco estrofas en vez de las cuatro originales! Y la quinta estrofa decía:

_Un esposo maravilloso, compañero y sostén,
uno mejor el Señor no hizo también,
un esposo maravilloso, tierno y leal,
uno entre un millón, querido Anthony, fue tal._

—iii!!! —dijo Ingleside.

—Espero que no le importara que le añadiera otra estrofa —le dijo la señora Mitchell a Ana en la siguiente reunión del Instituto—. Solo quería alabar un poco más a Anthony, y la escribió mi sobrino, Johnny Plummer. Se sentó y la garabateó en un abrir y cerrar de ojos. Es como usted... no lo parece, pero sabe hacer versos. Le viene de su madre, que era una Wickford. Los Plummer no tienen ni pizca de poesía... ni pizca.

—Qué lástima que no se le ocurriera pedirle a él que escribiera la «necrológica» del señor Mitchell desde el principio —dijo Ana con frialdad.

—Sí, ¿verdad que sí? Pero no sabía que supiera escribir poesía, y yo me había encaprichado con la idea para la despedida de Anthony. Luego su madre me enseñó un poema que había escrito sobre una

ardilla ahogada en un cubo de sirope de arce... una cosa realmente conmovedora. Pero la suya también estaba muy bien, señora Blythe. Creo que las dos juntas hicieron algo fuera de lo común, ¿no le parece?

—Desde luego —dijo Ana.

CAPÍTULO 23

Los niños de Ingleside estaban teniendo mala suerte con las mascotas. El cachorrillo negro, rizado y retozón que papá había traído un día de Charlottetown sencillamente se marchó la semana siguiente y desapareció en la nada. Nunca más se supo de él, y aunque corrió el rumor de que un marinero de Harbour Head había sido visto subiendo a bordo de su barco, la noche en que zarpó, un cachorrillo negro, su destino quedó como uno de los misterios más hondos y oscuros sin resolver de las crónicas de Ingleside. A Walter le afectó más que a Jem, que todavía no había olvidado del todo la angustia de la muerte de Gyp y no estaba dispuesto a volver a querer a un perro sin prudencia, sino con exceso. Después Tiger Tom, que vivía en el granero y nunca tenía permiso para entrar en casa por sus inclinaciones ladronas, aunque a pesar de eso recibía buena ración de mimos, apareció tieso y rígido en el suelo del granero, y hubo que enterrarlo con toda pompa en la Hondonada. Por último, el conejo de Jem, Bun, que había comprado a Joe Russell por veinticinco centavos, enfermó y murió. Puede que su muerte se adelantara por una dosis de medicina de patente que Jem le dio, puede que no. Joe se lo había aconsejado, y Joe debía de saberlo. Pero Jem sintió como si hubiera asesinado a Bun.

—¿Es que hay una maldición sobre Ingleside? —preguntó él con tono sombrío, cuando enterraron a Bun junto a Tiger Tom. Walter le escribió un epitafio, y él, Jem y las gemelas llevaron cintas negras atadas al brazo durante una semana, para horror de Susan, que lo consideraba una profanación. Susan no se quedó inconsolable por la

pérdida de Bun, que en una ocasión se había escapado y había hecho estragos en su huerto. Todavía menos aprobó los dos sapos que Walter llevó a casa y metió en la bodega. Sacó a uno de ellos al anochecer, pero no consiguió encontrar al otro, y Walter se quedó despierto, preocupado.

«A lo mejor eran marido y mujer», pensó. «A lo mejor están terriblemente solos y desdichados ahora que están separados. Al pequeño lo sacó Susan, así que supongo que era la señora sapo, y a lo mejor está muerta de miedo, sola del todo en ese patio tan grande, sin nadie que la proteja... igual que una viuda».

Walter no podía soportar pensar en las penas de la viuda, así que bajó a hurtadillas a la bodega a buscar al sapo caballero, pero solo consiguió tirar una pila de hojalata vieja de Susan, con tal estrépito que habría podido despertar a los muertos. Sin embargo, solo despertó a Susan, que bajó marchando con una vela cuya llama titilante proyectaba las sombras más siniestras sobre su rostro enjuto.

—Walter Blythe, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Susan, tengo que encontrar a ese sapo —dijo Walter, desesperado—. Susan, imagínate cómo te sentirías tú sin tu marido, si lo tuvieras.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Susan, justificadamente desconcertada.

En ese momento el sapo caballero, que evidentemente se había dado por perdido cuando Susan apareció en escena, salió dando saltos de detrás del barril de pepinillos en vinagre de Susan. Walter se abalanzó sobre él y lo sacó por la ventana, donde cabe esperar que se reuniera con su supuesto amor y viviera feliz para siempre.

—Ya sabes que no deberías haber traído a esas criaturas a la bodega —dijo Susan con severidad—. ¿De qué iban a vivir?

—Claro que pensaba cazarles insectos —dijo Walter, ofendido—. Quería *estudiarlos*.

—Sencillamente no hay quien les dé alcance —se lamentó Susan, mientras seguía escaleras arriba a un joven Blythe indignado. Y no se refería a los sapos.

Tuvieron más suerte con su petirrojo. Lo habían encontrado, poco más que un polluelo, en la puerta de entrada, tras una tormenta de viento y lluvia de una noche de junio. Tenía el lomo gris, el pecho moteado y los ojos brillantes, y desde el principio pareció tener plena confianza en toda la gente de Ingleside, sin exceptuar siquiera al Camarón, que nunca intentó hacerle daño, ni siquiera cuando Cock Robin saltaba con descaro hasta su plato y se servía él mismo. Al principio lo alimentaron con gusanos, y tenía tal apetito que Shirley se pasaba la mayor parte del tiempo cavando para buscárselos. Guardaba los gusanos en latas y los dejaba esparcidos por toda la casa, para disgusto de Susan, aunque ella habría aguantado mucho más por Cock Robin, que se posaba sin ningún miedo sobre su dedo encallecido de trabajar y le piaba justo en la cara. Susan le había tomado un cariño enorme a Cock Robin, y consideró que merecía la pena mencionarle en una carta a Rebecca Dew que su pecho estaba empezando a volverse de un hermoso rojo herrumbroso.

—No vaya usted a pensar que mi intelecto se está debilitando, se lo ruego, mi querida señorita Dew —escribió—. Supongo que es una tontería tenerle tanto cariño a un pájaro, pero el corazón humano tiene sus flaquezas. No está encerrado como un canario —cosa que yo jamás podría soportar, mi querida señorita Dew—, sino que anda libremente por la casa y el jardín, y duerme en una rama junto a la plataforma de estudio de Walter, arriba en el manzano, mirando hacia la ventana de Rilla. Una vez que lo llevaron a la Hondonada se echó a volar, pero regresó al anochecer, para gran alegría de todos ellos, y debo añadir, con toda sinceridad, que también para la mía.

La Hondonada ya no era «la Hondonada». Walter había empezado a sentir que un lugar tan encantador merecía un nombre más acorde con sus posibilidades románticas. Una tarde lluviosa tuvieron que jugar en el desván, pero el sol se abrió paso a primera hora del

atardecer e inundó el Glen de esplendor. —¡Oh, mila qué alco ilit tan bonito! —exclamó Rilla, que siempre hablaba con una graciosa media lengua.

Era el arco iris más magnífico que habían visto nunca. Uno de sus extremos parecía apoyarse justo en la aguja de la iglesia presbiteriana, mientras que el otro caía hasta el rincón de juncos del estanque que se adentraba en el extremo superior del valle. Y Walter, allí mismo, lo bautizó como el Valle del Arco Iris.

El Valle del Arco Iris se había convertido en un mundo aparte para los niños de Ingleside. Allí jugaban sin cesar pequeñas brisas, y los cantos de los pájaros resonaban de la mañana a la noche. Los abedules blancos relucían por todas partes, y de uno de ellos —la Dama Blanca— Walter fingía que salía cada noche una pequeña dríade a hablar con ellos. A un arce y un abeto que crecían tan pegados que sus ramas se entrelazaban los llamó «los Árboles Amantes», y una vieja hilera de cascabeles de trineo que había colgado de ellos formaba un carillón élfico y etéreo cuando el viento los agitaba. Un dragón custodiaba el puente de piedra que habían construido sobre el arroyo. Los árboles que se juntaban por encima podían convertirse, si hacía falta, en morenos paynimes, y los ricos musgos verdes de las orillas eran alfombras —ninguna más fina— traídas de Samarcanda. Robin Hood y sus alegres compañeros acechaban por todas partes; tres ninfas del agua habitaban en el manantial; la vieja casa abandonada de los Barclay, en el extremo del Glen, con su dique cubierto de hierba y su jardín invadido de alcaravea, se transformaba sin esfuerzo en un castillo sitiado. La espada del Cruzado llevaba mucho tiempo oxidada, pero el cuchillo de carnicero de Ingleside era una hoja forjada en el país de las hadas, y siempre que Susan echaba en falta la tapa de su fuente de asar sabía que estaba sirviendo de escudo a un caballero emplumado y reluciente empeñado en una alta aventura en el Valle del Arco Iris.

A veces jugaban a los piratas para complacer a Jem, que a sus diez años empezaba a disfrutar de cierto toque de sangre en sus

diversiones, pero Walter siempre se resistía a caminar por la plancha, que era, en opinión de Jem, la mejor parte de la función. A veces se preguntaba si Walter tenía madera de verdad para ser bucanero, aunque sofocaba lealmente ese pensamiento y había librado más de una batalla campal, y victoriosa, contra los chicos del colegio que llamaban a Walter «Nenaza Blythe»... o que lo habían llamado así hasta que descubrieron que suponía habérselas con Jem, que tenía una habilidad de lo más incómoda con los puños.

A Jem ahora a veces le dejaban bajar a Harbour Mouth al anochecer a comprar pescado. Era un recado que le encantaba, porque significaba que podía sentarse en la cabaña del capitán Malachi Russell, al pie de un campo cubierto de juncia cerca del puerto, y escuchar al capitán Malachi y a sus compinches, que en otro tiempo habían sido jóvenes capitanes de mar temerarios, contando historias. Todos y cada uno de ellos tenían algo que contar cuando corrían los relatos. El viejo Oliver Reese —al que de verdad se sospechaba de haber sido pirata de joven— había sido capturado por un rey caníbal; Sam Elliott había vivido el terremoto de San Francisco; «Guillermo el Bravo» Macdougall había tenido una pelea espantosa con un tiburón; Andy Baker había quedado atrapado en una tromba marina. Es más, Andy sabía escupir más lejos y más recto, según él mismo aseguraba, que cualquier otro hombre de Four Winds. El capitán Malachi, de nariz aguileña, mandíbula enjuta y bigote gris y erizado, era el favorito de Jem. Había sido capitán de un bergantín cuando solo tenía diecisiete años, navegando hasta Buenos Aires con cargamentos de madera. Llevaba un ancla tatuada en cada mejilla, y tenía un maravilloso reloj antiguo que se le daba cuerda con una llave. Cuando estaba de buen humor dejaba que Jem le diera cuerda, y cuando estaba de muy buen humor se llevaba a Jem a pescar bacalao o a cavar en busca de almejas cuando bajaba la marea, y cuando estaba de un humor inmejorable le enseñaba a Jem los muchos modelos de barcos que había tallado. A Jem le parecían el romanticismo hecho realidad. Entre ellos había un drakkar vikingo, con una vela cuadrada a rayas y un dragón temible en la proa; una carabela de Colón; el *Mayflower*; una nave de aire

pícaro llamada *El Holandés Errante*; y un sinfín de hermosos bergantines, goletas, barcas y clípers, y barcazas madereras.

—¿Me enseñará a tallar barcos así, capitán Malachi? —suplicó Jem.

El capitán Malachi negó con la cabeza y escupió, pensativo, hacia el golfo.

—Eso no se aprende a base de enseñanza, hijo. Tendrías que navegar los mares treinta o cuarenta años, y entonces quizá tendrías suficiente entendimiento de los barcos para hacerlo... entendimiento y amor. Los barcos son como las mujeres, hijo... hay que entenderlos y amarlos, o nunca te revelarán sus secretos. E incluso así, puede que creas que conoces un barco de proa a popa, por dentro y por fuera, y resulta que todavía se te resiste y te guarda el alma bajo llave. Se te escaparía volando como un pájaro en cuanto le soltaras las riendas. Hay un barco en el que navegué del que nunca he sido capaz de tallar un modelo, por muchísimas veces que lo haya intentado. ¡Qué embarcación más huraña y terca era aquella! Y hubo una mujer... pero ya es hora de que le dé descanso a la lengua. Tengo un barco listo para meter en una botella, y te voy a contar el secreto de eso, hijo.

Así que Jem nunca oyó nada más de aquella «mujer», y no le importó, porque no le interesaba el sexo femenino, salvo mamá y Susan. *Ellas* no eran «mujeres». Eran solo mamá y Susan.

Cuando murió Gyp, Jem sintió que nunca más querría otro perro, pero el tiempo cura de un modo asombroso, y Jem estaba empezando a sentirse otra vez perruno. El cachorro no había sido de verdad un perro... solo un incidente. Jem tenía todo un desfile de perros pegados por las paredes de su cuartito del desván, donde guardaba la colección de curiosidades del capitán Jim: perros recortados de revistas... un mastín señorial... un bulldog de carrillos simpáticos... un teckel que parecía como si alguien hubiera agarrado a un perro por la cabeza y las patas traseras y lo hubiera estirado como si fuera elástico... un caniche esquilado con una borla en la

punta del rabo... un fox terrier... un lebel ruso —Jem se preguntaba si los lebeles rusos llegaban a comer alguna vez algo—... un pomerania descarado... un dálmata moteado... un spaniel de ojos suplicantes. Todos ellos perros de alta alcurnia, pero a todos les faltaba algo a los ojos de Jem... y no sabía exactamente qué.

Entonces salió el anuncio en el *Daily Enterprise*: «Se vende perro. Razón: Roddy Crawford, Harbour Head». Nada más. Jem no habría sabido decir por qué aquel anuncio se le quedó grabado en la mente, ni por qué le pareció que había cierta tristeza en su misma brevedad. Averiguó por Craig Russell quién era Roddy Crawford.

—El padre de Roddy murió hace un mes, y tiene que irse a vivir con su tía a la ciudad. Su madre murió hace años. Y Jake Millison ha comprado la granja. Pero van a derribar la casa. A lo mejor su tía no le deja quedarse con el perro. No es gran cosa de perro, pero Roddy siempre le ha tenido un cariño tremendo.

—Me pregunto cuánto pedirá por él. Yo solo tengo un dólar —dijo Jem.

—Supongo que lo que más quiere es un buen hogar para él —dijo Craig—. Pero tu padre te daría el dinero para comprarlo, ¿no?

—Sí. Pero quiero comprar un perro con mi propio dinero —dijo Jem—. Así sentiría más que era *mi* perro.

Craig se encogió de hombros. Aquellos chicos de Ingleside sí que eran raros. ¿Qué más daba quién pusiera el dinero por un perro viejo?

Aquella tarde papá llevó a Jem en coche hasta la vieja y ruinosa granja de los Crawford, donde encontraron a Roddy Crawford y a su perro. Roddy era un chico más o menos de la edad de Jem: pálido, de pelo liso castaño rojizo y una buena cosecha de pecas; su perro tenía las orejas sedosas de color castaño, el hocico y el rabo castaños, y los ojos castaños más hermosos y dulces que jamás se hayan visto en la cabeza de un perro. En cuanto Jem vio a aquel perro encantador, con la raya blanca que le bajaba por la frente y se

partía en dos entre los ojos, enmarcándole el hocico, supo que tenía que quedárselo.

—¿Quieres vender tu perro? —preguntó, ansioso.

—*No* quiero venderlo —dijo Roddy con voz apagada—. Pero Jake dice que tengo que hacerlo, o si no lo ahogará. Dice que la tía Vinnie no quiere ni oír hablar de tener un perro en casa.

—¿Cuánto quieres por él? —preguntó Jem, temiendo que fuera a decir un precio imposible.

Roddy tragó saliva con fuerza. Le tendió el perro.

—Toma, cógelo —dijo con voz ronca—. No te lo voy a vender... no. El dinero nunca podría pagar a Bruno. Si le vas a dar un buen hogar... y a ser bueno con él...

—Ah, seré bueno con él —dijo Jem con entusiasmo—. Pero tienes que quedarte con mi dólar. Si no, no sentiría que era *mi* perro. No lo *cogeré* si no lo aceptas.

Le metió el dólar por la fuerza en la mano reacia de Roddy... cogió a Bruno y lo apretó contra su pecho. El perrito se volvió a mirar a su amo. Jem no podía verle los ojos a él, pero sí podía ver los de Roddy.

—Si lo quieres tanto...

—Lo quiero, pero no puedo quedármelo —espetó Roddy—. Han venido cinco personas a preguntar por él, y no he dejado que se lo llevara ninguna... Jake se puso furioso, pero me da igual. No eran las personas *adecuadas*. Pero tú... quiero que te lo quedes *tú*, ya que *yo* no puedo... ¡y llévate-lo de mi vista ahora mismo!

Jem obedeció. El perrito temblaba entre sus brazos, pero no protestó. Jem lo llevó abrazado con cariño todo el camino de vuelta a Ingleside.

—Papá, ¿cómo supo Adán que un perro era un *perro*?

—Porque un perro no podía ser otra cosa que un perro —sonrió papá—. ¿No te parece?

Aquella noche Jem estuvo demasiado emocionado para dormirse durante mucho rato. Nunca había visto un perro que le gustara tanto como Bruno. No era de extrañar que a Roddy le doliera tanto separarse de él. Pero Bruno pronto olvidaría a Roddy y lo querría a él. Serían amigos inseparables. Tenía que acordarse de pedirle a mamá que se asegurara de que el carnicero mandara los huesos.

—Quiero a todo el mundo y a todo lo que hay en el mundo —dijo Jem—. Querido Dios, bendice a todos los gatos y los perros del mundo, pero especialmente a Bruno.

Jem se quedó dormido por fin. Puede que un perrito, tumbado a los pies de la cama con la barbilla sobre las patas estiradas, también se durmiera; y puede que no.

CAPÍTULO 24

Cock Robin había dejado de alimentarse solo de gusanos y comía arroz, maíz, lechuga y semillas de capuchina. Había crecido hasta alcanzar un tamaño enorme —el «gran petirrojo» de Ingleside empezaba a hacerse célebre en la zona—, y su pecho se había vuelto de un hermoso rojo. Se posaba en el hombro de Susan a mirarla hacer punto. Volaba a recibir a Ana cuando esta regresaba de alguna ausencia, y entraba dando saltitos delante de ella en la casa; todas las mañanas se acercaba al alféizar de Walter en busca de migas. Se daba su baño diario en una jofaina del patio trasero, en el rincón del seto de rosas silvestre, y armaba un escándalo tremendo si no encontraba agua dentro. El doctor se quejaba de que sus plumas de escribir y sus cerillas andaban siempre esparcidas por toda la biblioteca, pero no encontraba a nadie que lo compadeciera, y hasta él mismo se rindió el día en que Cock Robin se posó sin ningún miedo sobre su mano para coger una semilla de flor. Cock Robin tenía embrujado a todo el mundo, quizá excepto a Jem, que se había encaprichado con Bruno y estaba aprendiendo, despacio pero sin remedio, una lección amarga: que se puede comprar el cuerpo de un perro, pero no se puede comprar su amor.

Al principio Jem no sospechó nada de esto. Claro que Bruno estaría un poco añorado y solo durante algún tiempo, pero eso se le pasaría pronto. Jem descubrió que no se le pasaba. Bruno era el perrito más obediente del mundo; hacía exactamente lo que le mandaban, y hasta Susan admitía que no podía encontrarse un animal mejor educado. Pero no había vida en él. Cuando Jem lo

sacaba, al principio los ojos de Bruno brillaban alerta, el rabo le meneaba y arrancaba a andar con aire fanfarrón. Pero al poco rato el brillo se le apagaba en los ojos y trotaba mansamente junto a Jem con las orejas gachas. Todos lo colmaban de cariño —tenía a su disposición los huesos más jugosos y carnosos, y nadie ponía la menor objeción a que durmiera todas las noches a los pies de la cama de Jem—. Pero Bruno seguía siendo distante, inaccesible, un extraño. A veces, por la noche, Jem se despertaba y alargaba la mano para acariciar aquel cuerpecillo fornido, pero nunca obtenía a cambio un lametón ni un golpe de rabo. Bruno permitía las caricias, pero no las correspondía.

Jem apretó los dientes. James Matthew Blythe tenía bastante de tozudo, y no iba a dejarse vencer por un perro: *su* perro, que había comprado limpiamente y sin trampa con el dinero que tanto le había costado ahorrar de su paga. Bruno *tenía* que superar de una vez la añoranza de Roddy, *tenía* que dejar de mirarlo con esos ojos lastimeros de criatura perdida, *tenía* que aprender a quererlo.

Jem tenía que salir en defensa de Bruno, porque los demás chicos del colegio, sospechando cuánto quería a aquel perro, siempre andaban intentando «meterse» con él.

—Tu perro tiene pulgas... pulgas *enormes* —se burló Perry Reese. Jem tuvo que darle una buena paliza antes de que Perry se retractara y dijera que Bruno no tenía ni una sola pulga... ni una.

—*Mi* perro tiene ataques una vez por semana —se jactó Rob Russell—. Apuesto a que a tu perrucho nunca le ha dado un ataque en la vida. Si yo tuviera un perro así, lo pasaría por la máquina de picar carne.

—Nosotros *tuvimos* un perro así una vez —dijo Mike Drew—, pero lo ahogamos.

—Mi perro es un perro *terrible* —dijo Sam Warren con orgullo—. Mata a las gallinas y mastica toda la ropa el día de la colada. Apuesto a que tu perrucho no tiene arrestos ni para eso.

Jem admitió con pesar, para sus adentros aunque no ante Sam, que Bruno no los tenía. Casi deseó que los tuviera. Y le dolió cuando Watty Flagg gritó: —Tu perro es un perro *bueno*... nunca ladra en domingo —porque Bruno no ladraba ningún día.

Pero con todo, era un perrito tan encantador y adorable.

—Bruno, ¿*por qué* no me quieres? —dijo Jem, casi sollozando—. No hay nada que no haría por ti... podríamos pasarlo *tan* bien juntos. Pero no estaba dispuesto a admitir su derrota ante nadie.

Una tarde Jem volvió corriendo a casa desde un asado de mejillones en Harbour Mouth porque sabía que se avecinaba una tormenta. El mar gemía tanto. Todo tenía un aspecto siniestro y solitario. Sonó un largo desgarrón de trueno justo cuando Jem entraba corriendo en Ingleside.

—¿Dónde está Bruno? —gritó.

Era la primera vez que iba a alguna parte sin Bruno. Había pensado que una caminata tan larga hasta Harbour Mouth sería demasiado para un perrito. Jem no quería admitir ni ante sí mismo que una caminata así, con un perro cuyo corazón no estaba puesto en ello, también habría sido demasiado para él.

Resultó que nadie sabía dónde estaba Bruno. No se le había visto desde que Jem salió después de cenar. Jem lo buscó por todas partes, pero no había manera de encontrarlo. La lluvia caía a torrentes, el mundo entero se ahogaba en relámpagos. ¿Estaría Bruno ahí fuera, en aquella noche negra, *perdido*? Bruno tenía miedo a las tormentas. Las únicas veces que había parecido acercarse de verdad a Jem, en espíritu, era cuando se apretaba contra él mientras el cielo se rasgaba en dos.

Jem se preocupó tanto que, cuando la tormenta amainó, Gilbert dijo:

—De todos modos tengo que ir hasta el Head a ver cómo sigue Roy Westcott. Tú también puedes venir, Jem, y de camino a casa

pasaremos por la antigua finca de los Crawford. Tengo la corazonada de que Bruno ha vuelto allí.

—¿Diez kilómetros? ¡Nunca haría eso! —dijo Jem.

Pero sí lo había hecho. Cuando llegaron a la vieja casa de los Crawford, desierta y a oscuras, una criaturita temblorosa y empapada estaba acurrucada, desolada, en el umbral mojado, mirándolos con ojos cansados e insatisfechos. No opuso ninguna resistencia cuando Jem lo cogió en brazos y lo llevó hasta el coche a través de la hierba enmarañada que le llegaba a las rodillas.

Jem era feliz. ¡Cómo corría la luna por el cielo mientras las nubes pasaban desgarrándose ante ella! ¡Qué deliciosos eran los olores del bosque mojado de lluvia mientras avanzaban! ¡Qué mundo aquel!

—Supongo que después de esto Bruno estará contento en Ingleside, papá.

—Puede ser —fue todo lo que dijo papá. Le repugnaba echar un jarro de agua fría, pero sospechaba que el corazón de aquel perrito, al perder su último hogar, se había roto para siempre.

Bruno nunca había comido mucho, pero después de aquella noche comía cada vez menos. Llegó un día en que no quiso comer nada en absoluto. Mandaron llamar al veterinario, pero no consiguió encontrar nada que le pasara.

—En toda mi experiencia he conocido a un perro que murió de pena, y creo que este es otro caso —le dijo al doctor en privado.

Dejó un «tónico», que Bruno tomó obedientemente, y luego volvió a tumbarse, con la cabeza sobre las patas, mirando al vacío. Jem se quedó mirándolo un buen rato, con las manos en los bolsillos; luego entró en la biblioteca a hablar con papá.

Al día siguiente Gilbert fue a la ciudad, hizo algunas averiguaciones y trajo a Roddy Crawford a Ingleside. Cuando Roddy subió los escalones del porche, Bruno, al oír sus pasos desde la sala, levantó la cabeza y aguzó las orejas. Al instante siguiente, su

cuerpecillo demacrado se lanzó a través de la alfombra hacia el muchacho pálido de ojos castaños.

—Mi querida señora doctora —dijo Susan aquella noche con tono sobrecogido—, el perro estaba *llorando*... de verdad que sí. Las lágrimas le rodaban por el hocico. No la culpo a usted si no me cree. Yo misma nunca lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos.

Roddy apretó a Bruno contra su pecho y miró a Jem con una mezcla de desafío y súplica.

—Ya sé que lo compraste tú... pero es mío. Jake me mintió. La tía Vinnie dice que no le importaría nada tener un perro, pero yo pensé que no debía pedirte que me lo devolvieras. Aquí tienes tu dólar... nunca he gastado ni un céntimo de él... no podía.

Por un momento Jem vaciló. Entonces vio los ojos de Bruno. «¡Qué cerdo soy!», pensó, asqueado de sí mismo. Cogió el dólar.

Roddy sonrió de pronto. La sonrisa le transformó por completo el rostro huraño, pero lo único que fue capaz de decir fue un áspero: —Gracias.

Aquella noche Roddy durmió con Jem, con un Bruno bien alimentado estirado entre los dos. Pero antes de acostarse, Roddy se arrodilló a rezar sus oraciones, y Bruno se sentó en cuclillas a su lado, apoyando las patas delanteras en la cama. Si alguna vez un perro rezó, fue Bruno en ese momento: una oración de acción de gracias y de alegría renovada por la vida.

Cuando Roddy le traía la comida, Bruno la devoraba con avidez, sin quitarle el ojo de encima ni un momento. Trotaba retozón detrás de Jem y de Roddy cuando bajaban al Glen. —Nunca se ha visto un perro tan animado —declaró Susan.

Pero a la tarde siguiente, después de que Roddy y Bruno se hubieran marchado, Jem se quedó sentado un buen rato en los escalones de la puerta lateral, a la hora del crepúsculo. Se negó a ir a cavar en busca de tesoros piratas al Valle del Arco Iris con Walter...

Jem ya no se sentía espléndidamente audaz ni pirata. Ni siquiera quiso mirar al Camarón, que estaba agazapado entre la menta, azotando el rabo como un fiero puma agazapado para saltar. ¡Qué derecho tenían los gatos a seguir siendo felices en Ingleside mientras a los perros se les partía el corazón!

Hasta estuvo malhumorado con Rilla cuando esta le trajo su elefante de terciopelo azul. ¡Elefantes de terciopelo, ahora que Bruno se había ido! A Nan la despachó igual de mal cuando se acercó a sugerirle que le dijeran a Dios en voz baja lo que pensaban de él.

—¿No irás a creer que le echo la culpa de *esto* a Dios? —dijo Jem con severidad—. No tienes ningún sentido de la proporción, Nan Blythe.

Nan se marchó completamente abatida, aunque no tenía ni la más remota idea de a qué se refería Jem, y Jem frunció el ceño ante las brasas del ocaso que se apagaba. Los perros ladraban por todo el Glen. Los Jenkins, calle abajo, andaban llamando al suyo... se turnaban todos para hacerlo. Todo el mundo, hasta la tribu de los Jenkins, podía tener un perro... todo el mundo menos él. La vida se extendía ante él como un desierto donde nunca habría perros.

Ana se acercó y se sentó en un escalón más bajo, cuidando de no mirarlo. Jem *sintió* su compasión.

—Mamitísima —dijo con voz ahogada—, ¿*por qué* no querría Bruno quererme, si yo lo quería tanto? ¿Es que... crees que soy de esos chicos que no les gustan a los perros?

—No, cariño. Recuerda cuánto te quería Gyp. Lo que pasa es que Bruno solo tenía una cantidad de amor para dar... y ya lo había dado todo. Hay perros así... perros de un solo dueño.

—Bueno, al menos Bruno y Roddy son felices —dijo Jem con sombría satisfacción, inclinándose para besar la coronilla lisa y ondulada de mamá—. Pero yo nunca tendré otro perro.

Ana pensó que aquello se le pasaría; había sentido lo mismo cuando murió Gyppy. Pero no se le pasó. El hierro se le había

clavado hondo en el alma a Jem. Por Ingleside irían pasando perros —perros que pertenecían a toda la familia y eran perros simpáticos, a los que Jem acariciaba y con los que jugaba igual que los demás—. Pero no habría un «perro de Jem» hasta que cierto «Perrito Monday» tomara posesión de su corazón y lo quisiera con una devoción que superaría el amor de Bruno... una devoción que llegaría a hacer historia en el Glen. Pero de eso faltaban todavía muchísimos años; y aquella noche, un niño muy solo se metió en la cama de Jem.

«Ojalá fuera una niña —pensó con fiereza—, para poder llorar y llorar.»

CAPÍTULO 25

Nan y Di iban al colegio. Habían empezado la última semana de agosto.

—¿Lo sabremos *todo* para esta noche, mami? —preguntó Di solemnemente la primera mañana.

Ahora, a principios de septiembre, Ana y Susan ya se habían acostumbrado, e incluso les daba gusto ver a las dos pequeñajas salir trotando cada mañana, tan diminutas, despreocupadas y pulcras, convencidas de que ir al colegio era toda una aventura. Siempre llevaban una manzana en la cesta para la maestra, y vestían vestidos de guinga rosa y azul con volantes. Como no se parecían en lo más mínimo, nunca las vestían igual. Diana, con su pelo rojo, no podía ponerse rosa, pero a Nan le sentaba de maravilla, pues era, con mucho, la más bonita de las gemelas de Ingleside. Tenía los ojos castaños, el pelo castaño y una tez preciosa, de la que era bien consciente incluso a los siete años. Algo de estrella había en su hechura. Llevaba la cabeza erguida con orgullo, con su barbillita respondona un poco al frente, y por eso ya empezaba a tener fama de «estirada».

—Imitará todas las poses y monerías de su madre —dijo la señora Alec Davies—. Ya tiene todos sus aires y sus gracias, si quieren que les diga.

Las gemelas no se parecían solo en el físico. Di, a pesar de su parecido físico con su madre, era hija de su padre de la cabeza a los pies, en cuanto a temperamento y cualidades. Ya apuntaban en ella

su sentido práctico, su sensatez llana, su sentido del humor chispeante. Nan había heredado por entero el don de imaginación de su madre y ya se las arreglaba para hacerse la vida interesante a su manera. Aquel verano, por ejemplo, había vivido no pocas emociones haciendo tratos con Dios, cuyo quid consistía, más o menos, en esto: «Si tú haces tal cosa, yo haré tal otra».

A todos los niños de Ingleside los habían iniciado en la vida con el clásico «Ahora me voy a dormir», para después pasar al Padrenuestro y, más tarde, animarlos a hacer también sus propias peticioncitas, en el lenguaje que quisieran. Qué fue lo que le dio a Nan la idea de que a Dios se le podía inducir a conceder sus peticiones mediante promesas de buena conducta o alardes de entereza es difícil de decir. Quizá tuviera algo que ver, indirectamente, cierta maestra de la escuela dominical bastante joven y bonita, con sus frecuentes advertencias de que, si no eran buenas niñas, Dios no haría esto o aquello por ellas. Era fácil darle la vuelta a la idea y llegar a la conclusión de que si *eras* tal o cual cosa, *hacías* tal o cual cosa, tenías derecho a esperar que Dios hiciera lo que querías. El primer «trato» de Nan, en primavera, había salido tan bien que compensaba algunos fracasos, y ella había seguido con ello todo el verano. Nadie lo sabía, ni siquiera Di. Nan guardaba su secreto y se había aficionado a rezar en momentos y lugares diversos, y no solo por la noche. A Di esto no le parecía bien, y así lo dijo.

—No metas a Dios en *todo* —le dijo a Nan con severidad—. Lo conviertes en algo demasiado *corriente*.

Ana, que lo oyó, la reprendió y dijo: —Dios *sí* está en todo, cariño. Él es el Amigo que siempre está cerca para darnos fuerza y valor. Y Nan hace muy bien en rezarle a Él y donde le apetezca. Aunque, si Ana hubiera conocido la verdad sobre las devociones de su pequeña hija, se habría quedado bastante horrorizada.

Una noche de mayo, Nan había dicho: —Si haces que me salga el diente antes de la fiesta de Amy Taylor la semana que viene, querido

Dios, me tomaré todas las dosis de aceite de ricino que me dé Susan sin rechistar.

Al día siguiente mismo apareció el diente, cuya ausencia había dejado un hueco tan feo y prolongado en la linda boca de Nan, y para el día de la fiesta ya había salido del todo. ¿Qué señal más segura se podía pedir? Nan cumplió fielmente su parte del trato, y Susan quedaba maravillada y encantada cada vez que le daba el aceite de ricino a partir de entonces. Nan se lo tomaba sin una mueca ni una protesta, aunque a veces deseaba haber puesto un límite de tiempo, pongamos que de tres meses.

Dios no siempre respondía. Pero cuando le pidió que le mandara un botón especial para su collar de botones —coleccionar botones se había puesto de moda entre todas las niñas pequeñas del Glen, como el sarampión—, asegurándole que si lo hacía nunca más pondría pegas cuando Susan le pusiera el plato desportillado, el botón llegó al día siguiente mismo: Susan había encontrado uno en un vestido viejo del desván. Un precioso botón rojo con lo que parecían diminutos diamantes, o lo que Nan creía que eran diamantes. Todas la envidiaban por aquel elegante botón, y cuando esa noche Di rechazó el plato desportillado, Nan dijo con virtud: —Dámelo a mí, Susan. Lo cogeré *siempre* a partir de ahora. Susan pensó que era angelicalmente generosa, y así se lo dijo. Ante lo cual Nan se sintió, y se la vio, muy pagada de sí misma. Consiguió un día espléndido para la merienda campestre de la escuela dominical, cuando la noche anterior todos habían pronosticado lluvia, prometiendo lavarse los dientes cada mañana sin que se lo dijeran. Le devolvieron el anillo perdido a condición de que mantuviera las uñas escrupulosamente limpias; y cuando Walter le regaló su dibujo de un ángel volador que Nan llevaba tiempo codiciando, a partir de entonces se comió la grasa junto con la carne magra sin rechistar en la comida.

Sin embargo, cuando le pidió a Dios que rejuveneciera a su osito de peluche, apaleado y remendado, prometiendo mantener ordenado el cajón de su cómoda, algo se torció. El osito no

rejuveneció, aunque Nan buscaba el milagro ansiosamente cada mañana y deseaba que Dios se diera prisa. Al final se resignó a la edad del osito. Al fin y al cabo, era un buen oso viejo, y habría sido tremendamente difícil mantener ordenado aquel cajón. Cuando papá le trajo a casa un osito nuevo, en realidad no le gustó nada y, aunque con ciertos remordimientos de su pequeña conciencia, decidió que no hacía falta esmerarse demasiado con el cajón. Su fe se restauró cuando, tras rezar para que le devolvieran el ojo perdido de su gato de porcelana, el ojo apareció en su sitio a la mañana siguiente, aunque algo torcido, lo que le daba al gato un aire un tanto bizco. Susan lo había encontrado al barrer y lo había pegado con cola, pero Nan no lo sabía, y cumplió alegremente su promesa de dar catorce vueltas al granero a cuatro patas. Qué bien podía hacerle a Dios, o a cualquiera, dar catorce vueltas al granero a cuatro patas, Nan no se paró a pensarlo. Pero odiaba hacerlo —los chicos siempre querían que ella y Di se hicieran pasar por algún tipo de animales en el Valle del Arco Iris—, y quizá hubiera en su mente en ciernes algún vago pensamiento de que la penitencia podría complacer a aquel misterioso Ser que daba o negaba a su antojo. Fuera como fuese, aquel verano ideó varias extravagancias, y Susan se preguntaba a menudo de dónde sacarían los niños esas ideas.

—¿Por qué cree usted, mi querida señora doctora, que Nan tiene que dar dos vueltas al salón cada día sin pisar el suelo?

—¡Sin pisar el suelo! ¿Cómo se las arregla, Susan?

—Saltando de un mueble a otro, incluido el guardafuego de la chimenea. Ayer resbaló en él y se cayó de cabeza dentro del cubo del carbón. Mi querida señora doctora, ¿no le parece que necesitará una dosis de vermífugo?

Aquel año siempre se recordaría en las crónicas de Ingleside como el año en que papá estuvo *a punto* de tener pulmonía y mamá la *tuvo*. Una noche, Ana, que ya tenía un catarro fuerte, fue con Gilbert a una fiesta en Charlottetown, con un vestido nuevo que le sentaba muy bien y el collar de perlas de Jem. Estaba tan guapa con él que todos los niños que habían entrado a verla antes de que se fuera

pensaron que era maravilloso tener una madre de la que sentirse tan orgullosos.

—¡Qué enagua tan bonita y susurrante! —suspiró Nan—. Cuando sea mayor, ¿tendré enaguas de tafetán como esa, mami?

—Dudo que para entonces las chicas sigan usando enaguas —dijo papá—. Doy mi brazo a torcer, Ana, y admito que el vestido es una preciosidad, aunque no apruebe las lentejuelas. Y no intentes camelarme, mujer. Ya te he hecho todos los cumplidos que pensaba hacerte esta noche. Recuerda lo que hemos leído hoy en el *Medical Journal*: «La vida no es más que una química orgánica delicadamente equilibrada», y que eso te haga humilde y modesta. ¡Lentejuelas, vaya! ¡Enagua de tafetán, quién lo iba a decir! No somos más que «una fortuita concatenación de átomos». Lo dice el gran doctor Von Bemburg.

—No me cites a ese horrible Von Bemburg. Debe de sufrir una indigestión crónica espantosa. *Él* será una concatenación de átomos, pero *yo* no.

Pocos días después, Ana era una «concatenación de átomos» muy enferma, y Gilbert, una muy angustiada. Susan andaba de acá para allá con aire agobiado y cansado, la enfermera titulada entraba y salía con expresión inquieta, y una sombra sin nombre cayó de pronto sobre Ingleside, extendiéndose y oscureciéndolo todo. A los niños no les contaron la gravedad de la enfermedad de su madre, y ni siquiera Jem se hacía una idea cabal de ella. Pero todos sentían el frío y el miedo, y andaban callados e infelices. Por una vez no hubo risas en el arce ni juegos en el Valle del Arco Iris. Pero lo peor de todo era que no les dejaban ver a mamá. Nada de que mamá los recibiera con sonrisas cuando volvían a casa, nada de que mamá se colara a darles un beso de buenas noches, nada de mamá para consolarlos, comprenderlos y compadecerse, nada de mamá con quien reírse de las bromas: nadie se reía como mamá. Era mucho peor que cuando estaba fuera, porque entonces sabían que iba a volver; y ahora sabían... *nada*. Nadie les contaba nada; se limitaban a darles largas.

Nan volvió del colegio muy pálida por algo que le había contado Amy Taylor.

—Susan, ¿mamá... mamá no... no se va a *morir*, Susan?

—Claro que no —dijo Susan, demasiado deprisa y con demasiada brusquedad. Le temblaban las manos mientras servía el vaso de leche de Nan—. ¿Quién te ha estado hablando de eso?

—Amy. Dijo... ay, Susan, idiota que le parecía que mamá haría un cadáver monísimo!

—No te preocupes por lo que haya dicho, cariño. Las Taylor tienen todas la lengua muy larga. Tu bendita madre está bastante enferma, pero va a salir adelante, y a eso puedes atenerte. ¿Es que no sabes que tu padre está al timón?

—Dios no dejaría que mamá se muriera, ¿verdad, Susan? —preguntó Walter, con los labios blancos, mirándola con esa gravedad tan intensa que le hacía tan difícil a Susan pronunciar sus mentiras piadosas. Tenía terror de que *fuera* mentiras. Susan era una mujer terriblemente asustada. Aquella tarde la enfermera había negado con la cabeza. El médico se había negado a bajar a cenar.

—Supongo que el Todopoderoso sabrá lo que se hace —masculó Susan mientras fregaba los platos de la cena, rompiendo tres de ellos—, pero por primera vez en su vida honrada y sencilla, lo dudó.

Nan vagaba de un lado a otro, desdichada. Papá estaba sentado junto a la mesa de la biblioteca con la cabeza entre las manos. La enfermera entró, y Nan la oyó decir que creía que la crisis llegaría esa noche.

—¿Qué es una crisis? —le preguntó a Di.

—Creo que es aquello de lo que sale una mariposa —dijo Di con cautela—. Vamos a preguntarle a Jem.

Jem lo sabía, y se lo dijo antes de subir a encerrarse en su cuarto. Walter había desaparecido —estaba tumbado boca abajo bajo la Dama Blanca, en el Valle del Arco Iris—, y Susan se había llevado a

Shirley y a Rilla a la cama. Nan salió sola y se sentó en los escalones. A su espalda, dentro de la casa, reinaba un silencio terrible e insólito. Ante ella, el Glen rebosaba de sol vespertino, pero el largo camino rojo estaba nublado de polvo, y las hierbas dobladas de los prados junto al puerto se habían quemado, blancas, por la sequía. Llevaba semanas sin llover, y las flores languidecían en el jardín: las flores que tanto le gustaban a mamá.

Nan estaba pensando profundamente. Ahora o nunca era el momento de hacer un trato con Dios. ¿Qué podría prometer hacer si Él lograba que mamá se pusiera bien? Tenía que ser algo tremendo, algo que mereciera de verdad la pena para Él. Nan recordó lo que Dicky Drew le había dicho un día a Stanley Reese en el colegio: «Te reto a que cruces el cementerio de noche». Nan se había estremecido en su momento. ¿Cómo podía *nadie* cruzar el cementerio de noche, cómo se le podía siquiera *ocurrir* semejante cosa? Nan sentía por el cementerio un horror que ni un alma en Ingleside sospechaba. Amy Taylor le había contado una vez que estaba lleno de muertos: «y no siempre se quedan muertos», decía Amy, tétrica y misteriosa. A Nan le costaba muchísimo pasar sola por delante de él a plena luz del día.

A lo lejos, los árboles de una colina dorada y brumosa tocaban el cielo. Nan había pensado muchas veces que, si pudiera llegar a esa colina, ella también podría tocar el cielo. Dios vivía justo al otro lado, quizá allí la oyera mejor. Pero no podía llegar a esa colina: tendría que conformarse con hacer cuanto pudiera aquí, en Ingleside.

Juntó sus manitas curtidas por el sol y alzó al cielo su carita bañada en lágrimas.

—Querido Dios —susurró—, si haces que mamá se ponga bien, *cruzaré el cementerio de noche*. Oh, querido Dios, *por favor, por favor*. Y si haces esto, no volveré a molestarte en muchísimo tiempo.

CAPÍTULO 26

Fue la vida, y no la muerte, lo que llegó a Ingleside en la hora más fantasmal de la noche. Los niños, ya por fin dormidos, debieron de sentir incluso en sueños que la Sombra se había retirado tan silenciosa y rápidamente como había llegado. Porque cuando despertaron, a un día oscurecido por una lluvia bienvenida, había sol en sus ojos. Apenas necesitaron que una Susan diez años más joven les diera la buena noticia. La crisis había pasado, y mamá iba a vivir.

Era sábado, así que no había colegio. No podían salir a jugar fuera, aunque les encantaba estar bajo la lluvia: aquel aguacero era demasiado hasta para ellos, y tuvieron que quedarse muy calladitos dentro de casa. Pero nunca se habían sentido más felices. Papá, que apenas había dormido en una semana, se había dejado caer en la cama del cuarto de invitados para dormir un buen sueño largo y profundo, pero no sin antes mandar un mensaje de conferencia a una casa de tejas verdes en Avonlea, donde dos ancianas llevaban temblando cada vez que sonaba el teléfono.

Susan, que últimamente no había tenido el corazón puesto en sus postres, preparó para la comida un glorioso «suflé de naranja», prometió un rollo de mermelada para la cena y horneó una doble tanda de galletas de toffee. Cock Robin piaba por todas partes. Hasta las sillas parecían tener ganas de bailar. Las flores del jardín volvieron a alzar la cara con valentía mientras la tierra reseca acogía la lluvia. Y Nan, en medio de toda su felicidad, intentaba hacer frente a las consecuencias de su trato con Dios.

No se le pasaba por la cabeza intentar librarse del trato, pero lo iba posponiendo, con la esperanza de reunir un poco más de valor. Con solo pensarlo «se le helaba la sangre», como le gustaba decir a Amy Taylor. Susan sabía que a la niña le pasaba algo y le administraba aceite de ricino, sin ninguna mejora visible. Nan se tomaba la dosis calladamente, aunque no podía evitar pensar que Susan se lo daba mucho más a menudo desde aquel trato anterior. Pero ¿qué era el aceite de ricino comparado con cruzar el cementerio de noche? Nan sencillamente no veía cómo podría hacerlo jamás. Pero tenía que hacerlo.

Mamá seguía tan débil que a nadie le dejaban verla salvo por un breve momento. Y entonces se la veía tan pálida y delgada. ¿Sería porque ella, Nan, no estaba cumpliendo su trato?

—Hay que darle tiempo —dijo Susan.

¿Cómo se le podía dar tiempo a alguien?, se preguntaba Nan. Pero *ella* sabía por qué mamá no se recuperaba más deprisa. Nan apretó sus dientecitos de perla. Mañana volvería a ser sábado, y mañana por la noche haría lo que había prometido hacer.

Volvió a llover toda la mañana siguiente, y Nan no pudo evitar sentir alivio. Si iba a ser una noche de lluvia, nadie, ni siquiera Dios, podría esperar que anduviera rondando por cementerios. Hacia el mediodía dejó de llover, pero llegó una niebla que fue subiendo desde el puerto y cubriendo el Glen, envolviendo Ingleside en su magia inquietante. Nan seguía teniendo esperanzas. Si había niebla, tampoco podría ir. Pero a la hora de la cena se levantó viento y el paisaje de ensueño de la niebla se desvaneció.

—Esta noche no habrá luna —dijo Susan.

—Ay, Susan, ¿no puedes *hacer* una luna? —exclamó Nan, desesperada. Si tenía que cruzar el cementerio, *tenía* que haber luna.

—Bendita niña, nadie puede hacer lunas —dijo Susan—. Solo quería decir que iba a estar nublado y no se vería la luna. ¿Y qué más te da a ti que haya luna o no?

Eso era precisamente lo que Nan no podía explicar, y Susan estaba más preocupada que nunca. *Algo* le pasaba a la niña —llevaba toda la semana comportándose de un modo tan raro—. No comía ni la mitad de lo que debía y andaba alicaída. ¿Estaría preocupada por su madre? No tenía por qué: la señora doctora iba mejorando a las mil maravillas.

Sí, pero Nan sabía que mamá pronto dejaría de ir mejorando si no cumplía su trato. Al atardecer se despejaron las nubes y salió la luna. Pero qué luna tan extraña, qué luna tan enorme y roja como la sangre. Nan nunca había visto una luna así. La aterrorizó. Casi habría preferido la oscuridad.

Las gemelas se acostaron a las ocho, y Nan tuvo que esperar a que Di se durmiera. Di tardó lo suyo. Estaba demasiado triste y desilusionada para conciliar el sueño fácilmente. Su amiga del alma, Elsie Palmer, había vuelto del colegio a pie con otra niña, y Di creía que la vida prácticamente se había acabado para ella. Eran las nueve cuando Nan consideró que ya era seguro escurrirse fuera de la cama y vestirse, con los dedos temblándole tanto que apenas podía con los botones. Luego bajó sigilosamente y salió por la puerta lateral, mientras Susan ponía el pan a leudar en la cocina y pensaba, tranquila, que todos los que tenía a su cargo estaban a salvo en la cama, salvo el pobre doctor, al que habían llamado con urgencia a una casa de la Bocana, donde un bebé se había tragado una tachuela.

Nan salió y bajó hacia el Valle del Arco Iris. Tenía que tomar el atajo que lo cruzaba y luego subir por el prado de la colina. Sabía que ver a una de las gemelas de Ingleside merodeando por el camino y por el pueblo causaría extrañeza, y que probablemente alguien insistiría en llevarla de vuelta a casa. ¡Qué fría estaba aquella noche de finales de septiembre! No se le había ocurrido pensarlo, y no se había puesto la chaqueta. El Valle del Arco Iris de noche no era el paraje amigable del día. La luna había menguado hasta un tamaño razonable y ya no era roja, pero proyectaba sombras negras y siniestras. Nan siempre les había tenido bastante miedo a las

sombras. ¿Serían aquello unas pisadas suaves en la oscuridad del helecho mustio junto al arroyo?

Nan levantó la cabeza y sacó la barbilla. —No tengo miedo —dijo en voz alta, con valentía—. Es solo que noto el estómago un poco raro. Estoy siendo una *heroína*.

La grata idea de ser una heroína la llevó hasta la mitad de la colina. Entonces una sombra extraña recorrió el mundo —una nube cruzaba la luna—, y Nan pensó en el Pájaro. Amy Taylor le había contado en cierta ocasión una historia aterradora sobre un Gran Pájaro Negro que se abatía sobre una en plena noche y se la llevaba. ¿Sería la sombra del Pájaro la que acababa de cruzar sobre ella? Pero mamá había dicho que no existía ningún Gran Pájaro Negro. «No creo que mamá pudiera decirme una mentira... mamá no», se dijo Nan, y siguió andando hasta llegar a la cerca. Más allá estaba el camino, y al otro lado, el cementerio. Nan se detuvo a recobrar el aliento.

Otra nube tapaba la luna. A su alrededor se extendía una tierra extraña, tenue y desconocida. —¡Ay, el mundo es demasiado grande! —se estremeció Nan, apretándose contra la cerca. ¡Si al menos pudiera estar de vuelta en Ingleside! Pero... —Dios me está mirando —dijo la chiquilla de siete años, y trepó por la cerca.

Al otro lado cayó al suelo, se despellejó la rodilla y se rasgó el vestido. Al levantarse, un tallo afilado de maleza le atravesó la zapatilla de parte a parte y le cortó el pie. Pero cruzó cojeando el camino hasta la verja del cementerio.

El viejo cementerio se extendía a la sombra de los abetos, en su extremo oriental. A un lado estaba la iglesia metodista; al otro, la casa parroquial presbiteriana, ahora oscura y silenciosa por la ausencia del pastor. La luna asomó de pronto entre las nubes, y el cementerio se llenó de sombras, sombras que se movían y danzaban, sombras que te agarrarían si te aventurabas entre ellas. Un periódico que alguien había tirado rodaba por el camino, como una vieja bruja bailando, y aunque Nan sabía perfectamente lo que

era, formaba parte de lo siniestro de la noche. Sss, sss, susurraban los vientos de la noche entre los abetos. Una hoja larga del sauce junto a la verja le rozó de pronto la mejilla como el roce de una mano de duende. Por un instante se le paró el corazón; aun así, puso la mano en la aldaba de la verja.

¡Imagínate que un brazo larguísimo saliera de una tumba y te arrastrara hacia abajo!

Nan se dio la vuelta. Ahora sabía que, trato o no trato, *nunca* podría cruzar aquel cementerio de noche. Un gemido espantoso sonó de pronto muy cerca de ella. No era más que la vieja vaca de la señora Ben Baker, que pastaba junto al camino, levantándose de detrás de un grupo de píceas. Pero Nan no se quedó a ver qué era. Presa de un pánico incontrolable, bajó corriendo la colina, cruzó el pueblo y subió el camino hasta Ingleside. Ya fuera de la verja, atravesó de cabeza lo que Rilla llamaba un «charrolodo». Pero allí estaba su casa, con las luces suaves y cálidas brillando en las ventanas, y un momento después entró tropezando en la cocina de Susan, cubierta de barro, con los pies mojados y sangrando.

—¡Cielo santo! —dijo Susan, atónita.

—No he podido cruzar el cementerio, Susan... ¡no he podido! —jadeó Nan.

Susan, al principio, no hizo preguntas. Cogió en brazos a Nan, helada y consternada, le quitó las zapatillas y los calcetines mojados, la desvistió, le puso el camisón y la llevó a la cama. Luego bajó a buscarle «un bocado». Hiciera lo que hiciese la niña, no se la podía dejar ir a dormir con el estómago vacío.

Nan se comió su tentempié y bebió a sorbitos su vaso de leche caliente. ¡Qué maravilla estar de vuelta en una habitación cálida e iluminada, a salvo en su bonita cama calentita! Pero no pensaba contarle a Susan ni una palabra de lo ocurrido. —Es un secreto entre Dios y yo, Susan. Susan se fue a la cama jurándose que sería una mujer feliz el día en que la señora doctora volviera a estar levantada y en pie.

—Estos niños me superan —suspiró Susan, impotente.

Mamá se moriría sin remedio ahora. Nan se despertó con esa terrible convicción metida en la cabeza. No había cumplido su trato, y no podía esperar que Dios lo cumpliera. Aquella semana siguiente fue espantosa para Nan. No encontraba placer en nada, ni siquiera en ver a Susan hilar en el desván, algo que siempre le había fascinado. Nunca más volvería a reírse. Ya daba igual lo que hiciera. Le regaló a Shirley su perro de serrín, al que Ken Ford le había arrancado las orejas y al que quería incluso más que al viejo Teddy —Nan siempre había querido más las cosas viejas—, porque Shirley lo había deseado siempre; y le regaló a Rilla su preciada casita de conchas que el capitán Malachi le había traído desde las Antillas, con la esperanza de que eso satisficiera a Dios, aunque temía que no fuera así; y cuando su gatita nueva, que le había regalado a Amy Taylor porque Amy la quería, volvió a casa y se empeñó en seguir volviendo, Nan supo que Dios no estaba satisfecho. Nada le bastaría salvo cruzar el cementerio; y la pobre Nan, atormentada, sabía ya que jamás podría hacer *eso*. Era una cobarde y una tramposa. Solo los tramposos, había dicho Jem una vez, intentaban librarse de los tratos.

A Ana ya le dejaban sentarse en la cama. Estaba casi recuperada del todo. Pronto podría volver a llevar la casa, leer sus libros, tenderse cómodamente en las almohadas, comer todo lo que le apeteciera, sentarse junto a la chimenea, ocuparse de su jardín, ver a sus amigas, escuchar los jugosos chismes, dar la bienvenida a los días que brillaban como joyas en el collar del año, formar de nuevo parte del vistoso desfile de la vida.

Había comido de maravilla —la pierna de cordero rellena de Susan había quedado en su punto—. Era delicioso volver a sentir hambre. Miró alrededor de su habitación, a todas las cosas que amaba. Tenía que ponerle cortinas nuevas, algo entre verde primavera y dorado pálido; y desde luego había que instalar esos armarios nuevos para las toallas en el cuarto de baño. Después miró por la ventana. Había cierta magia en el aire. Alcanzaba a ver, entre los arces, un destello

azul del puerto; el abedul llorón del césped era una suave lluvia de oro cayendo. Vastos jardines de cielo se arqueaban sobre una tierra opulenta que tenía al otoño en feudo, una tierra de colores increíbles, luz dorada y sombras que se alargaban. Cock Robin se balanceaba, gracioso y desmañado, en la copa de un abeto; los niños reían en el huerto mientras cogían manzanas. La risa había vuelto a Ingleside. «La vida es algo más que “una química orgánica delicadamente equilibrada”», pensó, feliz.

En la habitación se coló Nan, con los ojos y la nariz enrojecidos de tanto llorar.

—Mami, *tengo* que decírtelo... no puedo esperar más. Mami, *le he hecho trampa a Dios*.

Ana volvió a estremecerse ante el suave contacto de la manita de una niña aferrándose a ella, una niña que buscaba ayuda y consuelo para su amargo problemita. Escuchó mientras Nan sollozaba toda la historia, y logró mantener el gesto serio. Ana siempre se las había arreglado para mantener el gesto serio cuando el gesto serio era lo que tocaba, por mucho que después se riera a carcajadas con Gilbert. Sabía que la preocupación de Nan era real y terrible para ella; y también se dio cuenta de que la teología de su hijita pequeña necesitaba cierta atención.

—Cariño, estás muy equivocada en todo esto. Dios no hace tratos. Él *da...* da sin pedirnos nada a cambio, salvo amor. Cuando le pides a papá o a mí algo que quieres, *nosotros* no hacemos tratos contigo, y Dios es infinitamente más bueno que nosotros. Y Él sabe mucho mejor que nosotros qué es bueno darnos.

—¿Y no va a... no va a hacer que te mueras, mami, porque yo no cumplí mi promesa?

—Claro que no, cariño.

—Mami, aunque estuviera equivocada sobre Dios... ¿no debería cumplir mi trato, ya que lo hice? Yo *dije* que lo haría, ¿sabes? Papi dice que siempre hay que cumplir las promesas. ¿No quedaré *deshonrada para siempre* si no lo hago?

—Cuando esté del todo bien, cariño, iré contigo una noche, y me quedaré fuera de la verja, y no creo que entonces te dé ni pizca de miedo cruzar el cementerio. Eso aliviará tu pobre concienciecita, ¿y no volverás a hacer más tratos tontos con Dios?

—No —prometió Nan, con la sensación, no exenta de pesar, de que estaba renunciando a algo que, con todos sus inconvenientes, había resultado gratamente emocionante. Pero el brillo había vuelto a sus ojos, y un poco de su antiguo brío, a la voz.

—Voy a lavarme la cara y luego vuelvo y te doy un beso, mami. Y te cogeré todas las bocas de dragón que encuentre. Ha sido *horrible* sin ti, mami.

—Ay, Susan —dijo Ana cuando Susan le trajo la cena—, ¡qué mundo este! ¡Qué mundo tan hermoso, interesante y maravilloso! ¿Verdad que sí, Susan?

—Llegaré a admitir —concedió Susan, recordando la hermosa hilera de tartas que acababa de dejar en la despensa— que es bastante tolerable.

CAPÍTULO 27

Octubre fue un mes muy feliz en Ingleside aquel año, lleno de días en que una simplemente *tenía* que correr, cantar y silbar. Mamá ya volvía a estar en pie, negándose a seguir pasando por convaleciente, haciendo planes para el jardín, riendo de nuevo —Jem siempre había pensado que mamá tenía una risa preciosa y alegre— y contestando a un sinfín de preguntas. «Mami, ¿a qué distancia de aquí queda la puesta de sol?; mami, ¿por qué no podemos recoger la luz de luna que se ha derramado?; mami, ¿de verdad *vuelven* las almas de los muertos en Halloween?; mami, ¿qué es lo que causa la causa?; mami, ¿no preferirías que te matase una serpiente de cascabel antes que un tigre, porque el tigre te dejaría hecha un cisco y encima te comería?; mami, ¿qué es un cubil?; mami, ¿de verdad una viuda es una mujer a la que se le han cumplido los sueños? Wally Taylor dijo que sí; mami, ¿qué hacen los pajarillos cuando llueve *mucho*?; mami, ¿de verdad somos una familia *demasiado* romántica?»

La última era de Jem, que había oído en la escuela que la señora Alec Davies había dicho eso. A Jem no le caía nada bien la señora Alec Davies, porque siempre que se la encontraba con mamá o con papá, sin falta le clavaba el largo dedo índice y le preguntaba: «¿Es Jemmy un niño bueno en la escuela?». ¡Jemmy! Puede que sí fueran un poco románticos. Susan debió de pensar lo mismo cuando descubrió la pasarela de tablas hacia el granero espléndidamente decorada con manchurroneos de pintura carmesí. —Las necesitábamos para nuestra batalla de mentira, Susan —explicó Jem—. Representan pegotes de sangre.

Por las noches a veces cruzaba una hilera de gansos salvajes bajo una luna baja y roja, y a Jem, cada vez que los veía, le entraban unas ganas misteriosas de volar lejos con ellos también, hacia costas desconocidas, para traer monos, leopardos, loros, cosas así, y para explorar la Costa Española.

Había frases, como «la Costa Española», que a Jem le sonaban siempre irresistiblemente cautivadoras —otra era «los secretos del mar». Verse atrapado en las mortales espirales de una pitón y trabar combate con un rinoceronte herido era el pan de cada día para Jem. Y la sola palabra «dragón» le producía una emoción tremenda. Su lámina favorita, clavada en la pared a los pies de la cama, mostraba a un caballero con armadura sobre un hermoso caballo blanco y rollizo, alzado sobre las patas traseras mientras su jinete atravesaba con la lanza a un dragón que llevaba una cola preciosa, ondulada en curvas y roscas, rematada en horquilla. Al fondo, una dama con una túnica rosa permanecía arrodillada, serena y compuesta, con las manos juntas. No cabía la menor duda de que la dama se parecía bastante a Maybelle Reese, por cuyo favor de nueve años ya se rompían lanzas en la escuela del Glen. Hasta Susan había notado el parecido y le tomaba el pelo a Jem, que se ponía rojo como la grana. Pero el dragón resultaba, la verdad, un poco decepcionante: se veía tan pequeño e insignificante bajo aquel caballo enorme. No parecía que hubiera ningún mérito especial en ensartarlo con la lanza. Los dragones de los que Jem rescataba a Maybelle en sus sueños secretos eran mucho más dragones de verdad. A ella la había rescatado *de veras* el lunes pasado del ganso de la vieja Sarah Palmer. Por ventura —ah, «por ventura» sonaba a gloria— se hubiera fijado ella en el aire señorial con que él había agarrado a la bestia silbante por el cuello de serpiente y la había lanzado por encima de la valla. Pero un ganso no era, ni de lejos, tan romántico como un dragón.

Fue un octubre de vientos: vientecillos que ronroneaban en el valle y otros grandes que azotaban las copas de los arces; vientos que aullaban a lo largo del arenal de la playa pero se agazapaban al llegar a las rocas —se agazapaban y saltaban. Las noches, con su

soñolienta luna roja de cazador, eran lo bastante frescas para hacer grata la idea de una cama caliente; los arándanos se volvían escarlata, los helechos muertos adquirirían un rico pardo rojizo, los zumaques ardían detrás del granero, había prados verdes aquí y allá, como remiendos sobre los campos agostados y ya segados del Upper Glen, y en el rincón de los abetos del jardín florecían crisantemos dorados y rojizos. Había ardillas parlotteando alegremente por todas partes y grillos que tocaban el violín para bailes de hadas en un millar de colinas. Había manzanas que recoger, zanahorias que arrancar. A veces los chicos iban a cavar en busca de «almejas» con el capitán Malachi, cuando lo permitían las misteriosas «mareas» —mareas que entraban a acariciar la tierra y luego se retiraban de nuevo a su propio mar profundo. Por todo el Glen flotaba un olor a hogueras de hojas, en el granero se apilaban las grandes calabazas amarillas, y Susan hizo las primeras tartas de arándano rojo.

Ingleside resonaba de risas de la mañana a la noche. Incluso cuando los mayores estaban en la escuela, Shirley y Rilla ya tenían edad de sobra para mantener viva la tradición de la risa. Hasta Gilbert se reía más de lo habitual aquel otoño. *Me gusta un papá que sepa reír*, reflexionó Jem. El doctor Bronson, de Mowbray Narrows, no se reía nunca; se decía que había levantado toda su clientela a fuerza de su aire de sabiduría de búho, pero papá tenía una clientela todavía mejor, y quien no fuera capaz de reírse con una de sus bromas es que estaba ya muy grave.

Ana pasaba ocupada en su jardín todos los días cálidos, embriagándose de color como de vino, allí donde el sol de la tarde caía sobre los arces carmesíes, deleitándose en la exquisita tristeza de la belleza fugaz. Una tarde de un gris dorado y brumoso, ella y Jem plantaron todos los bulbos de tulipán, que tendrían su resurrección de rosa, escarlata, púrpura y oro en junio.

—¿Verdad que da gusto prepararse para la primavera cuando una sabe que todavía tiene que aguantar el invierno, Jem?

—Y da gusto hacer bonito el jardín —dijo Jem—. Susan dice que es Dios quien hace bonitas todas las cosas, pero que nosotros podemos echarle una mano, ¿verdad, mami?

—Siempre... siempre, Jem. Él comparte ese privilegio con nosotros.

Aun así, nada es nunca del todo perfecto. En Ingleside estaban preocupados por Cock Robin. Les habían dicho que, cuando los petirrojos se marcharan, él también querría irse.

—Tenedlo encerrado hasta que se hayan ido todos los demás y llegue la nieve —aconsejó el capitán Malachi—. Entonces se le pasará más o menos y estará bien hasta la primavera.

Así que Cock Robin se convirtió en una especie de prisionero. Se puso muy inquieto. Volaba sin rumbo por la casa o se posaba en el alféizar y miraba con anhelo hacia sus congéneres, que se preparaban para seguir no se sabía qué misteriosa llamada. Perdió el apetito, y ni los gusanos ni las nueces más sabrosas de Susan lograban tentarlo. Los niños le enumeraban todos los peligros que podría encontrar: el frío, el hambre, la soledad, las tormentas, las noches negras, los gatos. Pero Cock Robin había sentido u oído la llamada, y todo su ser ansiaba responder a ella.

Susan fue la última en ceder. Estuvo muy seria varios días. Pero al final: —Dejadlo ir —dijo—. Va contra natura retenerlo.

Lo soltaron el último día de octubre, después de tenerlo enjaulado un mes. Los niños le dieron un beso de despedida entre lágrimas. Él se alejó volando, feliz, y regresó a la mañana siguiente al alféizar de Susan en busca de migas, para después desplegar las alas y emprender el largo vuelo. —Puede que vuelva con nosotros en primavera, cariño —dijo Ana a Rilla, que sollozaba. Pero Rilla no había manera de consolarla.

—Eto ettá muy lejot —sollozó.

Ana sonrió y suspiró. Las estaciones que a la pequeña Rilla le parecían tan largas empezaban a pasar demasiado deprisa para ella.

Otro verano había terminado, apagado de la vida por el oro sin edad de las antorchas de los álamos lombardos. Pronto —demasiado pronto— los niños de Ingleside dejarían de ser niños. Pero seguían siendo suyos: suyos para recibirlos cuando volvían a casa por la noche, suyos para llenarle la vida de asombro y de deleite, suyos para quererlos, animarlos y —un poco— reñirlos. Porque a veces se portaban muy mal, aunque apenas merecían que la señora Alec Davies los llamara «esa pandilla de demonios de Ingleside» cuando se enteró de que Bertie Shakespeare Drew había salido algo chamuscado interpretando a un piel roja quemado en la hoguera en el Valle del Arco Iris. A Jem y a Walter les había costado más de lo previsto desatarlo. También ellos se chamuscaron un poco, pero a *ellos* nadie los compadeció.

Noviembre fue un mes triste aquel año: un mes de viento del este y niebla. Había días en que no había más que una fría bruma que pasaba arrastrada o flotaba sobre el mar gris más allá de la barra. Los álamos temblones, tiritando, dejaban caer sus últimas hojas. El jardín estaba muerto, y todo su color y su personalidad se habían esfumado —salvo el bancal de espárragos, que seguía siendo una fascinante selva dorada. Walter tuvo que abandonar su rincón de estudio en el arce y aprenderse las lecciones dentro de casa. Llovió, y llovió, y llovió. —¿Es que el mundo no va a secarse *nunca*? —se lamentaba Di, desesperada. Luego hubo una semana empapada de la magia del sol del veranillo de San Martín, y en los atardeceres fríos y cortantes mamá acercaba una cerilla a la leña menuda de la chimenea, y Susan servía patatas asadas con la cena.

La gran chimenea era el centro del hogar aquellas noches. Era el momento culminante del día, cuando se reunían en torno a ella después de cenar. Ana cosía y hacía planes para la ropa de invierno de los pequeños —*Nan tiene que tener un vestido rojo, que se le ha metido entre ceja y ceja*— y a veces pensaba en aquella otra Ana de la Biblia, que tejía cada año la túnica del pequeño Samuel. Las madres habían sido siempre iguales a lo largo de los siglos: una gran hermandad de amor y de servicio, tanto las recordadas como las olvidadas.

Susan les tomaba la lección de ortografía a los niños, y después se entretenían cada uno a su manera. Walter, que vivía en su mundo de imaginación y hermosos sueños, andaba absorto escribiendo una serie de cartas de la ardilla listada que vivía en el Valle del Arco Iris a la ardilla listada que vivía detrás del granero. Susan fingía burlarse de ellas cuando él se las leía, pero en secreto hacía copias y se las mandaba a Rebecca Dew.

A mí me han parecido amenas, mi querida señorita Dew, aunque puede que a usted le resulten demasiado triviales para leerlas. En ese caso, sé que sabrá perdonar a una *vieja chocha* por importunarla con ellas. En la escuela lo tienen por muy listo, y al menos estas composiciones no son poesía. También le diré que el pequeño Jem sacó un *noventa y nueve* en el examen de aritmética la semana pasada, y nadie entiende por qué le rebajaron el otro punto. Quizá no debería decirlo, mi querida señorita Dew, pero tengo la convicción de que ese niño *ha nacido para la grandeza*. Puede que nosotras no lleguemos a verlo, pero igual acaba siendo primer ministro de Canadá.

El Camarón se tostaba al calor del fuego, y la gatita de Nan, Pussywillow, que siempre hacía pensar en una damita exquisita y delicada vestida de negro y plata, trepaba por las piernas de todos sin hacer distinciones. «Dos gatos, y huellas de ratón por toda la despensa», era el paréntesis de desaprobación de Susan. Los niños se contaban entre ellos sus pequeñas aventuras, mientras el lamento del mar lejano se colaba en la fría noche de otoño.

A veces la señorita Cornelia se dejaba caer de visita un rato mientras su marido cambiaba impresiones en la tienda de Carter Flagg. Los niños aguzaban entonces el oído —que para estas cosas lo tienen muy fino—, porque la señorita Cornelia siempre traía los últimos chismes, y siempre se enteraban de las cosas más interesantes sobre la gente. Qué divertido sería el domingo siguiente sentarse en la iglesia y mirar a esas mismas personas, paladeando por dentro lo que se sabía de ellas, con la compostura y el remilgo que gastaban.

—Vaya, qué acogedor está esto, Ana, querida. Esta noche hace un frío que pela, y está empezando a nevar. ¿Ha salido el doctor?

—Sí. Me daba pena verlo salir, pero llamaron desde Harbour Head porque la señora Brooker Shaw insistía en que la viera —dijo Ana, mientras Susan retiraba rápida y sigilosamente de la alfombra del hogar una enorme espina de pescado que había traído el Camarón, rezando para que la señorita Cornelia no se hubiera fijado.

—Está tan enferma como yo —dijo Susan con acritud—. Pero he oído que se ha comprado un *camisón de encaje* nuevo, y no me cabe duda de que quiere que su médico se lo vea puesto. ¡Camisones de encaje!

—Se lo trajo su hija Leona de Boston. Llegó el viernes por la noche, con *cuatro baúles* —dijo la señorita Cornelia—. Todavía me acuerdo de cuando se marchó a los Estados hace nueve años, arrastrando una vieja maleta Gladstone rota de la que se salían las cosas por todas partes. Fue por entonces cuando andaba hecha polvo porque Phil Turner la había dejado plantada. Ella trataba de disimularlo, pero todo el mundo lo *sabía*. Ahora ha vuelto a «cuidar de su madre», según dice ella. Va a intentar coquetear con el doctor, te lo advierto, Ana, querida. Aunque supongo que a él le va a dar igual, aunque sea hombre. Tú no eres como la señora del doctor Bronson, de Mowbray Narrows. Dicen que es tremendamente celosa de las pacientes de su marido.

—Y de las enfermeras tituladas —dijo Susan.

—Bueno, la verdad es que algunas de esas enfermeras tituladas *son* demasiado guapas para su oficio —dijo la señorita Cornelia—. Ahí está Janie Arthur, por ejemplo: se está tomando un descanso entre un caso y otro, y anda intentando que sus dos pretendientes no se enteren el uno del otro.

—Por muy guapa que sea, ya no es ninguna niña —dijo Susan con firmeza—, y le convendría mucho más elegir a uno y sentar la cabeza. Mire usted a su tía Eudora: *ella* decía que no pensaba casarse hasta que se cansara de flirtear, y ya ve el resultado.

Todavía hoy trata de coquetear con todos los hombres que se le cruzan, y eso que tiene cuarenta y cinco años lo mires por donde lo mires. Eso es lo que pasa cuando se coge una costumbre. ¿Ha oído usted alguna vez, mi querida señora doctora, lo que le dijo a su prima Fanny cuando *ella* se casó? «Te quedas con mis sobras», le dijo. Tengo entendido que saltaron chispas y que no se han vuelto a hablar desde entonces.

—La muerte y la vida están en poder de la lengua —murmuró Ana, distraída.

—Cuánta razón tienes, querida. Hablando de eso, ojalá el señor Stanley fuera un poco más juicioso con sus sermones. Ha ofendido a Wallace Young, y Wallace va a dejar la iglesia. Todo el mundo dice que el sermón del domingo pasado iba dirigido a él.

—Si un pastor predica un sermón que le llega a alguien en particular, la gente siempre da por hecho que iba dirigido justo a esa persona —dijo Ana—. Una gorra de segunda mano siempre le vendrá bien a alguien, pero eso no quiere decir que se hiciera para él.

—Con mucho sentido —aprobó Susan—. Y a mí Wallace Young no me cae nada bien. Hace tres años dejó que una empresa le pintara anuncios en las vacas. Eso, en mi opinión, ya es pasarse de ahorrador.

—Su hermano David por fin se va a casar —dijo la señorita Cornelia—. Ha tardado mucho en decidir qué le salía más barato, si casarse o contratar a alguien. «Sí que *se puede* llevar una casa sin mujer, Cornelia, pero cuesta lo suyo», me dijo una vez, después de morir su madre. Yo tuve la impresión de que estaba tanteando el terreno, pero conmigo no encontró ningún estímulo. Total, que al final se casa con Jessie King.

—¡Jessie King! Pero yo creía que andaba cortejando a Mary North.

—*Él* decía que no pensaba casarse con ninguna mujer que comiera col. Pero corre por ahí la historia de que le propuso matrimonio a ella y que ella le cruzó la cara de una bofetada. Y

dicen que Jessie King comentó que le hubiera gustado un hombre más guapo, pero que este ya le valía. En fin, para algunos cualquier puerto vale con tal de guarecerse de la tormenta.

—No creo yo, señora Marshall Elliott, que por aquí la gente diga ni la mitad de las cosas que se cuenta que dice —la reprendió Susan—. Tengo para mí que Jessie King va a ser para David Young una esposa mucho mejor de lo que se merece —aunque, en cuanto a las apariencias, he de admitir que él tiene toda la pinta de algo que ha traído la marea.

—¿Sabía usted que Alden y Stella tienen ya una niña? —preguntó Ana.

—Eso tengo entendido. Espero que Stella sea un poco más sensata con eso de lo que fue Lisette con *la suya*. ¿Te lo puedes creer, Ana, querida? Lisette lloró de verdad porque el bebé de su prima Dora aprendió a andar antes que Stella.

—Las madres somos una raza tonta —sonrió Ana—. Recuerdo que sentí unas ganas asesinas cuando el pequeño Bob Taylor, que tenía la misma edad que Jem día por día, le echó tres dientes antes de que a Jem le saliera uno solo.

—A Bob Taylor le tienen que operar de las anginas —dijo la señorita Cornelia.

—¿Por qué *nosotros* no nos operamos nunca de nada, mamá? —protestaron Walter y Di a la vez, con tono ofendido. Les pasaba muy a menudo eso de decir lo mismo al mismo tiempo. Entonces entrelazaban los dedos meñiques y pedían un deseo. —Nosotros pensamos y sentimos igual sobre *todo* —solía explicar Di muy seria.

—¿Cómo voy a olvidarme de la boda de Elsie Taylor? —dijo la señorita Cornelia, con aire de recuerdo—. Su mejor amiga, Maisie Millison, tenía que tocar la marcha nupcial. Y en su lugar tocó la Marcha Fúnebre de *Saúl*. Claro que ella siempre dijo que se equivocó de los nervios que tenía, pero la gente pensaba lo suyo. *Ella* quería a Mac Moorside para sí misma. Un granuja bien plantado y de lengua de plata, que siempre les decía a las mujeres justo lo que se

figuraba que les gustaba oír. Le amargó la vida a Elsie. En fin, Ana, querida, los dos hace tiempo que pasaron a la Tierra del Silencio, y Maisie lleva años casada con Harley Russell, y todo el mundo se ha olvidado ya de que él le propuso matrimonio esperando que ella dijera que no, y en cambio ella dijo que sí. Hasta el propio Harley se ha olvidado —muy de hombre—. Se cree que tiene a la mejor esposa del mundo, y se felicita a sí mismo por lo listo que fue al conseguirla.

—¿Por qué le propuso matrimonio si quería que dijese que no? A mí me parece un proceder rarísimo —dijo Susan, añadiendo de inmediato con aplastante humildad—: Pero claro, no se puede esperar que *yo* sepa nada de *eso*.

—Se lo ordenó su padre. Él no quería, pero pensó que no corría peligro... Ahí está el doctor.

Cuando entró Gilbert, una leve ráfaga de nieve entró con él. Se quitó el abrigo de golpe y se sentó encantado junto a su propio fuego.

—Llego más tarde de lo que pensaba...

—Sin duda el camisón de encaje nuevo era muy favorecedor —dijo Ana, con una sonrisa traviesa a la señorita Cornelia.

—¿De qué estáis hablando? Alguna broma femenina que se escapa a mi tosca percepción masculina, supongo. He estado en el Upper Glen, visitando a Walter Cooper.

—Es un misterio cómo se las apaña ese hombre para seguir vivo —dijo la señorita Cornelia.

—Le tengo poca paciencia —sonrió Gilbert—. Debería llevar muerto mucho tiempo. Hace un año le di dos meses de vida, y aquí sigue, empeñado en arruinarme la reputación a base de seguir vivo.

—Si conocieras a los Cooper tan bien como yo, no te arriesgarías a hacer pronósticos sobre ellos. ¿Es que no sabes que su abuelo resucitó después de que ya le hubieran cavado la tumba y comprado el ataúd? Y el de las pompas fúnebres tampoco se lo quiso quedar

de vuelta. En fin, tengo entendido que Walter Cooper se lo está pasando en grande ensayando su propio funeral —muy de hombre—. Bueno, ahí están los cascabeles de Marshall... y este tarro de peras en conserva es para ti, Ana, querida.

Todos fueron a la puerta a despedir a la señorita Cornelia. Los ojos gris oscuro de Walter escudriñaron la noche tormentosa.

—Me pregunto dónde estará esta noche Cock Robin, y si nos echa de menos —dijo él con nostalgia. Puede que Cock Robin hubiera ido a ese lugar misterioso al que la señora Elliott siempre se refería como la Tierra del Silencio.

—Cock Robin está en una tierra de sol, en el sur —dijo Ana—. Volverá en primavera, estoy segurísima, y eso está solo a cinco meses. Pollitos míos, hace rato que deberíais estar todos en la cama.

—Susan —decía Di en la despensa—, ¿te gustaría tener un bebé? Sé dónde podrías conseguir uno... nuevecito.

—Ah, ¿dónde?

—En casa de Amy tienen uno nuevo. Amy dice que se lo trajeron los ángeles, y que ella cree que podrían haber tenido más sentido común. Ya tienen ocho hijos, sin contar este. Ayer te oí decir que te daba pena ver que Rilla se está haciendo tan mayor... que ya no tienes ningún bebé. Seguro que la señora Taylor te da el suyo.

—¡Las cosas que se le ocurren a los niños! A los Taylor les viene de familia eso de tener muchos hijos. El padre de Andrew Taylor nunca sabía decir así, de repente, cuántos hijos tenía... siempre tenía que pararse a contarlos. Pero no creo que, de momento, vaya a acoger a ningún bebé de fuera.

—Susan, Amy Taylor dice que eres una solterona. ¿Lo eres, Susan?

—Esa es la suerte que la Providencia, en su infinita sabiduría, ha dispuesto para mí —dijo Susan sin inmutarse.

—¿Te *gusta* ser una solterona, Susan?

—No puedo decir con sinceridad que me guste, corderita. Pero —añadió Susan, recordando la suerte que habían corrido algunas esposas que conocía— he aprendido que hay compensaciones. Anda, llévale a tu padre su pastel de manzana, que yo le llevo el té. El pobre hombre debe de estar que se muere de hambre.

—Mamá, tenemos la casa más bonita del mundo, ¿verdad? —dijo Walter, subiendo las escaleras medio dormido—. Aunque... ¿no crees que mejoraría si tuviéramos unos cuantos fantasmas?

—¿Fantasmas?

—Sí. La casa de Jerry Palmer está llena de fantasmas. Él vio uno: una señora alta vestida de blanco con una mano de esqueleto. Se lo conté a Susan, y ella dijo que o estaba mintiendo o le pasaba algo malo en el estómago.

—Susan tenía razón. En cuanto a Ingleside, aquí solo han vivido personas felices, así que ya ves que no somos aptos para fantasmas. Ahora reza tus oraciones y a dormir.

—Mamá, creo que anoche fui travieso. Dije: «El pan nuestro de cada día, dánoslo *mañana*», en lugar de *hoy*. Me pareció más *lógico*. ¿Tú crees que a Dios le importó, mamá?

CAPÍTULO 28

Cock Robin sí que volvió, cuando Ingleside y el Valle del Arco Iris ardían de nuevo con las verdes llamas fugaces de la primavera, y trajo consigo una novia. Los dos construyeron un nido en el manzano de Walter, y Cock Robin retomó todas sus viejas costumbres, aunque su novia era más tímida, o menos atrevida, y nunca dejaba que nadie se le acercara demasiado. Susan consideró el regreso de Cock Robin un auténtico milagro, y esa misma noche le escribió a Rebecca Dew para contárselo.

El foco, en el pequeño drama de la vida de Ingleside, iba cambiando de cuando en cuando, y ora caía sobre uno, ora sobre otro. Habían pasado el invierno sin que a nadie le ocurriera nada fuera de lo corriente, y en junio le tocó a Di vivir su aventura.

Había empezado a ir a la escuela una niña nueva: una niña que, cuando la maestra le preguntó su nombre, dijo «Soy Jenny Penny», igual que otra habría dicho «Soy la reina Isabel» o «Soy Elena de Troya». En cuanto lo decía, una sentía que no conocer a Jenny Penny era confesarse una perfecta desconocida, y que no merecer siquiera su condescendencia era como no existir. Al menos, así era como lo sentía Diana Blythe, aunque ella no lo habría sabido expresar con esas mismas palabras.

Jenny Penny tenía nueve años, uno más que Di, pero desde el principio se codeó con las «niñas mayores» de diez y once. Las demás descubrieron que no podían ni despreciarla ni ignorarla. No era guapa, pero su aspecto llamaba la atención: todo el mundo se

giraba a mirarla dos veces. Tenía una cara redonda y cremosa, rodeada de una nube suave de pelo negro azabache sin brillo, y unos ojos enormes de un azul sombrío, con largas pestañas negras y enmarañadas. Cuando alzaba despacio aquellas pestañas y te miraba con aquellos ojos desdeñosos, una sentía que era como un gusano al que se honraba con no pisarlo. Se prefería que le hiciera un desaire ella antes que ser cortejada por cualquier otra, y que la eligiera como confidente temporal era un honor casi demasiado grande de sobrellevar. Porque las confidencias de Jenny Penny eran apasionantes. Por lo visto, los Penny no eran gente corriente. Su tía Lina, según parecía, tenía un collar maravilloso de oro y granates que le había regalado un tío millonario. Una prima suya tenía un anillo de diamantes que había costado mil dólares, y otra prima había ganado un premio de declamación entre más de mil setecientas concursantes. Tenía una tía que era misionera y trabajaba entre los leopardos de la India. En resumen: las niñas de la escuela del Glen, al menos durante un tiempo, aceptaron a Jenny Penny por lo que ella decía valer, la miraron con una mezcla de admiración y envidia, y hablaron tanto de ella en la mesa de la cena que al final sus mayores se vieron obligados a fijarse.

—¿*Quién* es esa niña con la que Di parece tan encaprichada, Susan? —preguntó Ana una noche, después de que Di les hubiera hablado de la «mansión» en la que vivía Jenny, con encaje de madera blanco alrededor del tejado, cinco miradores, un maravilloso bosquecillo de abedules detrás, y una repisa de chimenea de mármol rojo en el salón—. Penny es un apellido que no he oído nunca en Four Winds. ¿Sabes algo de ellos?

—Es una familia nueva que se ha mudado a la vieja granja de los Conway, en Base Line, mi querida señora doctora. Dicen que el señor Penny es carpintero, pero que no se ganaba la vida con el oficio, porque andaba demasiado ocupado, según tengo entendido, tratando de demostrar que Dios no existe, y ha decidido probar suerte con la labranza. Por lo que puedo colegir, son gente rara. Los pequeños hacen lo que les da la gana. Él dice que a él lo mandonearon hasta la saciedad de niño, y que a sus hijos no se lo

van a hacer. Por eso esta tal Jenny viene a la escuela del Glen. Les queda más cerca la de Mowbray Narrows, y allí van los demás niños, pero Jenny se empeñó en venir al Glen. La mitad de la granja de los Conway está en este distrito, así que el señor Penny paga los arbitrios de las dos escuelas y, claro está, puede mandar a sus hijos a las dos si le da la gana. Aunque parece que esta Jenny es sobrina suya, no hija. El padre y la madre han muerto. Dicen que fue George Andrew Penny quien metió las ovejas en el sótano de la iglesia baptista de Mowbray Narrows. No digo yo que no sean gente decente, pero todos van tan *desastrados*, mi querida señora doctora... y la casa está patas arriba... y, si se me permite aconsejarle, no le conviene a Diana andar mezclada con una tribu de monos como esa.

—No puedo impedirle exactamente que se junte con Jenny en la escuela, Susan. La verdad es que no sé nada malo de la niña, aunque estoy segura de que exagera muchísimo cuando habla de sus parientes y sus aventuras. De todos modos, seguramente a Di se le pasará pronto este «capricho», y no volveremos a oír hablar de Jenny Penny.

Sin embargo, siguieron oyendo hablar de ella. Jenny le dijo a Di que la quería más que a ninguna otra niña de la escuela del Glen, y Di, sintiendo que una reina se había dignado fijarse en ella, correspondió con adoración. Se volvieron inseparables en los recreos; se escribían notas los fines de semana; se daban y se pasaban «mascadas» de chicle; intercambiaban botones y colaboraban en montoncitos de tierra; y por fin Jenny le pidió a Di que se fuera a su casa desde la escuela y se quedara a pasar la noche con ella.

Mamá dijo que no, muy decidida, y Di lloró a mares.

—Me dejaste quedarme a dormir en casa de Persis Ford —sollozó ella.

—Eso era... distinto —dijo Ana, algo vaga. No quería convertir a Di en una esnob, pero todo lo que había oído sobre la familia Penny le

había hecho ver que, como amigos de los niños de Ingleside, quedaban completamente descartados, y últimamente le tenía bastante preocupada la fascinación que Jenny ejercía tan a las claras sobre Diana.

—Pues yo no le veo la diferencia —gimoteó Di—. Jenny es tan señorita como Persis, ¡para que lo sepas! Ella *nunca* mastica chicle comprado. Tiene una prima que se sabe todas las reglas de la etiqueta, y Jenny se las ha aprendido todas de ella. Jenny dice que *nosotras* no tenemos ni idea de lo que es la etiqueta. Y ha vivido las aventuras más emocionantes.

—¿Y quién dice que las haya vivido? —preguntó Susan.

—Me lo dijo ella misma. Su familia no es rica, pero tienen parientes muy ricos y muy respetables. Jenny tiene un tío que es juez, y un primo de su madre es capitán del barco más grande del mundo. Jenny le bautizó el barco cuando lo botaron. *Nosotras* tampoco tenemos ningún tío juez, ni ninguna tía misionera de los leopardos.

—Leprosos, cariño, no leopardos.

—Jenny *dijo* leopardos. Supongo que ella lo sabrá mejor, ya que es su tía. Y hay tantísimas cosas en su casa que me muero por ver: su cuarto está empapelado con *loros*, y su salón está *lleno* de búhos disecados, y tienen una alfombra de trapo con una casa dibujada en el recibidor, y persianas cubiertas de rosas por todas partes, y una *casa de verdad* para jugar, que se la construyó su tío, y su Yaya vive con ellos y es la persona más vieja del mundo. Jenny dice que vivió antes del diluvio. Puede que nunca vuelva a tener ocasión de ver a alguien que vivió antes del diluvio.

—Tengo entendido que la abuela anda cerca de los cien años —dijo Susan—, pero si tu Jenny dijo que vivió antes del diluvio, está mintiendo. Vaya usted a saber qué cogerías si fueras a un sitio así.

—Ya han pasado hace tiempo todo lo que se puede pasar —protestó Di—. Jenny dice que tuvieron paperas, sarampión, tos ferina y escarlatina, todo en el mismo año.

—No me extrañaría que también hubieran tenido la viruela —masculó Susan—. ¡Vaya manera de tener embrujada a la gente!

—A Jenny le tienen que operar de las anginas —sollozó Di—. Pero eso no se pega, ¿verdad? Jenny tuvo una prima que se murió al operarse de las anginas: se desangró sin recobrar el conocimiento. Así que es probable que a Jenny le pase lo mismo, si es cosa de familia. Es delicada... se desmayó tres veces la semana pasada. Pero está *completamente preparada*. Y por eso es en parte por lo que tiene tantas ganas de que pase la noche con ella... para que me acuerde de ella cuando ya no esté. *Por favor*, mamá. Renuncio al sombrero nuevo de las cintas que me prometiste, si me dejas ir.

Pero mamá se mantuvo inflexible, y Di se retiró a llorar sobre la almohada. Nan no le tuvo ninguna compasión: Nan «no podía ver» a Jenny Penny.

—No sé qué le ha dado a esta niña —dijo Ana, preocupada—. Nunca se había portado así. Como dices tú, esa chica Penny parece haberla embrujado.

—Hizo usted muy bien en no dejarla ir a un sitio tan por debajo de ella, mi querida señora doctora.

—Ay, Susan, no quiero que sienta que hay nadie «por debajo» de ella. Pero hay que poner el límite en algún sitio. No es tanto por Jenny... creo que es bastante inofensiva, aparte de su manía de exagerar... pero me han dicho que los chicos son verdaderamente terribles. La maestra de Mowbray Narrows no sabe ya qué hacer con ellos.

—¿Te TIROnean así? —preguntó Jenny con desdén, cuando Di le contó que no la dejaban ir—. Yo no dejaría que nadie me tratara a *mí* así. Tengo demasiado carácter. Anda que yo, si me da la gana, duermo al raso toda la noche. Me figuro que a ti eso ni se te ocurriría hacerlo, ¿verdad?

Di miró con anhelo a aquella misteriosa niña que había «dormido al raso muchas veces». ¡Qué maravilla!

—¿No me culpas por no ir, Jenny? Sabes que yo quiero ir, ¿verdad?

—Claro que no te culpo. *Algunas* niñas no lo aguantarían, desde luego, pero me figuro que tú no puedes evitarlo. Nos lo habríamos pasado en grande. Tenía pensado que fuéramos a pescar a la luz de la luna en nuestro arroyo de atrás. Lo hacemos a menudo. He pescado truchas así de *largas*. Y tenemos unos cerditos preciosos, y un potrillo nuevo que es un encanto, y una camada de cachorros. Bueno, supongo que tendré que pedírselo a Sadie Taylor. A *ella* su padre y su madre la dejan ser dueña de su propia alma.

—Mi padre y mi madre son muy buenos conmigo —protestó Di, leal—. Y mi padre es el mejor médico de la Isla del Príncipe Eduardo. Todo el mundo lo dice.

—Presumiendo porque tienes padre y madre, cuando yo no tengo —dijo Jenny con desdén—. Pues fíjate que *mi* padre tiene alas y lleva siempre puesta una corona de oro. Y *yo* no ando por ahí con la cabeza bien alta por eso, ¿a que no? Mira, Di, no quiero pelearme contigo, pero no soporto oír a nadie presumir de su familia. No es de buena educación. Y yo he decidido ser toda una señorita. Cuando esa Persis Ford de la que siempre hablas venga a Four Winds este verano, *yo* no pienso tratarme con ella. Su madre tiene algo raro, dice mi tía Lina. Estuvo casada con un hombre muerto, y el hombre resucitó.

—Ay, no fue así en absoluto, Jenny. Yo lo sé... me lo contó mamá... la tía Leslie...

—*Yo* no quiero oír hablar de ella. Sea lo que sea, es mejor no hablar de ello, Di. Ahí está la campana.

—¿De verdad le vas a pedir a Sadie? —dijo Di, ahogándose, con los ojos muy abiertos de dolor.

—Bueno, no ahora mismo. Voy a esperar a ver. Igual te doy una oportunidad más. Pero si te la doy, será la última.

Unos días después, Jenny Penny se acercó a Di en el recreo.

—He oído decir a Jem que tu padre y tu madre se fueron ayer y que no vuelven hasta mañana por la noche, ¿verdad?

—Sí, se fueron a Avonlea a ver a la tía Marilla.

—Entonces es *tu oportunidad*.

—¿Mi oportunidad?

—De quedarte a dormir conmigo.

—Ay, Jenny... pero no podría.

—Claro que puedes. No seas boba. Nunca se van a enterar.

—Pero Susan no me dejaría...

—No hace falta que se lo pidas. Solo tienes que venirte conmigo a casa desde la escuela. Nan puede decirle adónde te has ido, para que no se preocupe. Y no te va a delatar cuando vuelvan tu padre y tu madre. Tendrá demasiado miedo de que la culpen a ella.

Di se quedó paralizada, presa de una angustiosa indecisión. Sabía perfectamente que no debía irse con Jenny, pero la tentación era irresistible. Jenny volcó sobre Di toda la artillería de sus extraordinarios ojos.

—Esta es tu *última oportunidad* —dijo, dramática—. No puedo seguir tratándome con nadie que se crea demasiado buena para venir a visitarme. Si no vienes, *nos separamos para siempre*.

Aquello lo decidió todo. Di, todavía bajo el hechizo de la fascinación de Jenny Penny, no podía soportar la idea de separarse para siempre. Aquella tarde, Nan volvió sola a casa a decirle a Susan que Di se había ido a pasar la noche con esa tal Jenny Penny.

Si Susan hubiera estado en su estado normal de actividad, habría ido derecha a casa de los Penny a traerse a Di de vuelta. Pero aquella mañana se había torcido el tobillo, y aunque se las arreglaba para cojear de un lado a otro y preparar la comida de los niños, sabía que jamás podría caminar un kilómetro y medio por el camino de Base Line. Los Penny no tenían teléfono, y Jem y Walter se negaron en redondo a ir. Los habían invitado a un asado de

mejillones en el faro, y a Di nadie se la iba a comer en casa de los Penny. Susan tuvo que resignarse a lo inevitable.

Di y Jenny volvieron a casa campo a través, lo que apenas suponía cuatrocientos metros. Di, a pesar de que la conciencia no dejaba de agujonearla, iba feliz. Pasaron por tanta belleza: pequeñas ensenadas de helechos, encantadas de duendecillos, entre bahías de bosque verde oscuro, una hondonada ventosa y susurrante donde se vadeaba hasta la rodilla entre ranúnculos, un camino serpenteante bajo arces jóvenes, un arroyo que era una bufanda de flores de todos los colores, un prado soleado lleno de fresas silvestres. Di, que apenas empezaba a percibir la belleza del mundo, estaba extasiada, y casi deseó que Jenny no hablara tanto. Aquello estaba bien en la escuela, pero aquí Di no sabía si le apetecía oír otra vez lo de la vez que Jenny se había envenenado —«aksidentalmente», claro— al tomarse la medicina equivocada. Jenny pintaba con todo detalle su agonía, pero se mostraba bastante vaga sobre la razón de que, después de todo, no hubiera muerto. Había «perdido el conocimiento», pero el médico había logrado traerla de vuelta desde el mismo borde de la tumba.

—Aunque nunca he vuelto a ser la misma desde entonces. Di Blythe, ¿se puede saber qué miras tan fijamente? No creo que me hayas estado escuchando ni una palabra.

—Ay, sí que te escuchaba —dijo Di, con sentimiento de culpa—. De verdad que creo que has tenido la vida más maravillosa, Jenny. Pero mira qué paisaje.

—¿El paisaje? ¿Qué es un paisaje?

—Pues... pues... algo que se está mirando. *Eso* —dijo, señalando con la mano el panorama de prados, bosques y colinas rozadas de nubes que tenían delante, con aquella hendidura de mar color zafiro entre las colinas.

Jenny resopló con desdén.

—Solo un montón de árboles viejos y vacas. Lo he visto cien veces. A veces eres rarísima, Di Blythe. No quiero herir tus

sentimientos, pero a ratos pienso que te falta un tornillo. De verdad que sí. Pero me figuro que no lo puedes evitar. Dicen que tu madre siempre anda desvariando así. Bueno, ahí está nuestra casa.

Di se quedó mirando la casa de los Penny, y vivió su primer choque de desencanto. ¿Era *aquello* la «mansión» de la que Jenny había hablado? Grande sí que era, desde luego, y tenía los cinco miradores; pero le hacía muchísima falta una mano de pintura, y buena parte del «encaje de madera» había desaparecido. El porche se había combado de mala manera, y el precioso montante en abanico que antes había sobre la puerta principal estaba roto. Las persianas estaban torcidas, había varios cristales sustituidos por papel de estraza, y el «maravilloso bosquecillo de abedules» detrás de la casa se reducía a unos pocos árboles viejos, flacos y fibrosos. Los graneros estaban en un estado ruinoso, el patio estaba lleno de maquinaria vieja y oxidada, y el jardín era una auténtica selva de malas hierbas. Di no había visto en su vida un sitio con esa pinta, y por primera vez se le ocurrió preguntarse si *todas* las historias de Jenny serían ciertas. ¿*Podía* nadie haber tenido tantos escapes por un pelo, ni siquiera en nueve años, como ella decía haber tenido?

Por dentro no era mucho mejor. El salón al que la hizo pasar Jenny olía a cerrado y estaba lleno de polvo. El techo estaba descolorido y cubierto de grietas. La famosa repisa de mármol no era más que pintura —hasta Di se dio cuenta de eso— y estaba cubierta con un espantoso tapete japonés, sujeto por una hilera de tazas «de bigote». Las deshilachadas cortinas de encaje tenían un color feo y estaban llenas de agujeros. Las persianas eran de papel azul, muy resquebrajado y roto, con un enorme cesto de rosas pintado encima. Y en cuanto a lo de que el salón estaba lleno de búhos disecados, había una vitrina pequeña en un rincón con tres pájaros bastante desgüeñados, a uno de los cuales le faltaban del todo los ojos. Para Di, acostumbrada a la belleza y la dignidad de Ingleside, la habitación parecía sacada de una pesadilla. Lo raro, sin embargo, era que Jenny no parecía darse cuenta en absoluto de la diferencia entre sus descripciones y la realidad. Di se preguntó si no habría soñado que Jenny le había contado tal o cual cosa.

Fuera la cosa no estaba tan mal. La casita de juegos que el señor Penny había construido en el rincón de los abetos, con aspecto de casa de verdad en miniatura, *sí* que era un sitio interesante, y los cerditos y el potrillo nuevo eran «un encanto». Y en cuanto a la camada de cachorros mestizos, eran tan lanudos y encantadores como si hubieran pertenecido al linaje canino de los Vere de Vere. Uno era especialmente adorable, con las orejas largas y marrones, una mancha blanca en la frente, una lengüecita rosa y las patas blancas. Di se llevó una amarga decepción al saber que ya estaban todos prometidos.

—Aunque no sé si te podríamos dar uno ni aunque no estuvieran prometidos —dijo Jenny—. El tío es rarísimo para elegir adónde van sus perros. Hemos oído que en Ingleside no hay manera de que un perro se quede *de ninguna forma*. Algo raro tenéis que tener. El tío dice que los perros *saben* cosas que la gente no sabe.

—¡Seguro que no pueden saber nada malo de *nosotros*! —exclamó Di.

—Bueno, *espero* que no. ¿Tu padre es cruel con tu madre?

—¡No, claro que no!

—Bueno, yo oí que le pegaba... que le pegaba hasta que ella *gritaba*. Pero claro, eso no me lo creí *ni por asomo*. ¿A que dan rabia las mentiras que dice la gente? Bueno, a mí siempre me has caído bien, Di, y siempre voy a salir en tu defensa.

Di sintió que debería estarle muy agradecida por aquello, pero de algún modo no lo estaba. Empezaba a sentirse muy fuera de lugar, y el hechizo con que había revestido a Jenny ante sus propios ojos se había esfumado, de repente y para siempre. Ya no sintió el viejo estremecimiento cuando Jenny le contó lo de la vez que había estado a punto de ahogarse al caerse en la balsa de un molino. *No se lo creyó*: Jenny simplemente *se imaginaba* esas cosas. Y probablemente el tío millonario, el anillo de diamantes de mil dólares y la tía misionera de los leopardos también se los había imaginado. Di se sintió tan desinflada como un globo pinchado.

Pero todavía quedaba la Yaya. Seguro que la Yaya sí que era de verdad. Cuando Di y Jenny volvieron a la casa, la tía Lina, una señora de pecho generoso y mejillas coloradas, con un vestido de percal que no estaba precisamente reciente, les dijo que la Yaya quería ver a la visita.

—La Yaya está postrada en la cama —explicó Jenny—. Siempre llevamos a todo el que viene a que la vea. Se enfada si no lo hacemos.

—No se te olvide preguntarle qué tal sigue de la espalda —advirtió la tía Lina—. No le gusta que la gente no se acuerde de su espalda.

—Y lo del tío John —dijo Jenny—. No se te olvide preguntarle qué tal está el tío John.

—¿Quién es el tío John? —preguntó Di.

—Un hijo suyo que murió hace cincuenta años —explicó la tía Lina—. Estuvo enfermo muchos años antes de morir, y la Yaya se acostumbró a que la gente le preguntara qué tal seguía. Ahora lo echa de menos.

En la puerta del cuarto de la Yaya, Di se quedó de pronto rezagada. De repente le dio un miedo terrible aquella mujer tan increíblemente vieja.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jenny—. ¡No te va a morder nadie!

—¿Es que... de verdad vivió antes del diluvio, Jenny?

—Pues claro que no. ¿Quién ha dicho eso? Eso sí, va a cumplir cien años, si llega a su próximo cumpleaños. ¡Vamos!

Di entró, con mucho cuidado. En un dormitorio pequeño y atestado de trastos, la Yaya yacía en una cama enorme. Su cara, arrugada y encogida hasta lo increíble, parecía la de un mono viejo. Escudriñó a Di con sus ojos hundidos y de bordes enrojecidos, y dijo con acritud:

—Deja ya de mirarme así. ¿Quién eres tú?

—Esta es Diana Blythe, Yaya —dijo Jenny, bastante achantada.

—¡Ejem! ¡Vaya nombre más rimbombante! Me han dicho que tienes una hermana muy orgullosa.

—Nan no es orgullosa —exclamó Di, con un arranque de genio. ¿Es que Jenny había estado hablando mal de Nan?

—Un poco respondona, ¿no? A *mí* no me criaron para hablarle así a mis mayores. Sí que *es* orgullosa. Cualquiera que ande con la cabeza tan alta, como me cuenta la pequeña Jenny que hace ella, *es* orgullosa. ¡Una de esas repelentes! No me lleves *la contraria*.

La Yaya se puso tan furiosa que Di se apresuró a preguntarle qué tal seguía de la espalda.

—¿Quién dice que yo tengo espalda? ¡Vaya atrevimiento! Mi espalda es asunto mío. Ven aquí... ¡ven cerca de mi cama!

Di se acercó, deseando estar a mil leguas de allí. ¿Qué le iba a hacer aquella espantosa mujer?

La Yaya se acercó con viveza al borde de la cama y posó una mano en forma de garra sobre el pelo de Di.

—Un poco zanahorio, pero bien liso. Bonito vestido. Levántatelo y enséñame la enagua.

Di obedeció, agradecida de llevar puesta su enagua blanca con el remate de encaje de ganchillo que le había hecho Susan. Pero ¿qué clase de familia era esa, en la que a una la obligaban a enseñar la enagua?

—Yo siempre juzgo a una niña por sus enaguas —dijo la Yaya—. La tuya pasa. Ahora los calzones.

Di no se atrevió a negarse. Se levantó la enagua.

—¡Ejem! ¡Con encaje también! Eso es un despilfarro. ¡Y todavía no has preguntado por John!

—¿Qué tal está? —dijo Di, sin aliento.

—«¿Qué tal está?», dice, fresca como una lechuga. Podría estar muerto, para lo que tú sabes. Dime una cosa. ¿Es verdad que tu

madre tiene un dedal de oro... un dedal de oro macizo?

—Sí. Se lo regaló papá por su último cumpleaños.

—Pues nunca lo habría creído. La pequeña Jenny me dijo que sí tenía uno, pero es que a la pequeña Jenny no se le puede creer ni una sola palabra. ¡Un dedal de oro macizo! Nunca había oído cosa igual. Bueno, más vale que salgáis a cenar. Comer nunca pasa de moda. Jenny, súbete los calzones, que se te asoma una pernera por debajo del vestido. Que haya decencia, por lo menos.

—No se me asoma ninguna pernera de los panta... de los calzones —dijo Jenny, indignada.

—Pantalones para las Penny y calzones para las Blythe. Esa es la diferencia entre vosotras, y siempre lo será. No me lleves *la contraria*.

Toda la familia Penny estaba reunida alrededor de la mesa de la cena, en la gran cocina. Di no había visto a ninguno de ellos antes, salvo a la tía Lina, pero en cuanto echó un vistazo a la mesa entendió por qué mamá y Susan no habían querido que viniera. El mantel estaba raído y manchado de viejas salpicaduras de salsa. La vajilla era un surtido de lo más variopinto. Y en cuanto a los Penny: Di jamás se había sentado a una mesa en compañía semejante, y deseó con toda su alma estar de vuelta, sana y salva, en Ingleside. Pero ahora tenía que aguantar hasta el final.

El tío Ben, como lo llamaba Jenny, presidía la mesa; tenía una barba pelirroja llameante y la cabeza calva, orlada de un flequillo canoso. Su hermano soltero, Parker, larguirucho y sin afeitarse, se había acomodado en un ángulo conveniente para escupir en el cajón de la leña, cosa que hacía a intervalos frecuentes. Los chicos, Curt, de doce años, y George Andrew, de trece, tenían unos ojos azul pálido y acuosos, de mirada descarada, y la piel a la vista por los agujeros de sus camisas harapientas. Curt llevaba vendada con un trapo manchado de sangre la mano que se había cortado con una botella rota. Annabel Penny, de once años, y «Gert» Penny, de diez, eran dos chicas bastante bonitas, de ojos castaños y redondos.

«Tuppy», de dos años, tenía unos rizos encantadores y las mejillas sonrosadas, y el bebé, de traviesos ojos negros, en el regazo de la tía Lina, habría sido adorable de haber estado *limpio*.

—Curt, ¿por qué no te has limpiado las uñas si sabías que venía visita? —exigió Jenny—. Annabel, no hables con la boca llena. Soy la única que intenta enseñarle buenos modales a esta familia —le explicó aparte a Di.

—¡Cállate! —dijo el tío Ben con su vozarrón atronador.

—¡No pienso callarme; no puedes obligarme a callarme! —gritó Jenny.

—No le repliques a tu tío —dijo la tía Lina con placidez—. Vamos, niñas, portaos como señoritas. Curt, pásale las patatas a la señorita Blythe.

—Anda, mira, la *señorita* Blythe —se rio socarrón Curt.

Pero Diana había sentido al menos una emoción. Por primera vez en su vida la habían llamado señorita Blythe.

Por una vez, la cena fue buena y abundante. Di, que tenía hambre, la habría disfrutado, aunque odiaba beber de una taza desportillada, si hubiera estado segura de que estaba limpia, y si no fuera porque todos discutían tanto. Había riñas privadas en marcha todo el rato: entre George Andrew y Curt, entre Curt y Annabel, entre Gert y Jen, incluso entre el tío Ben y la tía Lina. *Ellos* tuvieron una pelea tremenda y se lanzaron mutuamente las acusaciones más amargas. La tía Lina le echó en cara al tío Ben todos los buenos partidos con los que podría haberse casado, y el tío Ben dijo que solo deseaba que ella se hubiera casado con cualquiera menos con él.

¿No sería espantoso que papá y mamá se pelearan así?, pensó Di. *¡Ay, si estuviera en casa!* —No te chupes el dedo, Tuppy.

Lo dijo antes de pensarlo. Habían tenido un trabajo *tremendo* para quitarle a Rilla la costumbre de chuparse el dedo.

Curt se puso rojo de rabia al instante.

—¡Déjalo en paz! —gritó—. ¡Puede chuparse el dedo si le da la gana! A *nosotros* no nos mandonean hasta la muerte como a vosotros, los niños de Ingleside. ¿Quién te has creído que eres?

—¡Curt, Curt! La señorita Blythe va a pensar que no tienes modales —dijo la tía Lina. Había recobrado ya la calma y la sonrisa, y le puso dos cucharaditas de azúcar al té del tío Ben—. No le hagas caso, querida. Toma otro trozo de pastel.

Di no quería otro trozo de pastel. Solo quería irse a casa, y no veía cómo conseguirlo.

—Bueno —bramó el tío Ben mientras apuraba ruidosamente los últimos restos de té del platillo—, ya está eso hecho. Levantarse por la mañana, trabajar todo el día, comer tres veces y meterse en la cama. ¡Menuda vida!

—A papá le encantan sus bromitas —sonrió la tía Lina.

—Hablando de bromas, hoy he visto al pastor metodista en la tienda de Flagg. Intentó llevarme la contraria cuando dije que no había Dios. «Usted predica los domingos —le dije—. Ahora me toca a mí. Demuéstreme que hay un Dios.» «Es usted el que está hablando», me dijo. Todos se rieron como tontos. Se creía muy listo.

¡No había Dios! El mundo pareció hundirse bajo los pies de Di. Le entraron ganas de llorar.

CAPÍTULO 29

Fue peor después de la cena. Antes de eso, al menos había estado a solas con Jenny. Ahora había toda una pandilla. George Andrew la agarró de la mano y la hizo correr a través de un charco de barro antes de que pudiera escapar de él. A Di nunca la habían tratado así en toda su vida. Jem y Walter se metían con ella, igual que Ken Ford, pero ella no sabía nada de chicos como estos.

Curt le ofreció un chicle recién sacado de su propia boca, y se enfadó cuando ella lo rechazó.

—¡Te voy a poner un ratón vivo encima! —gritó—. ¡Sabihonda! ¡Estirada! ¡Tienes un hermano mariquita!

—¡Walter no es ningún mariquita! —dijo Di. Estaba medio enferma de miedo, pero no iba a consentir que insultaran a Walter.

—Sí que lo es: escribe versitos. ¿Sabes qué haría yo si tuviera un hermano que escribiera versitos? Lo ahogaría, como se hace con los gatitos.

—Hablando de gatitos, hay un montón de salvajes en el granero —dijo Jen—. Vamos a cazarlos.

Di sencillamente no pensaba ir a cazar gatitos con esos chicos, y así lo dijo.

—En casa tenemos gatitos de sobra. Tenemos once —dijo con orgullo.

—¡No me lo creo! —exclamó Jen—. ¡No es verdad! Nadie ha tenido nunca once gatitos. No estaría *bien* tener once gatitos.

—Una gata tiene cinco y la otra seis. Y de todas formas no pienso ir al granero. Me caí del pajar del granero de Amy Taylor el invierno pasado. Me habría matado si no hubiera caído sobre un montón de paja.

—Pues yo una vez me caí de nuestro pajar, si Curt no me agarra a tiempo —dijo Jen de mal humor. Nadie tenía derecho a caerse de los pajaros más que ella. ¡Di Blythe teniendo aventuras! ¡Qué caradura!

—Deberías decir «me caía» —dijo Di; y desde ese momento se acabó todo entre ella y Jenny.

Pero había que pasar la noche como fuera. No se acostaron hasta tarde, porque ninguno de los Penny se iba nunca pronto a la cama. El dormitorio grande adonde Jenny la llevó a las diez y media tenía dos camas. Annabel y Gert se estaban preparando para acostarse. Di miró las camas. Las almohadas estaban muy sobadas. La colcha necesitaba un buen lavado. El papel de la pared —el famoso papel de «los loros»— tenía manchas de goteras, y ni siquiera los loros parecían ya muy loros. En la mesilla junto a la cama había una jarra de peltre y una palangana de hojalata medio llena de agua sucia. Nunca podría lavarse la cara en *eso*. Bueno, por una vez tendría que acostarse sin lavarse la cara. Al menos el camisón que le había dejado la tía Lina estaba limpio.

Cuando Di se levantó después de rezar sus oraciones, Jenny se rio.

—Vaya, qué anticuada eres. Te veías tan rara y tan santurrona rezando. No sabía que hoy en día alguien rezara todavía. Rezar no sirve de nada. ¿Para qué las dices?

—Tengo que salvar mi alma —dijo Di, citando a Susan.

—Yo no tengo alma —se burló Jenny.

—Puede que tú no, pero *yo sí* —dijo Di, irguiéndose.

Jenny la miró. Pero el hechizo de los ojos de Jenny se había roto. Nunca más volvería Di a sucumbir a su magia.

—No eres la chica que yo creía, Diana Blythe —dijo Jenny con tristeza, como quien se siente muy engañada.

Antes de que Di pudiera responder, George Andrew y Curt irrumpieron en el cuarto. George Andrew llevaba una máscara, una cosa horrenda con una nariz enorme. Di gritó.

—¡Deja de chillar como un cerdo atrapado en una verja! —ordenó George Andrew—. Nos tienes que dar un beso de buenas noches.

—Si no lo haces, te encerramos en ese armario, que está lleno de ratas —dijo Curt.

George Andrew avanzó hacia Di, que volvió a chillar y retrocedió ante él. La máscara la paralizaba de terror. Sabía perfectamente que detrás no había más que George Andrew, y no era a *él* a quien temía; pero se moriría si aquella máscara espantosa se le acercaba: de eso estaba segura. Justo cuando parecía que la horrenda nariz iba a rozarle la cara, tropezó con un taburete y cayó de espaldas al suelo, golpeándose la cabeza contra el borde afilado de la cama de Annabel. Por un momento quedó aturdida, tendida con los ojos cerrados.

—¡Se ha muerto... se ha muerto! —sollozó Curt, echándose a llorar.

—¡Ay, menuda paliza te van a dar si la has matado, George Andrew! —dijo Annabel.

—A lo mejor solo está fingiendo —dijo Curt—. Ponle un gusano encima. Tengo algunos en esta lata. Si está haciendo teatro, eso la hará reaccionar.

Di lo oyó, pero estaba demasiado asustada para abrir los ojos. *(Quizá se marcharan y la dejaran en paz si la creían muerta. Pero si le ponían un gusano encima...)*

—Pínchala con un alfiler. Si sangra, no está muerta —dijo Curt.

(Un alfiler lo aguantaría, pero un gusano no.)

—No está muerta... no *puede* estar muerta —susurró Jenny—. Solo le habéis dado tal susto que le ha dado un ataque. Pero como vuelva en sí se pondrá a chillar por toda la casa, y el tío Ben vendrá y nos va a dar la paliza de nuestra vida. Ojalá no la hubiera invitado nunca, imenuda gallina!

—¿Creéis que podríamos llevarla a casa antes de que vuelva en sí? —propuso George Andrew.

(¡Ay, ojalá lo hicieran!)

—No podríamos, está muy lejos —dijo Jenny.

—Si cruzamos los campos no hay ni cuatrocientos metros. Cada uno coge un brazo o una pierna: tú, Curt, Annabel y yo.

Nadie más que los Penny podría haber concebido semejante idea, ni haberla llevado a cabo de habersele ocurrido. Pero estaban acostumbrados a hacer lo que se les metiera en la cabeza, y una «paliza» de manos del cabeza de familia era algo que evitar a toda costa si se podía. Papá no se metía con ellos hasta cierto punto, pero más allá de eso... ¡buenas noches!

—Si vuelve en sí mientras la llevamos, salimos zumbando y ya está —dijo George Andrew.

No había el menor peligro de que Di volviera en sí. Tembló de puro alivio cuando sintió que los cuatro la levantaban entre todos. Bajaron a hurtadillas las escaleras y salieron de la casa, cruzaron el patio y atravesaron el largo prado de tréboles, pasaron junto al bosque, bajaron la cuesta. Dos veces tuvieron que dejarla en el suelo para descansar. Ya estaban convencidos de que estaba muerta, y lo único que querían era llevarla a casa sin que nadie los viera. Si Jenny Penny no había rezado nunca en su vida, ahora sí que rezaba: rezaba para que nadie en el pueblo estuviera todavía despierto. Si conseguían llevar a Di Blythe a casa, todos jurarían que le había entrado tal morriña a la hora de acostarse que había

insistido en volver. Lo que pasara después de eso ya no sería asunto suyo.

Di se atrevió a abrir los ojos una vez mientras tramaban esto. El mundo dormido a su alrededor le pareció muy extraño. Los abetos eran oscuros y ajenos. Las estrellas se reían de ella. *(No me gusta un cielo tan grande. Pero si aguanto un poquito más llegaré a casa. Si descubren que no estoy muerta me dejarán aquí tirada, y no conseguiré llegar sola a casa en la oscuridad.)*

Cuando los Penny dejaron a Di en el porche de Ingleside, echaron a correr como locos. Di no se atrevió a volver a la vida demasiado pronto, pero al final se aventuró a abrir los ojos. Sí, estaba en casa. Parecía casi demasiado bueno para ser verdad. Había sido una niña muy, muy mala, pero estaba segurísima de que nunca más volvería a serlo. Se incorporó, y el Camarón subió sigilosamente los escalones y se restregó contra ella, ronroneando. Lo abrazó contra su pecho. ¡Qué agradable, cálido y amistoso era! No creía que pudiera entrar en casa: sabía que Susan tenía todas las puertas cerradas con llave cuando papá estaba fuera, y no se atrevía a despertarla a esas horas. Pero no le importaba. La noche de junio era bastante fría, pero se metería en la hamaca y se acurrucaría con el Camarón, sabiendo que, muy cerca de ella, tras aquellas puertas cerradas, estaban Susan, y los niños, y Nan... y *su casa*.

¡Qué extraño era el mundo después de anochecer! ¿Estaría todo el mundo dormido menos ella? Las grandes rosas blancas del rosal junto a los escalones parecían, en la noche, pequeños rostros humanos. El olor de la menta era como el de un amigo. Brilló el destello de una luciérnaga en el huerto. Al fin y al cabo, podría presumir de haber «dormido fuera toda la noche».

Pero no iba a ser así. Dos figuras oscuras entraron por la verja y subieron por el camino. Gilbert dio la vuelta por detrás para forzar una ventana de la cocina, pero Ana subió los escalones y se quedó mirando atónita a la pobre criatura que estaba allí sentada, con el gato entre los brazos.

—¡Mami... ay, mami! —Estaba a salvo en los brazos de mamá.

—¡Di, cariño! ¿Qué significa esto?

—Ay, mami, fui mala... pero lo siento muchísimo... y tenías razón... y la Yaya fue horrible... pero pensé que no volveríais hasta mañana.

—A papi lo llamaron por teléfono desde Lowbridge: mañana tienen que operar a la señora Parker, y el doctor Parker quería que estuviera allí. Así que cogimos el tren de la tarde y subimos andando desde la estación. Ahora cuéntame...

Para cuando Gilbert consiguió entrar y abrir la puerta principal, ya le habían sacado a Di toda la historia entre sollozos. Él creía haber logrado una entrada muy silenciosa, pero Susan tenía un oído capaz de percibir el chillido de un murciélago cuando estaba en juego la seguridad de Ingleside, y bajó cojeando las escaleras con una bata sobre el camisón.

Hubo exclamaciones y explicaciones, pero Ana las cortó en seco.

—Nadie te está culpando, Susan, querida. Di se ha portado muy mal, pero lo sabe, y creo que ya ha tenido su castigo. Siento que te hayamos molestado; tienes que volver derecha a la cama, y el doctor te curará el tobillo.

—No estaba dormida, mi querida señora doctora. ¿Cree usted que habría podido dormir, sabiendo dónde estaba esa criatura bendita? Y tobillo o no tobillo, les voy a preparar una taza de té a los dos.

—Mami —dijo Di, desde su propia almohada blanca—, ¿papi es cruel contigo alguna vez?

—¡Cruel! ¿Conmigo? Pero, Di...

—Los Penny decían que sí... que te pegaba...

—Cariño, ahora ya sabes cómo son los Penny, así que ya eres lo bastante lista para no preocupar tu cabecita por nada de lo que dijeran. En todos los sitios siempre anda rondando algún chisme malicioso: la gente así se lo *inventa*. No debes preocuparte nunca por eso.

—¿Me vas a reñir mañana por la mañana, mami?

—No. Creo que ya has aprendido la lección. Ahora duérmete, tesoro.

Mami es tan sensata, fue el último pensamiento consciente de Di. Pero Susan, mientras se estiraba plácidamente en la cama, con el tobillo hábil y cómodamente vendado, se decía para sus adentros:

—Mañana por la mañana tengo que buscar el peine de púas finas, y cuando vea a la señorita Jenny Penny le voy a dar una reprimenda que no olvidaré en la vida.

Jenny Penny nunca recibió la prometida reprimenda, porque no volvió a poner los pies en la escuela del Glen. En vez de eso, se fue con el resto de los Penny a la escuela de Mowbray Narrows, desde donde llegaban rumores de sus fantasías, entre ellas una sobre cómo Di Blythe —que vivía en la «casa grande» de Glen St. Mary, pero que siempre bajaba a dormir con ella— se había desmayado una noche y había sido llevada a caballito hasta su casa a medianoche por ella, Jenny Penny, ella sola y sin ayuda de nadie. Los de Ingleside se habían arrodillado y le habían besado las manos de puro agradecimiento, y el propio doctor había sacado su coche de capota con flecos y su famoso tronco de caballos tordos rodados, y la había llevado él mismo a casa. «Y si alguna vez hay *algo* que pueda hacer por usted, señorita Penny, por su bondad con mi querida hija, no tiene más que decirlo. Ni con la última gota de mi sangre podría pagárselo. Iría hasta el África Ecuatorial para recompensarla por lo que ha hecho», había jurado el doctor.

CAPÍTULO 30

—Yo sé algo que tú no sabes... algo que *tú* no sabes... algo que *tú* no sabes —canturreó Dovie Johnson, balanceándose de un lado a otro en el mismísimo borde del embarcadero.

Le tocaba a Nan ser el centro de atención, le tocaba a Nan añadir una historia a los «¿te acuerdas?» de los años futuros, ya lejos de Ingleside. Aunque hasta el día de su muerte Nan se sonrojaría al recordarlo. *Había* sido tan tonta.

A Nan le daba escalofríos ver a Dovie balancearse así, y sin embargo la fascinaba. Estaba segurísima de que Dovie acabaría cayéndose algún día, ¿y entonces qué? Pero Dovie nunca se caía. Su suerte no le fallaba nunca.

Todo lo que Dovie hacía, o decía que hacía —que eran, tal vez, dos cosas muy distintas, aunque Nan, criada en Ingleside, donde nadie mentía jamás ni en broma, era demasiado inocente y confiada para darse cuenta de ello—, fascinaba a Nan. Dovie, que tenía once años y había vivido toda su vida en Charlottetown, sabía muchísimo más que Nan, que solo tenía ocho. Charlottetown, decía Dovie, era el único sitio donde la gente sabía algo. ¿Qué se podía saber, encerrada en un pueblucho de mala muerte como Glen St. Mary?

Dovie estaba pasando parte de sus vacaciones con su tía Ella en el Glen, y ella y Nan habían trabado una amistad muy íntima pese a la diferencia de edad. Quizá porque Nan admiraba a Dovie, que a sus ojos parecía casi una persona mayor, con la adoración que sin remedio profesamos a lo más excelso cuando lo vemos, o creemos

verlo. A Dovie le encantaba tener su propia lunita, humilde y admiradora.

—No hay maldad en Nan Blythe, es solo un poco boba —le dijo a la tía Ella.

En Ingleside, tan vigilantes como eran, no le veían nada raro a Dovie —aunque, como pensaba Ana, su madre era prima de los Pye de Avonlea— y no pusieron ningún reparo a que Nan hiciera tan buenas migas con ella, aunque Susan desconfió desde el principio de aquellos ojos verde grosella de pestañas doradas y pálidas. Pero ¿qué se le iba a hacer? Dovie tenía «buenos modales», iba bien vestida, era una señorita y no hablaba demasiado. Susan no supo dar ninguna razón para su desconfianza y se calló. Dovie se iría a casa en cuanto empezara el colegio, así que, de momento, no hacía falta ningún peine de púas finas en este caso.

Así que Nan y Dovie pasaban la mayor parte de su tiempo libre juntas en el embarcadero, donde solía haber uno o dos barcos con las alas plegadas, y el Valle del Arco Iris apenas vio a Nan aquel agosto. A los demás niños de Ingleside no les gustaba mucho Dovie, y el sentimiento era mutuo. Le había gastado una broma pesada a Walter, y Di se había puesto furiosa y había «dicho de todo». Dovie era, por lo visto, aficionada a las bromas pesadas. Quizá por eso ninguna de las chicas del Glen intentó nunca apartarla de Nan.

—Ay, por favor, dímelo —suplicó Nan.

Pero Dovie se limitó a guiñarle un ojo con picardía y dijo que Nan era demasiado pequeña para que le contaran algo así. Aquello era exasperante.

—*Por favor*, dímelo, Dovie.

—No puedo. Me lo contó como secreto la tía Kate, y ella está muerta. Ahora soy la única persona en el mundo que lo sabe. Prometí, cuando lo oí, que no se lo diría a nadie jamás. Tú se lo dirías a alguien —no podrías evitarlo.

—¡Yo no lo haría... yo sí que podría! —exclamó Nan.

—Dicen que en Ingleside os lo contáis todo. Susan te lo sacaría en un abrir y cerrar de ojos.

—No lo haría. Sé un montón de cosas que nunca le he contado a Susan. Secretos. Te contaré los míos si tú me cuentas los tuyos.

—Ay, a mí no me interesan los secretos de una niña pequeña como tú —dijo Dovie.

¡Vaya insulto! A Nan sus pequeños secretos le parecían preciosos: aquel cerezo silvestre que había encontrado floreciendo en el bosque de abetos, muy atrás, detrás del granero de heno del señor Taylor; su sueño de una diminuta hada blanca tendida sobre una hoja de nenúfar en la marisma; su fantasía de una barca que subía por el puerto tirada por cisnes atados con cadenas de plata; el romance que estaba empezando a tejer en torno a la hermosa dama de la antigua casa de los MacAllister. Para Nan eran todos maravillosos y mágicos, y, pensándolo bien, se alegró de no tener, después de todo, que contárselos a Dovie.

Pero ¿qué sabía Dovie sobre *ella* que *ella* no supiera? La pregunta perseguía a Nan como un mosquito.

Al día siguiente, Dovie volvió a aludir a su conocimiento secreto.

—Lo he estado pensando, Nan; quizá *deberías* saberlo, ya que es sobre ti. Claro que lo que la tía Kate quiso decir es que no debo contárselo a nadie más que a la persona interesada. Mira. Si me das ese ciervo de porcelana tuyo, te diré lo que sé de ti.

—Ay, no puedo darte *eso*, Dovie. Me lo regaló Susan por mi último cumpleaños. Se llevaría un disgusto terrible.

—*Muy* bien, entonces. Si prefieres quedarte con tu viejo ciervo antes que saber algo importante sobre ti misma, quédátelo. A *mí* no me importa. Prefiero guardarme el secreto. Siempre me gusta saber cosas que las demás niñas no saben. Te hace sentir *importante*. El domingo que viene te miraré en la iglesia y pensaré: «si *tú* supieras lo que *yo* sé de ti, Nan Blythe». Será divertido.

—¿Lo que sabes de mí es *bonito*? —preguntó Nan.

—Ay, es *muy* romántico, como algo que leerías en un libro de cuentos. Pero da igual, a *tí* no te interesa y *yo* sé lo que sé.

Para entonces Nan estaba loca de curiosidad. La vida no merecería la pena si no lograba averiguar cuál era el misterioso secreto de Dovie. Tuvo una inspiración repentina.

—Dovie, no puedo darte mi ciervo, pero si me dices lo que sabes de mí te daré mi sombrilla roja.

Los ojos de grosella de Dovie brillaron. La envidia por aquella sombrilla la carcomía desde hacía tiempo.

—¿La sombrilla roja nueva que te trajo tu madre de la ciudad la semana pasada? —regateó.

Nan asintió. Se le aceleró la respiración. ¿Sería... ay, sería posible que Dovie se lo dijera de verdad?

—¿Te dejará tu madre? —exigió saber Dovie.

Nan volvió a asentir, aunque con cierta inseguridad. No estaba nada segura de ello. Dovie olfateó la duda.

—Vas a tener que traer esa sombrilla aquí mismo —dijo con firmeza— antes de que yo pueda contarte nada. Sin sombrilla no hay secreto.

—Te la traigo mañana —prometió Nan a toda prisa. *Tenía* que saber lo que Dovie sabía de ella, no había más vuelta que darle.

—Bueno, me lo pensaré —dijo Dovie con aire dubitativo—. No te hagas ilusiones. No creo que al final te lo cuente. Eres demasiado pequeña, ya te lo he dicho bastantes veces.

—Soy mayor que ayer —suplicó Nan—. Ay, vamos, Dovie, no seas mala.

—Supongo que tengo derecho a saber lo que sé —dijo Dovie con aire de superioridad—. Se lo dirías a Ana, digo, a tu madre...

—Claro que sé el nombre de mi propia madre —dijo Nan, un poco ofendida en su dignidad. Secretos o no secretos, había límites—. Te

dije que no se lo contaría a *nadie* de Ingleside.

—¿Lo jurarás?

—¿*Jurarlo*?

—No seas cotorra. Claro que me refiero a prometerlo solemnemente.

—Lo prometo solemnemente.

—Más solemne que eso.

Nan no veía cómo podía ser más solemne todavía. Temía que la cara se le quedara así para siempre si lo intentaba.

_«Junta las manos, mira al cielo,
cruza tu pecho y jura sin recelo»_

dijo Dovie.

Nan cumplió con el ritual.

—Traerás la sombrilla mañana y ya veremos —dijo Dovie—. ¿A qué se dedicaba tu madre antes de casarse, Nan?

—Era maestra, y muy buena —dijo Nan.

—Bueno, es que me lo preguntaba. Mi madre piensa que tu papá cometió un error al casarse con ella. Nadie sabía nada de su *familia*. Y las chicas con las que podría haberse casado, dice mi madre. Tengo que irme ya. O revor.

Nan sabía que eso significaba «hasta mañana». Estaba muy orgullosa de tener una amiga que sabía hablar francés. Se quedó sentada en el embarcadero mucho después de que Dovie se hubiera ido a casa. Le gustaba sentarse allí a ver los barcos de pesca salir y entrar, y a veces algún buque que bajaba despacio por el puerto, rumbo a tierras hermosas y lejanas. Como Jem, a menudo deseaba poder zarpar en un barco, bajar por el puerto azul, pasar la barra de dunas sombrías, pasar la punta del faro donde de noche el faro giratorio de Four Winds se convertía en un puesto avanzado del misterio, y salir, salir más allá, hacia la bruma azul que era el golfo

del verano, y seguir, seguir, hacia islas encantadas en mares dorados de la mañana. Nan volaba con las alas de su imaginación por todo el mundo mientras estaba allí en cuclillas, en el viejo embarcadero combado.

Pero esa tarde estaba en ascuas por el secreto de Dovie. ¿Se lo diría Dovie de verdad? ¿Qué sería... qué *podría* ser? ¿Y qué había de esas chicas con las que papá podría haberse casado? A Nan le gustaba especular sobre esas chicas. Una de ellas podría haber sido su madre. Pero eso era horrible. Nadie podía ser su madre excepto mamá. La idea era sencillamente impensable.

—*Creo* que Dovie Johnson me va a contar un secreto —confió Nan a mamá aquella noche, mientras la besaba para darle las buenas noches—. Claro que no podré contártelo ni siquiera a ti, mami, porque he prometido que no lo haría. No te importará, ¿verdad, mami?

—En absoluto —dijo Ana, muy divertida.

Cuando Nan bajó al embarcadero al día siguiente, se llevó la sombrilla. Era su sombrilla, se dijo. Se la habían regalado a ella, así que tenía todo el derecho a hacer con ella lo que quisiera. Tras acallar su conciencia con esta sofistería, se escabulló cuando nadie podía verla. Le dio una punzada de pena pensar en desprenderse de su querida y alegre sombrillita, pero para entonces la obsesión por averiguar lo que sabía Dovie se había vuelto demasiado fuerte para resistirse.

—Aquí está la sombrilla, Dovie —dijo sin aliento—. Y ahora dime el secreto.

A Dovie de verdad se le quedó cara de sorpresa. Nunca había pretendido que las cosas llegaran tan lejos —nunca había creído que la madre de Nan Blythe la *dejara* regalar su sombrilla roja—. Frunció los labios.

—No sé si ese tono de rojo me va a sentar bien, después de todo. Es bastante *chillón*. Creo que no te lo voy a contar. —Nan tenía su propio carácter, y Dovie todavía no había conseguido hechizarlo

hasta la sumisión ciega. Nada lo despertaba más deprisa que la injusticia.

—¡Un trato es un trato, Dovie Johnson! *Dijiste* la sombrilla a cambio del secreto. Aquí está la sombrilla y *tienes* que cumplir tu promesa.

—Ay, muy bien —dijo Dovie con desgana.

Todo se quedó muy quieto. Las ráfagas de viento habían amainado. El agua dejó de chapotear alrededor de los pilotes del embarcadero. A Nan le recorrió un escalofrío de deliciosa emoción. Por fin iba a averiguar lo que sabía Dovie.

—Conoces a los Thomas del Harbour Mouth —dijo Dovie—. ¿Jimmy Seisdedos?

Nan asintió. Claro que conocía a los Thomas, o al menos había oído hablar de ellos. Jimmy Seisdedos a veces pasaba por Ingleside a vender pescado. Susan decía que nunca se podía estar segura de que el suyo fuera bueno. A Nan no le gustaba su aspecto. Tenía la cabeza calva, con una pelusilla de pelo blanco y rizado a ambos lados, y una nariz roja y ganchuda. Pero ¿qué podían tener que ver los Thomas con todo esto?

—¿Y conoces a Cassie Thomas? —siguió Dovie.

Nan había visto a Cassie Thomas una vez, cuando Jimmy Seisdedos la había llevado con él en su carro del pescado. Cassie tenía más o menos su misma edad, con una mata de rizos pelirrojos y unos ojos verdegrisáceos y descarados. Le había sacado la lengua a Nan.

—Bueno... —Dovie tomó una gran bocanada de aire—, esta es la *verdad* sobre ti. *Tú* eres Cassie Thomas, y *ella* es Nan Blythe.

Nan se quedó mirando a Dovie. No tenía ni la más remota idea de qué quería decir. Lo que había dicho no tenía ningún sentido.

—Yo... yo... ¿qué quieres decir?

—Está bastante claro, digo yo —dijo Dovie con una sonrisa compasiva. Puesto que se había visto *obligada* a contarlo, iba a hacer que mereciera la pena—. Tú y ella nacisteis la misma noche. Fue cuando los Thomas vivían en el Glen. La comadrona bajó a la gemela de Di a casa de los Thomas y la puso en la cuna, y a ti te llevó de vuelta con la madre de Di. No se atrevió a llevarse también a Di, si no lo habría hecho. Odiaba a tu madre y así se vengó. Por eso en realidad eres Cassie Thomas y deberías estar viviendo allí abajo, en el Harbour Mouth, y la pobre Cass debería estar arriba, en Ingleside, en vez de que la zarandee esa madrastra suya. Me da muchísima pena, la verdad.

Nan se creyó cada palabra de aquella historia disparatada. Nunca le habían mentido en su vida y ni por un momento dudó de que lo que contaba Dovie fuera cierto. Ni se le pasó por la cabeza que nadie, y mucho menos su adorada Dovie, pudiera o quisiera inventarse algo así. Miró a Dovie con ojos angustiados y desengañados.

—¿Cómo... cómo se enteró tu tía Kate? —jadeó con los labios resecos.

—Se lo dijo la comadrona en su lecho de muerte —dijo Dovie con solemnidad—. Supongo que le pesaba en la conciencia. La tía Kate nunca se lo contó a nadie más que a mí. Cuando llegué al Glen y vi a Cassie Thomas... a Nan Blythe, quiero decir... la miré bien. Tiene el pelo pelirrojo y los ojos del mismo color que tu madre. Tú tienes los ojos y el pelo castaños. Por eso no te pareces a Di: las gemelas *siempre* son clavadas la una a la otra. Y Cass tiene exactamente las mismas orejas que tu padre, pegaditas a la cabeza. Supongo que ya no se puede hacer nada al respecto. Pero muchas veces he pensado que no era justo que tú tuvieras una vida tan fácil y te trataran como a una muñeca, y que la pobre Cass —Nan, quiero decir— fuera en harapos y ni siquiera tuviera bastante para comer, muchas veces. ¡Y que el viejo Seis Dedos le pegue cuando vuelve borracho! Anda, ¿por qué me miras así?

El dolor de Nan era más de lo que podía soportar. Ahora todo estaba espantosamente claro. La gente siempre había pensado que era curioso que ella y Di no se parecieran en nada. *Por eso* era.

—¡Te *odio* por haberme contado esto, Dovie Johnson!

Dovie encogió sus rollizos hombros.

—Yo no te dije que te fuera a gustar, ¿verdad? Tú me *obligaste* a contarlo. ¿Adónde vas?

Nan, pálida y mareada, se había puesto de pie.

—A casa... a contárselo a mamá —dijo con desolación.

—¡No debes... no te atrevas! ¡Acuérdate de que juraste que no lo dirías! —gritó Dovie.

Nan la miró fijamente. Era verdad que había prometido no contarlo. Y mamá siempre decía que no se debía romper una promesa.

—Supongo que yo también me iré a casa —dijo Dovie, sin que le gustara mucho la cara que había puesto Nan.

Agarró la sombrilla y salió corriendo, con sus rollizas piernas desnudas centelleando por el viejo embarcadero. Dejó atrás a una niña con el corazón roto, sentada entre las ruinas de su pequeño universo. A Dovie no le importaba. Blanda era poco para definir a Nan. La verdad es que no daba mucho gusto engañarla. Claro que se lo contaría a su madre en cuanto llegara a casa, y entonces descubriría que la habían engañado.

—Menos mal que me voy a casa el domingo —reflexionó Dovie.

Nan se quedó sentada en el embarcadero lo que le parecieron horas, ciega de dolor, deshecha, desesperada. ¡No era hija de mamá! Era hija de Jimmy Seisdedos —el mismo Jimmy Seisdedos al que siempre había tenido un miedo secreto solo por sus seis dedos—. No tenía ningún derecho a vivir en Ingleside, querida por mamá y papá. «¡Ay!», Nan dejó escapar un lastimero gemido. Mamá y

papá ya no la querrían si lo supieran. Todo su amor sería para Cassie Thomas.

Nan se llevó la mano a la cabeza. —Me da vueltas todo —dijo.

CAPÍTULO 31

—¿Por qué no comes nada, corderito? —preguntó Susan a la hora de la cena.

—¿Has estado demasiado tiempo al sol, cariño? —preguntó mamá con ansiedad—. ¿Te duele la cabeza?

—Sí-í-í —dijo Nan. Pero no era la cabeza lo que le dolía. ¿Le estaba mintiendo a mamá? Y si era así, ¿cuántas más tendría que decir? Porque Nan sabía que ya nunca volvería a poder comer, nunca, mientras aquel conocimiento espantoso fuera suyo. Y sabía que jamás podría contárselo a mamá. No tanto por la promesa —¿no había dicho Susan una vez que una mala promesa era mejor romperla que cumplirla?—, sino porque heriría a mamá. De algún modo, Nan sabía, sin la menor duda, que heriría a mamá terriblemente. Y a mamá no se la podía... no se la debía... herir. Ni a papá.

Y sin embargo, estaba Cassie Thomas. Esta *no* la llamaría Nan Blythe. Le resultaba indescritiblemente horrible pensar en Cassie Thomas como si fuera Nan Blythe. Sentía como si eso la borrara a *ella* por completo. ¡Si no era Nan Blythe, no era nadie! Ella *no* sería Cassie Thomas.

Pero Cassie Thomas la perseguía. Durante una semana, Nan vivió acosada por ella —una semana desdichada en la que Ana y Susan se preocuparon de verdad por la niña, que no quería comer ni jugar y que, como decía Susan, «se pasaba el día mustia»—. ¿Sería porque Dovie Johnson se había ido a su casa? Nan decía que no. Nan decía

que no era *nada*. Que solo se sentía cansada. Papá la examinó y le recetó una dosis que Nan tomó mansamente. No era tan mala como el aceite de ricino, pero hasta el aceite de ricino carecía ya de importancia. Nada tenía importancia salvo Cassie Thomas, y la pregunta terrible que había surgido de la confusión de su mente y se había apoderado de ella.

¿No debía tener Cassie Thomas lo que era suyo por derecho?

¿Era justo que ella, Nan Blythe —Nan se aferraba a su identidad con desesperación—, tuviera todo lo que a Cassie Thomas se le negaba y que por derecho le pertenecía a ella? No, no era justo. Nan estaba desesperadamente segura de que no era justo. En algún lugar de Nan había un sentido muy fuerte de la justicia y el juego limpio. Y fue calando en ella, cada vez más, la certeza de que lo justo era que se le dijera la verdad a Cassie Thomas.

Al fin y al cabo, quizá a nadie le importara demasiado. Mamá y papá se disgustarían un poco al principio, claro, pero en cuanto supieran que Cassie Thomas era su verdadera hija, todo su cariño iría a parar a Cassie, y ella, Nan, ya no contaría nada para ellos. Mamá besaría a Cassie Thomas y le cantarían en los crepúsculos de verano —le cantarían la canción que más le gustaba a Nan...

*Vi un barco navegando, navegando por el mar,
e iba cargado de cosas bonitas para mí.*

Nan y Di habían hablado a menudo del día en que su barco llegara a puerto. Pero ahora las cosas bonitas —al menos, la parte que le correspondía a ella— pertenecerían a Cassie Thomas. Cassie Thomas haría de reina de las hadas en el próximo festival de la escuela dominical y luciría *su* deslumbrante cinta de oropel. ¡Cuánto lo había esperado Nan! Susan le haría pastelillos de fruta a Cassie Thomas, y Pussywillow ronronearía para ella. Jugaría con las muñecas de Nan en la casita de juegos alfombrada de musgo que Nan tenía en la arboleda de arces, y dormiría en su cama. ¿Le gustaría eso a Di? ¿Le gustaría a Di tener a Cassie Thomas por hermana?

Llegó un día en que Nan supo que ya no podía soportarlo más. Debía hacer lo justo. Bajaría a la Bocana y les contaría la verdad a los Thomas. *Ellos* podrían contárselo a mamá y a papá. Nan sentía que ella, sencillamente, no podría hacer *eso*.

Nan se sintió un poco mejor al llegar a esta decisión, pero muy, muy triste. Intentó comer un poco de cena, porque sería la última comida que tomaría jamás en Ingleside.

Siempre llamaré a mamá «mamá», pensó Nan con desesperación. No llamaré «papá» a Jimmy Seisdedos. Diré «señor Thomas», con mucho respeto. Seguro que no le importará eso.

Pero algo la ahogó. Al levantar la vista, leyó «aceite de ricino» en los ojos de Susan. Poco se imaginaba Susan que ella no estaría allí para tomarlo a la hora de acostarse. Cassie Thomas tendría que tragárselo. Era la única cosa que Nan no le envidiaba a Cassie Thomas.

Nan se marchó inmediatamente después de cenar. Debía irse antes de que oscureciera o el valor la abandonaría. Fue con su vestido de juego de cuadros de vichy, sin atreverse a cambiarse, no fuera que Susan o mamá le preguntaran por qué. Además, todos sus vestidos bonitos pertenecían en realidad a Cassie Thomas. Pero sí se puso el delantal nuevo que Susan le había hecho —un delantalito tan elegante, con festón, ribeteado de rojo turco—. Nan adoraba aquel delantal. Seguro que Cassie Thomas no le regatearía eso.

Caminó hasta el pueblo, lo atravesó, pasó junto al camino del muelle y bajó por el camino del puerto, una figurilla valerosa e indomable. Nan no tenía ni idea de que era una heroína. Al contrario, se sentía muy avergonzada de sí misma, porque le costaba muchísimo hacer lo correcto y lo justo, le costaba muchísimo no odiar a Cassie Thomas, le costaba muchísimo no tenerle miedo a Jimmy Seisdedos, le costaba muchísimo no darse la vuelta y echar a correr de regreso a Ingleside.

Era un atardecer amenazador. Sobre el mar colgaba una pesada nube negra, como un enorme murciélago oscuro. Relámpagos

intermitentes jugueteaban sobre el puerto y las colinas boscosas más allá. El racimo de casas de pescadores de la Bocana quedaba inundado por una luz rojiza que escapaba de debajo de la nube. Aquí y allá, charcos de agua resplandecían como grandes rubíes. Un barco, silencioso, de velas blancas, se deslizaba más allá de las dunas tenues y brumosas hacia el misterioso océano que llamaba; las gaviotas chillaban de un modo extraño.

A Nan no le gustaba el olor de las casas de los pescadores, ni los grupos de niños sucios que jugaban, peleaban y gritaban en la arena. La miraron con curiosidad cuando se detuvo a preguntarles cuál era la casa de Jimmy Seisdedos.

—Esa de allí —dijo un chico, señalando—. ¿Qué asunto te traes con él?

—Gracias —dijo Nan, dándose la vuelta.

—¿Es que no tienes más modales que esos? —gritó una chica—. ¡Demasiado estirada para contestar a una pregunta educada!

El chico se le puso delante.

—¿Ves esa casa detrás de la de los Thomas? —dijo—. Tiene una serpiente marina dentro, y te encierro en ella si no me dices qué quieres de Jimmy Seisdedos.

—Vamos, señorita Estirada —se burló una chica mayor—. Eres del Glen, y los del Glen se creen la flor y nata. ¡Contesta a la pregunta de Bill!

—Como no tengas cuidado —dijo otro chico—, voy a ahogar unos gatitos y lo más probable es que te meta a ti también.

—Si llevas encima diez centavos, te vendo un diente —dijo una chica de cejas negras, con una sonrisa burlona—. Ayer me sacaron uno.

—No llevo diez centavos, y tu diente no me serviría de nada —dijo Nan, armándose de un poco de valor—. Déjame en paz.

—¡Nada de contestar! —dijo la de las cejas negras.

Nan echó a correr. El chico de la serpiente marina sacó el pie y la hizo tropezar. Cayó cuan larga era sobre la arena rizada por la marea. Los demás se desternillaron de risa.

—Ahora ya no irás tan orgullosa, me parece a mí —dijo la de las cejas negras—. ¡Pavoneándote por aquí con tus festones rojos!

Entonces alguien exclamó: «¡Ya entra el barco de Jack el Azul!», y todos echaron a correr. La nube negra había bajado más, y cada charco de rubí se había vuelto gris.

Nan se levantó. Tenía el vestido cubierto de arena y las medias manchadas. Pero se había librado de sus torturadores. ¿Serían estos sus compañeros de juego en el futuro?

No debía llorar... ¡no debía! Subió los desvencijados peldaños de madera que llevaban a la puerta de Jimmy Seisdedos. Como todas las casas de la Bocana, la de Jimmy Seisdedos estaba levantada sobre bloques de madera para quedar fuera del alcance de cualquier marea inusualmente alta, y el espacio de debajo estaba lleno de una mezcolanza de platos rotos, latas vacías, viejas nasas de langosta y toda clase de trastos. La puerta estaba abierta, y Nan miró dentro de una cocina como nunca había visto en su vida. El suelo desnudo estaba sucio, el techo manchado y ahumado, el fregadero lleno de platos sucios. Sobre la vieja mesa desvencijada de madera quedaban los restos de una comida, y unas moscas negras, enormes y repugnantes, hormigueaban encima. Una mujer con una desgredada mata de pelo grisáceo estaba sentada en una mecedora, con un fardo gordo de bebé en brazos, un bebé gris de mugre.

Mi hermana, pensó Nan.

No había ni rastro de Cassie ni de Jimmy Seisdedos, y por este último hecho Nan se sintió agradecida.

—¿Quién eres tú y qué quieres? —dijo la mujer, más bien de malos modos.

No invitó a Nan a entrar, pero Nan entró de todos modos. Fuera empezaba a llover, y un trueno hizo temblar la casa. Nan sabía que

debía decir lo que había ido a decir antes de que el valor la abandonara, o se daría la vuelta y saldría corriendo de aquella casa espantosa, de aquel bebé espantoso y de aquellas moscas espantosas.

—Quiero ver a Cassie, por favor —dijo—. Tengo que decirle *algo importante*.

—¡Vaya, vaya! —dijo la mujer—. Debe de ser importante, a juzgar por tu tamaño. Bueno, Cass no está en casa. Su padre se la llevó de paseo al Upper Glen, y con esta tormenta que se avecina no hay forma de saber cuándo volverán. Siéntate.

Nan se sentó en una silla rota. Sabía que la gente de la Bocana era pobre, pero no sabía que hubiera alguno así. La señora Tom Fitch, en el Glen, era pobre, pero su casa estaba tan limpia y ordenada como Ingleside. Claro que todo el mundo sabía que Jimmy Seisdedos se bebía todo lo que ganaba. ¡Y aquella iba a ser su casa de ahora en adelante!

De todos modos, intentaré limpiarla, pensó Nan con desconsuelo. Pero tenía el corazón como el plomo. La llama del noble sacrificio que la había impulsado hasta allí se había apagado.

—¿Para qué quieres ver a Cass? —preguntó la señora Seisdedos con curiosidad, mientras limpiaba la cara sucia del bebé con un delantal todavía más sucio—. Si es por lo del festival de la escuela dominical, no puede ir, y no hay más que hablar. No tiene un trapo decente que ponerse. ¿Cómo quieres que se lo consiga? Dime tú.

—No, no es por el festival —dijo Nan con desánimo. Bien podía contarle a la señora Thomas toda la historia. De todos modos tendría que saberla—. He venido a decirle... a decirle que... que ella es yo, y yo soy ella.

Quizá se pudiera perdonar a la señora Seisdedos por no encontrarle mucho sentido a todo aquello.

—Tú debes de estar mal de la cabeza —dijo—. ¿Qué diablos quieres decir?

Nan levantó la cabeza. Lo peor ya había pasado.

—Quiero decir que Cassie y yo nacimos la misma noche, y... y... la enfermera nos cambió porque le tenía manía a mamá, y... y... Cassie debería estar viviendo en Ingleside... y disfrutando de ventajas.

Esta última frase se la había oído decir a su maestra de la escuela dominical, pero a Nan le pareció que ponía un final digno a un discurso muy pobre.

La señora Seisdedos se la quedó mirando.

—¿Estoy loca yo, o lo estás tú? Lo que has estado diciendo no tiene ningún sentido. ¿Quién te ha contado semejante embrollo?

—Dovie Johnson.

La señora Seisdedos echó hacia atrás su cabeza despeinada y se rió. Podría estar sucia y desaliñada, pero tenía una risa contagiosa. —Ya podría habérmelo imaginado. Llevo todo el verano lavando para su tía, y esa cría es un incordio. ¡Vaya si se cree lista engañando a la gente! Bueno, señorita No-sé-cómo-te-llamas, más te vale no creerte todos los cuentos de Dovie, o te va a traer de cabeza.

—¿Quiere eso decir que no es verdad? —jadeó Nan.

—No es muy probable. Válgame Dios, tienes que ser bien inocente para tragarte algo así. Cass te lleva un buen año, por lo menos. Pero bueno, ¿quién eres tú, si puede saberse?

—Soy Nan Blythe. ¡Oh, qué idea tan maravillosa! ¡*Era* Nan Blythe!

—¡Nan Blythe! ¡Una de las gemelas de Ingleside! Vaya, si me acuerdo de la noche en que naciste. Resulta que pasé por Ingleside a hacer un recado. Todavía no me había casado con Seisdedos entonces —lástima que llegara a hacerlo—, y la madre de Cass vivía y estaba sana, con Cass empezando a andar. Te pareces a la madre de tu padre —ella también estaba allí esa noche, orgullosa como un pavo real de sus nietas gemelas—. Y pensar que no tenías más sentido común que para creerte un cuento tan disparatado como ese.

—Tengo la costumbre de creer a la gente —dijo Nan, levantándose con cierta solemnidad, aunque demasiado loca de alegría como para querer contestarle con aspereza a la señora Seisdedos.

—Pues es una costumbre de la que más te vale ir quitándote en este mundo —dijo la señora Seisdedos con cinismo—. Y deja de andar con niñas a las que les gusta engañar a la gente. Siéntate, niña. No puedes irte a casa hasta que pase el chaparrón. Está diluviando, y está más oscuro que boca de lobo. Pero... isí se ha ido... la niña se ha ido!

Nan ya se había perdido en el aguacero. Solo la salvaje euforia nacida de las palabras tranquilizadoras de la señora Seisdedos pudo llevarla a casa a través de aquella tormenta. El viento la azotaba, la lluvia le caía a chorros, los espantosos truenos le hacían pensar que el mundo se había partido en dos. Solo el incesante resplandor azulado y helado de los relámpagos le mostraba el camino. Una y otra vez resbaló y cayó. Pero al fin, tambaleándose, chorreando agua, entró en el vestíbulo de Ingleside.

Mamá corrió y la cogió entre sus brazos.

—¡Cariño, qué susto nos has dado! Ay, ¿dónde has estado?

—Solo espero que Jem y Walter no vayan a coger la muerte ahí fuera, buscándote bajo esta lluvia —dijo Susan, con un deje de tensión afilada en la voz.

A Nan casi se le había escapado el aliento a fuerza de golpes. Solo pudo jadear, mientras sentía los brazos de mamá envolviéndola:

—Ay, mamá, soy yo... de verdad soy yo. No soy Cassie Thomas, y nunca volveré a ser nadie más que yo.

—La pobre corderita está delirando —dijo Susan—. Debe de haber comido algo que le ha sentado mal.

Ana bañó a Nan y la metió en la cama antes de dejarla hablar. Después escuchó toda la historia.

—Ay, mami, ¿de verdad soy hija tuya?

—Claro que sí, cariño. ¿Cómo se te ha podido ocurrir pensar otra cosa?

—Nunca pensé que Dovie me contaría un cuento... *Dovie*, no. Mami, ¿es que no se puede creer a *nadie*? Jen Penny le contó a Di unas historias horribles...

—Solo son dos niñas de entre todas las que conoces, cariño. Ninguna otra de tus amigas te ha dicho jamás algo que no fuera verdad. *Sí* hay gente así en el mundo, tanto adultos como niños. Cuando seas un poco mayor, sabrás distinguir mejor «el oro del oropel».

—Mami, ojalá Walter, Jem y Di no tuvieran que saber la tontería que hice.

—Y no lo sabrán. Di se fue a Lowbridge con papá, y los chicos solo necesitan saber que te alejaste demasiado por el camino del puerto y te sorprendió la tormenta. Fue una tontería creer a Dovie, pero fuiste una niña muy valiente y buena al ir a ofrecerle a la pobre Cassie Thomas lo que creías que era su lugar por derecho. Mamá está orgullosa de ti.

La tormenta había pasado. La luna miraba desde arriba un mundo fresco y feliz.

¡Ay, qué contenta estoy de ser yo!, fue el último pensamiento de Nan antes de quedarse dormida.

Gilbert y Ana entraron más tarde a contemplar las caritas dormidas que descansaban tan dulcemente juntas. Diana dormía con las comisuras de su boquita firme replegadas hacia dentro, pero Nan se había dormido sonriendo. Gilbert había oído la historia y estaba tan furioso que fue una suerte para Dovie Johnson que se encontrara a unos cincuenta kilómetros de distancia de él. Pero Ana se sentía remordida por la conciencia.

—Debería haber averiguado qué la preocupaba. Pero esta semana he estado demasiado absorta en otras cosas —cosas que en realidad

no importaban nada comparadas con la infelicidad de una niña—. Piensa en lo que ha sufrido la pobrecita.

Se inclinó sobre ellas, arrepentida, y a la vez recreándose en su contemplación. Seguían siendo suyas, enteramente suyas, para cuidar, amar y proteger. Todavía acudían a ella con cada amor y cada pena de sus corazoncitos. Durante unos años más serían suyas... ¿y después? Ana se estremeció. La maternidad era muy dulce, pero muy terrible.

—Me pregunto qué les deparará la vida —susurró.

—Al menos, esperemos y confiemos en que cada una consiga un marido tan bueno como el que consiguió su madre —dijo Gilbert en tono de broma.

CAPÍTULO 32

—Así que la Sociedad de Damas va a hacer su acolchado en Ingleside —dijo el doctor—. Saca toda tu vajilla señorial, Susan, y prepara varias escobas para barrer después los pedazos de las reputaciones.

Susan sonrió débilmente, como una mujer que tolera la absoluta incompreensión de un hombre hacia las cosas importantes, pero no tenía ganas de sonreír, al menos hasta que todo lo referente a la cena de la Sociedad estuviera decidido.

—Pastel de pollo caliente —iba murmurando—, puré de patatas y guisantes con nata para el plato principal. Y será una ocasión estupenda para usar su mantel nuevo de encaje, mi querida señora doctora. Nunca se ha visto nada igual en el Glen, y estoy segura de que causará sensación. Tengo muchas ganas de ver la cara de Annabel Clow cuando lo vea. ¿Y va a usar su cesta azul y plata para las flores?

—Sí, llena de pensamientos y de helechos verdiamarillos de la arboleda de arces. Y quiero que pongas por ahí tus tres magníficos geranios rosas, en el salón si acolchamos allí, o en la balaustrada del porche si hace bastante calor para trabajar fuera. Me alegro de que nos queden tantas flores. El jardín nunca ha estado tan bonito como este verano, Susan. Aunque claro, eso lo digo todos los otoños, ¿verdad?

Había muchas cosas que decidir. Quién se sentaría al lado de quién: no convenía en absoluto, por ejemplo, sentar a la señora

Simon Millison junto a la señora William McCreery, porque nunca se dirigían la palabra por causa de una vieja rencilla oscura que se remontaba a sus tiempos de escuela. Luego estaba la cuestión de a quién invitar, pues era privilegio de la anfitriona pedir la presencia de algunos invitados aparte de las socias.

—Voy a invitar a la señora Best y a la señora Campbell —dijo Ana.

Susan puso cara de duda.

—Son recién llegadas, mi querida señora doctora —dijo, con el mismo tono con que podría haber dicho: «Son cocodrilos».

—El doctor y yo también fuimos recién llegados en su día, Susan.

—Pero el tío del doctor ya llevaba aquí años antes de eso. De estos Best y estos Campbell no sabe nadie nada. Pero esta es su casa, mi querida señora doctora, y ¿quién soy yo para poner reparos a quien usted quiera invitar? Recuerdo un acolchado en casa de la señora Carter Flagg, hace muchos años, cuando la señora Flagg invitó a una mujer desconocida. Se presentó vestida de *wincey*, mi querida señora doctora... dijo que no le parecía que una reunión de la Sociedad de Damas mereciera la pena de arreglarse. Con la señora Campbell, al menos, no hay ese temor. Va muy arreglada, aunque yo nunca me vería vestida de azul hortensia para ir a la iglesia.

Ana tampoco se lo imaginaba, pero no se atrevió a sonreír.

—A mí me pareció precioso ese vestido con el pelo plateado de la señora Campbell, Susan. Y, por cierto, quiere tu receta de la salsa de grosella especiada. Dice que la probó en la cena de la Fiesta de la Cosecha y que estaba deliciosa.

—Bueno, mi querida señora doctora, no cualquiera sabe hacer una buena salsa de grosella especiada... —y no se volvió a expresar ninguna desaprobación sobre los vestidos de azul hortensia. De ahí en adelante, la señora Campbell podría haberse presentado vestida de isleña de Fiyi si le hubiera dado la gana, que Susan le habría encontrado disculpa.

Los meses jóvenes ya habían envejecido, pero el otoño todavía recordaba al verano, y el día del acolchado se parecía más a junio que a octubre. Acudieron todas las socias de la Sociedad de Damas que pudieron, con la expectativa gozosa de un buen plato de cotilleos y una cena en Ingleside, además de, posiblemente, ver alguna novedad encantadora de moda, ya que la esposa del doctor había estado hacía poco en la ciudad.

Susan, sin dejarse abatir por las preocupaciones culinarias que se le venían encima, iba y venía majestuosamente, acompañando a las señoras al cuarto de invitados, serena en la certeza de que ninguna de ellas poseía un delantal ribeteado con un encaje de ganchillo de trece centímetros de ancho, hecho con hilo número cien. Susan había ganado el primer premio con ese encaje en la Exposición de Charlottetown la semana anterior. Ella y Rebecca Dew se habían citado allí y le habían dedicado el día entero, y Susan había vuelto a casa esa noche siendo la mujer más orgullosa de toda la Isla del Príncipe Eduardo.

El rostro de Susan permanecía perfectamente controlado, pero sus pensamientos eran solo suyos, a veces sazonados con una pizca de suave malicia.

Celia Reese está aquí, buscando algo de qué reírse, como de costumbre. Pues no lo va a encontrar en nuestra mesa, y a eso puede usted atenerse. Myra Murray de terciopelo rojo: un poco demasiado suntuoso para un acolchado, en mi opinión, aunque no voy a negar que le sienta bien. Al menos no es wincey. Agatha Drew, con las gafas atadas con un cordel, como siempre. Sarah Taylor — puede que sea su último acolchado—, tiene un corazón malísimo, según dice el doctor, pero imenudo ánimo tiene! La señora Donald Reese: gracias a Dios no ha traído a Mary Anna, aunque sin duda oiremos de sobra hablar de ella. Jane Burr, del Upper Glen. No es socia de la Sociedad. Bueno, contaré las cucharas después de la cena, y a eso puede usted atenerse: en esa familia todos tenían la mano larga. Candace Crawford: no suele molestarse en venir a las reuniones de la Sociedad, pero un acolchado es un buen sitio para

lucir esas manos tan bonitas y ese anillo de diamantes. Emma Pollock, con la enagua asomando por debajo del vestido, como siempre: una mujer guapa, pero de cabeza floja, como toda esa tribu. Tillie MacAllister, que no vaya a volcar la jalea sobre el mantel como hizo en el acolchado de la señora Palmer. Martha Crothers, esta vez comerá algo decente para variar. Es una pena que su marido no haya podido venir también; me han dicho que tiene que vivir a base de frutos secos o algo así. La señora del anciano Baxter: he oído que el anciano por fin ha ahuyentado a Harold Reese de Mina. Harold siempre tuvo una espoleta de pollo en vez de espinazo, y quien no se arriesga no gana, como dice el Buen Libro. Bueno, ya tenemos gente de sobra para dos colchas, y aún sobrará quien enhebre agujas.

Las colchas se habían montado en el amplio porche, y todo el mundo tenía ocupados los dedos y la lengua. Ana y Susan andaban absortas en los preparativos de la cena, en la cocina, y Walter, a quien habían dejado en casa ese día por un ligero dolor de garganta, estaba agazapado en los escalones del porche, oculto de la vista de las que acolchaban por una cortina de enredaderas. Siempre le gustaba escuchar hablar a las personas mayores. Decían cosas tan sorprendentes, tan misteriosas —cosas que luego se podían meditar y tejer con la propia materia del drama, cosas que reflejaban los colores y las sombras, las comedias y las tragedias, las bromas y las penas, de todos los clanes de Four Winds—.

De todas las mujeres presentes, a Walter la que más le gustaba era la señora Myra Murray, con su risa fácil y contagiosa y las alegres arruguitas en torno a los ojos. Sabía contar la historia más sencilla y hacer que pareciera dramática y palpitante; alegraba la vida allá donde iba; y estaba tan guapa con su terciopelo rojo cereza, con las suaves ondas de su pelo negro y las gotitas rojas que le colgaban de las orejas. A la que menos le gustaba era a la señora Tom Chubb, que estaba flaca como una aguja, quizá porque una vez la había oído llamarlo «un niño enfermizo». Le parecía que la señora Allan Milgrave tenía el aspecto exacto de una gallina gris y lustrosa, y que la señora Grant Clow no se parecía a nada tanto como a un barril

con patas. La joven señora David Ransome, con su pelo color caramelo, era muy hermosa, «demasiado hermosa para una granja», había dicho Susan cuando Dave se casó con ella. La joven novia, la señora Morton MacDougall, parecía una amapola blanca adormilada. Edith Bailey, la modista del Glen, con sus rizos plateados y brumosos y sus ojos negros llenos de humor, no tenía pinta de tener que quedarse para vestir santos. Le gustaba la señora Meade, la mujer de más edad de todas, que tenía ojos dulces y tolerantes y escuchaba mucho más de lo que hablaba, y no le gustaba Celia Reese, con su mirada socarrona y divertida, como si se estuviera riendo de todo el mundo.

Las que acolchaban todavía no se habían puesto realmente a hablar —comentaban el tiempo y decidían si acolchar en dibujo de abanicos o de rombos—, así que Walter iba pensando en la belleza de aquel día maduro, en el gran césped con sus árboles magníficos, y en el mundo, que parecía como si algún Ser grande y bondadoso le hubiera puesto los brazos dorados alrededor. Las hojas teñidas de color caían despacio flotando, pero las gallardas malvarrosas seguían alegres contra la pared de ladrillo, y los álamos tejían su hechizo de temblorosas hojas a lo largo del camino que llevaba al granero. Walter estaba tan absorto en la belleza que lo rodeaba que la conversación del acolchado ya estaba en pleno apogeo antes de que él volviera a percatarse de ella, al oír la sentencia de la señora Simon Millison.

—Ese clan era famoso por sus funerales sensacionales. ¿Alguna de las que estuvieron allí podrá olvidar jamás lo que pasó en el funeral de Peter Kirk?

Walter aguzó el oído. Aquello sonaba interesante. Pero, para su gran decepción, la señora Simon no continuó contando lo que había pasado. Todas debían de haber estado en el funeral, o al menos haber oído la historia.

(¿Por qué se les ve tan incómodas con esto?)

—No hay duda de que todo lo que Clara Wilson dijo sobre Peter era verdad, pero el pobre hombre ya está en su tumba, así que dejémoslo descansar allí —dijo la señora Tom Chubb con aire de virtud ofendida, como si alguien hubiera propuesto desenterrarlo.

—Mary Anna siempre dice unas cosas tan ingeniosas —dijo la señora Donald Reese—. ¿Saben lo que dijo el otro día, cuando salíamos para el funeral de Margaret Hollister? «Mamá —me dijo—, ¿habrá helado en el funeral?»

Unas cuantas mujeres intercambiaron sonrisas furtivas y divertidas. La mayoría no le hicieron caso a la señora Donald. Era realmente lo único que se podía hacer cuando se ponía a meter a Mary Anna en la conversación, cosa que hacía invariablemente, viniera o no a cuento. Si se le daba el más mínimo pie, se volvía insufrible. «¿Sabéis lo que dijo Mary Anna?» era una frase hecha en el Glen.

—Hablando de funerales —dijo Celia Reese—, hubo uno muy raro en Mowbray Narrows cuando yo era niña. Stanton Lane se había ido al Oeste, y llegó la noticia de que había muerto. Su familia telegrafió para que le devolvieran el cuerpo, y así se hizo, pero Wallace MacAllister, el enterrador, les aconsejó que no abrieran el ataúd. El funeral apenas había arrancado cuando entró el mismísimo Stanton Lane, sano y en plena forma. Nunca se averiguó quién era en realidad aquel cadáver.

—¿Y qué hicieron con él? —preguntó Agatha Drew.

—Pues lo enterraron. Wallace dijo que no se podía aplazar. Pero no se podía llamar funeral aquello, con todo el mundo tan contento por el regreso de Stanton. El señor Dawson cambió el último himno, de *Consolao, cristianos* a *A veces una luz sorprende*, pero la mayoría pensó que mejor hubiera sido no meneallo.

—¿Saben lo que me dijo Mary Anna el otro día? Me dijo: «Mamá, ¿los pastores lo saben *todo*?»

—El señor Dawson siempre perdía la cabeza en un apuro —dijo Jane Burr—. El Upper Glen formaba parte de su parroquia entonces,

y recuerdo un domingo en que despidió a la congregación y luego se acordó de que no se había hecho la colecta. ¿Y qué hace el hombre? Coge el platillo de la colecta y sale corriendo por el patio con él. Eso sí —añadió Jane—, ese día dio limosna gente que nunca había dado antes ni volvió a dar después. No les gustaba decirle que no al pastor. Pero no fue muy digno por su parte, la verdad.

—Lo que yo tenía en contra del señor Dawson —dijo la señorita Cornelia— era lo despiadadamente largas que eran sus oraciones en los funerales. Llegó a tal extremo que la gente decía que envidiaba al difunto. Se superó a sí mismo en el funeral de Letty Grant. Vi que a su madre le iba a dar un desmayo, así que le di un buen golpe en la espalda con el paraguas y le dije que ya había rezado bastante.

—Él enterró a mi pobre Jarvis —dijo la señora George Carr, con lágrimas cayéndole por la cara. Siempre lloraba cuando hablaba de su marido, aunque llevaba veinte años muerto.

—Su hermano también era pastor —dijo Christine Marsh—. Estuvo en el Glen cuando yo era niña. Una noche dimos un concierto en el salón, y como él era uno de los oradores, estaba sentado en la tarima. Era tan nervioso como su hermano, y no paraba de ir corriendo la silla hacia atrás, cada vez más, hasta que de pronto se cayó, silla y todo, limpiamente por el borde, sobre el macizo de flores y plantas de interior que habíamos puesto alrededor de la base. Lo único que se le veía eran los pies, asomando por encima de la tarima. No sé por qué, aquello me estropeó para siempre sus sermones. Es que tenía unos pies *enormes*.

—El funeral de los Lane habrá sido una decepción —dijo Emma Pollock—, pero por lo menos fue mejor que no tener funeral ninguno. ¿Se acuerdan del lío de los Cromwell?

Se oyó un coro de risas de quien recuerda algo. —Cuéntenoslo —dijo la señora Campbell—. Recuerde, señora Pollock, que yo soy nueva aquí, y todas las sagas familiares me son del todo desconocidas.

Emma no sabía qué significaba «sagas», pero le encantaba contar historias.

—Abner Cromwell vivía cerca de Lowbridge, en una de las granjas más grandes de la comarca, y por entonces era diputado provincial. Era una de las ranas más gordas del charco *tory*, y conocía a todo el que tuviera alguna importancia en la Isla. Estaba casado con Julie Flagg, cuya madre era una Reese y cuya abuela era una Clow, así que también estaban emparentados con casi todas las familias de Four Winds. Un día salió un aviso en el *Daily Enterprise*: el señor Abner Cromwell había muerto de repente en Lowbridge, y su funeral se celebraría a las dos de la tarde del día siguiente. Por algún motivo, los Cromwell no llegaron a ver el aviso, y claro, en aquellos tiempos no había teléfonos rurales. A la mañana siguiente, Abner se fue a Halifax a una convención liberal. A las dos empezó a llegar gente para el funeral, con tiempo de sobra para coger buen sitio, pensando que habría una multitud, dado lo importante que era Abner. Y vaya si hubo multitud, que me crean. Los caminos, en kilómetros a la redonda, eran una hilera continua de coches, y la gente siguió llegando hasta cerca de las tres. La señora Abner estaba a punto de volverse loca intentando convencerlos de que su marido no había muerto. Algunos al principio no la creían. Me contó, llorando, que parecía que pensaban que había hecho desaparecer el cadáver. Y cuando por fin se convencían, se comportaban como si les pareciera que Abner debería estar muerto. Y le pisotearon todos los parterres del jardín, de los que tan orgullosa estaba. Además llegaron un montón de parientes lejanos esperando cena y cama para pasar la noche, y ella no tenía casi nada cocinado —hay que reconocer que Julie nunca fue muy previsora—. Cuando Abner volvió a casa dos días después, la encontró en la cama con un ataque de nervios, y tardó meses en recuperarse. No comió nada en seis semanas... bueno, casi nada. Me contaron que dijo que si de verdad hubiera habido un funeral no habría podido estar más disgustada. Pero nunca me creí que lo dijera de verdad.

—Eso no se puede saber seguro —dijo la señora William MacCreery—. La gente dice unas cosas espantosas. Cuando están

alterados, se les escapa la verdad. La hermana de Julie, Clarice, va y canta en el coro como si tal cosa el primer domingo después de que enterraran a su marido.

—Ni el funeral de su propio marido pudo apagar a Clarice por mucho tiempo —dijo Agatha Drew—. Aquella mujer no tenía nada de *serio*. Siempre bailando y cantando.

—Yo también bailaba y cantaba —dijo Myra Murray—, en la orilla, donde nadie me oía.

—Ah, pero desde entonces se ha vuelto usted más sensata —dijo Agatha.

—No-o-o, más tonta —dijo Myra Murray despacio—. Demasiado tonta ya para bailar por la orilla.

—Al principio —dijo Emma, que no estaba dispuesta a que le arrebataran su historia completa—, pensaron que habían puesto el aviso de broma, porque Abner había perdido las elecciones unos días antes, pero resultó que era por un tal Amasa Cromwell, que vivía metido en el bosque, al otro lado de Lowbridge, sin ningún parentesco con ellos. Ese sí que había muerto de verdad. Pero pasó mucho tiempo antes de que la gente le perdonara a Abner el chasco, si es que llegó a perdonárselo.

—Bueno, sí que era un poco molesto recorrer toda esa distancia, y encima en plena época de siembra, para acabar comprobando que el viaje había sido en balde —dijo la señora Tom Chubb, a la defensiva.

—Y, por regla general, a la gente le gustan los funerales —dijo la señora Donald Reese con vehemencia—. Al final todos somos como niños, supongo. Llevé a Mary Anna al funeral de su tío Gordon, y lo disfruté tantísimo... «Mamá —me dijo—, ¿no podríamos desenterrarlo y divertirnos enterrándolo otra vez?»

Aquello *sí* que hizo reír a todas, menos a la señora del anciano Baxter, que puso su cara larga y flaca en un gesto remilgado y clavó la aguja en la colcha sin piedad. Ya no había nada sagrado hoy en día. Todo el mundo se reía de todo. Pero ella, esposa de un anciano

de la iglesia, no iba a tolerar ninguna risa relacionada con un funeral.

—Hablando de Abner, ¿se acuerdan de la necrológica que escribió su hermano John para *su* mujer? —preguntó la señora Allan Milgrave—. Empezaba así: «Dios, por razones que solo Él conoce, ha tenido a bien llevarse a mi hermosa esposa y dejar con vida a la fea mujer de mi primo William». ¡Cómo olvidar el escándalo que se armó!

—¿Cómo se llegó siquiera a publicar semejante cosa? —preguntó la señora Best.

—Pues porque él era el redactor jefe del *Enterprise* en aquel entonces. Adoraba a su mujer —Bertha Morris, se llamaba— y odiaba a la señora William Cromwell porque no había querido que se casara con Bertha. Le parecía que Bertha era demasiado alocada.

—Pero era guapa —dijo Elizabeth Kirk.

—Lo más bonito que he visto en mi vida —convino la señora Milgrave—. La belleza venía de familia entre los Morris. Pero era voluble, voluble como el viento. Nadie supo nunca cómo llegó a mantenerse en sus trece el tiempo suficiente para casarse con John. Dicen que su madre la mantuvo a raya. Bertha estaba enamorada de Fred Reese, pero él tenía fama de coqueto empedernido. «Más vale pájaro en mano que ciento volando», le decía la señora Morris.

—Ese refrán lo he oído toda la vida —dijo Myra Murray—, y me pregunto si será cierto. A lo mejor los pájaros que volaban sabían *cantar*, y el de la mano no.

Nadie sabía muy bien qué decir, pero la señora Tom Chubb lo dijo de todos modos.

—Siempre tan rara, Myra.

—¿Saben lo que me dijo Mary Anna el otro día? —dijo la señora Donald—. Me dijo: «Mamá, ¿qué voy a hacer si nadie me pide nunca que me case con él?»

—*Nosotras* las solteronas podríamos responderle a eso, ¿verdad? —preguntó Celia Reese, dándole un codazo a Edith Bailey. A Celia no le caía bien Edith porque todavía era bastante guapa y no estaba del todo fuera de carrera.

—Gertrude Cromwell *sí* que era fea —dijo la señora Grant Clow—. Tenía un tipo como una tabla. Pero eso *sí*, un ama de casa estupenda. Lavaba todas sus cortinas cada mes, y si Bertha lavaba las suyas una vez al año, ya era mucho. Y las persianas de sus ventanas *siempre* estaban torcidas. Gertrude decía que solo con pasar en coche por delante de la casa de John Cromwell le entraban escalofríos. Y sin embargo, John Cromwell adoraba a Bertha, y William se limitaba a aguantar a Gertrude. Los hombres *sí* que son raros. Dicen que a William se le pegaron las sábanas la mañana de su boda, y se vistió con tanta prisa que llegó a la iglesia con zapatos viejos y calcetines desparejados.

—Bueno, eso fue mejor que lo de Oliver Random —dijo entre risitas la señora George Carr—. *Él* se olvidó de encargarse un traje de novio, y su viejo traje de los domingos era sencillamente imposible: tenía *remiendos*. Así que le pidió prestado a su hermano el traje bueno. Solo le quedaba bien a rachas.

—Y por lo menos William y Gertrude *sí* que se casaron —dijo la señora Simon—. Su hermana Caroline, *no*. Ella y Ronny Drew se pelearon por qué pastor los iba a casar, y al final no se casaron nunca. Ronny se enfadó tanto que fue y se casó con Edna Stone antes de que le diera tiempo a calmarse. Caroline fue a la boda. Llevaba la cabeza bien alta, pero tenía la cara como la muerte.

—Pero al menos ella se calló la boca —dijo Sarah Taylor—. Philippa Abbey no. Cuando Jim Mowbray la dejó plantada, fue a su boda y estuvo diciendo en voz alta las cosas más amargas durante toda la ceremonia. Eran todos anglicanos, claro está —concluyó Sarah Taylor, como si eso explicara cualquier rareza.

—¿Es verdad que después fue a la recepción luciendo todas las joyas que Jim le había regalado cuando estaban prometidos? —

preguntó Celia Reese.

—¡No, qué va! No sé cómo corren esas historias, la verdad. Cualquiera diría que hay gente que no hace otra cosa que repetir cotilleos. Yo diría que Jim Mowbray llegó a arrepentirse de no haberse quedado con Philippa. Su mujer lo tuvo bien sujeto y bien corto, aunque él siempre se lo pasaba en grande cuando ella no estaba delante.

—La única vez que vi a Jim Mowbray fue la noche en que los escarabajos de junio casi provocan una estampida entre la congregación, en el servicio de aniversario de Lowbridge —dijo Christine Crawford—. Y lo que dejaron sin hacer los escarabajos, lo puso Jim Mowbray de su parte. Era una noche calurosa, y tenían todas las ventanas abiertas. Los escarabajos entraron a montones y andaban a trompicones por todas partes. A la mañana siguiente recogieron ochenta y siete bichos muertos en la tarima del coro. Algunas mujeres se pusieron histéricas cuando los bichos les pasaban demasiado cerca de la cara. Justo al otro lado del pasillo de donde yo estaba se sentaba la mujer del nuevo pastor, la señora Peter Loring. Llevaba un sombrero grande de encaje con plumas de sauce...

—Siempre se pensó que era demasiado presumida y derrochadora para ser la mujer de un pastor —intervino la señora del anciano Baxter.

—Oí susurrar a Jim Mowbray: «Mirad cómo le quito ese bicho del sombrero a la señora del predicador de un capirotazo» —estaba sentado justo detrás de ella—. Se inclinó hacia delante y le dio un golpe al bicho: falló, pero le dio de refilón al sombrero y lo mandó rodando por el pasillo hasta la misma barandilla de la comunión. A Jim casi le dio un patatús. Cuando el pastor vio el sombrero de su mujer surcando el aire, perdió el hilo del sermón, no consiguió encontrarlo de nuevo y se rindió, desesperado. El coro cantó el último himno mientras todos se sacudían escarabajos sin parar. Jim bajó y le devolvió el sombrero a la señora Loring. Esperaba una buena reprimenda, porque decían que ella tenía mucho carácter.

Pero ella se lo puso otra vez en su bonita cabecita rubia y se rió de él. «Si no llega a ser por eso —le dijo—, Peter habría seguido veinte minutos más, y todos habríamos acabado como locos de remate». Claro que fue muy amable por su parte no enfadarse, pero la gente pensó que no estuvo bien que dijera eso de su marido.

—Pero hay que tener en cuenta cómo nació —dijo Martha Crothers.

—¿Cómo que *cómo*?

—Era Bessy Talbot, de allá del oeste. Una noche se incendió la casa de su padre, y en medio de todo el jaleo y el trastorno, Bessy nació —*en el jardín*—, bajo las estrellas.

—¡Qué romántico! —dijo Myra Murray.

—¡Romántico! Yo lo llamaría apenas *decente*.

—¡Pero piensen en lo que es nacer bajo las estrellas! —dijo Myra con aire soñador—. Tendría que haber sido una hija de las estrellas: centelleante, hermosa, valiente, fiel, con un destello en los ojos.

—Y todo eso era —dijo Martha—, tuvieran las estrellas la culpa o no. Y bien mal lo pasó en Lowbridge, donde pensaban que la mujer de un pastor tenía que ser puro decoro y remilgo. Anda que no la sorprendió un anciano bailando alrededor de la cuna del bebé un día, y le dijo que no debía alegrarse tanto de su hijo hasta saber si estaba *elegido* o no.

—Hablando de bebés, ¿saben lo que dijo Mary Anna el otro día? «Mamá —me dijo—, ¿las *reinas* tienen bebés?»

—Ese debió de ser Alexander Wilson —dijo la señora Allan—. Un cascarrabias de nacimiento como no ha habido otro. No dejaba que su familia dijera ni una palabra a la hora de comer, según he oído. Y en cuanto a reír, en *su* casa no se reía nadie, nunca.

—¡Imagínense una casa sin risas! —dijo Myra.

—Pero si eso es... un *sacrilegio*.

—Alexander tenía arrebatos en que se pasaba tres días seguidos sin dirigirle la palabra a su mujer —continuó la señora Allan—. Para ella era un alivio tremendo —añadió.

—Alexander Wilson era, al menos, un hombre de negocios honrado —dijo la señora Grant Clow con rigidez. El tal Alexander era primo suyo en cuarto grado, y los Wilson formaban un clan muy cerrado—. Dejó cuarenta mil dólares al morir.

—Qué lástima que tuviera que *dejarlos* —dijo Celia Reese.

—Su hermano Jeffry no dejó ni un centavo —dijo la señora Clow—. Era el inútil de la familia, lo reconozco. Bien sabe Dios que *él* sí que se rió bastante. Se gastó todo lo que ganaba, siempre de amigote con todo el mundo, y murió sin un céntimo. ¿Qué sacó *él* de la vida con tanto despilfarro y tanta risa?

—Puede que no mucho —dijo Myra—, pero piensa en todo lo que él puso en ella. Siempre estaba *dando*: alegría, compasión, amistad, hasta dinero. Al menos era rico en amigos, y Alexander no tuvo un solo amigo en toda su vida.

—Los amigos de Jeff no lo enterraron —replicó la señora Allan—. Eso tuvo que hacerlo Alexander, que además le puso una lápida de las buenas. Costó cien dólares.

—Pero cuando Jeff le pidió un préstamo de cien dólares para pagarse una operación que podría haberle salvado la vida, ¿no se lo negó Alexander? —preguntó Celia Drew.

—Vamos, vamos, nos estamos poniendo demasiado poco caritativas —protestó la señora Carr—. Al fin y al cabo, no vivimos en un mundo de nomeolvides y margaritas, y todos tenemos algún defecto.

—Lem Anderson se casa hoy con Dorothy Clark —dijo la señora Millison, pensando que ya era hora de que la conversación tomara un rumbo más alegre—. Y no hace ni un año que juró que se saltaría la tapa de los sesos si Jane Elliott no se casaba con él.

—Los jóvenes dicen unas cosas tan raras —dijo la señora Chubb—. Lo han llevado muy en secreto: no se supo que estaban prometidos hasta hace tres semanas. Yo estuve hablando con su madre la semana pasada y no soltó ni una insinuación de que hubiera boda tan pronto. No sé si me gusta mucho una mujer capaz de ser tan Esfinge.

—Yo me sorprendo de que Dorothy Clark lo acepte —dijo Agatha Drew—. Yo creía la primavera pasada que ella y Frank Clow iban a hacer buena pareja.

—Yo oí decir a Dorothy que Frank era el mejor partido, pero que de verdad no soportaba la idea de ver aquella nariz asomando por encima de la sábana cada mañana al despertarse.

La señora Elder Baxter dio un respingo de solterona y se negó a sumarse a las risas.

—No deberían decir esas cosas delante de una muchacha tan joven como Edith —dijo Celia, guiñando un ojo por encima de la colcha.

—¿Está ya prometida Ada Clark? —preguntó Emma Pollock.

—No, todavía no —dijo la señora Millison—. Solo hay esperanzas. Pero ya lo pescará. Esas chicas tienen todas un don especial para elegir marido. Su hermana Pauline se casó con la mejor granja del otro lado del puerto.

—Pauline es guapa, pero sigue tan llena de tonterías como siempre —dijo la señora Milgrave—. A veces pienso que nunca sentará la cabeza.

—Ah, ya la sentará —dijo Myra Murray—. Algún día tendrá hijos propios y aprenderá de ellos lo que es la sensatez, tal como nos pasó a usted y a mí.

—¿Dónde van a vivir Lem y Dorothy? —preguntó la señora Meade.

—Ah, Lem ha comprado una granja en el Upper Glen. La antigua finca de los Carey, ya saben, donde la pobre señora de Roger Carey

asesinó a su marido.

—¡Asesinó a su marido!

—Bueno, no digo que él no se lo mereciera, pero todo el mundo pensó que ella se pasó un poco. Sí: herbicida en la taza de té... ¿o sería en la sopa? Todo el mundo lo sabía, pero nunca se hizo nada al respecto. El carrete, por favor, Celia.

—Pero ¿quiere usted decir, señora Millison, que nunca la juzgaron, ni la castigaron? —jadeó la señora Campbell.

—Bueno, nadie quería meter a una vecina en un lío así. Los Carey tenían buenas relaciones en el Upper Glen. Además, la pobre estaba desesperada. Por supuesto que nadie aprueba el asesinato como costumbre, pero si alguna vez un hombre se mereció que lo mataran, ese fue Roger Carey. Ella se fue a los Estados Unidos y volvió a casarse. Lleva muerta años. Su segundo marido la sobrevivió. Todo esto pasó cuando yo era muchacha. Decían que el fantasma de Roger Carey se *aparecía*.

—Seguro que nadie cree ya en fantasmas en esta época tan ilustrada —dijo la señora Baxter.

—¿Y por qué no íbamos a creer en fantasmas? —exigió saber Tillie MacAllister—. Los fantasmas son interesantes. Yo *conozco* a un hombre al que perseguía un fantasma que siempre se reía de él, con sorna. Lo sacaba de quicio. Las tijeras, por favor, señora MacDougall.

Hubo que pedirle las tijeras dos veces a la joven novia, que las entregó sonrojándose profundamente. Todavía no se acostumbraba a que la llamaran señora MacDougall.

—La vieja casa de los Truax, al otro lado del puerto, estuvo encantada durante años: golpes y llamadas por todas partes, una cosa la mar de misteriosa —dijo Christine Crawford.

—Todos los Truax tenían mal el estómago —dijo la señora Baxter.

—Claro que si una no cree en fantasmas, no pueden pasar esas cosas —dijo la señora MacAllister, malhumorada—. Pero mi hermana

trabajó en una casa de Nueva Escocia que estaba encantada por unas risitas.

—¡Qué fantasma tan alegre! —dijo Myra—. A mí no me importaría tener uno así.

—Serían búhos, seguramente —dijo la señora Baxter, con su escepticismo de siempre.

—*Mi* madre vio ángeles alrededor de su lecho de muerte —dijo Agatha Drew con aire de triunfo quejumbroso.

—Los ángeles no son fantasmas —dijo la señora Baxter.

—Ya que hablamos de madres, ¿cómo sigue su tío Parker, Tillie? —preguntó la señora Chubb.

—Muy mal, a temporadas. No sabemos en qué va a parar. Nos tiene a todas en vilo, quiero decir, por lo de la ropa de invierno. Pero el otro día le dije a mi hermana, cuando lo estábamos hablando: «Más nos vale comprar vestidos negros de todos modos», le dije, «y así no importa lo que pase».

—¿Saben lo que dijo Mary Anna el otro día? Dijo: «Mamá, voy a dejar de pedirle a Dios que me rice el pelo. Se lo he pedido todas las noches durante una semana y no ha hecho nada de nada».

—Yo llevo veinte años pidiéndole una cosa —dijo con amargura la señora Bruce Duncan, que hasta entonces no había hablado ni había levantado sus ojos oscuros de la colcha. Era famosa por lo bien que acolchaba, quizá porque el chismorreó nunca la distraía de poner cada puntada exactamente donde debía ir.

Un breve silencio cayó sobre el corro. Todas podían adivinar qué era lo que había pedido, pero no era cosa de comentarla en una reunión de acolchar. La señora Duncan no volvió a hablar.

—¿Es verdad que May Flagg y Billy Carter lo han dejado y que él anda ahora con una de las MacDougall de allá del puerto? —preguntó Martha Crothers, tras un intervalo prudente.

—Sí. Aunque nadie sabe qué pasó.

—Es triste; las pequeñeces que a veces rompen un noviazgo —dijo Candace Crawford—. Miren si no a Dick Pratt y Lilian MacAllister: él justo empezaba a declararse en una merienda campestre cuando le entró una hemorragia nasal. Tuvo que ir hasta el arroyo, y allí conoció a una desconocida que le prestó su pañuelo. Se enamoró de ella y se casaron a las dos semanas.

—¿Se enteraron de lo que le pasó al Gran Jim MacAllister el sábado pasado por la noche, en la tienda de Milt Cooper, en Harbour Head? —preguntó la señora Simon, pensando que ya era hora de que alguien sacara un tema más alegre que los fantasmas y los noviazgos rotos—. Se había acostumbrado, durante todo el verano, a sentarse encima de la estufa. Pero el sábado hacía frío y Milt había encendido el fuego. Así que, cuando el pobre Gran Jim se sentó... va y se chamusca...

La señora Simon no quiso decir qué se había chamuscado, pero se dio unas palmaditas silenciosas en cierta parte de su anatomía.

—El trasero —dijo Walter con gravedad, asomando la cabeza por entre la cortina de enredadera. Estaba convencido, con toda inocencia, de que la señora Simon no lograba acordarse de la palabra correcta.

Un silencio horrorizado cayó sobre las acolchadoras. ¿Había estado Walter Blythe allí todo el rato? Cada una repasaba mentalmente las historias que se habían contado, tratando de recordar si alguna había sido demasiado inadecuada para oídos infantiles. Se decía que la señora doctora Blythe era muy exigente con lo que oían sus hijos. Antes de que se les soltara la lengua paralizada, Ana salió a invitarlas a cenar.

—Solo diez minutos más, señora Blythe. Para entonces tendremos las dos colchas terminadas —dijo Elizabeth Kirk.

Las colchas quedaron terminadas, las sacaron del bastidor, las sacudieron, las alzaron en alto y las admiraron.

—Me pregunto quién dormirá bajo ellas —dijo Myra Murray.

—Quizá una madre reciente arrope a su primer bebé bajo una de ellas —dijo Ana.

—O unos niños se acurruquen bajo ellas una noche fría en la pradera —dijo la señorita Cornelia, para sorpresa de todas.

—O algún pobre reumático se sienta más calentito gracias a ellas —dijo la señora Meade.

—Espero que nadie se *muera* debajo de ellas —dijo la señora Baxter con tristeza.

—¿Saben lo que dijo Mary Anna antes de que yo llegara? —dijo la señora Donald mientras entraban en fila en el comedor—. Dijo: «Mamá, no se te olvide que tienes que comerte *todo* lo que hay en el plato».

Y dicho esto, todas se sentaron y comieron y bebieron para gloria de Dios, pues habían hecho una buena tarde de trabajo y, al fin y al cabo, había muy poca malicia en la mayoría de ellas.

Después de cenar se fueron a casa. Jane Burr caminó hasta el pueblo con la señora Simon Millison.

—Tengo que acordarme de todos los detalles para contárselos a mi madre —dijo Jane con nostalgia, sin saber que Susan estaba contando las cucharas—. Desde que está postrada en cama ya no sale nunca, pero le encanta que le cuenten cosas. Esa mesa va a ser un verdadero regalo para ella.

—Era como una lámina sacada de una revista —convino la señora Simon con un suspiro—. Yo cocino tan bien como la que más, dicho sea sin falsa modestia, pero no soy capaz de poner una mesa con un solo *prestigio* de estilo. En cuanto a ese jovencito Walter, le daría unos azotes en el trasero de buena gana. ¡Menudo susto me dio!

—Y supongo que Ingleside ha quedado sembrado de reputaciones difuntas —estaba diciendo el doctor.

—Yo no estaba acolchando —dijo Ana—, así que no oí lo que se dijo.

—Tú nunca lo estás, querida —dijo la señorita Cornelia, que se había quedado a ayudar a Susan a rematar los bordes de las colchas—. Cuando *tú* estás en el bastidor, nunca se sueltan del todo. Creen que no te gusta el chismorreó.

—Depende de qué clase de chismorreó —dijo Ana.

—Bueno, hoy nadie ha dicho nada demasiado terrible. La mayoría de la gente de la que hablaban estaba muerta, o debería estarlo —dijo la señorita Cornelia, recordando con una sonrisa la historia del funeral frustrado de Abner Cromwell—. Solo la señora Millison ha tenido que sacar otra vez esa espeluznante historia del asesinato de Madge Carey y su marido. Yo me acuerdo de todo. No había ni un vestigio de prueba de que Madge lo hiciera, salvo que un gato murió después de comer un poco de la sopa. Y el animal llevaba una semana enfermo. Si quieres que te diga la verdad, Roger Carey murió de apendicitis, aunque claro, entonces nadie sabía que existiera el apéndice.

—Y la verdad es que me parece una verdadera lástima que llegaran a descubrirlo —dijo Susan—. Las cucharas están todas en su sitio, mi querida señora doctora, y no le ha pasado nada al mantel.

—Bueno, tengo que irme a casa —dijo la señorita Cornelia—. Os mandaré unas costillas la semana que viene, cuando Marshall mate el cerdo.

Walter estaba otra vez sentado en los escalones, con los ojos llenos de sueños. Había caído el crepúsculo. ¿De dónde habría caído?, se preguntaba. ¿Acaso algún espíritu poderoso, de alas de murciélago, lo había derramado sobre el mundo entero desde una jarra morada? La luna se alzaba, y tres viejos abetos retorcidos por el viento parecían tres brujas flacas y jorobadas subiendo a trompicones por una colina, recortadas contra ella. ¿Sería aquello un pequeño fauno de orejas peludas, agazapado entre las sombras? Si ahora mismo abriera la puerta de la pared de ladrillo, ¿no entraría, en vez de en el huerto de siempre, en alguna extraña tierra de

hadas, donde unas princesas despertaran de sueños encantados, donde tal vez pudiera encontrar y seguir a Eco, como tantas veces había anhelado hacer? No se atrevía uno a hablar. Algo desaparecería si lo hacía.

—Cariño —dijo mamá, saliendo—, no debes quedarte aquí sentado más rato. Está refrescando. Acuérdate de tu garganta.

La palabra pronunciada *sí* que había roto el hechizo. Alguna luz mágica se había esfumado. El césped seguía siendo un lugar hermoso, pero ya no era el país de las hadas. Walter se levantó.

—Mamá, ¿me contarás qué pasó en el funeral de Peter Kirk?

Ana se lo pensó un momento; luego se estremeció.

—Ahora no, cariño. Quizá... algún día...

CAPÍTULO 33

Ana, sola en su cuarto —pues habían llamado a Gilbert para una urgencia—, se sentó junto a la ventana para gozar unos minutos de comunión con la ternura de la noche y del extraño encanto de su alcoba bañada de luna. Digan lo que digan, pensó Ana, siempre hay algo un poco extraño en una habitación iluminada por la luna. Toda su personalidad cambia. Ya no es tan amistosa, tan humana. Se vuelve remota, distante, ensimismada. Casi te mira como a una intrusa.

Estaba un poco cansada tras su ajetreado día, y ahora todo estaba tan maravillosamente tranquilo: los niños dormidos, Ingleside otra vez en orden. No se oía ruido alguno en la casa, salvo un tenue golpeteo rítmico que llegaba de la cocina, donde Susan estaba amasando el pan.

Pero por la ventana abierta entraban los sonidos de la noche, cada uno de los cuales Ana conocía y amaba. Una risa queda subía desde el puerto en el aire inmóvil. Alguien cantaba allá abajo, en el Glen, y sonaba como las notas embrujadoras de una canción oída hacía mucho tiempo. Sobre el agua se tendían senderos de plata a la luz de la luna, pero Ingleside estaba envuelto en sombra. Los árboles susurraban «cosas escondidas desde tiempo antiguo», y en el Valle del Arco Iris ululaba un búho.

Qué verano tan feliz ha sido este, pensó Ana; y entonces recordó, con una punzada, algo que en cierta ocasión le había oído decir a la

tía Kitty la Montañesa, del Upper Glen: «el mismo verano no vuelve nunca dos veces».

Nunca sería exactamente igual. Llegaría otro verano, pero los niños serían un poco mayores y Rilla ya iría a la escuela: *y no me quedará ni un bebé*, pensó Ana con tristeza. Jem tenía ya doce años, y ya se hablaba del «examen de ingreso»; Jem, que ayer mismo era un bebé diminuto en la vieja casa de ensueño. Walter estaba pegando el estirón, y esa misma mañana había oído a Nan tomarle el pelo a Di por cierto «chico» del colegio; y Di se había puesto colorada de verdad y había echado atrás su cabeza pelirroja. Bueno, así era la vida. Alegría y dolor, esperanza y miedo, y cambio. ¡Siempre cambio! No había manera de evitarlo. Había que dejar ir lo viejo y acoger lo nuevo en el corazón, aprender a quererlo y después dejarlo marchar a su vez. La primavera, por hermosa que fuese, tenía que ceder paso al verano, y el verano perderse en el otoño. El nacimiento, la boda, la muerte...

Ana pensó de pronto en Walter, que le había pedido que le contara qué había pasado en el funeral de Peter Kirk. No lo había recordado en años, pero no lo había olvidado. Nadie de los que estuvieron allí, estaba segura, lo había olvidado ni lo olvidaría jamás. Sentada allí, en el crepúsculo iluminado por la luna, lo recordó todo.

Había sido en noviembre: el primer noviembre que pasaban en Ingleside, después de una semana de veranillo de San Martín. Los Kirk vivían en Mowbray Narrows, pero acudían a la iglesia del Glen, y Gilbert era su médico; así que tanto él como Ana fueron al funeral.

Había sido, recordaba, un día templado, en calma, de un gris perla. A su alrededor se extendía el paisaje solitario de noviembre, pardo y morado, con algún que otro retazo de sol en las lomas y laderas donde la luz se colaba por una brecha entre las nubes. «Kirkwynd» estaba tan cerca de la orilla que un soplo de viento salado atravesaba los adustos abetos de detrás. Era una casa grande, de aspecto próspero, pero a Ana siempre le había parecido que el hastial del ala en L tenía exactamente la forma de un rostro largo, estrecho y rencoroso.

Ana se detuvo a hablar con un pequeño corro de mujeres en el césped tieso y sin flores. Todas ellas eran buenas almas trabajadoras para quienes un funeral era una emoción no del todo desagradable.

—Se me olvidó traer un pañuelo —decía la señora Bryan Blake con voz quejumbrosa—. ¿Qué voy a hacer cuando me eche a llorar?

—¿Y por qué vas a llorar? —preguntó sin rodeos su cuñada, Camilla Blake, a quien no le gustaban las mujeres que lloraban con demasiada facilidad—. Peter Kirk no es pariente tuyo y nunca te cayó bien.

—Yo creo que es *propio* llorar en un funeral —dijo la señora Blake con rigidez—. Demuestra *sensibilidad* cuando a un vecino lo llaman a su morada eterna.

—Si en el funeral de Peter solo lloran los que lo querían, no habrá muchos ojos húmedos —dijo la señora Curtis Rodd con sequedad—. Esa es la verdad, ¿y para qué andarse con rodeos? Era un viejo hipócrita santurrón, y yo lo sé aunque nadie más lo sepa. ¿*Quién* es esa que viene por la portilla? No... no me digan que es Clara Wilson.

—*Es* ella —susurró la señora Bryan con incredulidad.

—Bueno, ya saben que, cuando murió la primera esposa de Peter, ella le dijo que no volvería a entrar en su casa hasta el día de su funeral, y ha cumplido su palabra —dijo Camilla Blake—. Es hermana de la primera esposa de Peter —añadió, en un aparte explicativo dirigido a Ana, que miró con curiosidad a Clara Wilson mientras pasaba de largo junto a ellas, sin verlas, con sus ojos color topacio ardiendo, clavados al frente. Era una mujer delgada como un junco, de rostro trágico y cejas oscuras, con el pelo negro bajo una de esas absurdas capotas que todavía usaban las ancianas: una cosa de plumas y «canutillos», con un mísero velillo sobre la nariz. No miraba ni hablaba con nadie, mientras su larga falda de tafetán negro susurraba sobre la hierba y subía los escalones del porche.

—Ahí está Jed Clinton en la puerta, poniendo su cara de funeral —dijo Camilla con sarcasmo—. Está claro que piensa que ya es hora de que entremos. Siempre ha presumido de que en *sus* funerales

todo va según lo previsto. Nunca le ha perdonado a Winnie Clow que se desmayara *antes* del sermón. Después no habría sido tan grave. Bueno, no es probable que nadie se desmaye en *este* funeral. Olivia no es de las que se desmayan.

—Jed Clinton, el enterrador de Lowbridge —dijo la señora Reese—. ¿Por qué no contrataron al del Glen?

—¿Quién, Carter Flagg? Pero, mujer, si Peter y él se han llevado a matar toda la vida. Carter quería a Amy Wilson, ¿sabe?

—Muchos la querían —dijo Camilla—. Era una chica guapísima, con el pelo rojo cobrizo y los ojos negros como la tinta. Aunque en aquel entonces la gente pensaba que Clara era la más guapa de las dos. Es raro que nunca se casara. Ahí llega por fin el pastor, con el reverendo Owen de Lowbridge. Claro, es primo de Olivia. No está mal, salvo que mete demasiados «ohes» en sus oraciones. Más vale que entremos, o a Jed le va a dar un patatús.

Ana se detuvo a mirar a Peter Kirk de camino a su silla. Nunca le había caído bien. *Tiene cara de cruel*, había pensado la primera vez que lo vio. Guapo, sí, pero con unos fríos ojos de acero que ya entonces empezaban a hincharse por debajo, y la boca fina y apretada, despiadada, de un avaro. Se le tenía por egoísta y arrogante en su trato con el prójimo, pese a su profesión de piedad y sus untuosas oraciones. «Siempre se cree muy importante», le había oído decir a alguien una vez. Y sin embargo, en general, había sido respetado y admirado.

Era tan arrogante en la muerte como lo había sido en vida, y había algo en aquellos dedos demasiado largos, cruzados sobre su pecho inmóvil, que hizo estremecerse a Ana. Pensó en el corazón de una mujer sostenido entre ellos, y miró de reojo a Olivia Kirk, sentada enfrente de ella con su luto. Olivia era una mujer alta, rubia y hermosa, de grandes ojos azules: «a mí ni una mujer fea», había dicho Peter Kirk una vez; y su rostro estaba sereno, inexpresivo. No había en él rastro alguno de lágrimas, pero claro, Olivia había sido una Random, y los Random no eran gente emotiva. Al menos

guardaba la compostura, y ni la viuda más desconsolada del mundo habría podido llevar luto más riguroso.

El aire estaba empalagoso del perfume de las flores que rodeaban el ataúd; para Peter Kirk, que en vida nunca había reparado en que existieran las flores. Su logia había mandado una corona, la iglesia otra, la Asociación Conservadora otra, la junta escolar otra, la Junta Quesera otra. Su único hijo, con el que llevaba años distanciado, no mandó nada, pero el clan Kirk en su conjunto había enviado un enorme ancla de rosas blancas con «Por fin en el puerto» escrito en capullos rojos, y había otra de la propia Olivia: un cojín de calas. A Camilla Blake se le crispó el rostro al verlo, y Ana recordó haberle oído contar una vez que había estado en Kirkwynd poco después de que Peter se casara en segundas nupcias, cuando este tiró por la ventana una maceta de calas que la novia había traído consigo. Según él, no iba a consentir que su casa se llenara de malas hierbas.

Olivia, por lo visto, se lo había tomado con mucha calma, y en Kirkwynd no había vuelto a haber calas. ¿Sería posible que Olivia...? Pero Ana miró el rostro plácido de la señora Kirk y desechó la sospecha. Al fin y al cabo, normalmente era el florista quien sugería las flores.

El coro cantó: «La muerte, como un mar angosto, separa esa tierra celestial de la nuestra», y Ana cruzó una mirada con Camilla, y supo que ambas se preguntaban cómo diablos iba a encajar Peter Kirk en aquella tierra celestial. Casi podía oír a Camilla diciendo: «A ver quién se atreve a imaginarse a Peter Kirk con arpa y aureola».

El reverendo Owen leyó un capítulo y rezó, con muchos «ohes» y muchos ruegos para que los corazones afligidos hallaran consuelo. El pastor del Glen pronunció un panegírico que muchos, para sus adentros, juzgaron del todo excesivo, incluso teniendo en cuenta que había que decir algo bueno del difunto. Oír llamar a Peter Kirk padre cariñoso y esposo tierno, vecino bondadoso y cristiano ferviente les pareció, pensaron, un abuso del lenguaje. Camilla se refugió tras su pañuelo, *no* para derramar lágrimas, y Stephen Macdonald carraspeó un par de veces. La señora Bryan debía de

haberle pedido un pañuelo prestado a alguien, porque lloraba en él, pero los ojos azules de Olivia, bajos, permanecieron secos.

Jed Clinton soltó un suspiro de alivio. Todo había ido de maravilla. Otro himno, el consabido desfile para echar un último vistazo a «los restos», y otro funeral logrado se sumaría a su larga lista.

Hubo un ligero revuelo en un rincón de la gran sala, y Clara Wilson se abrió paso entre el laberinto de sillas hasta la mesa junto al féretro. Allí se volvió y encaró a los presentes. Su absurda capota se le había ladeado un poco, y un mechón suelto de su pesado pelo negro se había escapado del moño y le colgaba sobre el hombro. Pero a nadie le pareció ya absurda Clara Wilson. Su rostro alargado y cetrino estaba encendido, sus ojos trágicos y atormentados ardían. Era una mujer poseída. La amargura, como una enfermedad incurable que la roía por dentro, parecía impregnar todo su ser.

—Habéis escuchado un atajo de mentiras: vosotros, que habéis venido aquí «a presentar vuestros respetos», o a saciar vuestra curiosidad, lo que fuera. Ahora os voy a decir la verdad sobre Peter Kirk. Yo no soy hipócrita: nunca lo temí en vida, y no lo temo ahora que está muerto. Nadie se ha atrevido nunca a decirle la verdad a la cara, pero se va a decir ahora, aquí, en su funeral, donde lo han llamado buen esposo y buen vecino. ¡Buen esposo! Se casó con mi hermana Amy, mi hermosa hermana Amy. Todos sabéis lo dulce y encantadora que era. Le hizo la vida un tormento. La torturó y la humilló: le *gustaba* hacerlo. Ah, sí, iba a la iglesia con regularidad, hacía oraciones larguísimas y pagaba sus deudas. Pero era un tirano y un matón: hasta su propio perro salía corriendo en cuanto lo oía llegar.

—Le dije a Amy que se arrepentiría de casarse con él. La ayudé a hacerse el vestido de novia: mejor le habría hecho el sudario. Ella entonces estaba loca por él, pobrecita, pero no llevaba ni una semana de casada cuando ya sabía lo que era. Su madre había sido una esclava, y él esperaba que su mujer lo fuera también. «En *mi* casa no habrá discusiones», le dijo. Ella no tenía ánimos para discutir: tenía el corazón partido. Ay, sé bien lo que pasó, mi pobre y

hermosa niña. Él le llevaba la contraria en todo. No pudo tener un jardín de flores, ni siquiera pudo tener una gatita: yo le regalé una y él la ahogó. Tenía que rendirle cuentas de cada centavo que gastaba. ¿Alguno de vosotros la vio jamás con una prenda decente? Él le reprochaba que se pusiera su mejor sombrero si parecía que iba a llover. Como si la lluvia pudiera estropear ningún sombrero de los que *ella* tenía, pobre alma. ¡A ella, que tanto amaba los vestidos bonitos! Siempre se burlaba de su familia. Nunca se rió en toda su vida: ¿alguno de vosotros lo oyó reír de verdad alguna vez? Sonreía, ah, sí, siempre sonreía, con calma y dulzura, mientras hacía las cosas más exasperantes. Sonrió cuando le dijo, después de que su niñita naciera muerta, que más le valdría haberse muerto también ella, si no podía tener más que críos muertos. Murió después de diez años de aquello, y yo me alegré de que hubiera escapado de él. Entonces le dije que jamás volvería a entrar en su casa hasta que viniera a su funeral. Algunos de vosotros me oísteis decirlo. He cumplido mi palabra, y ahora he venido y he dicho la verdad sobre él. Es la verdad. *Usted* lo sabe —y señaló con furia a Stephen Macdonald—. *Usted* lo sabe —y el dedo largo apuntó a Camilla Blake—. *Usted* lo sabe —Olivia Kirk no movió ni un músculo—. *Usted* lo sabe —y hasta el pobre pastor sintió como si aquel dedo lo atravesara de parte a parte—. Lloré en la boda de Peter Kirk, pero le dije que me reiría en su funeral. Y eso es lo que voy a hacer.

Se dio media vuelta con un crujido de faldas furioso y se inclinó sobre el ataúd. Los agravios que llevaban años enconándose habían sido vengados. Por fin había desahogado su odio. Todo su cuerpo vibraba de triunfo y satisfacción mientras miraba hacia abajo, al rostro frío y quieto de un hombre muerto. Todos aguardaron el estallido de una risa vengativa. No llegó. El rostro airado de Clara Wilson cambió de pronto, se contrajo, se arrugó como el de una niña. Clara estaba... llorando.

Se volvió, con las lágrimas corriéndole por las mejillas devastadas, para salir de la sala. Pero Olivia Kirk se levantó y le puso una mano en el brazo antes de que pudiera hacerlo. Por un momento, las dos

mujeres se miraron. La sala quedó envuelta en un silencio que parecía tener presencia propia.

—Gracias, Clara Wilson —dijo Olivia Kirk. Su rostro seguía siendo tan inescrutable como siempre, pero había en su voz serena y pareja un matiz que hizo estremecerse a Ana. Sintió como si de pronto se hubiera abierto un abismo ante sus ojos. Clara Wilson podía odiar a Peter Kirk, vivo y muerto, pero Ana sintió que aquel odio era una cosa pálida comparado con el de Olivia Kirk.

Clara salió llorando, pasando junto a un Jed furioso, con un funeral arruinado entre las manos. El pastor, que había pensado anunciar un último himno, *Duerme en Jesús*, se lo pensó mejor y se limitó a pronunciar una bendición trémula. Jed no hizo el anuncio habitual de que amigos y parientes podían acercarse ya a echar un último vistazo a «los restos». Lo único decente que se podía hacer, pensó, era cerrar de inmediato la tapa del ataúd y enterrar a Peter Kirk fuera de la vista cuanto antes.

Ana respiró hondo al bajar los escalones del porche. Qué agradable era el aire fresco y frío después de aquella sala sofocante y perfumada donde la amargura de dos mujeres había sido, a la vez, su tormento.

La tarde se había vuelto más fría y más gris. Aquí y allá, pequeños grupos comentaban el suceso en el césped con voces apagadas. Todavía se veía a Clara Wilson cruzando un pastizal reseco de camino a casa.

—Bueno, ¿no se lleva esto la palma? —dijo Nelson, aturdido.

—¡Qué escándalo, qué escándalo! —dijo Elder Baxter.

—¿Por qué no la detuvo alguno de nosotros? —exigió saber Henry Reese.

—Porque todos vosotros queráis oír lo que tenía que decir —replicó Camilla.

—No ha sido... decoroso —dijo el tío Sandy MacDougall, que había dado con una palabra de su gusto y le daba vueltas en la lengua—.

Nada decoroso. Un funeral, sea lo que sea, debería ser decoroso: decoroso.

—Caramba, ¿verdad que la vida es rara? —dijo Augustus Palmer.

—Me acuerdo de cuando Peter y Amy empezaron a salir juntos —musitó el viejo James Porter—. Yo le hacía la corte a mi mujer aquel mismo invierno. Clara era entonces un buen bocado de moza. ¡Y qué tarta de cerezas hacía!

—Siempre fue una chica de lengua amarga —dijo Boyce Warren—. En cuanto la vi venir, sospeché que iba a haber dinamita de algún tipo, pero no se me pasó por la cabeza que tomaría esa forma. ¡Y Olivia! ¿Quién lo habría pensado? Las mujeres *son* gente rara.

—Esto va a dar para contar toda la vida —dijo Camilla—. Al fin y al cabo, supongo que si no pasaran cosas así, la historia sería un rollo aburrido.

Un Jed abatido había reunido ya a los portadores del féretro y hecho sacar el ataúd. Mientras el coche fúnebre bajaba por el camino, seguido de la lenta procesión de carruajes, se oyó a un perro aullar de pena en el granero. Quizá, después de todo, había una sola criatura viva que llorase a Peter Kirk.

Stephen Macdonald se acercó a Ana mientras esta esperaba a Gilbert. Era un hombre alto del Upper Glen, con la cabeza de un viejo emperador romano. A Ana siempre le había caído bien.

—Huele a nieve —dijo él—. Siempre me da la impresión de que noviembre es una época de *añoranza*. ¿No le da a usted esa misma impresión, señora Blythe?

—Sí. El año mira hacia atrás con tristeza, hacia su primavera perdida.

—¡La primavera... la primavera! Señora Blythe, me estoy haciendo viejo. Me sorprendo imaginando que las estaciones están cambiando. El invierno ya no es lo que era, no reconozco el verano, y la primavera... ya *no* hay primaveras. O, al menos, así lo sentimos cuando la gente que conocíamos ya no vuelve a compartirlas con

nosotros. Y la pobre Clara Wilson, ahora... ¿qué le ha parecido todo esto?

—Ay, ha sido desgarrador. Tanto odio...

—Sí-í-í. Verá, ella misma estuvo enamorada de Peter hace muchos años, terriblemente enamorada. Clara era entonces la chica más guapa de Mowbray Narrows, con sus bucles oscuros enmarcando aquella cara de piel de nata, pero Amy era una criatura risueña, toda gracia y cantarina. Peter dejó a Clara y se arrimó a Amy. Es extraño cómo estamos hechos, señora Blythe.

Hubo un extraño murmullo entre los abetos desgarrados por el viento, detrás de Kirkwynd; a lo lejos, una borrasca de nieve blanqueaba una colina donde una hilera de chopos lombardos se clavaba en el cielo gris. Todos se apresuraban a marcharse antes de que la nevada alcanzara Mowbray Narrows.

¿Tengo yo derecho a ser tan feliz cuando otras mujeres son tan desdichadas?, se preguntó Ana para sus adentros mientras volvían a casa en el coche, recordando los ojos de Olivia Kirk al dar las gracias a Clara Wilson.

Ana se levantó de la ventana. Habían pasado ya casi doce años. Clara Wilson había muerto, y Olivia Kirk se había ido a la costa, donde había vuelto a casarse. Era mucho más joven que Peter.

El tiempo es más bondadoso de lo que pensamos, pensó Ana. *Es un error terrible guardar rencor durante años, aferrándonos a él como a un tesoro. Pero creo que la historia de lo que pasó en el funeral de Peter Kirk es algo que Walter no debe saber jamás. Desde luego, no era un cuento para niños.*

CAPÍTULO 34

Rilla estaba sentada en los escalones del porche de Ingleside, con una rodilla cruzada sobre la otra —¡qué rodillitas tan adorables, gorditas y morenas!—, muy ocupada en ser desdichada. Y si alguien pregunta por qué una gatita tan mimada podía sentirse desdichada, es que quien pregunta ha olvidado su propia infancia, cuando las cosas que para los mayores eran meras nimiedades eran para ella oscuras y espantosas tragedias. Rilla estaba hundida en las profundidades de la desesperación porque Susan le había dicho que iba a hacer uno de sus pasteles de plata y oro para la fiesta benéfica del orfanato de esa noche, y que ella, Rilla, tendría que llevarlo a la iglesia esa misma tarde.

No me pregunten por qué Rilla sentía que prefería morir antes que llevar un pastel por el pueblo hasta la iglesia presbiteriana de Glen St. Mary. A los pequeños se les meten a veces ideas extrañas en sus cabecitas, y a Rilla se le había metido en la suya que era una cosa vergonzosa y humillante que la vieran llevando un pastel *a ningún sitio*. Quizá fuera porque, un día en que solo tenía cinco años, se había encontrado con la vieja Tillie Pake llevando un pastel calle abajo, con todos los chiquillos del pueblo pegándole gritos a sus talones y burlándose de ella. La vieja Tillie vivía allá abajo, en la Bocana, y era una vieja muy sucia y andrajosa.

«La vieja Tillie Pake / robó un pastel / y le entró dolor de tripa», cantaban los chicos.

Que la confundieran con Tillie Pake era algo que Rilla sencillamente no podía soportar. Se le había metido en la cabeza la idea de que una no podía «ser una señorita» si andaba por ahí con pasteles. Por eso estaba sentada tan desconsolada en los escalones, y su boquita, a la que le faltaba un diente de delante, había perdido su sonrisa habitual. En vez de parecer que entendía en qué pensaban los narcisos o que compartía con la rosa dorada un secreto que solo ellas dos conocían, parecía una criatura aplastada para siempre. Hasta sus grandes ojos color avellana, que casi se le cerraban del todo cuando reía, estaban tristes y atormentados, en lugar de ser los pozos de seducción de costumbre. «Son las hadas que te han tocado los ojos», le había dicho una vez la tía Kitty MacAllister. Su padre juraba que había nacido siendo un encanto, y que le había sonreído al doctor Parker media hora después de venir al mundo. Rilla, por ahora, sabía hablar mejor con los ojos que con la lengua, porque tenía un ceceo muy marcado. Pero ya se le pasaría con los años; estaba creciendo deprisa. El año anterior, papá la había medido junto a un rosal; este año había sido junto al flox; pronto sería junto a las malvarrosas, y entonces iría a la escuela. Rilla había sido muy feliz y estaba muy contenta consigo misma hasta aquel terrible anuncio de Susan. Realmente, le dijo Rilla al cielo con indignación, Susan no tenía ningún sentido de la vergüenza. Bueno, en realidad ella lo pronunciaba «tentido de la velgüenza», pero el precioso cielo de un azul suave parecía entenderla igual.

Mami y papá se habían ido esa mañana a Charlottetown, y los demás niños estaban en la escuela, de modo que Rilla y Susan se habían quedado solas en Ingleside. Normalmente, Rilla se habría alegrado mucho de esas circunstancias. Nunca se sentía sola; le habría encantado sentarse allí, en los escalones, o en su piedra verde y musgosa particular del Valle del Arco Iris, con un gatito de hadas o dos por compañía, e hilar fantasías sobre todo lo que veía: el rincón del césped que parecía una alegre tierra de mariposas, las amapolas flotando sobre el jardín, aquella gran nube esponjosa completamente sola en el cielo, los abejorros zumbando sobre los

capuchinos, la madre selva que se inclinaba para tocar sus rizos castaños rojizos con un dedo amarillo, el viento que soplaban —¿adónde soplaría?—, Cock Robin, que había vuelto y se paseaba con gran importancia por la barandilla del porche, preguntándose por qué Rilla no quería jugar con él; Rilla, que no podía pensar en otra cosa que en el terrible hecho de que tenía que llevar un pastel... un *pastel*... por todo el pueblo hasta la iglesia, para la vieja fiesta benéfica que estaban organizando para los huérfanos. Rilla sabía vagamente que el orfanato estaba en Lowbridge y que allí vivían pobres niños que no tenían padre ni madre. Sentía muchísima lástima por ellos. Pero ni siquiera por el más huérfano de los huérfanos estaba la pequeña Rilla Blythe dispuesta a dejarse ver en público *llevando un pastel*.

Quizá si llovía no tendría que ir. No *parecía* que fuera a llover, pero Rilla juntó las manos —tenía un hoyuelo en la base de cada dedo— y dijo muy seria:

—Pol favol, Dios quelido, haz que llueva mucho. Haz que llueva a cántalot. O ti no... —Rilla pensó en otra posibilidad salvadora—, que te queme el pattel de Tutan... que te queme hatta quedál hecho calbón.

Por desgracia, cuando llegó la hora de comer, el pastel, en su punto justo, relleno y glaseado, reposaba triunfante sobre la mesa de la cocina. Era uno de los pasteles favoritos de Rilla —«pastel de plata y oro» sonaba tan *suntuoso*...—, pero ella sentía que ya nunca más podría comer ni un bocado.

Aun así, ¿no era aquello un trueno rodando sobre las colinas bajas al otro lado del puerto? Quizá Dios había oído su oración; quizá hubiera un terremoto antes de que llegara la hora de partir. ¿No podría fingir que le dolía el estómago, si no quedaba otro remedio? No. Rilla se estremeció. Eso significaría aceite de ricino. ¡Mejor el terremoto!

Los demás niños no se fijaron en que Rilla, sentada en su querida sillita, con el descarado patito blanco bordado en el respaldo, estaba

muy callada. *iCochinot egoíttat!* Si mamá hubiera estado en casa, *ella* sí se habría dado cuenta. Mamá había visto enseguida lo afligida que estaba aquel día terrible en que la foto de papá había salido en el *Enterprise*. Rilla lloraba amargamente en la cama cuando mamá entró y descubrió que Rilla creía que solo a los asesinos les sacaban la foto en el periódico. A mamá no le costó mucho arreglar *aquello*. ¿Le gustaría a mamá ver a *su* hija llevando un pastel por el Glen como la vieja Tillie Pake?

A Rilla le costó comer nada de comida, aunque Susan le había puesto su precioso plato azul con la guirnalda de capullos de rosa que la tía Rachel Lynde le había mandado por su último cumpleaños, y que normalmente solo la dejaban usar los domingos. *iPlatot azulet y capullot de rota!* ¡Cuando una tenía que hacer una cosa tan vergonzosa! Aun así, los buñuelos de fruta que Susan había hecho de postre estaban *ricos*.

—Tutan, ¿no pueden lleval el pattel Nan y Di detpuét de la etcuela? —suplicó.

—Di se va a casa desde la escuela con Jessie Reese, y a Nan le ha salido un hueso en la pierna —dijo Susan, convencida de que estaba siendo muy graciosa—. Además, sería demasiado tarde. El comité quiere tener todos los pasteles antes de las tres, para poder cortarlos y preparar las mesas antes de irse a casa a cenar. ¿Se puede saber por qué no quieres ir, Rolliza? Siempre te parece tan divertido ir a buscar el correo.

Rilla *era* un poco rellenita, pero odiaba que la llamasen así.

—No quielo hacelme daño en lot tentimientot —explicó, muy estirada.

Susan se rió. Rilla empezaba a decir cosas que hacían reír a toda la familia. Ella nunca entendía por qué se reían, porque siempre hablaba muy en serio. Solo mamá nunca se reía; ni siquiera se había reído cuando descubrió que Rilla pensaba que papá era un asesino.

—La fiesta es para recaudar dinero para los pobres niños y niñas que no tienen padre ni madre que los quieran —explicó Susan, como

si Rilla fuera un bebé que no entendía nada.

—Cati toy huélfana —dijo Rilla—. Tolo tengo un padle y una madle.

Susan simplemente volvió a reírse. *Nadie* la entendía.

—Ya sabes que tu madre le *prometió* ese pastel al comité, corderita. Yo no tengo tiempo de llevarlo y *tiene* que ir. Así que ponte el vestido de cuadros azul y ve trotando.

—Mi muñeca ha caído enfelma —dijo Rilla, desesperada—. Tengo que acottalla y quedarme con ella. A lo mejol et amoniaco.

—Tu muñeca estará perfectamente bien hasta que vuelvas. Puedes ir y volver en media hora —fue la despiadada respuesta de Susan.

No había esperanza. Hasta Dios la había fallado: no había ni rastro de lluvia. Rilla, demasiado a punto de llorar para protestar más, subió y se puso su vestido nuevo de organdí bordado y su sombrero de los domingos, adornado con margaritas. Quizá si parecía *respectable* la gente no pensaría que era como la vieja Tillie Pake.

—Cleo que tengo la cala limpia, ti tienet la bondad de milalme detlát de lat olejat —le dijo a Susan con gran solemnidad.

Temía que Susan la regañara por haberse puesto su mejor vestido y su sombrero. Pero Susan se limitó a inspeccionarle las orejas, le puso en las manos la cesta con el pastel, le dijo que se portara con buenos modales y que, por el amor de Dios, no se parara a hablar con todos los gatos que encontrara por el camino.

Rilla les hizo una «mueca» rebelde a Gog y Magog y se marchó muy digna. Susan la siguió con la mirada, enternecida.

Pensar que nuestra pequeñita ya tiene edad para llevar sola un pastel a la iglesia, pensó, entre orgullosa y apenada, mientras volvía al trabajo, completamente ajena a la tortura que le estaba infligiendo a aquella criaturita por la que habría dado la vida.

Rilla no se había sentido tan humillada desde la vez que se quedó dormida en la iglesia y se cayó del banco. Normalmente le encantaba bajar al pueblo; había tantas cosas interesantes que ver: pero aquel día el fascinante tendedero de la señora Carter Flagg, con todas aquellas preciosas colchas colgadas, no consiguió ni una mirada de Rilla, y el nuevo ciervo de hierro fundido que el señor Augustus Palmer había puesto en su jardín la dejó del todo indiferente. Nunca antes había pasado por delante de él sin desear que hubiera uno igual en el césped de Ingleside. Pero ¿qué importaban ahora los ciervos de hierro fundido? El sol caía a raudales por la calle como un río y *todo el mundo* estaba fuera. Dos chicas pasaron cuchicheando entre ellas. ¿Sería sobre *ella*? Se imaginó lo que podían estar diciendo. Un hombre que conducía por la carretera se quedó mirándola. En realidad se preguntaba si aquella sería la pequeña de los Blythe, y, ¡caramba, qué preciosidad de niña! Pero Rilla tuvo la sensación de que sus ojos atravesaban la cesta y veían el pastel. Y cuando Annie Drew pasó en carruaje con su padre, Rilla estuvo segura de que se reía de ella. Annie Drew tenía diez años y le parecía a Rilla una chica muy mayor.

Luego había todo un grupo de chicos y chicas en la esquina de Russell. *Tenía que pasar por delante de ellos*. Era espantoso sentir que todos la miraban y después se miraban entre sí. Pasó muy digna, con una desesperación tan orgullosa que todos pensaron que se las daba de estirada y que había que bajarle un poco los humos. *¡Ya le enseñarían ellos* a esa carita de gatita! ¡Una repipi más, como todas esas niñas de Ingleside! ¡Solo porque vivían allá arriba, en la casa grande!

Millie Flagg se pavoneaba detrás de ella, imitando su forma de andar y levantando nubes de polvo sobre las dos.

—¿Adónde va la cesta con la niña? —gritó «el Resbaladizo» Drew.

—Tienes una mancha en la nariz, Carademermelada —se burló Bill Palmer.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —dijo Sarah Warren.

—¡Mocosa! —se mofó Beenie Bentley.

—Quédate en tu lado del camino o te haré comer un escarabajo —dijo el gordo Sam Flagg, interrumpiendo un momento el mordisco a una zanahoria cruda.

—Mirad cómo se pone colorada —rió tontamente Mamie Taylor.

—Apuesto a que llevas un pastel a la iglesia presbiteriana —dijo Charlie Warren—. Medio crudo, como todos los pasteles de Susan Baker.

El orgullo no dejaba llorar a Rilla, pero había un límite a lo que una podía soportar. Al fin y al cabo, un pastel de Ingleside...

—La próxima vez que alguno de vototlot etté enfelmo, le dilé a mi padle que no ot dé ninguna medicina —dijo, desafiante.

Entonces se quedó mirando, consternada. ¡Aquel no podía ser Kenneth Ford doblando la esquina del camino del puerto! ¡No podía ser! ¡Pero lo era!

Era insoportable. Ken y Walter eran íntimos amigos, y Rilla pensaba, en su pequeño corazón, que Ken era el chico más simpático y más guapo del mundo entero. Rara vez él le hacía mucho caso, aunque una vez le había regalado un pato de chocolate. Y un día inolvidable se había sentado a su lado, en una piedra cubierta de musgo del Valle del Arco Iris, y le había contado el cuento de los Tres Osos y la Casita del Bosque. Pero ella se conformaba con adorarlo desde lejos. ¡Y ahora aquel ser maravilloso la había sorprendido *llevando un pastel!*

—¡Hola, Rolliza! Menudo calor hace, ¿verdad? Espero llevarme un trozo de ese pastel esta noche.

¡Así que sabía que era un pastel! ¡Todo el mundo lo sabía!

Rilla ya había cruzado el pueblo y pensaba que lo peor había pasado, cuando ocurrió lo peor de todo. Miró por un camino lateral y vio venir a su profesora de la escuela dominical, la señorita Emmy Parker. La señorita Emmy Parker todavía estaba bastante lejos, pero

Rilla la reconoció por el vestido —aquel vestido de organdí verde pálido, con volantes y ramilletes de florecitas blancas por todas partes—, el «vestido de flor de cerezo», como lo llamaba Rilla en secreto. La señorita Emmy lo había llevado el domingo pasado en la escuela dominical, y a Rilla le había parecido el vestido más precioso que había visto en su vida. Pero es que la señorita Emmy siempre llevaba unos vestidos tan bonitos: unas veces de encaje y volantes, otras con el susurro de la seda.

Rilla adoraba a la señorita Emmy. Era tan bonita y delicada, con su piel blanquísima, sus ojos castaños, castañísimos, y su sonrisa triste y dulce —triste, le había susurrado una vez otra niña a Rilla, porque el hombre con quien iba a casarse había muerto—. Se alegraba tanto de estar en la clase de la señorita Emmy. Habría odiado estar en la clase de la señorita Florrie Flagg: Florrie Flagg era *fea*, y Rilla no podía soportar a una maestra fea.

Cuando Rilla se encontraba con la señorita Emmy fuera de la escuela dominical, y la señorita Emmy le sonreía y le hablaba, era uno de los grandes momentos de la vida de Rilla. Con que la señorita Emmy le hiciera un simple saludo con la cabeza por la calle, el corazón le daba un vuelco extraño y repentino, y cuando la señorita Emmy había invitado a toda su clase a una fiesta de pompas de jabón, en la que hicieron las pompas rojas con zumo de fresa, Rilla estuvo a punto de morir de pura dicha.

Pero encontrarse con la señorita Emmy llevando un pastel era sencillamente insoportable, y Rilla no estaba dispuesta a soportarlo. Además, la señorita Emmy iba a montar un diálogo para el próximo concierto de la escuela dominical, y Rilla albergaba la secreta esperanza de que le pidieran hacer de hada: un hada de escarlata con un gorrito verde en punta. Pero de nada serviría esa esperanza si la señorita Emmy la veía *llevando un pastel*.

¡Pues la señorita Emmy no la vería! Rilla estaba de pie sobre el puentecillo que cruzaba el arroyo, que en ese punto era bastante hondo, casi como una ría. Sacó el pastel de la cesta de un tirón y lo lanzó al arroyo, donde los alisos se juntaban sobre un remanso

oscuro. El pastel atravesó las ramas dando tumbos y se hundió con un chapoteo y un gorgoteo. Rilla sintió un salvaje espasmo de alivio, libertad y *fuga*, mientras se volvía para saludar a la señorita Emmy, que —advirtió entonces— llevaba un abultado paquete de papel de estraza.

La señorita Emmy le sonrió desde debajo de un sombrerito verde con una diminuta pluma naranja.

—¡Oh, et uttered pleciota, teñolita... pleciota! —jadeó Rilla con adoración.

La señorita Emmy volvió a sonreír. Hasta cuando una tiene el corazón roto —y la señorita Emmy creía de verdad que lo tenía—, no deja de ser agradable recibir un cumplido tan sincero.

—Será por el sombrero nuevo, supongo, querida. Ya sabes, las apariencias cuentan. Supongo —dijo, echando un vistazo a la cesta vacía— que has llevado tu pastel para la fiesta. Qué pena que no vayas tú también, en lugar de volver. Yo llevo el mío —un pastel de chocolate grandísimo y pegajoso.

Rilla la miró, compungida, incapaz de pronunciar palabra. La señorita Emmy *llevaba un pastel*; por lo tanto, no podía ser una vergüenza llevar un pastel. Y ella... ay, ¿qué había hecho? Había tirado al arroyo el precioso pastel de plata y oro de Susan, y había perdido la ocasión de subir a la iglesia junto a la señorita Emmy, las *dos* llevando pasteles.

Cuando la señorita Emmy siguió su camino, Rilla volvió a casa con su terrible secreto. Se escondió en el Valle del Arco Iris hasta la hora de cenar, y de nuevo nadie notó lo callada que estaba. Tenía un miedo espantoso a que Susan le preguntara a quién le había dado el pastel, pero no le hicieron ninguna pregunta incómoda. Después de cenar, los demás se fueron a jugar al Valle del Arco Iris, pero Rilla se quedó sentada sola en los escalones hasta que se puso el sol y el cielo se llenó de un oro ventoso detrás de Ingleside, y en el pueblo, allá abajo, se encendieron las luces. A Rilla siempre le gustaba verlas florecer, aquí y allá, por todo el Glen, pero aquella noche nada le

interesaba. Nunca en su vida había sido tan desdichada. Sencillamente no veía cómo iba a poder seguir viviendo. La tarde se fue tiñendo de púrpura y ella se sentía aún más desdichada. Le llegó flotando un olor delicioso a bollos de azúcar de arce —Susan había esperado al fresco de la noche para hacer la hornada de la familia—, pero los bollos de azúcar de arce, como todo lo demás, no eran más que vanidad. Muy afligida, subió las escaleras y se metió en la cama, bajo la colcha nueva de florecitas rosas de la que una vez se había sentido tan orgullosa. Pero no podía dormir. La seguía atormentando el fantasma del pastel que había ahogado. Mamá le había prometido aquel pastel al comité. ¿Qué pensarían de mamá por no haberlo enviado? ¡Y habría sido el pastel más bonito de todos! El viento tenía esta noche un sonido tan solitario. La estaba reprochando. Decía: «Tonta... tonta... tonta», una y otra vez.

—¿Qué es lo que te tiene despierta, corderita? —dijo Susan, entrando con un bollo de azúcar de arce.

—Oh, Tutan, ettoy... ettoy tan cantada de tel yo *mitma*.

Susan pareció preocupada. Ahora que lo pensaba, la niña había tenido cara de cansada durante la cena.

Y claro, encima el doctor está fuera. Las familias de los médicos se mueren y las mujeres de los zapateros van descalzas, pensó. Y luego, en voz alta:

—Voy a ver si tienes fiebre, corderita.

—No, no, Tutan. Et tolo... he hecho algo etpantoto, Tutan... Tatanát me hizo hacello... no, no, no fue atí, Tutan... lo hice yo mitma, yo... tilé el pattel al arroyo.

—¡Válgame el cielo! —dijo Susan, atónita—. ¿Se puede saber qué te hizo hacer eso?

—¿Hacer qué? —Era mamá, que acababa de volver del pueblo. Susan se retiró de buena gana, aliviada de que la señora doctora se hiciera cargo de la situación. Rilla, entre sollozos, contó toda la historia.

—Cariño, no lo entiendo. ¿*Por qué* te parecía tan terrible llevar un pastel a la iglesia?

—Penté que ela igual que la vieja Tillie Pake, mami. ¡Y te he dethonlado! Oh, mami, ti me peldonat, nunca volvelé a poltalme mal, y le dilé al comité que tí que mandatte un pattel...

—No te preocupes por el comité, cariño. Tendrán más que suficientes pasteles, como siempre. No es probable que nadie note que no mandamos uno. Sencillamente no hablaremos de esto con nadie. Pero, a partir de ahora, Bertha Marilla Blythe, recuerda siempre que ni Susan ni mamá te pedirían jamás que hicieras algo deshonoroso.

La vida volvió a ser dulce. Papá se asomó a la puerta para decir: «Buenas noches, gatita mía», y Susan entró un momento a decir que al día siguiente comerían pastel de pollo.

—¿Con mucha talta, Tutan?

—A raudales.

—¿Y puedo tomar un huevo *moleno* para detayunal, Tutan? No me lo melezco...

—Tendrás dos huevos morenos si quieres. Y ahora *tienes* que comerte el bollo y ponerte a dormir, corderita.

Rilla se comió el bollo, pero antes de dormirse se bajó a escondidas de la cama y se arrodilló. Dijo, muy seria:

—Dios quelido, pol favol haz que tea tiemple una niña buena y obediente, haga lo que me manden hacel. Y bendice a la quelida teñolita Emmy y a todot lot pobret huélfanot.

CAPÍTULO 35

Los niños de Ingleside jugaban juntos, paseaban juntos y vivían todo tipo de aventuras juntos; y cada uno de ellos, además de eso, tenía su propia vida interior de sueños y fantasías. Especialmente Nan, que desde muy pequeña se había inventado dramas secretos con todo lo que oía, veía o leía, y que habitaba en reinos de maravilla y de romance que nadie en su familia sospechaba siquiera. Al principio tejó tramas de danzas de duendecillos y elfos en valles encantados y dríades en los abedules. Ella y el gran sauce de la verja se habían susurrado secretos, y la vieja casa vacía de los Bailey, en el extremo alto del Valle del Arco Iris, era la ruina de una torre encantada. Durante semanas podía ser la hija de un rey, prisionera en un castillo solitario junto al mar; durante meses fue enfermera en una colonia de leprosos de la India o en alguna tierra «lejana, muy lejana». «Lejana, muy lejana» habían sido siempre palabras mágicas para Nan, como una música tenue sobre una colina azotada por el viento.

A medida que crecía, fue construyendo sus dramas en torno a las personas de verdad que veía en su pequeño mundo. Sobre todo las personas de la iglesia. A Nan le gustaba mirar a la gente en la iglesia porque todos iban tan bien vestidos. Era casi un milagro. Parecían tan distintos de como eran entre semana.

Los tranquilos y respetables ocupantes de los distintos bancos familiares se habrían quedado atónitos, y quizá un poco horrorizados, de haber sabido los romances que la recatada niña de ojos castaños del banco de Ingleside urdía sobre ellos. La cejinegra y bondadosa Annetta Millison se habría quedado de piedra al saber

que Nan Blythe se la imaginaba como una secuestradora de niños, que los hervía vivos para hacer pociones que la mantuvieran joven para siempre. Nan se lo imaginaba con tanta viveza que estuvo medio muerta de miedo el día en que se encontró con Annetta Millison en un sendero al atardecer, mecido por el susurro dorado de los ranúnculos. Fue absolutamente incapaz de responder al saludo amistoso de Annetta, y esta pensó que Nan Blythe se estaba volviendo una gatita orgullosa y respondona que necesitaba unas cuantas lecciones de buenos modales. La pálida señora Rod Palmer jamás imaginó que había envenenado a alguien y se estaba muriendo de remordimiento. Gordon MacAllister, el anciano de rostro solemne, no tenía ni idea de que una bruja lo había maldecido al nacer, con el resultado de que jamás podría sonreír. Fraser Palmer, el de bigote oscuro y vida intachable, poco sabía que cuando Nan Blythe lo miraba estaba pensando: *Estoy segura de que ese hombre ha cometido un acto oscuro y desesperado. Tiene cara de llevar un secreto espantoso sobre la conciencia.* Y Archibald Fyfe no sospechaba que, al verlo acercarse, Nan Blythe estaba muy ocupada inventando una rima como respuesta a cualquier cosa que él pudiera decirle, porque a él solo se le podía hablar en verso. Él nunca llegó a dirigirle la palabra, pues tenía un miedo cerval a los niños, pero Nan se divertía muchísimo inventando desesperada y rápidamente una rima.

«Estoy muy bien, gracias, señor Fyfe, / ¿cómo está usted y su mujer?»,

o bien,

«Sí que hace un día muy bueno, / justo para segar el heno».

No hay manera de saber qué habría dicho la señora Morton Kirk si le hubieran contado que Nan Blythe jamás iría a su casa — suponiendo que alguna vez la hubiera invitado— porque había *una huella roja* en el umbral de su puerta; y su cuñada, la plácida, bondadosa y nunca pretendida Elizabeth Kirk, no se imaginaba que era solterona porque su novio había caído muerto ante el altar justo antes de la ceremonia de la boda.

Todo aquello era muy divertido e interesante, y Nan nunca perdió el rumbo entre la realidad y la ficción, hasta que quedó poseída por la Dama de los Ojos Misteriosos.

De nada sirve preguntar cómo crecen los sueños. La propia Nan jamás habría sabido explicar cómo empezó todo. Comenzó con la *Casa Lúgubre* —así la veía siempre Nan, escrita con mayúsculas—. Le gustaba tejer sus romances tanto sobre lugares como sobre personas, y la *Casa Lúgubre* era el único lugar de los alrededores, aparte de la vieja casa de los Bailey, que se prestaba al romance. Nan nunca había visto la *Casa* en sí; solo sabía que estaba allí, detrás de un espeso abeto oscuro, en el camino lateral de Lowbridge, y que llevaba vacía desde tiempo inmemorial, según decía Susan. Nan no sabía qué era eso de «tiempo inmemorial», pero le parecía una frase fascinante, perfecta para una casa lúgubre.

Nan siempre pasaba corriendo como una loca por delante del camino que subía hasta la *Casa Lúgubre* cuando iba por el camino lateral a visitar a su amiga del alma, Dora Clow. Era un camino largo y oscuro, con bóveda de árboles, hierba espesa creciendo entre los surcos y helechos que le llegaban a la cintura bajo los abetos. Cerca de la desvencijada verja colgaba una larga rama gris de arce que se parecía exactamente a un brazo viejo y torcido que se alargaba para rodearla. Nan nunca sabía si un día se alargaría un poquito más y la agarraría. Escapar de ella le daba una emoción deliciosa.

Un día, para su asombro, Nan oyó decir a Susan que Thomasine Fair había ido a vivir a la *Casa Lúgubre* —o, como decía Susan sin ninguna poesía, la vieja finca de los MacAllister.

—Me imagino que se sentirá bastante sola —había dicho mamá—. Está tan apartada de todo.

—Eso no le importará —dijo Susan—. No va a ningún sitio, ni siquiera a la iglesia. No ha ido a ningún sitio en años, aunque dicen que pasea por su jardín de noche. Vaya, vaya, pensar en lo que ha llegado a ser —ella, que era tan guapa y tan tremenda coqueta. ¡Los

corazones que rompió en su día! ¡Y mírala ahora! Bueno, es una advertencia, y a eso puede usted atenerse.

Susan no explicó para quién era la advertencia, y nadie dijo nada más al respecto, porque en Ingleside a nadie le interesaba demasiado Thomasine Fair. Pero Nan, que ya empezaba a estar un poco cansada de todas sus antiguas vidas de ensueño y ardía en deseos de algo nuevo, se apoderó de Thomasine Fair en la *Casa Lúgubre*. Poco a poco, día tras día, noche tras noche —de noche una podía creerse *cualquier* cosa— fue construyendo una leyenda sobre ella, hasta que todo aquello floreció de un modo irreconocible y se convirtió en un sueño más querido para Nan que ninguno de los que había tenido hasta entonces. Nada, antes, le había parecido tan cautivador, tan *real*, como aquella visión de la Dama de los Ojos Misteriosos. Grandes ojos de terciopelo negro, ojos *huecos*, ojos *atormentados*, llenos de remordimiento por los corazones que había roto. Ojos *malvados*: cualquiera que rompiera corazones y no fuera nunca a la iglesia tenía que ser malvado. Y la gente malvada era tan interesante. La Dama se enterraba en vida, lejos del mundo, como penitencia por sus crímenes.

¿Sería una princesa? No, en la Isla del Príncipe Eduardo escaseaban demasiado las princesas. Pero era alta, esbelta, distante, de una belleza glacial, como una princesa, con una larga cabellera negra azabache recogida en dos gruesas trenzas que le caían sobre los hombros hasta los pies. Tendría un rostro de óvalo perfecto y color marfil, una hermosa nariz griega, como la de la Artemisa del Arco de Plata de mamá, y unas manos blancas y preciosas que retorcería mientras paseaba por el jardín de noche, esperando al único verdadero amor que había desdeñado y al que había aprendido a amar demasiado tarde —¿se dan cuenta de cómo iba creciendo la leyenda?—, mientras sus largas faldas de terciopelo negro se arrastraban por la hierba. Llevaría un cinturón dorado y grandes pendientes de perlas en las orejas, y tendría que vivir su vida de sombra y misterio hasta que el amante llegara para liberarla. Entonces se arrepentiría de su antigua maldad y de su crueldad, le tendería las hermosas manos y por fin inclinaría, sumisa, su

orgullosa cabeza. Se sentarían junto a la fuente —para entonces ya había una fuente— y renovarían sus votos, y ella lo seguiría «por colinas y lejanías, más allá de su última cresta púrpura», tal como hacía la Princesa Dormida en el poema que mamá le había leído una noche del viejo tomo de Tennyson que papá le había regalado hacía mucho, mucho tiempo. Pero el amante de la de los Ojos Misteriosos le regalaba joyas incomparables.

La *Casa Lúgubre*, por supuesto, estaría bellamente amueblada, y habría cuartos y escaleras secretas, y la Dama de los Ojos Misteriosos dormiría en una cama de nácar bajo un dosel de terciopelo morado. La atendería un galgo, luego una pareja de galgos, luego todo un séquito de ellos, y ella estaría siempre escuchando, escuchando, escuchando la música de un arpa muy lejana. Pero no podría oírla mientras siguiera siendo malvada, hasta que su amante llegara y la perdonara... y ya está, ahí lo tenían.

Claro que suena todo muy tonto. Los sueños siempre suenan tan tontos cuando se ponen en palabras frías y crudas. Nan, con sus diez años, nunca ponía los suyos en palabras: simplemente los vivía. Aquel sueño de la Dama malvada de los Ojos Misteriosos se le hizo tan real como la vida que transcurría a su alrededor. Se apoderó de ella por completo. Llevaba ya dos años formando parte de ella; de alguna manera extraña había llegado a creérselo. Por nada del mundo se lo habría contado a nadie, ni siquiera a mamá. Era su tesoro particular, su secreto inalienable, sin el cual ya no podía imaginarse que la vida siguiera adelante. Prefería escaparse a solas a soñar con la Dama de los Ojos Misteriosos antes que ir a jugar al Valle del Arco Iris.

Ana se dio cuenta de esta tendencia y se preocupó un poco. Nan se estaba pasando de la raya con eso. Gilbert quería mandarla a Avonlea de visita, pero Nan, por primera vez, suplicó con pasión que no la mandaran. No quería salir de casa, dijo con voz lastimera. Para sus adentros pensaba que se moriría si tenía que alejarse tanto de la extraña, triste y encantadora Dama de los Ojos Misteriosos. Era verdad que la de los Ojos Misteriosos nunca salía a ningún sitio. Pero

podía salir algún día, y si ella, Nan, estaba fuera, se perdería el verla. ¡Qué maravilla sería conseguir tan solo vislumbrarla! Es más, el mismísimo camino por el que ella pasara sería para siempre romántico. El día en que sucediera sería distinto de todos los demás días. Le pondría un círculo en el calendario. Nan había llegado al punto de desear enormemente verla aunque solo fuera una vez. Sabía muy bien que buena parte de lo que había imaginado sobre ella no era más que pura fantasía. Pero no le cabía la menor duda de que Thomasine Fair era joven, hermosa, malvada y seductora —para entonces, Nan estaba absolutamente segura de haberle oído decir eso a Susan—, y mientras lo fuera, Nan podría seguir imaginando cosas sobre ella para siempre.

Nan apenas pudo creer lo que oía cuando Susan le dijo una mañana:

—Tengo un paquete que quiero mandarle a Thomasine Fair, a la vieja finca de los MacAllister. Tu padre lo trajo anoche del pueblo. ¿Puedes acercárselo esta tarde, corderita?

¡Así, sin más! Nan contuvo el aliento. ¿Que si *podía*? ¿De verdad los sueños se hacían realidad de esa manera? Vería la *Casa Lúgubre*... vería a su hermosa y malvada Dama de los Ojos Misteriosos. Verla de verdad... quizá oírla hablar... quizá —¡ay, qué dicha!— tocar su esbelta mano blanca. En cuanto a los galgos, la fuente y todo lo demás, Nan sabía que solo los había imaginado, pero seguramente la realidad sería igual de maravillosa.

Nan estuvo pendiente del reloj toda la mañana, viendo cómo la hora se acercaba despacio —ay, tan despacio— cada vez más. Cuando un nubarrón se alzó amenazador y empezó a caer la lluvia, apenas pudo contener las lágrimas.

—No entiendo *cómo* Dios ha podido dejar que llueva hoy —susurró, rebelde.

Pero el chaparrón pasó pronto y volvió a salir el sol. Nan apenas pudo comer nada, de pura emoción.

—Mami, ¿puedo ponerme el vestido amarillo?

—¿Por qué quieres arreglarte así para ir a ver a una vecina, hija?

¡Una vecina! Pero claro, mamá no lo entendía... no podía entenderlo.

—*Por favor*, mami.

—Está bien —dijo Ana. El vestido amarillo pronto se le quedaría pequeño; bien podía Nan sacarle partido mientras tanto.

A Nan le temblaban bastante las piernas cuando se puso en marcha, con el precioso paquetito en la mano. Tomó un atajo por el Valle del Arco Iris, subió la colina y salió al camino lateral. Las gotas de lluvia todavía brillaban sobre las hojas de los capuchinos como grandes perlas; había una frescura deliciosa en el aire; las abejas zumbaban en el trébol blanco que bordeaba el arroyo; esbeltas libélulas azules relucían sobre el agua —«agujas de zurcir del diablo», las llamaba Susan—; en el prado de la colina las margaritas le hacían gestos de saludo, se mecían hacia ella, la saludaban con la mano, le reían con una risa fresca de oro y plata. Todo era tan precioso, y ella iba a ver a la Dama Malvada de los Ojos Misteriosos. ¿Qué le diría la Dama? ¿Y era *realmente* seguro ir a verla? ¿Y si se quedaba con ella solo unos minutos y resultaba que habían pasado cien años, como en la historia que ella y Walter habían leído la semana pasada?

CAPÍTULO 36

Nan sintió un extraño cosquilleo en la espalda al torcer hacia el camino. ¿Se había movido la rama muerta del arce? No, la había esquivado; ya había pasado. Ajá, vieja bruja, no me has atrapado a *mí*. Avanzaba por el camino, y ni el barro ni los baches tenían poder alguno para empañar su expectación. Unos pasos más y la *Casa Lúgubre* se alzaría ante ella, entre aquellos árboles oscuros y chorreantes, y detrás de ellos. ¡Por fin iba a verla! Se estremeció un poco, sin saber que era por un miedo secreto e inconfesado a perder su sueño. Lo cual es siempre, para la juventud, la madurez o la vejez, una catástrofe.

Se abrió paso por un hueco entre una maraña de abetos jóvenes que atascaba el final del camino. Tenía los ojos cerrados: ¿se atrevería a abrirlos? Por un instante la invadió un terror absoluto y poco le faltó para dar media vuelta y echar a correr. Al fin y al cabo, la Dama *era* malvada. ¿Quién sabía lo que podría hacerte? Hasta podía ser una Bruja. ¿Cómo no se le había ocurrido antes que la Dama Malvada podía ser una Bruja?

Entonces, resuelta, abrió los ojos y clavó en el edificio una mirada lastimera.

¿Era *esto* la *Casa Lúgubre*, la oscura y señorial mansión de torres y torreones de sus sueños? ¡Esto!

Era una casa grande, blanca en otro tiempo, ahora de un gris terroso. Aquí y allá colgaban sueltos algunos postigos rotos, verdes en otro tiempo. Los escalones de la entrada estaban rotos. Un

desolado porche acristalado tenía casi todos los cristales hechos añicos. La cenefa calada del porche estaba rota. ¡Pero si no era más que una vieja casa cansada, gastada de tanto vivir!

Nan miró alrededor con desesperación. No había fuente, ni jardín; bueno, nada que mereciera de verdad ese nombre. El espacio delante de la casa, cercado por una valla desvencijada, estaba lleno de malas hierbas y de hierba enmarañada que le llegaba a la rodilla. Más allá de la valla hozaba un cerdo escuálido. A lo largo del sendero central crecían bardanas. En los rincones había matas desmedradas de rudbeckia dorada, pero sí había una espléndida mata de beligerantes lirios atigrados y, justo junto a los escalones gastados, un alegre macizo de caléndulas.

Nan avanzó despacio por el sendero hasta el macizo de caléndulas. La *Casa Lúgubre* había desaparecido para siempre. Pero la Dama de los Ojos Misteriosos seguía en pie. Seguro que *ella* sí era real; ¡tenía que serlo! ¿Qué era exactamente lo que Susan había dicho de ella tanto tiempo atrás?

—¡Válgame Dios, casi me matas del susto! —dijo una voz un poco atropellada, pero amable.

Nan miró a la figura que se había incorporado de pronto junto al macizo de caléndulas. ¿*Quién* era? No *podía* ser; Nan se negaba a creer que *esa* fuera Thomasine Fair. ¡Sería demasiado terrible!

Vaya, pensó Nan, destrozada por la decepción, *es... es vieja*.

Thomasine Fair, si de verdad era Thomasine Fair —y ahora ya sabía que lo era—, desde luego que era vieja. ¡Y gorda! Parecía uno de esos colchones de plumas atados por el medio con una cuerda con los que la angulosa Susan siempre comparaba a las señoras corpulentas. Iba descalza, llevaba un vestido verde que se había vuelto amarillento y, sobre su escaso cabello canoso y arenoso, un viejo sombrero de fieltro de hombre. Tenía la cara redonda como una O, colorada y arrugada, con la nariz respingona. Sus ojos eran de un azul desvaído, rodeados de unas patas de gallo grandes y de aspecto risueño.

¡Ay, Dama mía, mi encantadora Dama Malvada de los Ojos Misteriosos! ¿Dónde estás? ¿Qué ha sido de ti? ¡Tú *sí* existías!

—Vaya, vaya, ¿y qué niña tan mona eres tú? —preguntó Thomasine Fair.

Nan hizo un esfuerzo por rescatar sus modales.

—Soy... soy Nan Blythe. He venido a traerle esto.

Thomasine se abalanzó sobre el paquete con alegría.

—¡Pues vaya si me alegro de recuperar mis gafas! —dijo—. Las echaba muchísimo de menos para leer el almanaque los domingos. ¿Y tú eres una de las niñas de los Blythe? ¡Qué pelo más bonito tienes! Siempre he querido ver a alguna de vosotras. He oído que tu madre os está criando de forma científica. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta... el qué? —¡Ay, encantadora y malvada Dama, *tú* no leías el almanaque los domingos! Ni decías «mi mamá».

—Pues eso, que si os están criando a lo científico.

—Me gusta cómo me están criando —dijo Nan, esforzándose por sonreír y logrando apenas un amago.

—Bueno, tu madre es una mujer estupenda. Se conserva muy bien. Te digo que la primera vez que la vi, en el funeral de Libby Taylor, pensé que era una novia, de lo contenta que se la veía. Siempre pienso, cuando veo entrar a tu madre en una habitación, que todo el mundo se anima como si esperara que fuera a pasar algo. Y la moda nueva le sienta de maravilla, además. La mayoría de nosotras no estamos hechas para lucirla. Pero anda, entra y siéntate un rato... me alegro de ver a alguien, que a temporadas se pone una un poco solitaria. No puedo permitirme un teléfono. Las flores hacen compañía... ¿has visto alguna vez caléndulas más bonitas? Y tengo un gato.

Nan quería huir hasta los confines de la tierra, pero comprendió que no estaría bien herir los sentimientos de la anciana negándose a

entrar. Thomasine, con la enagua asomando bajo la falda, la precedió por los escalones combados hasta una estancia que evidentemente hacía de cocina y de sala a la vez. Estaba escrupulosamente limpia y alegre, con plantas de interior bien cuidadas. El aire estaba impregnado del agradable aroma del pan recién horneado.

—Siéntate aquí —dijo Thomasine amablemente, acercando una mecedora con un alegre cojín de retales—. Voy a apartarte esa cala de en medio. Espera a que me ponga la dentadura de abajo. Sin ella tengo una pinta rara, ¿verdad? Pero es que me hace un poco de daño. Ya está, ahora hablaré más claro.

Un gato manchado, soltando toda clase de maullidos rebuscados, se acercó a saludarlas. ¡Ay, qué lejos quedaban los galgos de un sueño desvanecido!

—Ese gato caza ratas de maravilla —dijo Thomasine—. Esto está infestado de ratas. Pero al menos no entra la lluvia, y me cansé de vivir de acá para allá con los parientes. No podía llamar mía ni mi alma. Me mandoneaban como si fuera basura. La mujer de Jim era la peor. Se quejaba de que una noche yo le estuviera haciendo muecas a la luna. Bueno, ¿y qué si se las hacía? ¿Le hacía daño a la luna por eso? Le dije: «No pienso seguir siendo el alfiletero de nadie». Así que me vine aquí por mi cuenta, y aquí me quedaré mientras las piernas me sostengan. Bueno, ¿qué te apetece? ¿Te hago un bocadillo de cebolla?

—No... no, gracias.

—Van muy bien cuando se está resfriada. Yo he tenido uno; ¿te has fijado en lo ronca que estoy? Pero me basta con atarme al cuello, cuando me acuesto, un trapo de franela roja con trementina y grasa de ganso. No hay nada mejor.

¡Franela roja y grasa de ganso! ¡Por no hablar de la trementina!

—Si no quieres un bocadillo... ¿de verdad que no?..., voy a ver qué hay en la lata de las galletas.

Las galletas —con forma de gallos y patos— estaban sorprendentemente buenas y se deshacían en la boca. La señora Fair le sonrió a Nan con sus redondos ojos desvaídos.

—Ahora sí que te voy a caer bien, ¿verdad? Me gusta que las niñas me quieran.

—Lo intentaré —jadeó Nan, que en ese momento odiaba a la pobre Thomasine Fair con el odio que solo podemos sentir por quienes destruyen nuestras ilusiones.

—¿Sabes que tengo nietecitos allá en el Oeste?

¡Nietos!

—Te voy a enseñar sus fotos. Bonitos, ¿verdad? Ese de ahí arriba es el retrato de mi pobre y querido Papaíto. Hace veinte años que murió.

El retrato del pobre y querido Papaíto era un gran «carboncillo» de un hombre barbudo, con una orla de pelo blanco y rizado alrededor de una cabeza calva.

¡Ay, amante despreciada!

—Fue un buen marido, aunque ya estaba calvo a los treinta —dijo la señora Fair con cariño—. Ay, pero de moza tuve donde elegir entre los pretendientes. Ahora soy vieja, pero de joven lo pasé en grande. ¡Los pretendientes los domingos por la noche! ¡Cada uno tratando de quedarse el último! ¡Y yo con la cabeza bien alta, más orgullosa que una reina! Papaíto estuvo entre ellos desde el principio, pero al principio yo no tenía ni media palabra que decirle. A mí me gustaban un poco más lanzados. Estaba Andrew Metcalf, por ejemplo; por poco me fugo con él. Pero sabía que traería mala suerte. Tú no te fugues nunca con nadie. Trae mala suerte, de verdad, y que nadie te diga lo contrario.

—No... no lo haré... de verdad que no.

—Al final me casé con Papaíto. Se le acabó la paciencia y me dio veinticuatro horas para que lo aceptara o lo dejara. Mi padre quería

verme sentada de una vez. Se puso muy nervioso cuando Jim Hewitt se ahogó él solo porque yo no le quise. Papaíto y yo fuimos muy felices en cuanto nos acostumbramos el uno al otro. Decía que yo le convenía porque no pensaba demasiado. Papaíto sostenía que las mujeres no estaban hechas para pensar. Decía que eso las volvía resecas y poco naturales. Las judías cocidas le sentaban fatal y le daban unos ataques de lumbago horribles, pero mi bálsamo de balmagalaad siempre se lo arreglaba. Había un especialista en la ciudad que decía que podía curárselo del todo, pero Papaíto siempre decía que si te metías en manos de esos especialistas ya no te dejaban salir nunca... nunca. Lo echo de menos para dar de comer al cerdo. Le encantaba el cerdo. No como nunca un trozo de beicon sin acordarme de él. Ese retrato de enfrente del de Papaíto es la reina Victoria. A veces le digo: «Si le quitaran todos esos encajes y esas joyas, querida, dudo que fuera usted más guapa que yo».

Antes de dejar marchar a Nan, insistió en que se llevara una bolsa de caramelos de menta, una zapatilla de cristal rosa para poner flores y un tarro de jalea de grosella espinosa.

—Eso es para tu madre. Siempre se me ha dado bien la jalea de grosella espinosa. Un día de estos bajaré a Ingleside. Quiero ver esos perros de porcelana que tenéis. Dile a Susan Baker que le estoy muy agradecida por aquel manojo de hojas de nabo que me mandó en primavera.

¡Hojas de nabo!

—Pensaba darle las gracias en el funeral de Jacob Warren, pero se me escapó demasiado deprisa. A mí me gusta tomarme mi tiempo en los funerales. Hace un mes que no hay ninguno. Siempre pienso que se hace muy aburrido cuando no hay funerales por medio. Por Lowbridge siempre tienen un buen surtido de funerales. No me parece justo. Vuelve a verme, ¿quieres? Tienes algo especial... «la buena gracia vale más que la plata y el oro», dice el Buen Libro, y me parece que tiene razón.

Le sonrió a Nan con mucha dulzura; desde luego que tenía una sonrisa bonita. En ella se adivinaba a la Thomasine guapa de antaño. Nan logró esbozar otra sonrisa. Le escocían los ojos. *Tenía* que marcharse antes de echarse a llorar de verdad.

Una criaturita bien educada, reflexionó la vieja Thomasine Fair, mirando por la ventana cómo se alejaba Nan. *No tiene la labia de su madre, pero tampoco es un defecto. Hoy en día la mayoría de los críos se creen listos cuando no son más que unos respondones. La visita de esta cosita me ha hecho sentir joven otra vez.*

Thomasine suspiró y salió a terminar de cortar sus caléndulas y a arrancar a azada unas cuantas bardanas.

Menos mal que sigo ágil, se dijo.

Nan regresó a Ingleside más pobre por la pérdida de un sueño. Ni una vaguada llena de margaritas habría podido atraerla; el agua cantarina la llamó en vano. Quería llegar a casa y encerrarse lejos de ojos humanos. Dos niñas con las que se cruzó se rieron por lo bajo al pasar junto a ella. ¿Se estarían riendo de ella? ¡Cómo se reiría todo el mundo si lo supiera! La tonta de Nan Blythe, que había tejido un romance de fantasías de telaraña en torno a una pálida reina del misterio, y en su lugar había encontrado a la viuda del pobre Papaíto y unos caramelos de menta.

¡Caramelos de menta!

Nan no iba a llorar. Las niñas mayores de diez años no deben llorar. Pero se sentía indeciblemente apesadumbrada. Algo precioso y hermoso se había ido, se había perdido: una reserva secreta de alegría que, según creía ella, ya nunca volvería a ser suya. Encontró Ingleside inundada del delicioso olor de las galletas de especias, pero no fue a la cocina a sonsacarle unas cuantas a Susan. A la hora de la cena tenía un apetito notoriamente flojo, aunque le leyó en los ojos a Susan la amenaza del aceite de ricino. Ana se había fijado en que Nan había estado muy callada desde su vuelta de la vieja finca de los MacAllister; Nan, que literalmente cantaba de la mañana a la

noche y hasta después. ¿Le habría sentado mal a la niña la larga caminata en un día tan caluroso?

—¿A qué viene esa cara tan angustiada, hija? —preguntó como quien no quiere la cosa, cuando entró al anochecer en el cuarto de las gemelas con toallas limpias y encontró a Nan hecha un ovillo en el asiento de la ventana, en vez de andar cazando tigres en junglas ecuatoriales con los demás en el Valle del Arco Iris.

Nan no tenía ninguna intención de contarle a *nadie* que había sido tan tonta. Pero, de algún modo, las cosas se contaban solas a mamá.

—Ay, mamá, ¿*todo* en la vida es una decepción?

—No todo, cariño. ¿Quieres contarme qué te ha decepcionado hoy?

—Ay, mami, Thomasine Fair es... ¡es *buena*! ¡Y tiene la nariz respingona!

—Pero ¿por qué —preguntó Ana, sinceramente perpleja— iba a importarte que tenga la nariz respingona o no?

Entonces salió todo. Ana escuchó con su gesto de seriedad habitual, rogando no traicionarse con una carcajada ahogada. Recordó a la niña que había sido en la vieja Tejas Verdes. Recordó el Bosque Encantado y a dos niñas pequeñas que se habían asustado terriblemente de su propia invención. Y conocía la amarga desdicha de perder un sueño.

—No debes tomarte tan a pecho que se desvanezcan tus fantasías, cariño.

—No puedo evitarlo —dijo Nan con desesperación—. Si pudiera vivir mi vida otra vez, no me imaginaría *nada*. Y no volveré a hacerlo jamás.

—Mi tonta querida... mi *querida* tontita, no digas eso. Tener imaginación es algo maravilloso; pero, como todo don, hay que poseerlo y no dejar que él nos posea a nosotras. Te tomas tus

fantasías un poquito demasiado en serio. Ay, ya sé que es delicioso, conozco ese arrebató. Pero tienes que aprender a quedarte de este lado de la frontera entre lo real y lo irreal. *Entonces* el poder de escapar a voluntad a un hermoso mundo propio te ayudará muchísimo en los momentos difíciles de la vida. Yo siempre resuelvo un problema con más facilidad después de haber hecho un viaje o dos a las Islas Encantadas.

Con estas palabras de consuelo y sabiduría, a Nan le fue volviendo el amor propio. Al final mamá no le parecía tan tonta la idea. Y sin duda existía en algún lugar del mundo una Bella Dama Malvada de los Ojos Misteriosos, aunque no viviera en la *Casa Lúgubre*, que, pensándolo bien, no era un sitio tan malo después de todo, con sus caléndulas anaranjadas, su gato manchado tan simpático, sus geranios y el retrato del pobre y querido Papaíto. En realidad era un lugar bastante alegre, y puede que algún día fuera a ver otra vez a Thomasine Fair y consiguiera más de aquellas ricas galletas. Ya no odiaba a Thomasine.

—¡Qué mamá tan buena eres! —suspiró, al abrigo y amparo de aquellos brazos queridos.

Un crepúsculo entre violeta y gris iba cubriendo la colina. La noche de verano se oscurecía a su alrededor, una noche de terciopelo y susurros. Una estrella asomó sobre el gran manzano. Cuando llegó la señora Marshall Elliott y mamá tuvo que bajar, Nan volvía a estar contenta. Mamá había dicho que iba a empapelar de nuevo su cuarto con un precioso papel amarillo mantequilla, y que les compraría a ella y a Di un arcón de cedro nuevo para guardar sus cosas. Solo que no sería un arcón de cedro cualquiera. Sería un cofre del tesoro encantado que no podría abrirse a menos que se pronunciaran ciertas palabras mágicas. Una palabra podría susurrártela la Bruja de la Nieve, la fría y hermosa Bruja Blanca de la Nieve. Otra te la diría un viento al pasar junto a ti, un viento gris y triste que se lamentaba. Tarde o temprano encontrarías todas las palabras y abrirías el cofre, y lo hallarías lleno de perlas, rubíes y

diamantes en profusión. ¿Verdad que *profusión* era una palabra bonita?

Ay, la vieja magia no se había ido. El mundo seguía lleno de ella.

CAPÍTULO 37

—¿Puedo ser tu mejor amiga este año? —preguntó Delilah Green, durante el recreo de aquella tarde.

Delilah tenía unos ojos muy redondos, de un azul oscuro, unos tirabuzones lustrosos color caramelo, una boquita sonrosada y una voz emocionante, con un ligero temblor. Diana Blythe cayó al instante bajo el hechizo de aquella voz.

En la escuela del Glen se sabía que Diana Blythe andaba un tanto desamparada en busca de amiga. Durante dos años, ella y Pauline Reese habían sido inseparables, pero la familia de Pauline se había mudado y Diana se sentía muy sola. Pauline había sido buena chica. Ciertamente que carecía por completo del encanto misterioso que había tenido la ya casi olvidada Jenny Penny, pero era práctica, muy divertida, *sensata*. Ese último era el adjetivo de Susan, y era el elogio más alto que Susan podía otorgar. A Susan le había parecido Pauline una amiga del todo satisfactoria para Diana.

Diana miró a Delilah con recelo y luego lanzó una mirada al otro lado del patio, hacia Laura Carr, que también era nueva. Laura y ella habían pasado juntas el recreo de la mañana y se habían caído muy bien la una a la otra. Pero Laura era bastante corriente, con pecas y un pelo rubio rojizo indomable. No tenía nada de la belleza de Delilah Green, ni una chispa de su encanto.

Delilah entendió la mirada de Diana y una expresión de dolor le fue asomando al rostro; sus ojos azules parecían a punto de anegarse en lágrimas.

—Si la quieres a *ella*, no puedes quererme a *mí*. Elige entre las dos —dijo Delilah, tendiéndole las manos con gesto dramático. Su voz sonaba más emocionante que nunca; a Diana literalmente le recorrió un escalofrío por la espalda. Puso sus manos en las de Delilah y se miraron solemnemente, sintiéndose consagradas y selladas la una a la otra. Al menos, así lo sintió Diana.

—Me querrás *siempre*, ¿verdad? —preguntó Delilah con pasión.

—Siempre —juró Diana con idéntica pasión.

Delilah rodeó con los brazos la cintura de Diana y bajaron juntas hasta el arroyo. El resto de la clase de Cuarto comprendió que se había sellado una alianza. Laura Carr dejó escapar un suspiro apenas perceptible. Diana Blythe le había caído muy bien. Pero sabía que no podía competir con Delilah.

—Estoy *tan* contenta de que me dejes quererte —iba diciendo Delilah—. Soy muy cariñosa por naturaleza; no puedo evitar querer a la gente. *Por favor*, sé buena conmigo, Diana. Soy una niña desdichada. Nací bajo una maldición. Nadie... *nadie* me quiere.

Delilah, no se sabe cómo, consiguió meter siglos de soledad y de dulzura en aquel «nadie». Diana apretó más fuerte su abrazo.

—Nunca más vas a tener que decir eso, Delilah. Yo siempre te querré.

—¿Por los siglos de los siglos?

—Por los siglos de los siglos —respondió Diana. Se besaron la una a la otra, como en un rito. Dos chicos posados en la valla soltaron un grito burlón, pero ¿a quién le importaba?

—Te voy a gustar muchísimo más que Laura Carr —dijo Delilah—. Ahora que somos amigas del alma puedo contarte algo que ni se me habría ocurrido contarte si la hubieras elegido a ella. *Es una falsa*. Espantosamente falsa. Delante de ti finge ser tu amiga y, a tus espaldas, se ríe de ti y dice las cosas *más crueles*. Una chica que conozco fue a la escuela con ella en Mowbray Narrows y me lo

contó. Te has librado por los pelos. *Yo* soy completamente distinta; soy tan de fiar como el oro, Diana.

—Seguro que sí. Pero ¿qué querías decir con eso de que eres una niña desdichada, Delilah?

Los ojos de Delilah parecieron dilatarse hasta hacerse absolutamente enormes.

—Tengo *madrastra* —susurró.

—¿Madrastra?

—Cuando tu madre se muere y tu padre se vuelve a casar, *ella* es la madrastra —dijo Delilah, con la voz aún más temblorosa de emoción—. Ahora ya lo sabes todo, Diana. ¡Si supieras cómo me tratan! Pero yo nunca me quejo. Sufro en silencio.

Si Delilah de verdad sufría en silencio, cabía preguntarse de dónde sacaba Diana toda la información con la que abrumó a la gente de Ingleside durante las semanas siguientes. Estaba presa de una pasión desatada de adoración y compasión por la desdichada y perseguida Delilah, y necesitaba hablar de ella con quien quisiera escucharla.

—Supongo que este nuevo enamoramiento seguirá su curso a su debido tiempo —dijo Ana—. ¿Quién es esa tal Delilah, Susan? No quiero que los niños se vuelvan unos snobs, pero después de nuestra experiencia con Jenny Penny...

—Los Green son gente muy respetable, mi querida señora doctora. Son bien conocidos en Lowbridge. Se mudaron este verano a la vieja finca de los Hunter. La señora Green es la segunda esposa y tiene dos hijos propios. No sé mucho de ella, pero parece tener un trato pausado, amable y tranquilo. Me cuesta creer que trate a Delilah como dice Di.

—No te creas todo lo que te cuenta Delilah a pies juntillas —advirtió Ana a Diana—. Puede que tienda a exagerar un poco. Recuerda a Jenny Penny...

—Pero, mamá, Delilah no se parece en nada a Jenny Penny —dijo Di, indignada—. En nada de nada. Es *escrupulosamente* sincera. Si la vieras, mamá, sabrías que no sería capaz de mentir. En su casa todos la toman con ella porque es tan *distinta*. Y tiene un carácter *tan* cariñoso. La han perseguido desde que nació. Su madrastra la *odia*. Se me parte el corazón de oír sus sufrimientos. Mira, mamá, no le dan bastante de comer, de verdad que no. Nunca sabe lo que es no tener hambre. Mamá, muchas veces la mandan a la cama sin cenar y se duerme llorando. ¿*Tú* has llorado alguna vez de hambre, mamá?

—Muchas veces —dijo mamá.

Diana se quedó mirando a su madre, con las velas de su pregunta retórica totalmente deshinchadas.

—Antes de llegar a Tejas Verdes pasé mucha hambre muchas veces; en el orfanato, y antes. Nunca me ha gustado hablar de aquellos tiempos.

—Bueno, entonces deberías poder entender a Delilah —dijo Di, recomponiendo sus ideas confusas—. Cuando tiene *tanta* hambre, se sienta y se imagina cosas de comer. ¡Imagínate teniendo que imaginarte cosas de comer!

—Vosotras dos, Nan y tú, ya hacéis bastante de eso —dijo Ana. Pero Di no quiso escuchar.

—Sus sufrimientos no son solo físicos, sino también *espirituales*. Fíjate que quiere ser misionera, mamá, quiere consagrar su vida, y todos *se ríen de ella*.

—Qué crueles —convino Ana. Pero algo en su voz hizo que Di sospechara.

—Mamá, ¿*por qué* tienes que ser tan escéptica? —preguntó con reproche.

—Por segunda vez —sonrió mamá— tengo que recordarte a Jenny Penny. En ella también creíste.

—Entonces era solo una *niña* y era fácil engañarme —dijo Diana con su tono más digno. Le pareció que mamá no se mostraba, con respecto a Delilah Green, tan comprensiva y afín como de costumbre. A partir de entonces, Diana solo hablaba de ella con Susan, ya que Nan se limitaba a asentir cuando se mencionaba el nombre de Delilah. *Pura envidia*, pensó Diana con tristeza.

No es que Susan se mostrara demasiado comprensiva tampoco. Pero Diana necesitaba hablar con alguien de Delilah, y la mofa de Susan no dolía como la de mamá. A Susan no se le podía pedir que lo entendiera del todo. Pero mamá había sido niña, mamá había querido a la tía Diana, mamá tenía un corazón tan tierno. ¿Cómo era posible que el relato del maltrato de la pobre y querida Delilah la dejara tan fría?

Puede que ella también tenga un poco de celos, porque yo quiero tanto a Delilah, reflexionó Diana con sensatez. *Dicen que a las madres les pasa eso. Se ponen algo posesivas.*

—Se me hierva la sangre de oír cómo la trata su madrastra a Delilah —le dijo Di a Susan—. Es una *mártir*, Susan. Para desayunar y cenar solo tiene un poco de gachas, muy poquitas gachas. Y no la dejan ponerles azúcar. Susan, yo he dejado de ponerle azúcar a las mías porque me hacía sentir *culpable*.

—Ah, así que era por eso. Bueno, el azúcar ha subido un centavo, así que a lo mejor no está de más.

Diana se juró que no le contaría nada más sobre Delilah a Susan, pero a la tarde siguiente estaba tan indignada que no pudo contenerse.

—Susan, anoche la madre de Delilah la persiguió con una *tetera al rojo vivo*. Imagínate, Susan. Claro que Delilah dice que eso no lo hace muy a menudo, solo cuando está *muy exasperada*. Casi siempre se limita a encerrar a Delilah en un desván oscuro, un desván *encantado*. ¡Los fantasmas que ha visto esa pobre criatura, Susan! No puede ser sano para ella. La última vez que la encerraron

en el desván vio a la criaturita negra más *rara* del mundo, sentada en la rueca, *tarareando*.

—¿Qué clase de criatura? —preguntó Susan con gravedad. Estaba empezando a disfrutar de las tribulaciones de Delilah y de las cursivas de Di, y ella y la señora doctora se reían de todo ello a escondidas.

—No lo sé... solo era una *criatura*. Casi la lleva al suicidio. Me da mucho miedo que acabe llegando a eso. ¿Sabes, Susan?, tuvo un tío que se suicidó *dos veces*.

—¿Es que una vez no bastaba? —preguntó Susan sin compasión.

Di se marchó ofendida, pero al día siguiente tuvo que volver con otra historia lastimera.

—Delilah nunca ha tenido una muñeca, Susan. Tenía tantas esperanzas de encontrar una en su calcetín las pasadas Navidades. ¿Y qué crees que encontró en su lugar, Susan? ¡Una *vara*! La azotan casi todos los días, ¿sabes? Imagínate a esa pobre criatura recibiendo azotes, Susan.

—A mí me azotaron varias veces de joven y no me ha ido peor por eso —dijo Susan, que habría sido capaz de cualquier cosa si alguien hubiera intentado azotar a un niño de Ingleside.

—Cuando le conté a Delilah lo de nuestros árboles de Navidad, se echó a llorar, Susan. Nunca ha tenido un árbol de Navidad. Pero está decidida a tener uno este año. Ha encontrado un paraguas viejo del que solo quedan las varillas y va a ponerlo de pie en un cubo y a decorarlo como árbol de Navidad. ¿Verdad que es *patético*, Susan?

—¿Es que no hay abetos jóvenes de sobra a mano? La parte de atrás de la vieja finca de los Hunter se ha llenado de abetos estos últimos años —dijo Susan—. Ojalá esa niña se llamara cualquier cosa menos Delilah. ¡Vaya nombre para una niña cristiana!

—Pero si está en la Biblia, Susan. Delilah está muy orgullosa de su nombre bíblico. Hoy en la escuela, Susan, le dije a Delilah que

mañana íbamos a comer pollo, y ella dijo... ¿a que no sabes qué dijo, Susan?

—Estoy segura de que no lo adivinaría jamás —dijo Susan con énfasis—. Y no tienes por qué andar hablando en clase.

—Ay, si no hablamos. Delilah dice que nunca hay que romper ninguna regla. Tiene unos principios altísimos. Nos escribimos cartas en los cuadernos de borrador y nos las intercambiamos. Pues bien, Delilah me escribió: «¿Podrías traerme un hueso, Diana?». Se me saltaron las lágrimas. Le voy a llevar un hueso, con mucha carne pegada. Delilah *necesita* comer bien. Tiene que trabajar como una esclava, una *esclava*, Susan. Tiene que hacer todas las tareas de la casa, bueno, casi todas. Y si no las hace bien, la *zarandean con saña*, o la mandan a comer a la cocina, *con la servidumbre*.

—Los Green solo tienen un mozo francés.

—Pues tiene que comer con él. Y él se sienta en calcetines y come en mangas de camisa. Delilah dice que ya no le importan esas cosas, ahora que me tiene a mí para quererla. No tiene a nadie más que a mí que la quiera, ¿verdad, Susan?

—¡Qué horror! —dijo Susan, con gran gravedad en el semblante.

—Delilah dice que si tuviera un millón de dólares me lo daría todo a mí, Susan. Claro que yo no lo aceptaría, pero demuestra lo buena que tiene el corazón.

—Tan fácil es regalar un millón como cien, si no se tiene ni lo uno ni lo otro —fue todo lo que Susan estuvo dispuesta a decir.

CAPÍTULO 38

Diana estaba encantada. Al fin y al cabo, mamá no tenía celos, mamá no era posesiva, mamá sí que entendía.

Mamá y papá iban a subir a Avonlea el fin de semana, y mamá le había dicho que podía invitar a Delilah Green a pasar el sábado y la noche del sábado en Ingleside.

—Vi a Delilah en la merienda de la escuela dominical —le dijo Ana a Susan—. Es una niña bonita y de modales delicados, aunque desde luego *tiene* que exagerar. Puede que su madrastra sí sea un poco dura con ella, y he oído que su padre es más bien adusto y severo. Seguramente tiene algunos motivos de queja reales y le gusta dramatizarlos para conseguir compasión.

Susan se mostró un poco escéptica.

Pero al menos, quien viva en casa de Laura Green estará limpio, reflexionó. El peine de púas finas no entraba en esta cuestión.

Diana estaba llena de planes para agasajar a Delilah.

—¿Podemos hacer pollo asado, Susan, con mucho relleno? Y *pastel*. No te imaginas cuánto anhela esa pobre criatura probar el pastel. Nunca hacen pasteles en su casa; su madrastra es demasiado tacaña.

Susan se mostró muy comprensiva al respecto. Jem y Nan se habían ido a Avonlea, y Walter estaba en la casa de ensueño con Kenneth Ford. No había nada que ensombreciera la visita de Delilah, y desde luego pareció salir a las mil maravillas. Delilah llegó el

sábado por la mañana muy bien vestida con una muselina rosa; al menos en materia de ropa, la madrastra parecía tratarla bien. Y tenía, como vio Susan de un vistazo, las orejas y las uñas impecables.

—Este es *el* día de mi vida —le dijo solemnemente a Diana—. ¡Vaya, qué casa tan magnífica! ¡Y esos son los perros de porcelana! ¡Ay, son maravillosos!

Todo era maravilloso. Delilah dejó exhausta a la pobre palabra de tanto usarla. Ayudó a Diana a poner la mesa para la comida y llenó la cestita de cristal con guisantes de olor rosados para el centro de mesa.

—Ay, no sabes cuánto me gusta hacer algo solo porque me *apetece* hacerlo —le dijo a Diana—. ¿No hay nada más que pueda hacer, *por favor*?

—Puedes cascar las nueces para el pastel que voy a hacer esta tarde —dijo Susan, que también empezaba a caer bajo el hechizo de la belleza y la voz de Delilah. Al fin y al cabo, puede que Laura Green *sí* fuera un ogro. Uno no siempre podía fiarse de cómo parecía la gente en público. El plato de Delilah se llenó de pollo, relleno y salsa hasta arriba, y le dieron un segundo trozo de pastel sin que tuviera que insinuarlo siquiera.

—Muchas veces me he preguntado cómo sería poder comer todo lo que uno quisiera, aunque solo fuera una vez. Es una sensación maravillosa —le dijo a Diana cuando se levantaron de la mesa.

Pasaron una tarde alegre. Susan le había dado a Diana una caja de bombones, y Diana la compartió con Delilah. Delilah admiró una de las muñecas de Di, y Di se la regaló. Limpiaron el macizo de los pensamientos y arrancaron unos cuantos dientes de león rezagados que habían invadido el césped. Ayudaron a Susan a sacar brillo a la plata y a preparar la cena. Delilah era tan eficiente y ordenada que Susan capituló por completo. Solo dos cosas empañaron la tarde: Delilah consiguió mancharse el vestido de tinta y perdió su collar de cuentas de perlas. Pero Susan quitó la tinta muy bien —aunque se

fue también algo de color— con sales de limón, y Delilah dijo que el collar no importaba. *Nada* importaba, salvo que estaba en Ingleside con su queridísima Diana.

—¿No vamos a dormir en la cama del cuarto de invitados? — preguntó Diana cuando llegó la hora de acostarse—. A las visitas siempre las ponemos en el cuarto de invitados, Susan.

—Vuestra tía Diana viene mañana por la noche con vuestro padre y vuestra madre —dijo Susan—. El cuarto de invitados ya está preparado para ella. Podéis tener al Camarón en vuestra propia cama, y a él no podríais tenerlo en el cuarto de invitados.

—¡Vaya, qué bien huelen tus sábanas! —dijo Delilah cuando se acurrucaron.

—Susan siempre las hierve con raíz de lirio —dijo Diana.

Delilah suspiró.

—Me pregunto si sabes la suerte que tienes, Diana. Si *yo* tuviera un hogar como el tuyo... pero es mi suerte en la vida. No me queda más remedio que soportarlo.

Susan, en su ronda nocturna por la casa antes de acostarse, entró y les dijo que dejaran de cotorrear y se durmieran. Les dio dos bollos de azúcar de arce a cada una.

—Nunca podré olvidar su bondad, señorita Baker —dijo Delilah, con la voz temblándole de emoción. Susan se fue a la cama pensando que en su vida había visto una niña de modales más agradables ni más encantadora. Desde luego había juzgado mal a Delilah Green. Aunque en ese momento a Susan se le ocurrió que, para ser una niña que nunca comía lo suficiente, los huesos de la tal Delilah Green estaban muy bien cubiertos!

Delilah se marchó a su casa la tarde siguiente, y mamá, papá y la tía Diana llegaron por la noche. El lunes cayó el rayo, como suele decirse, en un día despejado. Diana, al volver a la escuela a la hora del mediodía, oyó su propio nombre al entrar en el porche de la

escuela. Dentro del aula, Delilah Green era el centro de un corrillo de niñas curiosas.

—Me llevé una *tremenda* decepción con Ingleside. Después de cómo ha alardeado Di de su casa, yo me esperaba una *mansión*. Claro que es bastante grande, pero algunos muebles están hechos una pena. Las sillas necesitan que las tapicen con urgencia.

—¿Viste los perros de porcelana? —preguntó Bessy Palmer.

—No tienen nada de particular. Ni siquiera tienen pelo. A Diana se lo dije allí mismo, que me había decepcionado.

Diana estaba «clavada al suelo», o al menos al suelo del porche. No pensó en que estaba escuchando a escondidas: sencillamente estaba demasiado atónita para moverse.

—Me da pena Diana —siguió Delilah—. El modo en que sus padres descuidan a la familia es un escándalo. Su madre es una andariega terrible. Es horrible cómo se va y deja a esos pequeños solo con esa vieja Susan para cuidarlos, que además está medio ida. Los va a acabar llevando a todos al asilo de pobres. El despilfarro que hay en esa cocina no os lo creeríais. La mujer del doctor es demasiado alegre y demasiado vaga para cocinar hasta cuando está en casa, así que Susan hace lo que le da la gana. Iba a darnos de comer *en la cocina*, pero yo me planté y le dije: «¿Soy invitada o no lo soy?». Susan dijo que si le contestaba con impertinencia me encerraría en el trastero de atrás. Yo le dije: «No te atreverás», y no se atrevió. «Tú podrás mangonear a los niños de Ingleside, Susan Baker, pero a mí no me manda nadie», le dije. Ay, os lo aseguro, le planté cara a Susan. No la dejé darle jarabe calmante a Rilla. «¿Es que no sabes que eso es veneno para los niños?», le dije.

Pero luego se desquitó conmigo a la hora de comer. ¡Las raciones tan mezquinas que te pone! Había pollo, pero a mí solo me tocó la rabadilla, y nadie me ofreció ni siquiera repetir de pastel. Eso sí, Susan me habría dejado dormir en el cuarto de invitados, pero Di no quiso ni oír hablar de ello, solo por pura mala idea. Es tan envidiosa. Aun así, me da pena. Me dijo que Nan la pellizca *de un modo*

escandaloso. Tiene los brazos llenos de moratones. Dormimos en su cuarto, y un gato viejo y sarnoso estuvo tumbado a los pies de la cama toda la noche. No era nada *iginénico*, y así se lo dije a Di. Y mi collar de perlas *desapareció*. Claro que no digo que lo cogiera Susan. Creo que es *honrada...*, pero es raro. Y Shirley me tiró un tintero. Me arruinó el vestido, pero no me importa. Mi madre tendrá que comprarme uno nuevo. Bueno, en fin, yo les arranqué todos los dientes de león del césped y les saqué brillo a la plata. Tendríaís que haberla visto. No sé *cuándo* la habrán limpiado antes. Os digo que Susan se lo toma con calma cuando la mujer del doctor no está. Le dejé claro que la había calado. «¿Por qué nunca lavas la olla de las patatas, Susan?», le pregunté. Tendríaís que haberle visto la cara. Mirad mi anillo nuevo, chicas. Me lo dio un chico que conozco de Lowbridge.

—Anda, si le he visto ese anillo puesto a Diana Blythe muchas veces —dijo Peggy MacAllister con desdén.

—Y yo no me creo ni una sola palabra de lo que has dicho sobre Ingleside, Delilah Green —dijo Laura Carr.

Antes de que Delilah pudiera responder, Diana, que había recuperado la capacidad de moverse y de hablar, irrumpió en el aula.

—¡Judas! —dijo. Después pensó, arrepentida, que no había sido una expresión muy propia de una señorita. Pero le habían herido en lo más hondo, y cuando una tiene los sentimientos tan alterados no puede andarse con remilgos a la hora de elegir las palabras.

—¡Yo no soy Judas! —masculló Delilah, ruborizándose, probablemente por primera vez en su vida.

—¡Sí que lo eres! ¡No hay en ti ni una chispa de sinceridad! ¡No vuelvas a hablarme en tu vida!

Diana salió corriendo de la escuela y no paró hasta casa. No podía quedarse en la escuela esa tarde, sencillamente no podía. La puerta principal de Ingleside se cerró de un portazo como nunca se había cerrado.

—Cariño, ¿qué pasa? —preguntó Ana, interrumpida en su charla de cocina con Susan por una hija llorosa que se arrojó tempestuosamente contra el hombro materno.

Toda la historia salió entre sollozos, un tanto inconexa.

—Me han herido en todos mis *sentimientos más delicados*, mamá. ¡Y nunca más volveré a creer en nadie!

—Cariño, no todas tus amigas van a ser así. Pauline no lo fue.

—Esta es la *segunda vez* —dijo Diana con amargura, todavía escocida por la sensación de traición y pérdida—. No va a haber una tercera.

—Siento que Di haya perdido la fe en la humanidad —dijo Ana con cierto pesar, cuando Di ya había subido a su cuarto—. Para ella esto es una verdadera tragedia. Realmente ha tenido mala suerte con algunas de sus amigas. Jenny Penny, y ahora Delilah Green. El problema es que Di siempre cae rendida ante las niñas que saben contar historias interesantes. Y la pose de mártir de Delilah resultaba muy seductora.

—Si quiere saber mi opinión, mi querida señora doctora, esa niña de los Green es una perfecta bribona —dijo Susan, tanto más implacable cuanto que ella misma se había dejado engañar sin remedio por los ojos y los modales de Delilah—. ¡Habrás visto, llamar sarnosos a nuestros gatos! No digo yo que no existan los gatos callejeros, mi querida señora doctora, pero una niña no debería hablar de esas cosas. Yo no soy amiga de los gatos, pero el Camarón tiene siete años y merece al menos que se le *respete*. Y en cuanto a mi olla de las patatas...

Pero Susan, en realidad, no lograba expresar lo que sentía respecto a la olla de las patatas.

En su cuarto, Di reflexionaba que quizá no fuera demasiado tarde para ser «mejores amigas» con Laura Carr después de todo. Laura era *sincera*, aunque no fuera muy emocionante. Di suspiró. Algo de

color *sí* se había ido de su vida junto con su fe en la lastimosa suerte de Delilah.

CAPÍTULO 39

Un viento cargado de mordacidad soplaba del este en torno a Ingleside, como una vieja arpía. Era uno de esos días fríos, lloviznosos, de finales de agosto, que te dejan sin ánimo —uno de esos días en que todo sale mal, lo que en los viejos tiempos de Avonlea llamaban «un día gafado». El cachorro nuevo que Gilbert había llevado a casa para los niños había roído el esmalte de la pata de la mesa del comedor; Susan había descubierto que las polillas habían organizado una bacanal en el armario de las mantas; la gatita nueva de Nan había estropeado el helecho más selecto; Jem y Bertie Shakespeare llevaban toda la tarde armando un estrépito abominable en el desván, con cubos de hojalata a modo de tambores; la propia Ana había roto una pantalla de cristal pintado; pero, no sabía por qué, oír la hacerse añicos le había sentado bien. Rilla había tenido dolor de oídos y Shirley un sarpullido misterioso en el cuello que a Ana la traía preocupada, pero al que Gilbert apenas había echado un vistazo distraído, para decir con voz ausente que no creía que fuera nada. Claro que a él no le importaba nada: ¡Shirley solo era hijo suyo! Y tampoco le importaba haber invitado a los Trent a cenar una noche de la semana anterior y haberse olvidado de decírselo a Ana hasta que llegaron. Ella y Susan habían tenido un día ajetreadísimo y habían planeado una cena de sobras. ¡Y la señora Trent, con fama de ser la anfitriona más elegante de Charlottetown! ¿Dónde estaban los calcetines de Walter, los de la caña negra y la puntera azul? —¿Crees, Walter, que podrías, *por una vez*, dejar las cosas en su sitio? Nan, *no sé* dónde están los Siete Mares. Por el

amor de Dios, deja ya de hacer preguntas. No me extraña que envenenaran a Sócrates: se lo tenían merecido.

Walter y Nan se quedaron mirándola fijamente. Nunca habían oído a su madre hablar en ese tono. La mirada de Walter irritó a Ana todavía más.

—Diana, ¿es necesario que te esté recordando siempre que no enrosques las piernas en el taburete del piano? Shirley, ¡seguro que has puesto la revista nueva perdida de mermelada! Y a lo mejor *alguien* tiene la amabilidad de decirme adónde han ido a parar los colgantes de la lámpara de araña.

Nadie sabía decírselo —Susan los había descolgado para llevárselos a lavar— y Ana subió corriendo a refugiarse de las miradas afligidas de sus hijos. En su cuarto se puso a caminar de un lado a otro, febril. ¿*Qué* le pasaba? ¿Se estaba convirtiendo en una de esas criaturas quisquillosas que no tienen paciencia con nadie? Todo la irritaba esos días. Una pequeña manía de Gilbert que antes nunca le había importado ahora la sacaba de quicio. Estaba hasta la coronilla de las obligaciones interminables y monótonas, hasta la coronilla de atender los caprichos de su familia. Hubo un tiempo en que todo lo que hacía por su casa y por los suyos la llenaba de gozo. Ahora ya no parecía importarles lo que hiciera. Se sentía todo el tiempo como una criatura en una pesadilla, tratando de alcanzar a alguien con los pies encadenados.

Lo peor de todo era que Gilbert no había notado ningún cambio en ella. Estaba ocupado noche y día y no parecía importarles nada más que su trabajo. Lo único que había dicho en la cena aquel día había sido: —Pásame la mostaza, por favor.

Claro, siempre me queda hablarles a las sillas y a la mesa, pensó Ana con amargura. Nos estamos convirtiendo en una simple costumbre el uno para el otro, nada más. Ni siquiera se ha dado cuenta de que anoche llevaba un vestido nuevo. Y hace tanto que no me llama «Ana mía» que ya ni recuerdo cuándo fue la última vez. Bueno, supongo que todos los matrimonios acaban así.

Probablemente la mayoría de las mujeres pasan por esto. Simplemente da por hecho que estoy aquí. Ahora lo único que significa algo para él es su trabajo. ¿Dónde está mi pañuelo?_

Ana cogió el pañuelo y se sentó a torturarse a placer. Gilbert ya no la quería. Cuando la besaba, la besaba con aire distraído —pura «costumbre». Se había esfumado todo el encanto. Los chistes de antaño que habían compartido entre risas volvían ahora a su memoria, cargados de tragedia. ¿Cómo había podido parecerle graciosos? Monty Turner, que besaba a su mujer sistemáticamente una vez por semana —se apuntaba la fecha para acordarse. (*¿Qué mujer querría besos así?*) Curtis Ames, que se encontró a su esposa con una capota nueva y no la reconoció. La señora Clancy Dare, que había dicho: «A mí mi marido no es que me importe demasiado, pero lo echaría de menos si no estuviera». (*Supongo que Gilbert me echaría de menos si yo no estuviera. ¿Hemos llegado a eso?*) Nat Elliott, que le confesó a su esposa, tras diez años de matrimonio: «Si quieres que te diga la verdad, estoy harto de estar casado». (*¡Y nosotros llevamos quince años casados!*) En fin, quizá todos los hombres fueran así. Seguramente la señorita Cornelia diría que sí. Con el tiempo se volvían difíciles de retener. (*Si mi marido necesita que lo «retengan», no quiero retenerlo.*) Pero estaba la señora Theodore Clow, que había dicho con orgullo en una reunión de la Sociedad de Damas: «Llevamos veinte años casados y mi marido me quiere tanto como el día de nuestra boda». Aunque tal vez se engañaba a sí misma, o solo «guardaba las apariencias». Y aparentaba cada día más años, y aún más. (*Me pregunto si estaré empezando a parecer vieja.*)

Por primera vez sintió sus años como un peso. Se acercó al espejo y se examinó con ojo crítico. *Sí* que tenía unas patas de gallo minúsculas alrededor de los ojos, pero solo se veían con luz muy fuerte. La línea de la barbilla seguía nítida. Siempre había sido pálida. Tenía el pelo espeso y ondulado, sin una sola cana. Pero, en el fondo, ¿a alguien le gustaba *de verdad* el pelo rojo? La nariz, desde luego, seguía siendo buena. Ana se la acarició como a una vieja amiga, recordando ciertos momentos de su vida en que la nariz

había sido lo único que la había sacado adelante. Pero ahora Gilbert daba su nariz por sentada, sin más. Podría tenerla torcida o respingona, que a él le daría igual. Probablemente se había olvidado de que tenía nariz. Como a la señora Dare con su marido, quizá la echara de menos si un día le faltara.

Bueno, tengo que ir a ver a Rilla y a Shirley, pensó Ana con desánimo. Al menos ellos, pobrecillos, todavía me necesitan. ¿Qué me ha hecho ponerme tan borde con ellos? Ay, seguro que andan diciendo a mis espaldas: «Qué antipática se está poniendo la pobre mamá».

Siguió lloviendo y el viento siguió ululando. La fantasía de cacharros de hojalata en el desván había cesado, pero el incesante chirrido de un grillo solitario en el salón estuvo a punto de sacarla de sus casillas. El correo del mediodía le trajo dos cartas. Una era de Marilla —Ana suspiró al doblarla: la letra de Marilla se volvía cada vez más frágil y temblorosa. La otra carta era de la señora Barrett Fowler, de Charlottetown, a quien Ana apenas conocía. Y la señora Barrett Fowler quería que el doctor y la señora Blythe cenaran con ella el martes siguiente, a las siete, «para conocer a su vieja amiga, la señora Andrew Dawson, de Winnipeg, de soltera Christine Stuart».

A Ana se le cayó la carta de las manos. Una oleada de viejos recuerdos la invadió, algunos de ellos decididamente desagradables. Christine Stuart, de Redmond —la chica con quien se decía que Gilbert estaba prometido—, la chica de la que ella había estado tan amargamente celosa —sí, lo admitía ahora, veinte años después: había estado celosa, había odiado a Christine Stuart. Llevaba años sin pensar en Christine, pero la recordaba con nitidez. Una muchacha alta, de piel de marfil, con grandes ojos azul oscuro y una melena de un negro azulado. Y cierto aire de distinción. Aunque con una nariz larga —sí, decididamente larga. Guapa —ah, eso no se podía negar, Christine había sido muy guapa. Recordaba haber oído, muchos años atrás, que Christine había «hecho una buena boda» y se había marchado al Oeste.

Gilbert llegó para tomar un bocado apresurado de cena —había una epidemia de sarampión en Upper Glen— y Ana le tendió en silencio la carta de la señora Fowler.

—¡Christine Stuart! Claro que iremos. Me gustaría verla, por los viejos tiempos —dijo él, con la primera muestra de admiración que había mostrado en semanas—. Pobrecilla, ha tenido sus propios disgustos. Perdió a su marido hace cuatro años, ¿sabes?

Ana no lo sabía. ¿Y cómo se había enterado Gilbert? ¿Por qué no se lo había dicho nunca? ¿Y se había olvidado de que el martes siguiente era el aniversario de su propia boda? Un día en el que nunca habían aceptado ninguna invitación, sino que se escapaban solos a celebrarlo a su manera. Bueno, *ella* no pensaba recordárselo. Que viera a su Christine si le apetecía. ¿Qué le había dicho una vez, con retintín, una chica de Redmond? «Hubo mucho más entre Gilbert y Christine de lo que tú nunca supiste, Ana.» En su momento se había limitado a reírse —Claire Hallett era una malvada. Pero quizá *sí* hubiera algo de verdad en ello. Ana recordó de pronto, con un escalofrío del alma, que poco después de casarse había encontrado una pequeña fotografía de Christine en una vieja cartera de Gilbert. Él se había mostrado bastante indiferente y había dicho que se preguntaba dónde habría ido a parar aquella foto tan antigua. Pero... ¿sería una de esas cosas sin importancia que son en realidad señal de algo enormemente importante? ¿Sería posible... había llegado Gilbert a querer a Christine? ¿Era ella, Ana, solo la segunda opción? ¿El premio de consolación?

Seguro que no estoy... celosa, pensó Ana, tratando de reírse. Todo aquello era muy ridículo. ¿Qué había de más natural que a Gilbert le hiciera ilusión la idea de ver a una vieja amiga de Redmond? ¿Qué había de más natural que un hombre ocupado, casado desde hacía quince años, olvidara fechas y estaciones, días y meses? Ana le escribió a la señora Fowler aceptando la invitación, y pasó los tres días que faltaban hasta el martes deseando desesperadamente que a alguien de Upper Glen le diera por tener un niño el martes por la tarde, sobre las cinco y media.

CAPÍTULO 40

El niño tan esperado llegó demasiado pronto. Fueron a buscar a Gilbert a las nueve del lunes por la noche. Ana lloró hasta quedarse dormida y se despertó a las tres. Antes le encantaba despertarse de noche —quedarse tumbada mirando por la ventana la hermosura envolvente de la noche, oír la respiración acompasada de Gilbert a su lado, pensar en los niños al otro lado del pasillo y en el hermoso día nuevo que se acercaba. ¡Pero ahora! Ana seguía despierta cuando el alba, clara y verde como la fluorita, apareció en el cielo del este y Gilbert volvió por fin a casa. —Gemelos —dijo con voz hueca, dejándose caer en la cama, y se quedó dormido en un minuto. ¡Gemelos, nada menos! El amanecer del decimoquinto aniversario de su boda, ¡y lo único que su marido tenía que decirle era «gemelos»! Ni siquiera se había acordado de que *era* un aniversario.

Por lo visto, Gilbert lo recordaba igual de mal cuando bajó a las once. Por primera vez no lo mencionó; por primera vez no tenía ningún regalo para ella. Muy bien, pues *él* tampoco tendría el suyo. Ana llevaba semanas teniéndolo preparado: una navaja de mango de plata con la fecha grabada en un lado y sus iniciales en el otro. Claro que *él* tendría que comprársela por un centavo, no fuera a cortar su amor. Pero ya que *él* lo había olvidado, ella lo olvidaría también, y con creces.

Gilbert pasó todo el día como aturdido. Apenas habló con nadie y anduvo mustio por la biblioteca. ¿Estaría perdido en la fascinante anticipación de volver a ver a su Christine? Probablemente llevaba

todos esos años suspirando por ella en el fondo de su corazón. Ana sabía perfectamente que aquella idea era del todo irrazonable, pero ¿cuándo han sido razonables los celos? De nada servía intentar ser filosófica. La filosofía no le hacía ningún efecto al humor que tenía.

Iban a la ciudad en el tren de las cinco.

—¿Podemot entlal a milalte vettíl, mami? —preguntó Rilla.

—Ah, si quieres —dijo Ana. Y entonces se contuvo en seco: su voz empezaba a sonar quejumbrosa. —Ven, cariño —añadió, arrepentida.

Para Rilla no había mayor placer que ver a mami vestirse. Pero hasta Rilla notó que aquella noche mami no le sacaba mucho disfrute a la cosa.

Ana se paró a pensar qué vestido ponerse. No es que importara, se dijo con amargura, lo que se pusiera: Gilbert ya no se fijaba. El espejo había dejado de ser su amigo —se veía pálida y cansada, y *no deseada*. Pero tampoco podía presentarse demasiado provinciana y *pasada de moda* ante Christine. (*No pienso permitir que me tenga lástima.*) ¿Se pondría el vestido nuevo de tul verde manzana, sobre la enagua con capullos de rosa? ¿O la gasa de seda color crema con la chaquetilla estilo Eton de encaje de Cluny? Se probó los dos y se decidió por el de tul. Experimentó con varios peinados y llegó a la conclusión de que el nuevo tupé caído le sentaba muy bien.

—¡Ay, mami, qué guapa ettát! —jadeó Rilla, con los ojos como platos de admiración.

Bueno, se supone que los niños y los tontos dicen siempre la verdad. ¿Acaso no le había dicho una vez Rebecca Dew que era «relativamente guapa»? En cuanto a Gilbert, antes solía hacerle cumplidos, pero ¿cuándo había pronunciado alguno en los últimos meses? Ana no lograba recordar ni uno solo.

Gilbert pasó de camino a su vestidor y no dijo ni una palabra sobre el vestido nuevo. Ana se quedó un momento ardiendo de resentimiento; luego, con un gesto petulante, se arrancó el vestido y

lo tiró sobre la cama. Se pondría el negro de siempre —una prenda ligera que en los círculos de Four Winds se consideraba sumamente «elegante», pero que a Gilbert nunca le había gustado. ¿Qué se pondría al cuello? Las cuentas de Jem, aunque las guardaba como un tesoro desde hacía años, se habían desmenuzado hacía tiempo. La verdad es que no tenía ningún collar decente. Bueno... sacó la cajita con el corazón de esmalte rosa que Gilbert le había regalado en Redmond. Ya casi nunca se lo ponía —al fin y al cabo, el rosa no le sentaba bien con el pelo rojo—, pero esa noche se lo pondría. ¿Se fijaría Gilbert? Ya estaba lista. ¿Por qué no estaba Gilbert? ¿Qué lo entretenía? Ah, sin duda se estaba afeitando con *muchísimo* cuidado. Llamó a la puerta con dos golpes secos.

—Gilbert, vamos a perder el tren si no te das prisa.

—Hablas como una maestra de escuela —dijo Gilbert, saliendo—. ¿Te pasa algo en los metatarsianos?

Ah, conque le hacía gracia, ¿eh? Ana se negó a reconocer siquiera para sus adentros lo bien que le sentaba el frac. Al fin y al cabo, la moda masculina moderna era realmente ridícula. Del todo carente de encanto. ¡Qué espléndido debía de ser en «los espaciosos días de la gran Isabel», cuando los hombres podían llevar jubones de raso blanco y capas de terciopelo carmesí y gorgueras de encaje! Y no por eso eran afeminados: eran los hombres más maravillosos y aventureros que el mundo había visto jamás.

—Bueno, pues vamos, ya que tienes tanta prisa —dijo Gilbert con aire ausente. Ahora siempre estaba ausente cuando le hablaba. Ella era solo parte del mobiliario —sí, un mueble más.

Jem los llevó a la estación. Susan y la señorita Cornelia —que había subido a preguntarle a Susan si podían contar con ella, como siempre, para las patatas gratinadas de la cena de la iglesia— los siguieron con la mirada, admiradas.

—Ana se conserva bien —dijo la señorita Cornelia.

—Sí que se conserva —convino Susan—, aunque estas últimas semanas he pensado más de una vez que le convendría un

empujoncito al hígado. Pero conserva el tipo. Y el doctor tiene el mismo vientre plano de siempre.

—Una pareja ideal —dijo la señorita Cornelia.

La pareja ideal no dijo nada en particular, y muy hermosamente, durante todo el trayecto a la ciudad. ¡Claro, Gilbert estaba demasiado profundamente conmovido ante la perspectiva de volver a ver a su antiguo amor como para hablar con su esposa! Ana estornudó. Empezaba a temer que estuviera cogiendo un resfriado. ¡Qué espanto sería pasarse toda la cena resoplando bajo la mirada de la señora Andrew Dawson, de soltera Christine Stuart! Un punto en el labio le escocía —seguramente le estaba saliendo un horrible herpes labial. ¿Estornudaba alguna vez Julieta? ¡Imagínate a Porcia con sabañones! ¡O a la argiva Helena con hipo! ¡O a Cleopatra con callos!

Cuando Ana bajó las escaleras en casa de los Barrett Fowler, tropezó con la cabeza de oso de la alfombra del vestíbulo, cruzó dando tumbos la puerta del salón y atravesó la selva de muebles mullidos y filigranas doradas que la señora Barrett Fowler llamaba su salón, para acabar cayendo sobre el sofá —por suerte, sentada del derecho. Miró alrededor, consternada, buscando a Christine, y entonces se dio cuenta, con alivio, de que Christine todavía no había hecho su aparición. ¡Qué espanto habría sido que estuviera allí sentada, contemplando divertida semejante entrada de borracha de la esposa de Gilbert Blythe! Gilbert ni siquiera le había preguntado si se había hecho daño. Ya estaba enfrascado en conversación con el doctor Fowler y con un tal doctor Murray, desconocido para ella, natural de Nuevo Brunswick y autor de una notable monografía sobre enfermedades tropicales que estaba dando mucho que hablar en los círculos médicos. Pero Ana observó que, en cuanto Christine bajó las escaleras, precedida por un aroma de heliotropo, la monografía quedó al instante olvidada. Gilbert se puso en pie con un brillo de interés hartamente evidente en los ojos.

Christine se detuvo un instante imponente en el umbral. Nada de tropezar con cabezas de oso, para ella. Christine, recordó Ana, tenía

desde antiguo esa costumbre de detenerse en las puertas para lucirse. Y sin duda consideraba aquella una excelente ocasión para mostrarle a Gilbert lo que había perdido.

Llevaba un vestido de terciopelo morado de mangas largas y vaporosas, forrado de oro, y una cola de pez forrada de encaje dorado. Una diadema dorada le ceñía las alas todavía oscuras del cabello. Una cadena de oro fina y larga, sembrada de diamantes, le colgaba del cuello. Ana se sintió al instante desaliñada, provinciana, sin acabar de pulir, pasada de moda y con seis meses de retraso. Deseó no haberse puesto aquel tonto corazón de esmalte.

No cabía duda de que Christine seguía tan guapa como siempre. Quizá un poco demasiado lustrosa y bien conservada —sí, considerablemente más rellena. Su nariz desde luego no se había acortado, y su barbilla era ya decididamente de mediana edad. De pie en el umbral así, se veía que sus pies eran... contundentes. ¿Y no se le estaba quedando un poco desgastado aquel aire de distinción? Pero sus mejillas seguían siendo como marfil pulido, y sus grandes ojos azul oscuro seguían mirando con brillo bajo aquel intrigante pliegue paralelo que en Redmond se consideraba tan fascinante. Sí, la señora Andrew Dawson era una mujer muy hermosa —y no daba en absoluto la impresión de tener el corazón enterrado del todo en la tumba del susodicho Andrew Dawson.

Christine se adueñó de todo el salón nada más entrar. Ana sintió que ella ni siquiera formaba parte del cuadro. Pero se irguió en el asiento. Christine no le vería ningún desmadejamiento de mediana edad. Iría a la batalla con todas las banderas desplegadas. Sus ojos grises se le pusieron intensamente verdes y un leve rubor le coloreó la mejilla ovalada. (*iAcuérdate de que tienes nariz!*) El doctor Murray, que hasta entonces no se había fijado especialmente en ella, pensó con cierta sorpresa que Blythe tenía una esposa de aspecto muy poco común. Aquella pretenciosa señora Dawson parecía positivamente vulgar a su lado.

—Vaya, Gilbert Blythe, estás tan guapo como siempre —decía Christine con retintín... *iChristine con retintín!...* —Qué alegría

comprobar que no has cambiado nada.

(Habla con el mismo arrastre de siempre en las vocales. Cómo he odiado siempre esa voz aterciopelada suya.)

—Cuando te miro —dijo Gilbert— el tiempo deja de tener ningún sentido. ¿Dónde aprendiste el secreto de la eterna juventud?

Christine se rió.

(¿No suena su risa un poco a hojalata?)

—Siempre se te dio bien un cumplido bonito, Gilbert. ¿Sabéis? — con una mirada pícara alrededor del círculo—, el doctor Blythe fue una vieja llama mía en aquellos tiempos que él finge creer que fueron ayer mismo. ¡Y Ana Shirley! No ha cambiado tanto como me habían dicho... aunque no creo que la hubiera reconocido si nos hubiéramos cruzado por la calle sin más. Tiene el pelo *un poco* más oscuro que antes, ¿verdad? ¿No es *divino* volver a encontrarse así? Tenía tanto miedo de que el lumbago no la dejara venir...

—¡Mi lumbago!

—Pues sí, ¿no lo padece usted? Creía que sí...

—Debo de haberme hecho un lío —dijo la señora Fowler, disculpándose—. Alguien me dijo que estaba usted postrada con un ataque de lumbago muy fuerte...

—Esa es la señora del doctor Parker, de Lowbridge. Yo no he tenido lumbago en mi vida —dijo Ana con voz sin inflexión.

—Qué suerte que no lo tenga usted —dijo Christine, con algo levemente insolente en el tono—. Es *tan* horrible. Tengo una tía que es una auténtica mártir de eso.

Su aire parecía relegar a Ana a la generación de las tías. Ana logró esbozar una sonrisa con los labios, no con los ojos. ¡Si al menos se le ocurriera algo ingenioso que decir! Sabía que a las tres de la madrugada se le ocurriría, probablemente, una réplica brillante que podría haber dado, pero eso no le servía de nada ahora.

—Me dicen que tiene usted siete hijos —dijo Christine, hablando a Ana pero mirando a Gilbert.

—Solo seis con vida —dijo Ana, con un respingo. Aún hoy no podía pensar en la pequeña Joyce, tan blanca, sin dolor.

—¡*Menuda* familia! —dijo Christine.

De pronto pareció una cosa vergonzosa y absurda tener una familia numerosa.

—Usted, creo, no tiene ninguno —dijo Ana.

—Nunca me gustaron los niños, ¿sabe? —Christine se encogió de sus hombros extraordinariamente bien formados, aunque la voz le salió algo dura—. Me temo que no soy del tipo maternal. La verdad es que nunca creí que la única misión de la mujer fuera traer niños a un mundo ya de por sí superpoblado.

Pasaron entonces al comedor. Gilbert acompañó a Christine, el doctor Murray a la señora Fowler, y el doctor Fowler, un hombrecillo redondo que no sabía hablar con nadie que no fuera otro médico, acompañó a Ana.

Ana sintió que la sala resultaba bastante sofocante. Flotaba en ella un aroma dulzón y misterioso. Probablemente la señora Fowler había estado quemando incienso. El menú era bueno, y Ana fue haciendo el gesto de comer sin ningún apetito, sonriendo hasta sentir que empezaba a parecerse al gato de Cheshire. No podía apartar los ojos de Christine, que sonreía a Gilbert sin cesar. Tenía unos dientes preciosos —casi demasiado preciosos. Parecían un anuncio de dentífrico. Christine hacía un uso muy efectista de las manos al hablar. Tenía unas manos bonitas —bastante grandes, eso sí.

Le estaba hablando a Gilbert de los ritmos vitales para vivir mejor. ¿Qué demonios quería decir con eso? ¿Lo sabía ella misma? Luego cambiaron de tema y pasaron a hablar de la Representación de la Pasión.

—¿Ha estado usted alguna vez en Oberammergau? —le preguntó Christine a Ana.

¡Cuando sabía perfectamente que Ana no había estado! ¿Por qué hasta la pregunta más sencilla sonaba insolente en boca de Christine?

—Claro que una familia ata terriblemente —dijo Christine—. Ay, ¿a que no sabe usted a quién vi el mes pasado, cuando estuve en Halifax? A aquella amiguita tuya, la que se casó con el pastor tan feo... ¿cómo *era* que se llamaba?

—Jonas Blake —dijo Ana—. Se casó con él Philippa Gordon. Y a mí nunca me pareció feo.

—¿Ah, *no*? Claro que sobre gustos no hay nada escrito. Bueno, el caso es que los vi. ¡*Pobre* Philippa!

El uso que Christine hacía de la palabra «pobre» resultaba muy efectivo.

—¿Por qué pobre? —preguntó Ana—. Creo que ella y Jonas han sido muy felices.

—¡Felices! Querida, si viera usted el sitio donde viven... Un miserable pueblecito de pescadores donde toda la emoción del día es que los cerdos se cuelen en el huerto. Me contaron que el tal Jonas tenía una buena parroquia en Kingsport y la dejó porque le pareció su «deber» ir con los pescadores, que lo «necesitaban». A mí esos fanáticos no me sirven de nada. «¿Cómo *puedes* vivir en un sitio tan aislado y apartado como este?», le pregunté a Philippa. ¿Sabe qué me contestó?

Christine extendió sus manos cuajadas de anillos con gesto expresivo.

—Quizá lo mismo que yo diría de Glen St. Mary —dijo Ana—: que es el único lugar del mundo donde vivir.

—Vaya, así que está usted contenta ahí —sonrió Christine. (*¡Aquella terrible boca llena de dientes!*)—. ¿De verdad nunca siente que le gustaría una vida más amplia? Antes era usted bastante ambiciosa, si mal no recuerdo. ¿No escribía cosillas bastante

ingeniosas cuando estaba en Redmond? Un poco fantasiosas y caprichosas, claro está, pero aun así...

—Las escribía para la gente que todavía cree en el país de las hadas. Hay sorprendentemente muchos, ¿sabe?, y les gusta recibir noticias de aquel país.

—¿Y lo ha dejado usted del todo?

—No del todo... pero ahora escribo epístolas vivientes —dijo Ana, pensando en Jem y compañía.

Christine se la quedó mirando, sin reconocer la cita. ¿Qué querría decir Ana Shirley con eso? Aunque claro, ya en Redmond era famosa por sus comentarios misteriosos. Se había conservado asombrosamente bien, pero probablemente era una de esas mujeres que se casan y dejan de pensar. ¡Pobre Gilbert! Ella lo había pescado antes de que llegara a Redmond. Él nunca había tenido la más mínima oportunidad de escapar.

—¿Todavía juega alguien a las filopenas? —preguntó el doctor Murray, que acababa de partir una almendra gemela. Christine se volvió hacia Gilbert.

—¿Te acuerdas de aquella filopena que comimos *nosotros* una vez? —preguntó.

(¿Se ha cruzado entre ellos una mirada significativa?)

—¿Cómo crees que podría olvidarlo? —preguntó Gilbert.

Se lanzaron a un torrente de «te acuerdas de», mientras Ana se quedaba mirando fijamente el cuadro de peces y naranjas que colgaba sobre el aparador. Nunca había pensado que Gilbert y Christine tuvieran tantos recuerdos en común. «¿Te acuerdas de nuestro pícnic en el Brazo? ¿Te acuerdas de la noche que fuimos a la iglesia de los negros? ¿Te acuerdas de la noche de la mascarada, cuando ibas de dama española, con vestido de terciopelo negro, mantilla de encaje y abanico?»

Por lo visto, Gilbert se acordaba de todo con pelos y señales. ¡Pero se había olvidado de su aniversario de boda!

Cuando volvieron al salón, Christine miró por la ventana hacia un cielo del este que empezaba a plateársele pálido tras los álamos oscuros.

—Gilbert, demos un paseo por el jardín. Quiero volver a aprender lo que significa la salida de la luna en septiembre.

(¿Significa la salida de la luna algo en septiembre que no signifique en cualquier otro mes? ¿Y qué querrá decir con «volver a»? ¿Lo aprendió alguna vez antes... con él?)

Salieron. Ana sintió que la habían apartado muy limpia y dulcemente. Se sentó en una silla desde la que se dominaba el jardín —aunque ni a sí misma quería admitir que la había elegido por eso. Podía ver a Christine y a Gilbert caminando por el sendero. ¿Qué se estarían diciendo? Parecía que Christine llevaba casi todo el peso de la conversación. Quizá Gilbert estuviera demasiado mudo de emoción para hablar. ¿Estaría sonriendo ahí fuera, bajo la salida de la luna, ante recuerdos de los que ella no formaba parte? Recordó noches en que ella y Gilbert habían paseado por jardines de Avonlea bañados de luna. ¿Se habría olvidado él?

Christine miraba hacia el cielo. Por supuesto que sabía que, al levantar así la cara, estaba luciendo aquel cuello blanco y fino, tan bien formado. ¿Es que alguna vez había tardado tanto en salir una luna?

Ya iban llegando otros invitados cuando por fin volvieron. Hubo charla, risas, música. Christine cantó —muy bien, por cierto. Siempre había sido «musical». Le cantó a Gilbert aquello de «los queridos días idos, más allá del recuerdo». Gilbert se recostó en un sillón y guardó un silencio poco común en él. ¿Estaría mirando con nostalgia hacia aquellos queridos días idos? ¿Estaría imaginando cómo habría sido su vida si se hubiera casado con Christine? *(Siempre he sabido antes en qué pensaba Gilbert. Me está empezando a doler la cabeza.*

Como no nos vayamos pronto, voy a echar la cabeza atrás y ponerme a aullar. Gracias al cielo que nuestro tren sale temprano.)

Cuando Ana bajó, Christine estaba de pie en el porche con Gilbert. Alargó la mano y le quitó una hoja del hombro; el gesto fue como una caricia.

—¿Estás bien de verdad, Gilbert? Tienes un aspecto espantoso de cansado. Sé que te estás excediendo.

Una oleada de horror recorrió a Ana. Gilbert, sí, tenía aspecto cansado —espantosamente cansado—, ¡y ella no lo había visto hasta que Christine se lo hizo notar! Jamás olvidaría la humillación de aquel momento. *(He estado dando a Gilbert demasiado por sentado, y encima le echaba en cara que hiciera lo mismo conmigo.)*

Christine se volvió hacia ella.

—Ha sido un placer volver a verla, Ana. Como en los viejos tiempos.

—Como en los viejos tiempos —dijo Ana.

—Pero le decía a Gilbert que se le ve un poco cansado. Debería usted cuidarlo mejor, Ana. Hubo un tiempo, ¿sabe?, en que este marido suyo me gustó de verdad, y bastante. Creo que fue el mejor pretendiente que tuve nunca. Pero tendrá que perdonarme, ya que al final no se lo quité.

Ana volvió a helarse por dentro.

—Quizá se compadezca a sí mismo de que no lo hiciera usted —dijo, con cierto «aire de reina» que Christine ya conocía de los tiempos de Redmond, mientras subía al carruaje del doctor Fowler para ir a la estación.

—¡Qué criatura tan graciosa es usted! —dijo Christine, encogiendo sus preciosos hombros. Se quedó mirándolos alejarse, como si algo la divirtiera enormemente.

CAPÍTULO 41

—¿Has pasado una buena velada? —preguntó Gilbert, más ausente que nunca, ayudándola a subir al tren.

—Ah, deliciosa —dijo Ana, que sentía que, en la espléndida frase de Jane Welsh Carlyle, había «pasado la velada bajo la grada».

—¿Por qué te has peinado así? —dijo Gilbert, todavía con aire ausente.

—Es la moda nueva.

—Pues no te sienta bien. Puede que le quede bien a otro pelo, pero al tuyo no.

—Ay, qué pena que tenga el pelo rojo —dijo Ana, glacial.

Gilbert creyó prudente dejar caer un tema peligroso. Ana, reflexionó, siempre había sido algo sensible con lo del pelo. Además, estaba demasiado cansado para hablar. Recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Por primera vez, Ana reparó en unos destellos grises en el pelo, por encima de las orejas. Pero endureció el corazón.

Caminaron en silencio de vuelta a casa desde la estación del Glen, por el atajo hacia Ingleside. El aire estaba impregnado del aliento de las píceas y del helecho aromático. La luna brillaba sobre los campos húmedos de rocío. Pasaron junto a una vieja casa abandonada, de ventanas tristes y rotas, que en otro tiempo habían bailado con la luz. *Igual que mi vida*, pensó Ana. Todo parecía tener ahora para ella algún significado sombrío. La pálida polilla blanca que revoloteó

junto a ellos sobre el césped era, pensó con tristeza, como el fantasma de un amor marchito. Entonces se le enganchó el pie en un aro de croquet y estuvo a punto de caer de bruces sobre una mata de flox. ¿Se puede saber qué falta les hacía a los niños dejarlo ahí tirado? Ya les diría ella mañana lo que pensaba de aquello.

Gilbert se limitó a decir: «Ui-ui-uy», y la sostuvo con una mano. ¿Se habría mostrado tan despreocupado si hubiera sido Christine quien tropezara, mientras trataban de descifrar juntos el significado de la salida de la luna?

Gilbert corrió a su consulta en cuanto entraron en la casa, y Ana subió en silencio a su cuarto, donde la luz de la luna yacía en el suelo, quieta, plateada y fría. Se acercó a la ventana abierta y miró afuera. Al parecer, aquella era la noche del perro de los Carter Flagg para aullar, y le estaba poniendo todo el corazón. Las hojas de los álamos de Lombardía brillaban como plata bajo la luna. Aquella noche, la casa a su alrededor parecía susurrar —susurrar con algo siniestro, como si ya no fuera su amiga.

Ana se sentía enferma, fría y vacía. El oro de la vida se había convertido en hojas marchitas. Ya nada tenía sentido. Todo parecía remoto e irreal.

Allá abajo, la marea mantenía su antiquísima cita con la orilla. Ahora que Norman Douglas había talado su bosquecillo de píceas, podía ver su pequeña casa de ensueño. Qué felices habían sido allí, cuando les bastaba con estar juntos en su propio hogar, con sus visiones, sus caricias, sus silencios. Todo el color de la mañana en sus vidas —Gilbert mirándola con aquella sonrisa en los ojos que reservaba solo para ella, encontrando cada día una manera nueva de decir «te quiero», compartiendo la risa igual que compartían el dolor.

Y ahora... Gilbert se había cansado de ella. Los hombres siempre habían sido así —siempre lo serían. Ella había creído que Gilbert era una excepción, pero ahora conocía la verdad. ¿Y cómo iba a ajustar su vida a eso?

Bueno, están los niños, pensó con desánimo. Tengo que seguir viviendo por ellos. Y nadie debe saberlo... nadie. No pienso dejar que me compadezcan.

¿Qué era eso? Alguien subía las escaleras de tres en tres peldaños, como solía hacer Gilbert hacía mucho, en la casa de ensueño —como no lo hacía desde hacía tiempo. No podía ser Gilbert... ¡pero lo era!

Irrumpió en el cuarto, arrojó un paquetito sobre la mesa, agarró a Ana por la cintura y la hizo girar y girar por la habitación como un colegial loco, hasta detenerse por fin, sin aliento, en un charco plateado de luz de luna.

—Tenía razón, Ana... ¡gracias a Dios, tenía razón! La señora Garrow se va a poner bien, lo ha dicho el especialista.

—¿La señora Garrow? Gilbert, ¿te has vuelto loco?

—¿No te lo dije? Seguro que te lo dije... bueno, supongo que era un tema tan doloroso que no podía ni hablar de él. He estado muerto de preocupación estas dos últimas semanas, sin poder pensar en otra cosa ni despierto ni dormido. La señora Garrow vive en Lowbridge y era paciente de Parker. Me llamó para una consulta; yo diagnosticué su caso de otra manera que él; casi llegamos a las manos; yo estaba seguro de tener razón; insistí en que había una posibilidad; la mandamos a Montreal; Parker decía que no volvería viva; su marido estaba dispuesto a pegarme un tiro en cuanto me viera. Cuando se marchó, me hundí —quizá *sí* me hubiera equivocado, quizá la hubiera torturado sin necesidad. Encontré la carta en mi consulta cuando llegué... tenía *razón*... la han operado... tiene una excelente probabilidad de vivir. Ana mía, ¡podría saltar por encima de la luna! Me he quitado veinte años de encima.

A Ana no le quedaba sino reír o llorar, así que se echó a reír. Qué maravilla poder volver a reír, qué maravilla sentir ganas de reír. De pronto todo estaba bien.

—Supongo que por eso se te olvidó que era nuestro aniversario —le espetó ella, burlona.

Gilbert la soltó el tiempo justo para abalanzarse sobre el paquetito que había dejado caer en la mesa.

—No se me olvidó. Hace dos semanas encargué esto a Toronto. Y no ha llegado hasta esta noche. Esta mañana me sentí tan mezquino, sin nada que darte, que no mencioné el día... pensé que también se te habría olvidado a ti... esperaba que así fuera. Cuando entré en la consulta, ahí estaba mi regalo, junto con la carta de Parker. Mira a ver si te gusta.

Era un pequeño colgante de diamantes. Incluso a la luz de la luna centelleaba como una cosa viva.

—Gilbert... y yo...

—Pruébalo. Ojalá hubiera llegado esta mañana; así habrías tenido algo que ponerte para la cena, aparte de aquel viejo corazón de esmalte. Aunque, la verdad, quedaba bastante bonito acurrucado en ese huequecito blanco de tu garganta, cariño. ¿Por qué te quitaste el vestido verde, Ana? A mí me gustaba... me recordaba a aquel vestido de los capullos de rosa que llevabas en Redmond.

(¡Así que sí se había fijado en el vestido! ¡Así que todavía recordaba aquel otro de Redmond que tanto había admirado!)

Ana se sintió como un pájaro liberado —volvía a volar. Los brazos de Gilbert la rodeaban, sus ojos se hundían en los de ella bajo la luz de la luna.

—¿De verdad me quieres, Gilbert? ¿No soy solo una costumbre para ti? Hace tanto que no me *dices* que me quieres...

—¡Mi querido, queridísimo amor! No pensaba que necesitaras palabras para saberlo. No podría vivir sin ti. Siempre me das fuerzas. Hay un versículo, en algún lugar de la Biblia, que está escrito para ti: «Le da ella bien y no mal todos los días de su vida».

La vida, que unos instantes antes le había parecido tan gris y tan necia, volvía a ser dorada, rosada y espléndidamente teñida de arco iris. El colgante de diamantes resbaló al suelo, desatendido por el momento. Era hermoso —pero había tantas cosas más hermosas

todavía: la confianza, la paz, el trabajo grato, la risa, la bondad, aquella vieja sensación de *seguridad* de un amor cierto.

—¡Ay, si pudiéramos guardar este momento para siempre, Gilbert!

—Vamos a tener unos cuantos momentos. Ya va siendo hora de que tengamos una segunda luna de miel. Ana, en febrero se celebra en Londres un gran congreso de medicina. Vamos a ir... y después veremos algo del Viejo Mundo. Nos merecemos unas vacaciones. No seremos más que dos enamorados otra vez —será como volver a casarnos. Llevas mucho tiempo sin ser tú misma. *(Así que sí lo había notado.)* Estás cansada y agotada de trabajo... necesitas un cambio. *(Tú también, cariño. He estado horriblemente ciega.)* No pienso permitir que me echen en cara que las mujeres de los médicos nunca se toman ni una píldora de vacaciones. Volveremos descansados y frescos, con el sentido del humor completamente restaurado. Bueno, pruébate el colgante y vámonos a la cama. Estoy medio muerto de sueño... llevo semanas sin dormir una noche decente, entre los gemelos y la preocupación por la señora Garrow.

—¿De qué demonios hablabais Christine y tú tanto rato en el jardín esta noche? —preguntó Ana, pavoneándose ante el espejo con sus diamantes.

Gilbert bostezó.

—Ah, no sé. Christine no paraba de parlotear. Pero mira, me soltó un dato: una pulga puede saltar doscientas veces su propia longitud. ¿Lo sabías, Ana?

(Hablando de pulgas, mientras yo me retorcí de celos. ¡Qué idiota he sido!)

—¿Y cómo demonios acabasteis hablando de pulgas?

—No me acuerdo... quizá lo sugirieron los dóberman pinscher.

—¡Dóberman pinscher! ¿Qué demonios son los dóberman pinscher?

—Una raza de perro nueva. Christine parece ser toda una entendida en perros. Yo estaba tan obsesionado con la señora Garrow que no le prestaba mucha atención a lo que decía. De vez en cuando pillaba alguna palabra sobre complejos y represiones —esa psicología nueva que se está poniendo de moda —y arte, y gota, y política, y ranas.

—¡Ranas!

—Unos experimentos que está haciendo un investigador de Winnipeg. Christine nunca fue muy entretenida, pero ahora es más pesada que nunca. ¡Y con maldad! Antes no era maliciosa.

—¿Qué dijo que fuera tan malicioso? —preguntó Ana, con inocencia.

—¿No te diste cuenta? Ah, claro, supongo que tú no ibas a captarlo —estás tan libre de esas cosas tú misma. En fin, no importa. Esa risa suya me puso un poco los nervios de punta. Y ha engordado. Menos mal que tú no has engordado, Ana mía.

—Bah, no creo que esté tan gorda —dijo Ana, caritativa—. Y desde luego es una mujer muy hermosa.

—Regular. Pero se le ha endurecido la cara... tiene tu misma edad, pero parece diez años mayor.

—¡Y tú hablándole de la eterna juventud!

Gilbert sonrió con aire culpable.

—Hay que decir algo cortés. La civilización no puede existir sin *un poco* de hipocresía. Bueno, Christine no es mala persona, en el fondo, aunque no sea de la raza que conoce a José. No es culpa suya que se olvidaran de echarle la pizca de sal. ¿Qué es esto?

—Mi recuerdo de aniversario para ti. Y quiero un centavo por él... no pienso correr riesgos. ¡Las torturas que he pasado esta noche! Me estaba comiendo viva de celos por Christine.

Gilbert puso cara de auténtico asombro. Nunca se le había ocurrido que Ana pudiera tener celos de nadie.

—Vaya, Ana mía, nunca pensé que tuvieras eso dentro.

—Pues los tengo. Hace años estuve locamente celosa de tu correspondencia con Ruby Gillis.

—¿Que yo tuve correspondencia con Ruby Gillis? Se me había olvidado. ¡Pobre Ruby! Pero ¿y Roy Gardner? La sartén no debería decirle nada al cazo.

—¿Roy Gardner? Philippa me escribió no hace mucho que lo había visto, y que se ha puesto la mar de corpulento. Gilbert, el doctor Murray será muy eminente en su profesión, pero parece un palillo, y el doctor Fowler parecía una rosquilla. Tú, a su lado, estabas tan guapo... y tan *acicalado*...

—Ah, gracias... gracias. Eso sí que suena a lo que debería decir una esposa. Y, para devolverte el cumplido, esta noche te encontré especialmente guapa, Ana, a pesar de ese vestido. Tenías un poco de color y los ojos preciosos. Ah-h-h, qué gusto. No hay nada como la cama cuando uno está agotado. Hay otro versículo en la Biblia —qué cosa más rara, cómo vuelven a uno esos versículos viejos que aprendiste en la escuela dominical, a lo largo de la vida —«En paz me acostaré, y asimismo dormiré». En paz... y a dormir... buenas no...

Gilbert se quedó dormido casi antes de terminar la palabra. ¡Querido Gilbert, tan cansado! Podían nacer niños y podían morir niños, pero ninguno perturbaría su descanso aquella noche. Por más que el teléfono se desgañitara sonando.

Ana no tenía sueño. Estaba demasiado feliz para dormirse todavía. Se movió con suavidad por el cuarto, guardando cosas, trenzándose el pelo, con el aspecto de una mujer amada. Al final se puso un salto de cama y cruzó el pasillo hasta el cuarto de los niños. Walter y Jem en su cama, y Shirley en su cuna, dormían profundamente los tres. El Camarón, que había sobrevivido a generaciones de gatitos descarados y se había convertido en una costumbre de la casa, estaba hecho un ovillo a los pies de Shirley. Jem se había quedado dormido leyendo *El libro de la vida del capitán Jim*, que seguía

abierto sobre la colcha. ¡Qué *largo* se veía Jem, tendido bajo las mantas! Pronto sería mayor. ¡Qué chico tan robusto y de fiar! Walter sonreía en sueños, como quien conoce un secreto encantador. La luna brillaba sobre su almohada a través de los barrotes de la ventana emplomada, proyectando sobre la pared, encima de su cabeza, la sombra de una cruz bien definida. Muchos años después, Ana recordaría aquello y se preguntaría si habría sido un presagio de Courcelette —de una tumba marcada con una cruz «en algún lugar de Francia». Pero aquella noche no era más que una sombra, nada más. El sarpullido había desaparecido por completo del cuello de Shirley. Gilbert había tenido razón. Siempre la tenía.

Nan, Diana y Rilla dormían en el cuarto de al lado. Diana tenía toda la cabecita cubierta de adorables ricitos rojos y húmedos, y una manecita bronceada bajo la mejilla; Nan tenía largos abanicos de pestañas rozándole la cara. Bajo aquellos párpados surcados de venas azules había unos ojos color avellana, como los de su padre. Y Rilla dormía boca abajo. Ana le dio la vuelta, pero sus ojitos abotonados no llegaron a abrirse.

Todos crecían tan deprisa. En solo unos pocos años serían todos hombres y mujeres jóvenes: juventud de puntillas, expectante, encendida de sus dulces y salvajes sueños; barquitos que zarpaban de un puerto seguro hacia destinos desconocidos. Los chicos se marcharían a labrarse su vida, y las chicas —ah, quizá algún día se vieran bajar por las viejas escaleras de Ingleside las formas veladas de bruma de unas hermosas novias. Pero durante unos años más seguirían siendo suyos —suyos para quererlos y guiarlos, para cantarles las canciones que tantas madres habían cantado. Suyos... y de Gilbert.

Salió y bajó por el pasillo hasta el mirador. Todas sus sospechas, celos y resentimientos se habían ido adonde van las lunas viejas. Se sentía segura, alegre y dichosa.

—¡Blythe! Me siento *blythe*, feliz —dijo, riéndose de su propio jueguecito de palabras—. Me siento exactamente como aquella

mañana en que Pacifique me dijo que a Gilbert le había dado «el ataque».

Debajo se extendía el misterio y la hermosura de un jardín de noche. Las colinas lejanas, espolvoreadas de luz de luna, eran un poema. Antes de que pasaran muchos meses estaría viendo la luz de la luna sobre las lejanas y tenues colinas de Escocia —sobre Melrose, sobre las ruinas de Kenilworth, sobre la iglesia junto al Avon donde dormía Shakespeare, quizá incluso sobre el Coliseo, sobre la Acrópolis, sobre ríos tristes que corrían junto a imperios muertos.

La noche era fresca; pronto llegarían las noches más cortantes y frías del otoño; luego la nieve profunda —la nieve blanca y profunda, la nieve fría y profunda del invierno—, noches embravecidas de viento y tormenta. Pero ¿a quién le importaría? Estaría la magia del fuego de la chimenea en salas acogedoras —¿no había hablado Gilbert, no hacía mucho, de los leños de manzano que estaba consiguiendo para quemar en la chimenea? Glorificarían los días grises que sin duda habrían de venir. ¿Qué importaban la nieve amontonada y el viento cortante cuando el amor ardía claro y brillante, con la primavera más allá? Y todas las pequeñas dulzuras de la vida, salpicando el camino.

Se apartó de la ventana. Con su camisón blanco y el pelo recogido en dos largas trenzas, parecía la Ana de los tiempos de Tejas Verdes, de los tiempos de Redmond, de los tiempos de la casa de ensueño. Aquel resplandor interior seguía brillando a través de ella. Por la puerta abierta llegaba el suave sonido de la respiración de los niños. Gilbert, que rara vez roncaba, roncaba ahora sin lugar a dudas. Ana sonrió. Pensó en algo que había dicho Christine. Pobre Christine, sin hijos, disparando sus flechitas de burla.

—¡Menuda familia! —repitió Ana, exultante.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB